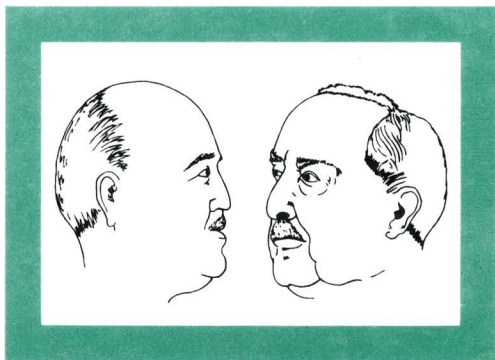


*Clara E. Lida - José A. Matesanz*

# EL COLEGIO DE MÉXICO: UNA HAZAÑA CULTURAL 1940-1962

Con la participación de Antonio Alatorre,  
Francisco R. Calderón y Moisés González Navarro



---

**jornadas**

---

**117**

---

EL COLEGIO DE MÉXICO



JORNADAS 117

EL COLEGIO DE MÉXICO

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS



EL COLEGIO DE MÉXICO:  
UNA HAZAÑA CULTURAL  
1940-1962

por

*Clara E. Lida*

*José Antonio Matesanz*

Con la participación de  
*Antonio Alatorre, Francisco R. Calderón*  
y *Moisés González Navarro*



JORNADAS 117  
EL COLEGIO DE MÉXICO

**Viñeta de la portada:**

**Perfiles: Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas.**

**Dibujo de José Antonio Matesanz (1990)**

**Portada de Mónica Diez Martínez**

*Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.*



*The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>*

**Primera reimpresión, 1993**

**Primera edición, 1990**

**D. R. © El Colegio de México**

**Camino al Ajusco 26**

**Pedregal de Santa Teresa**

**10740 México, D. F.**

**ISBN 968-12-0455-7**

**Impreso en México / *Printed in Mexico***

A los fundadores y maestros



## ÍNDICE GENERAL

PRÓLOGO	9
ADVERTENCIA	25
I. LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS: EL COLEGIO DE MÉXICO EN SUS PRIMEROS AÑOS	27
La estructura jurídico-administrativa	29
Los primeros pasos	35
Soltando amarras	43
Los Dioscuros: Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas	54
Los malabarismos del financiamiento	65
El grupo del Smith College	76
La prudencia en el gastar, o la pasión por el trabajo	83
Hacia adelante	105
II. EL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS	109
El proyecto académico	112
Los programas y las promociones	117
Los profesores	124
Las escuelas historiográficas y las polémicas	142
Los becarios y el estudio	148

III.	JOSÉ GAOS Y EL SEMINARIO DEL PENSAMIENTO EN LENGUA ESPAÑOLA	175
	El maestro	177
	El Seminario	181
	El hijo pródigo	196
IV.	EL CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES	203
	Recuerdo personal de Moisés González Navarro	207
	Las actividades	217
V.	EL CENTRO DE ESTUDIOS FILOLÓGICOS	229
	Testimonio de Antonio Alatorre	242
	Los planes de estudio	248
	Las labores diarias	253
	Cambio de signo	258
	Los años finales	268
VI.	HACIA EL FUTURO	291
	El taller de don Daniel, en la memoria de Francisco R. Calderón	295
	El Colegio a mediados de los cincuenta	311
	De El Colegio de don Alfonso a El Colegio de don Daniel	320
	Coda	334
	APÉNDICE: OBRAS PUBLICADAS POR EL COLEGIO DE MÉXICO DESDE 1940 HASTA 1962 Y LA HISTORIA MODERNA DE MÉXICO	339
	SIGLAS	353
	BIBLIOGRAFÍA CITADA	355
	ÍNDICE DE NOMBRES	365

## PRÓLOGO

El Colegio de México cumple cincuenta años. Esto no parecería tener mayor importancia, pues todos sabemos de centenarias universidades cuya longevidad consideramos natural. Sería un error, sin embargo, contemplar el medio siglo de vida de una pequeña institución de altos estudios como un hecho insignificante o normal. En México, y en el mundo hispánico en general, lograr un crecimiento armónico y continuo a lo largo de las décadas nunca ha sido hazaña fácil. Por el contrario, no conocemos hasta ahora en esos países ninguna otra institución de investigación y educación superior que, como El Colegio de México, se haya podido desarrollar año tras año sin crisis profundas o violentas. La suave continuidad de la vida institucional de El Colegio durante cincuenta años es, en sí misma, mérito excepcional que debemos festejar.

Al desarrollo equilibrado y constante hay que agregar otras razones que explican aún más el carácter único de esta institución. Para ello, en páginas anteriores nos hemos remontado a sus orígenes entre 1938 y 1940, con la fundación de La Casa de España en México, fértil semilla de este

Colegio, sobre cuya historia no necesitamos extendernos ahora.<sup>1</sup> En cambio, sobre El Colegio de México se ha escrito poco, a pesar de ser famoso por la calidad de sus obras y el prestigio de sus miembros, aunque es verdad que existe un texto ya clásico, desbordante de información y gracia: "La pasión del nido" (1976), de Luis González. Parece oportuno que ahora que la institución celebra sus bodas de oro con la vida, hagamos un alto en el camino para reflexionar con detenimiento sobre su historia.

No nos proponemos abarcar estos cincuenta años, desde la fundación en 1940 hasta ahora, sino centrarnos en un primer periodo, el más distante, el menos recordado, el que sentó las bases firmes para el desarrollo actual de la institución: la época que abarca las presidencias de Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas, desde el otoño de 1940 hasta 1962. Se trata de rescatar del pasado la memoria de un acontecimiento que por su originalidad e importancia merece un capítulo en la historia de la cultura. Además, la reflexión sobre el pasado puede servir de aliciente para evaluar el presente y pensar en el porvenir. Cincuenta años de vida institucional ininterrumpida y creadora deben obligarnos a sumar, restar y hacer un balance justo para delinear el futuro, pensar con acierto en el

<sup>1</sup> Véase el libro que El Colegio publicó en ocasión del cincuentenario de la fundación de esta institución, LIDA, 1988; además, LIDA y MATESANZ, 1987 y LIDA *et al.*, 1989.



rumbo a seguir y marcar el derrotero que, como hasta ahora, lleve la nave a buen puerto.

Cuando El Colegio de México cumple cincuenta años es lógico pensar en los timoneles mayores de esta larga travesía. Éstos son los grandes fundadores, los que entre 1938 y 1940, con la creación de La Casa de España, pusieron los sólidos cimientos sobre los cuales, a partir de octubre de 1940, se pudo edificar la institución que hoy conocemos. En primer lugar Alfonso Reyes, quien, durante casi veinte años, hasta su muerte el 27 de diciembre de 1959, presidió de manera ininterrumpida e incansable esta gran obra cultural y académica que hoy celebramos; Reyes le dedicó el tiempo y la pasión que le hurtaba a la creación literaria: dos amores vividos con una misma devoción. También fue decisivo el apoyo inteligente y enérgico de Daniel Cosío Villegas, secretario de El Colegio durante sus primeros años. Aunque desde 1948 la presencia de Cosío en la institución fue intermitente, pues compartió su enorme vitalidad y energía con varias otras actividades culturales y políticas, su influencia en El Colegio de México se intensificó durante un lustro, primero como director (1958-1959) y luego, a la muerte de Reyes, desde enero de 1960 hasta enero de 1963, como segundo presidente.

Durante poco más de dos décadas la atención y la inteligencia de don Alfonso y de don Daniel se concentraron en desarrollar, fortalecer y mantener viva una pequeña institución que consideraban

esencial para la vida intelectual de México en sus quehaceres más delicados: crear y transmitir los conocimientos especializados del más alto nivel, y divulgar excelentes obras literarias y de investigación en humanidades y ciencias sociales.

Si bien la infancia y adolescencia de El Colegio de México fueron difíciles por el tibio apoyo oficial traducido en una frecuente escasez de fondos, Reyes y Cosío nunca se amilanaron. Los primeros pasos de El Colegio fueron vacilantes pero, poco a poco, se hicieron más seguros. Es más, con el apoyo de sus colaboradores inmediatos, don Alfonso y don Daniel tomaron diversas medidas encaminadas a demostrar a diestra y siniestra que las actividades de la nueva institución eran de excepcional importancia para México, ya que estaban centradas en la docencia, en la investigación y en el impulso de obras culturales de gran aliento que en ese entonces no se realizaban en ninguna otra institución de educación superior del país. El Colegio de México demostraba la sana ambición de preparar la crema y nata de los intelectuales del país, ante todo en las humanidades y, luego, en algunas de las ciencias sociales, y surgía también con la plena certeza de que sólo por medio de la investigación rigurosa podrían rendir sus frutos más ricos el talento, la imaginación y la auténtica vocación intelectual. No cabe duda que esta cruzada de Alfonso Reyes y de Daniel Cosío Villegas en favor de El Colegio fue exitosa: la prueba está en que casi cincuenta años después

todavía estamos aquí para contarlo, aunque las cosas hayan cambiado mucho.

La labor de los dos primeros presidentes de El Colegio de México se debe valorar por sus resultados. Entre 1940 y 1962, los logros de esta institución pueden calificarse de exitosos en grado superlativo, a pesar de la extrema modestia de recursos que predominó en esos años. Pocos fueron sus egresados que no hayan destacado en el ancho campo del ejercicio profesional de las disciplinas que aquí se enseñaban: la historia, algunas ciencias sociales y filosóficas y la filología. Son pocos los egresados de aquel Colegio que no hayan sido maestros de generaciones enteras en las principales instituciones de educación superior de México y de América Latina. Incluso ha habido varios que a través de los años han destacado en importantes puestos públicos en México y en otros países del continente. Los hombres de letras que fueron becarios de aquel Colegio tienen muy poco que envidiarle a nadie y más bien dan envidia a muchos: Juan José Arreola, Luis Cernuda, Octavio Paz, Juan Rulfo, Tomás Segovia, Javier Solórzano, entre varios otros. Independientemente de su vocación y de su oficio, en todos —mexicanos, españoles, latinoamericanos— es fácil distinguir un sello que los caracteriza como becarios de El Colegio: el rigor, la originalidad y la solidez de su oficio. En cambio, no hay un molde único; éste es el éxito mayor de la empresa de Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas: crear intelectuales de cuer-

po entero, verdaderamente independientes y capaces de seguir su propio camino con total independencia y libertad.

Basta examinar la labor cotidiana de Alfonso Reyes y de Daniel Cosío Villegas a través de los miles de documentos escritos o firmados de su puño y letra que se encuentran en los archivos de este Colegio, para reconocer a dos administradores laboriosos y comprometidos a toda hora con su labor directiva. Un Reyes y un Cosío que lo mismo corregían nóminas de sueldos que revisaban listas de adquisiciones para la biblioteca; que supervisaban las labores editoriales y seguían de cerca los progresos de los alumnos; que atendían con seguridad los innumerables problemas cotidianos y velaban con celo por la elevada calidad profesional de sus colegas. Ambos sabían que no había asunto desdeñable, por pequeño que fuera, y por ello mismo cuidaban que la conducta de todos los miembros de El Colegio de México fuera, ante y sobre todo, del más alto nivel profesional y ético. Hombres de gran perspicacia política, tenían plena conciencia de que la conducta y las actividades mal encauzadas podían acarrear serios daños para la vida interna de la institución y su proyección hacia el exterior.

Al celebrar ahora el cincuentenario de El Colegio debemos dar gracias a los fundadores porque su espíritu vigilante ha seguido velando alerta por El Colegio de México. En este Colegio, Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas nos enseñaron que

la memoria histórica no es recurso de la nostalgia sino estímulo para una continua renovación.

Ésta fue la lección que recogieron plenamente sus continuadores. Silvio Zavala, tercer presidente de El Colegio de 1963 a 1966, durante muchos años fue miembro de aquel primer Colegio y, por derecho propio, debe ser considerado un fundador, pues en 1941 creó el Centro de Estudios Históricos, el más antiguo de esta institución. Zavala fue gran amigo de don Alfonso, quien escribió sobre él páginas cálidas y a quien Zavala emuló en su trayectoria humanista. Durante sus breves años como presidente de El Colegio, Silvio Zavala dio continuidad a los planes trazados por Cosío para crear otros centros y ampliar la planta física. Además, alentó la investigación e impulsó la profesionalización de las carreras que se cursaban en la institución y la ampliación de éstas al estudio de otras culturas a través de la Sección de Estudios Orientales —convertida en Centro en 1968—, que en sus orígenes había sido parte del Centro de Estudios Internacionales, fundado en 1961.

Víctor L. Urquidí presidió El Colegio desde 1966 hasta 1985. También él conoció el primer Colegio, en cuyo Centro de Estudios Sociales participó entre 1943 y 1946 como profesor. Más tarde, alentado por Cosío, fue responsable directo de la creación en 1964 del Centro de Estudios Económicos y Demográficos. Durante sus años como presidente fomentó el desarrollo de otros centros: el de Estudios Sociológicos, el de Economía, des-

vinculado ya de la demografía, y la creación de un nuevo Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano; también impulsó programas de investigación dedicados a temas vinculados con la realidad nacional. Al mismo tiempo, aunque sus intereses profesionales eran los estudios económicos y de población, Urquidi jamás dio la espalda a otras disciplinas humanísticas y sociales y continuó apoyando con energía a los otros Centros ya establecidos. En 1976 El Colegio cambió de casa a un monumental y hermoso edificio en el cual reside actualmente, y multiplicó su planta docente y administrativa, así como el número de investigadores y de becarios. En esos años aumentaron considerablemente las publicaciones de revistas especializadas y de libros.

Mario Ojeda, el actual presidente de El Colegio desde 1985, es, por su edad, el que ha tenido menos contacto personal con el primer Colegio, aunque se vinculó a él a través de Daniel Cosío Villegas. En 1960 éste vio en Ojeda a un joven brillante a quien distinguió pronto con su confianza, atrayéndolo al Centro de Estudios Internacionales y becándolo en Estados Unidos para que luego regresara a México convertido en especialista en las relaciones internacionales entre los dos países. Mario Ojeda puede con razón decir que el viejo Colegio no le es ajeno ni en sus obras ni en su espíritu, y, como sus predecesores, ha sabido llevar a la institución por el camino de la exigencia y la dedicación académicas y dar un equilibrado apoyo a

los proyectos y a los profesores más valiosos de El Colegio. Sin embargo, ahora que El Colegio llega al *mezzo del camin*, a Mario Ojeda le toca en suerte repetir, de algún modo, la misión de los fundadores. Es él quien al presidir el comienzo del segundo medio siglo de vida tendrá que fijar el rumbo de la institución y, como sus predecesores, asegurarse de que el derrotero trazado sirva para que los futuros timoneles mayores puedan conducir la nave sin peligro hacia adelante.

Gracias al respeto que los sucesivos presidentes han mostrado por la herencia recibida a lo largo de las décadas, El Colegio de México ha podido acumular un patrimonio excepcional. Sabiamente, todos y cada uno de estos hombres han construido sobre la base de lo recibido, han ampliado sin demoler lo hecho, han expandido sin regatear méritos a lo ya existente. En última instancia, todos ellos han sido seguidores fieles de la lección más importante de la historia: respetar el trabajo laborioso de quienes los antecedieron. Este respeto implica adecuarlo a las circunstancias, transformarlo para que esté siempre al día, pero jamás destruirlo. Tal vez podamos afirmar que el mayor regalo que El Colegio de México recibe al cumplir cincuenta años sea la continuidad académica aunada a la permanente renovación intelectual, pero siempre dentro del equilibrio y la estabilidad que le han sabido dar sus sucesivos presidentes.

Las páginas que siguen no pretenden ser una historia exhaustiva de El Colegio de México, sino una primera aproximación sistemática a los años que transcurren entre la fundación de la institución, en octubre de 1940, y la presidencia de Daniel Cosío Villegas. Nuestro énfasis mayor ha sido en los años cuarenta y cincuenta, años de grandes fundaciones y pequeños presupuestos, de esfuerzos sobrehumanos por sobrevivir y modestia ante los logros alcanzados, de imaginación desbordante y obras tangibles, de frenesí creador y estudios reflexivos. Fueron años en que surgieron grandes personalidades intelectuales que también fueron fundadores y alentaron novedosos proyectos académicos: Silvio Zavala en historia, José Gaos en Filosofía, José Medina Echavarría en estudios sociales, Raimundo Lida en filología. Ellos supieron atraer a otros colegas y formar a los jóvenes aprendices que hoy son nuestros maestros.

Tenemos conciencia plena de que habrá quien encuentre que falta o sobra esto o aquello, que se debió afinar tal o cual detalle, que alguna opinión es debatible. Nuestro deseo no ha sido poner el punto final en esta historia sino pergeñar su primer borrador. Al escribir estas páginas tuvimos en cuenta nuestro contacto más o menos cercano con varios de los fundadores y tratamos de ser fieles a ellos y a su época. Por razones familiares, la autora de estas líneas conoció la institución desde 1947 y a sus miembros: El Colegio fue un poco su hogar. Como egresados del Centro de Estudios His-



tóricos en 1964, los dos autores del libro fuimos alumnos de algunos de aquellos fundadores y de quienes fueron sus primeros discípulos; ambos vivimos un Colegio que tenía muy presente el espíritu de don Alfonso y la imagen viva de don Daniel, aunque ya lo guiaba con mano firme Silvio Zavala. Este libro es para nosotros una forma personal de pagar una deuda imborrable con la institución que nos dio lo mejor de lo que somos.

En nuestro afán por recrear una época, pensamos que nadie lo podría hacer mejor que los propios testigos. Acudimos a tres personas que en su juventud vivieron directamente la experiencia formativa de El Colegio de entonces; los tres, con generosidad y prontitud excepcionales, nos entregaron sendos textos con sus recuerdos personales.

Moisés González Navarro, historiador de renombre indiscutible y distinguido miembro del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, escribe sobre el Centro de Estudios Sociales en el que estudió entre 1943 y 1946 y del cual fue su primer egresado. Él trató de cerca a su fundador, José Medina Echavarría, y a la pléyade de maestros que colaboraron en ese brillante aunque efímero Centro.

Antonio Alatorre ingresó en 1948 al recién fundado Centro de Estudios Filológicos a estudiar bajo la guía de Raimundo Lida y sobre sus primeros tres años nos ha dado un memorioso recuerdo. En el Centro, que ha cambiado de nombre y ahora se llama de Estudios Lingüísticos y Literarios,

Alatorre hizo desde entonces su casa, lo dirigió casi veinte años y ahora es su patriarca.

En un gracioso texto, don Francisco R. Calderón nos cuenta cómo se hizo historiador de la economía bajo la dirección personal de Daniel Cosío Villegas durante los diez años en que participó en el equipo que elaboró la *Historia Moderna de México*. En ese "taller" Calderón hizo su más largo y decisivo aprendizaje y, aunque sus quehaceres como economista lo han llevado por caminos alejados de la vida académica, su vocación de historiador se ha seguido manifestando en libros.

Estos tres textos se han insertado en capítulos más amplios que exploran los respectivos contextos. De vez en cuando hemos agregado entre corchetes alguna aclaración o nota para beneficio de los lectores o hemos ajustado detalles o precisado algún dato, sin alterar su estilo. Vayan nuestras más efusivas gracias para estos tres colaboradores especiales de la historia colegial.

Como de agradecimientos se trata, las deudas contraídas son muchas y variadas. Tres personas cuyo tiempo es muy escaso han leído y releído pacientemente gran parte del texto o todo, haciendo correcciones, cazando gazapos y sugiriendo cambios que siempre fueron enriquecedores. No sabemos cómo expresarles a Antonio Alatorre, Beatriz Garza Cuarón y Silvio Zavala nuestro agradecimiento por su generosa atención. Yvette Jiménez de Báez merece mención aparte por revisar algunos detalles que no teníamos en claro y consultar

con otros colegas y compañeros datos de épocas un tanto borrosas para nosotros, y Denah Lida por sus precisiones sobre el grupo Smith, del cual fue directora.

Beatriz Morán Gortari colaboró en la elaboración de este libro de modo especial. En 1986 inició la recopilación documental para nuestro estudio anterior sobre La Casa de España. Ya entonces nos rondaba la idea de estudiar también los primeros años de El Colegio y le pedimos que fuera recogiendo también materiales sobre este tema; gran parte de esos documentos han servido de fuente para este trabajo. En meses recientes, Beatriz Morán nos ha vuelto a ayudar, con entusiasmo y eficacia, a llenar varias lagunas de información; también ha uniformado las notas y la bibliografía de este libro y ha colaborado en otros detalles técnicos.

A lo largo de los años hemos conversado y tomado notas de nuestras charlas más o menos informales con diversas personas que participaron en la vida de El Colegio en diversas épocas. Además de todos los mencionados con anterioridad, en mayor o menor grado han compartido sus recuerdos con nosotros Juan Arellano, Raúl Ávila, Manuel Calvillo, Raquel Estrada, Luis González, Andrés Lira, Luis Muro (†1987), Juan Segura y Josefina Z. Vázquez.

Debemos agradecer a los bibliotecarios de El Colegio su ayuda en localizar documentos del Archivo Histórico de la institución. Desde el comienzo Jorge Vargas fue quien más apoyo y ayu-

da nos brindó en estas labores. Su fallecimiento en 1989 ha sido una pérdida para la Biblioteca, que desde los años sesenta él vio crecer y transformarse. Más recientemente nos han auxiliado Brunilda Carretero, Silvia Correa Rojo y Heshmatallah Khorramzadeh, amén de su director, Álvaro Quijano.

Finalmente deseamos agradecer el apoyo técnico de varias personas que, en diversos momentos, nos ayudaron a resolver problemas que nos parecían insuperables: Beatriz Estrella, Sara Reséndiz y Alejandro Rivas, en aspectos relacionados con la captura electrónica del texto; Mario Zamudio, que preparó el índice de nombres, y el jefe del Departamento de Publicaciones, Lorenzo Ávila, quien vigiló que la edición fuera esmerada y saliera a tiempo.

Hemos dejado para el final el agradecimiento principal: a Mario Ojeda, presidente de El Colegio de México, quien ha querido que este cincuentenario se celebre con una historia del medio siglo de vida de la institución. Él fue quien nos encomendó la tarea de hacerlo y con él convinimos en dividirla en dos partes. Nosotros nos ocuparíamos de las primeras décadas y otra colega, Josefina Z. Vázquez, del último cuarto de siglo. Ambos estudios se han realizado casi al mismo tiempo y aparecerán simultáneamente, pero sus autores han trabajado de manera totalmente independiente unos de otros. En cuanto a nosotros, podemos dar fe de que el presidente Ojeda nos dio todo su apo-

yo en el entendido de que ésta no era una historia oficial de la institución, sino su historia a secas. Una vez más la gran hazaña de El Colegio de México, a través de su presidente Mario Ojeda, es alentar a que el trabajo de investigación se realice con la más absoluta libertad e independencia.

CLARA E. LIDA  
*El Colegio de México*

JOSÉ ANTONIO MATESANZ  
*Facultad de Filosofía y Letras*  
*Universidad Nacional Autónoma de México*

*Agosto de 1990*



## ADVERTENCIA

A lo largo del libro, al referirnos a El Colegio de México lo hemos hecho recalcando siempre la «E» mayúscula independiente de toda preposición. Esta peculiaridad responde a varias razones extragramaticales. Como en el texto sobre La Casa de España, aquí también hemos querido enfatizar que las mayúsculas en los respectivos artículos subrayan que las dos instituciones son Casa y Colegio por antonomasia, además de ser nombres oficiales de cada institución. En esto insistía Daniel Cosío Villegas, quien llegaba al extremo de que, incluso al hablar, forzaba las palabras para decir “a El Colegio” o “de El Colegio”.

Esta peculiaridad tiene su historia. Durante muchos años el público mexicano ha confundido esta institución con su casi homónimo el Colegio México, conocida escuela de hermanos maristas para niños y adolescentes, y podía llegar a crear algún malentendido embarazoso. Este equívoco le hacía gracia a Alfonso Reyes, quien en los difíciles años cuarenta pensaba que era mejor que El Colegio de México tuviera una presencia discreta y se le conociera poco para evitar intromisiones malsanas.

Con los años, la institución adquirió visibilidad suficiente y la confusión se fue despejando, aunque todavía se puede dar y la insistencia en el artículo no deja de ser útil de vez en cuando. Irónicamente, en la actualidad la mayor necesidad de recordar el artículo surge cuando se quiere buscar el nombre de la institución en el directorio telefónico. El que lo haga, se llevará un chasco al buscarlo en «Colegio» si no sabe que está bajo «El», con el artículo con mayúscula.



## I. LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS: EL COLEGIO DE MÉXICO EN SUS PRIMEROS AÑOS

Pequeña en el tiempo, grande en sus logros, La Casa de España en México tuvo que aceptar morir y transformarse para poder sobrevivir y verse proyectada hacia el futuro. Oficialmente, La Casa sólo duró desde el 1<sup>o</sup> de julio de 1938 hasta el 16 de octubre de 1940: es decir, 2 años, 3 meses y 16 días. Pero su tiempo no puede medirse con el tic-tac mecánico del reloj, sino con el pulso de una época histórica intensa, acelerada y trágica, los años de Lázaro Cárdenas en México, los de la guerra civil española, los de la incubación de la segunda guerra mundial y de su estallido. Tampoco sus realizaciones pueden juzgarse con pautas comunes y corrientes. Sus dos centenares de cursos, cursillos, conferencias y libros no fueron meros actos culturales, sino semillas de creación y de libertad espiritual sembradas en terrenos ansiosos por recibirlas; fueron fermentos y levaduras de vida intelectual plena y estímulo para crecer. Los logros de La Casa de España, en concordancia íntima con el entorno en que se dieron, tuvieron una

proyección larga hacia el futuro y una influencia profunda en el desarrollo cultural de México.

Estos logros, patrimonio que La Casa entregó en herencia a El Colegio de México, pueden verse desde varios niveles y perspectivas. Por un lado, este patrimonio consistía en pautas de excelencia que obligaban a la nueva institución a seguir manteniéndolas, cuando no a superarlas. Por otro, incluía la íntima relación espiritual entre mexicanos y españoles que compartían preocupaciones y metas comunes. Estas limpias amistades intelectuales se dirigieron a la creación de una comunidad cultural que estuviera muy por encima de las preferencias y simpatías personales. La dimensión individual es aquí inseparable de la colectiva, y en ambas funcionaron unidos los resortes de la solidaridad humana y los impulsos históricos que aquellos hombres llevaban consigo. Desde esta perspectiva, el patrimonio que El Colegio heredó de La Casa estuvo conformado por la conciencia de la unidad fundamental de la cultura hispánica, con sus semejanzas y diferencias regionales y nacionales, y por la defensa de la diversidad y pluralidad de un pensamiento crítico, antidogmático y sin provincianismos. Todas estas notas pueden resumirse en una sola: libertad de espíritu. En ella se sintetiza y se condensa la enseñanza que La Casa de España entregó como herencia preciosa a El Colegio de México. Ésta fue la nota esencial que El Colegio pulsó con intensidad y ritmos varios a lo largo de los años que siguieron.

*La estructura jurídico-administrativa*

El 8 de octubre de 1940, el Patronato de La Casa de España se reunió en la Notaría 57 para elaborar “las bases constitutivas y estatutos” que darían nacimiento legal a El Colegio de México. Ocho días después, el 16 de octubre, después de ser leída, se firmaba formalmente el acta constitutiva que regiría la vida jurídica de la nueva institución. Se procuró escoger una forma de organización que estuviera ya instituida en la legislación mexicana y que, por tanto, no exigiera medidas especiales que implicaran trámites engorrosos ni más negociaciones burocráticas o administrativas que las estrictamente indispensables. La fórmula “Asociación Civil de fines no lucrativos” pareció la más adecuada, pues, además de existir como figura jurídica en el Código Civil vigente en el país, era la que correspondía legalmente a los objetivos culturales que se planteó El Colegio; y tenía la ventaja de estar, en buena medida, exenta de impuestos.<sup>1</sup>

Era posible darle a una Asociación Civil la estructura jurídico-administrativa que se deseara, y la que se pensó para El Colegio era sencilla y novedosa a la vez, y con el tiempo habría de revelarse también como eficaz y sabia. Según uno de sus fundadores, Daniel Cosío Villegas, “no era fácil idear un sistema de gobierno para El Colegio, pues, por una parte, era menester dar cabida a las

<sup>1</sup> “Acta constitutiva”, 1976, pp. 655-660.

instituciones que aportaron los fondos para su sostenimiento, y por otra, tendría que quedar su dirección real en manos de gente académica".<sup>2</sup>

Para cumplir ambas exigencias se combinó la acción de cuerpos colegiados con la decisión personal ejecutiva, y se graduaron jerárquicamente las funciones de cada parte. En la cúspide de la estructura de El Colegio se colocó la Asamblea de Socios Fundadores, que debía reunirse una vez al año y cuya función específica era, fundamentalmente, la supervisión financiera y administrativa. Uno de los socios fundadores, el Banco de México, representado por su director general, Eduardo Villaseñor, debía designar un auditor; otro socio fue la propia Casa de España en México, que se disolvió después de dejarle a El Colegio todo su patrimonio material y espiritual. El Gobierno Federal era el socio más rico, aunque no el más seguro; su representante en el acto de constitución de El Colegio, el licenciado Eduardo Suárez, secretario de Hacienda y Crédito Público, se limitó a expresar sus buenos propósitos de procurar que en el futuro la aportación anual del gobierno no fuera menor de los 350 000 pesos otorgados hasta entonces por el presidente Lázaro Cárdenas. En realidad no podía hacer otra cosa, pues no era posible comprometer los recursos del futuro gobierno de Manuel Ávila Camacho, que si bien ya había sido elegido, aún no había tomado posesión y no había tenido

<sup>2</sup> COSÍO VILLEGAS, 1976, p. 179.

arte ni parte en la creación de la nueva institución; ¿qué seguridad había de que el nuevo Ejecutivo mexicano respetaría esa pequeña pero controvertida creación cardenista?<sup>3</sup> Los demás miembros fundadores se comprometieron, en los términos antes señalados, a contribuir de la siguiente manera: la Universidad Nacional, representada por su rector, Dr. Gustavo Baz, con \$35 000, y el Banco Nacional Hipotecario, como fiduciario del Fondo de Cultura Económica, al que representaba su fundador y director, Cosío Villegas, con una aportación inicial de 5 000 pesos. Aunque se dejó abierta la puerta para que en los seis meses siguientes a la fundación de El Colegio se admitieran nuevos socios fundadores, el caso no se llegó a dar.

Inmediatamente por debajo de la Asamblea de Socios se estableció una Junta de Gobierno, cuyos seis miembros durarían en su cargo cinco años, renovables. Esta Junta inicialmente quedó ligada a la Asamblea porque fue ésta la encargada de escoger a los seis primeros miembros. La primera Junta, que habría de estar en funciones hasta la celebración de la Asamblea general ordinaria de Socios de enero de 1946, estuvo casi toda integrada por los miembros del antiguo Patronato de La Casa de España. Al presidente de El Colegio se le reconocía expresamente el carácter de representante jurídico de la institución ante terceros y el derecho legal de firma de la Asociación Civil. Para este cargo

<sup>3</sup> LIDA, 1988, caps. XI y XIII.

quedó nombrado el eficaz y prestigioso presidente de la antigua Casa, Alfonso Reyes. La Asamblea de Socios también ratificó como secretario al experimentado Daniel Cosío Villegas, de cuyas funciones se especificaba que “ayudará en sus labores al Presidente”.<sup>4</sup> Como vocales de la Junta quedaron Eduardo Villaseñor, Gustavo Baz, Enrique Arreguín —vinculado a la Secretaría de Educación Pública y al también flamante Instituto Politécnico Nacional— y el ingeniero Gonzalo Robles, funcionario de alto nivel en el Banco de México. A la Junta de Gobierno se le concedieron atribuciones amplísimas, expresamente señaladas en el Capítulo II del acta constitutiva. La Junta se ocuparía directamente de vigilar que las actividades de la institución estuvieran en consonancia con los principios y propósitos de su reglamento jurídico, con el buen ejercicio financiero y con lo que ya se podía considerar actividad consuetudinaria heredada de La Casa: las labores académicas.

De esta forma se mantuvieron las excelentes relaciones que La Casa había tenido con sus amigos y benefactores, afianzándolas y proyectándolas en beneficio de la nueva institución. La red era amplia: abarcaba ciertos sectores clave del gobierno, como la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, el Banco de México y la Secretaría de Educación Pública; las instituciones de cultura superior más importantes del país, como la Universidad

<sup>4</sup> “Acta constitutiva”, 1976, p. 657.

Nacional y el Instituto Politécnico; y una pujante empresa editorial, el Fondo de Cultura Económica —institución gemela, como la había llamado Reyes pocos meses antes—,<sup>5</sup> que a lo largo de dos décadas mantendría una estrecha relación con El Colegio de México. Además de los vínculos institucionales existían otros que se manifestaban en términos personales, y que se complementaban y enriquecían con otras dimensiones: todos los miembros de la Junta tenían larga y estrecha amistad entre sí.

Los propósitos específicamente académicos de El Colegio se precisaron en la siguiente forma:

- (a) patrocinar trabajos de investigación de profesores y estudiantes mexicanos; (b) becar, en instituciones o centros universitarios o científicos, en bibliotecas o archivos extranjeros, a profesores y estudiantes mexicanos; (c) contratar profesores, investigadores o técnicos extranjeros que presten sus servicios en el “Colegio de México” o en instituciones educativas u organismos gubernamentales; (d) editar libros o revistas en los que se recojan los trabajos de los profesores, investigadores o técnicos, a que se refieren los incisos anteriores; (e) colaborar con las instituciones nacionales y extranjeras de educación y cultura para la realización de fines comunes.<sup>6</sup>

<sup>5</sup> Carta del 2 de diciembre de 1939, en HENRÍQUEZ UREÑA y REYES, 1983 tomo III, p. 465: “La Casa de España y el Fondo de Cultura Económica, instituciones gemelas, que nos repartimos entre Daniel y yo”.

<sup>6</sup> “Acta constitutiva”, 1976, pp. 655-656.

Sin duda estos propósitos manifiestan la intención de dar a la institución un perfil jurídico más nacional, como borrando la impronta española que su antecesora había adquirido en los dos años que existió como Casa. Pero la realidad demostraría que en la práctica la institución se lanzaría a combinar esos objetivos con la universalidad que desde el comienzo habían pretendido sus fundadores. El contacto estrecho entre investigadores mexicanos y extranjeros, ya no sólo españoles sino también latinoamericanos, proponía una universalidad intelectual, característica de toda gran obra cultural mexicana,<sup>7</sup> y abría el camino hacia la fuerte proyección continental e internacional que ha distinguido a El Colegio a lo largo de su medio siglo de vida.

Por lo demás, el acta constitutiva se ocupó de precisar ciertos detalles importantes en el funcionamiento y la estructura de la nueva institución. (a) El domicilio quedaba radicado en la ciudad de México, pero se le reconocía a El Colegio el derecho de establecer delegaciones en otras ciudades de la República Mexicana y del extranjero. (b) Se estipulaba que la institución duraría 30 años, prorrogables. (c) Se aclaraba que habría dos tipos de socios: los fundadores y los contribuyentes; estos últimos debían cubrir cuotas periódicas, determi-

<sup>7</sup> "Memorándum sobre El Colegio de México", sin duda redactado por A. Reyes, aunque no lleva su firma. AHCM, Rollo "Casa de España", exp. AG-69.



nadas por la Asamblea de Socios; sus derechos serían fijados por un reglamento especial, y se especificaban las causas que podían ser motivo de exclusión. (d) Quedaba legalmente establecido el derecho de recibir legados o donaciones simples o condicionados, siempre que la condición fuera compatible con los fines de El Colegio. (e) También se disponía, en caso de disolverse, que los bienes de El Colegio pasarían al Fondo de Cultura Económica. Otras consideraciones incluían (f) las causas de remoción de los miembros de la Junta de Gobierno; (g) los procedimientos a seguir en caso de vacantes, renunciaciones y solicitudes; (h) las normas a cumplir por la Asamblea de Socios y las acciones a seguir en caso de que se tuvieran que exigir responsabilidades; (i) la asunción de todas las responsabilidades contraídas hasta ese momento por La Casa de España en México. En suma, el acta constitutiva no sólo demuestra que fue pensada y redactada con atención precisa a los detalles legales, prácticos y administrativos, sino que se tuvieron en cuenta tanto las exigencias del momento como las puertas que podían abrirse en el futuro.

### *Los primeros pasos*

Los primeros pasos de El Colegio de México fueron difíciles. Su carácter como institución era tan novedoso que sus funciones resultaron imprecisas para casi todo el mundo; el hecho de ser heredero

de La Casa de España hizo que, a pesar de sus afa-  
nes, se le continuara identificando y aun confun-  
diendo con ella por lo que concernía a sus fines, a  
su organización interna, a su lugar dentro del pa-  
norama cultural mexicano. En realidad, era expli-  
cable que hubiera confusión en cuanto al carácter  
de la institución recién creada, pues estaba a me-  
dio camino entre la casa de estudios y el centro de  
investigación. Este carácter doble era el que que-  
ría dársele a El Colegio para hacer de él una insti-  
tución complementaria pero esencial de la vida  
académica mexicana, donde se realizara lo que no  
se hacía en ninguna otra institución de educación  
superior en México.

Las funciones que El Colegio cumplió dentro  
del conjunto de instituciones culturales mexicanas  
estuvieron determinadas, en gran medida, por el  
acoplamiento de sus recursos humanos y materia-  
les a las necesidades y a las oportunidades que se  
fueron presentando al paso de los años, según las  
circunstancias. A las actividades docentes y de in-  
vestigación especializada, que recuerdan las del  
Centro de Estudios Históricos de Madrid, se agre-  
gó la aplicación consciente de todo un plan de for-  
mación de cuadros intelectuales del más alto nivel  
para México y América Latina. Por otra parte, El  
Colegio se ocupó también de patrocinar proyectos  
especiales; de conceder un modesto pero digno  
mecenazgo a escritores y artistas jóvenes que con  
el paso del tiempo llegarían a ser famosos; y de  
realizar todo un conjunto de actividades plurales,

orientadas a llenar los huecos dejados por las demás instituciones en el impulso de la cultura en México.

El lugar que El Colegio supo hacerse en el ámbito mexicano se logró paso a paso, a lo largo de los años, después del brillante y veloz despegue inicial de su antecesora, La Casa de España en México. Su perfil fue tomando forma año tras año. En trance de inventarse a sí mismo y de encontrar su camino, ya que había metas, pero no derroteros, procuró primero organizarse internamente en centros docentes y de investigación, aprovechando el talento de intelectuales excepcionales de variada procedencia: mexicanos, españoles, argentinos. Estos centros habrían de vivir según sus propios ritmos, de acuerdo con sus características y peculiaridades, creando sus tradiciones particulares dentro de la tradición general de El Colegio, acumulando sus propios éxitos y fracasos. Cada uno de ellos tiene una historia individual y única, que no se da en el vacío sino integrada a la historia general de la institución, a la historia del país y, también, a la del mundo.

El Centro de Estudios Históricos, el Centro de Estudios Sociales y el Centro de Estudios Filológicos conformaron la triple base inicial sobre la cual El Colegio se organizó durante su primera década de vida, aprovechando los talentos y el impulso del excepcional grupo de estudiosos españoles y mexicanos con que contó desde sus inicios. A estos centros habría que agregar, dentro de una categoría

especial conformada por ejemplares únicos, el “Seminario del pensamiento en lengua española” dirigido por José Gaos, y otro proyecto singular que germinó al final de esa década: el “Seminario de historia moderna de México”. Al lado de estas excepcionales secciones internas creció y se desarrolló una serie de actividades culturales complementarias que aportaron también sus éxitos a la creación de El Colegio: conferencias, seminarios públicos, entre otras.

Poco a poco se empezó a difundir la imagen de una institución especial y distinta de las existentes, que llegaba a provocar reacciones extremas: entusiasmos desbordantes u hondas enemistades. Evidentemente era única entre las instituciones culturales mexicanas, ya que por sus características participaba de varias pero no se identificaba con ninguna. Sin ser una universidad impartía cursos avanzados cuya excelencia reconocían la Universidad Nacional y la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), hasta el punto de ser éstas las que expedían los títulos o grados correspondientes a los becarios de El Colegio. Sin ser un instituto de investigación, investigaba mucho y bien, armonizando la docencia con la preparación de investigadores profesionales y llenando los huecos que en el conocimiento del pasado mexicano no abordaban otras instituciones. Así, mientras la ENAH se afaná en estudiar y recuperar el pasado indígena, El Colegio centró su interés sobre todo en la valoración del pasado colonial y más tarde,

en los años cincuenta, en recuperar del olvido la segunda mitad del siglo XIX. Sin ser una editorial, propiciaba que se escribieran libros y los publicaba, asociada con el Fondo de Cultura Económica, la casa editorial en proceso de convertirse en la más importante de lengua española gracias al impulso enorme que dio a la expansión, actualización y enriquecimiento de la cultura en México en todos sus ámbitos y temas.

Al fundarse El Colegio, era innegable el orgullo por lo mucho que en tan poco tiempo había logrado La Casa de España. El 31 de octubre de 1940 Alfonso Reyes enumera esos logros en carta a su amigo José Loredó Aparicio (quien durante los años de la guerra civil española había sido funcionario de la Embajada de España en México), y lo hace en gracioso estilo de parte militar:

La Casa de España se desenvolvió sin obstáculos. Se acabó sola aquella guerrilla de envidias. Demostramos el movimiento andando. Se acabaron los recelos sobre el carácter que podrían tener nuestros trabajos en el orden social. Nos derramamos por la República en conferencias y cursillos. Conquistamos las plazas más reacias, que ahora se disputan a nuestros catedráticos. Publicamos muchos libros. Ayudamos muchas investigaciones. Hicimos donaciones a Laboratorios y Bibliotecas científicas.<sup>8</sup>

Pero este orgullo por el pasado debía también

<sup>8</sup> Carta en AHCM, Rollo "Casa de España", exp. AG-339.

ser estímulo y derrotero hacia el porvenir. El propio Reyes veía con gran optimismo el paso dado al transformar La Casa en El Colegio. En la misma carta explica el origen de este proceso:

Al aproximarse el fin de la actual Administración, el señor Presidente Cárdenas, deseoso de que la Institución perdurara en sus labores culturales, salvara el tránsito y no se la volviera a mezclar con motivos políticos ni se discutiera más su valor nacional, aprobó el que se le llame en adelante *El Colegio de México*, y conservando la planta de colaboradores españoles que han dado buenas pruebas y a quienes de hecho se logró vincular en Universidades, Institutos y Laboratorios, se ensanche a catedráticos, investigadores y estudiantes mexicanos, así como a otros investigadores extranjeros que están en el caso de los españoles: y que, constituida ya como lo está en Institución Civil de fines no lucrativos, por escritura pública, se la desvincule del orden burocrático. Dicha Institución será sostenida por algunas organizaciones mexicanas y, a la cabeza de ellas, el gobierno mismo en una dotación global de cada presupuesto. Estamos en actitud de aceptar legados y donativos para aplicarlos a fines conformes con nuestros Estatutos. Como usted verá, hemos dado un gran paso.

En contraste con este optimismo inicial, a principios de 1941, después de la toma de posesión del presidente Manuel Ávila Camacho, los problemas parecieron acumularse en proporción abrumadora. No se logró fijar rápidamente el nuevo carácter

de la institución en la mente del público, ni tampoco en la del presidente Ávila Camacho. Los fines culturales de El Colegio se siguieron confundiendo —como se confundieron los de La Casa— con consideraciones de tipo político. Así, ciertas dependencias del Gobierno Federal lograron traspasarle a El Colegio los compromisos adquiridos previamente con políticos republicanos españoles, como en los casos del ex-embajador de España en México, Félix Gordón Ordás, y del jurista refugiado, Mariano Ruiz Funes,<sup>9</sup> que fueron incorporados al plantel de la institución. Estos auxilios eran sin duda legítimos en sí mismos, pero El Colegio no creía que le correspondiera a él solventarlos, y se defendió como pudo —no siempre con éxito— de tales imposiciones. El que su presupuesto dependiera casi en su totalidad del gobierno hacía que éste considerase a El Colegio como una institución gubernamental y le pareciese lógico, por tanto, exigirle que aceptara obligaciones políticas o burocráticas, aunque fueran ajenas al mundo académico. Así, uno de los propósitos más importantes de la transformación de La Casa, el de independizarla de compromisos políticos mexicanos y españoles, se vio amenazado desde un principio por las presiones externas.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> La Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal se interesaba en que se creara una cátedra de criminología y un Instituto de Estudios Penales, con Ruiz Funes a la cabeza. AHCM, Rollo 5, exp. 382.

<sup>10</sup> El análisis de la situación inicial se hizo de manera exhaustiva

Para colmo, el nuevo gobierno, en un triste rasgo característico de ciertos momentos de la política mexicana, mostró de entrada que no tenía intenciones de continuar sin más con la generosidad financiera de que había hecho gala su predecesor, y, como veremos en detalle más adelante, redujo drásticamente la asignación anual que se otorgaba a El Colegio según el acta constitutiva. Ante esto en El Colegio se llegó a la desconsoladora conclusión de que

tal situación sólo podría remediarse totalmente el día en que consiguiéramos prescindir en absoluto de la retribución del Estado. Por lo menos, es de elemental prudencia el precaverse desde ahora contra los peligros de una situación que puede crear una tirantez creciente y determinar en cualquier momento una negativa del Gobierno para seguir contribuyendo a los gastos de El Colegio. Lo primero que se ocurre, es ponerse en condiciones de resistir la posible disminución de esta contribución del Gobierno.<sup>11</sup>

---

en un "Memorándum sobre las actuales condiciones de El Colegio de México", redactado en febrero de 1941, posiblemente por Alfonso Reyes. En AHCM, Rollo "Casa de España", exp. AG-69. Véase también una carta del Secretario de Educación Pública, Octavio Véjar Vázquez, a Alfonso Reyes, citada por GONZÁLEZ, 1976, p. 531.

<sup>11</sup> "Memorándum sobre las actuales condiciones", citado en nota 10.



*Soltando amarras*

Para ponerse en esas condiciones, a fines de 1940, el presidente de la Junta de Gobierno, de acuerdo con ésta, desligó de El Colegio a un buen número de antiguos miembros de La Casa que se habían vinculado con otras instituciones del país y estaban en posibilidad de continuar sus actividades sin aprietos.<sup>12</sup> En la comunicación que el 25 de octubre de 1940 Alfonso Reyes envió a los interesados, se les explicaba que el nuevo Colegio recogería los contratos dados por la antigua Casa, hasta su término ese diciembre, ya que los propósitos de la nueva institución eran ampliar sus objetivos culturales a la vez que darles “mayor arraigo en las necesidades del país”.<sup>13</sup>

A raíz de este cambio, los científicos antes vinculados a La Casa de España pasaron definitivamente a otros centros mexicanos de investigación especializada, quedando en El Colegio sólo doce de los antiguos refugiados miembros de La Casa, entre humanistas, historiadores, filósofos y sociólogos. Estos doce miembros españoles fueron Jesús Bal y Gay, Juan de la Encina, Enrique Díez-Canedo, José Gaos, Ramón Iglesia, José Medina Echavarría, Agustín Millares Carlo, José Moreno Villa, Luis Recaséns Siches, Juan Roura Parella,

<sup>12</sup> Véase en LIDA, 1988, cap. XIII, la lista de miembros de La Casa que quedaron desligados de El Colegio en esos momentos.

<sup>13</sup> Alfonso Reyes a Álvaro de Albornoz, 25 de octubre de 1940, AHCM, exp. Albornoz.

Adolfo Salazar y Joaquín Xirau. Además, se renovaron las becas de los tres estudiantes mexicanos que ya estaban en La Casa desde 1940: Leopoldo Zea, estudiante de la Universidad Nacional, para que continuara los estudios de filosofía bajo la dirección de José Gaos; Juan Hernández Luna, también estudiante de filosofía proveniente de la Universidad de Morelia, y José Iriarte Guzmán, estudiante de química, que como discípulo y ayudante de Antonio Madinaveitia trabajaría con él en el laboratorio de Ciencias Químicas de la Universidad Nacional, creado por La Casa y pendiente de terminar por El Colegio.<sup>14</sup>

En otras palabras, se intentó reducir a los límites viables y propios de la nueva institución, no de la antigua, los compromisos adquiridos fuera y dentro. Se podría decir que fue una cautelosa política defensiva: de atrincherarse en previsión de futuros ataques y críticas, de ajustarse el cinturón para ir de acuerdo con tiempos difíciles, y de aclarar a todos el nuevo perfil académico de la institución. En palabras que circularon en el mismo Colegio,

el fijar en estos términos precisos nuestros propósitos contribuirá, por una parte, a evitar las confusiones sobre el carácter de El Colegio de México y, por otra, a precavernos contra las reducciones presupuestales, encaminándonos a una situación paulatina de relativa independencia económica. Sólo así

<sup>14</sup> LIDA, 1988, pp. 141-142 y 175.

podríamos, además, obtener la deseada colaboración de fundaciones extranjeras para fines precisos. Sólo así podríamos dar eficacia a nuestra labor y viabilidad a nuestra institución.<sup>15</sup>

En 1941 se tomaron diversas medidas encaminadas a limitar las actividades de la nueva institución exclusivamente a aquellas labores que le eran más propias: las académicas centradas en la investigación y en los estudios superiores que no se realizaran en ninguna otra institución del país. Con esas medidas se buscó evitar que el gobierno descargara sobre el presupuesto de El Colegio gastos propios que debía afrontar por su cuenta, como en los casos de Gordón Ordás y de Ruiz Funes; además, se quiso impedir que los antiguos colaboradores de La Casa, que ya estaban en otras instituciones, actuaran como si tuvieran derechos adquiridos en la nueva y recurrieran a presiones oficiales o de otra índole para seguir adscritos a la nueva institución. Por otra parte, se pensó que con estos cambios se podría presionar a los diversos centros académicos que recibían los servicios de profesores pagados desde los tiempos de la antigua Casa para que los incluyesen en sus propios presupuestos, como era justo. También se decidió reajustar los sueldos a todos los que continuaran trabajando para El Colegio, “pues no es posible

<sup>15</sup> “Memorándum sobre las actuales condiciones”, citado en nota 10.

seguir pagando nuestra cuota máxima en condiciones absolutamente incoherentes con las prácticas nacionales”, y con claridad meridiana se explicó a los colaboradores contratados “que su compromiso es exclusivamente para el trabajo que se concierte y no supone condición permanente adquirida como para los miembros de una academia”.<sup>16</sup>

Para que El Colegio de México pudiera echar a andar por sus propios caminos, era necesario soltar algunas amarras y liquidar ciertos compromisos heredados de La Casa de España, entre los cuales destacan el Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos (LEMB)<sup>17</sup> y el Instituto de Química. Ya sabemos que La Casa había recibido a muchos científicos republicanos españoles: médicos, químicos, entomólogos, físicos, etcétera, y que se había ocupado de encontrarles y, en ocasiones, incluso de crearles un lugar en México para que siguieran practicando sus profesiones.<sup>18</sup> Al convertirse El Colegio en un centro especializado en las humanidades, antes de decirles adiós procuró asegurarse de dejarlos encarrilados, en condiciones de continuar su labor valiéndose por sí mismos. El

<sup>16</sup> “Memorándum” citado en la nota 7.

<sup>17</sup> Antes se había llamado Laboratorio de Fisiología. Recibió su nuevo nombre en 1941, “de común acuerdo con quienes laboran en estos laboratorios”. Carta de Ignacio González Guzmán (director del Laboratorio) a Alfonso Reyes, 29 de julio de 1941, AHCM, exp. AG-308.

<sup>18</sup> Véase LIDA, 1988, pp. 140-141, *passim*.

Colegio heredó de La Casa una actitud general de protección generosa y paternal de su gente.

Para el LEMB, La Casa obtuvo un auxilio de 5 000 pesos de la Fundación Rockefeller.<sup>19</sup> El laboratorio quedó bajo la tutela de la Facultad de Medicina de la UNAM y se instaló en el edificio de la Escuela de Medicina, que ocupaba el antiguo Palacio de la Inquisición, en la esquina de las calles de Brasil y Venezuela. La dirección quedó en manos del médico mexicano Ignacio González Guzmán, presidente de la Academia de Medicina, de 1937 a 1939, y profesor de Fisiología General y Embriología en la Escuela de Medicina. Entre su personal estaban varios investigadores pagados por La Casa: Isaac Costero, Jaime Pí-Suñer y Rosendo Carrasco Formiguera, y en distintos momentos trabajaron en él también los doctores Urbano Barnés, Gonzalo R. Lafora, Manuel Márquez, Dionisio Nieto, Federico Pascual del Roncal, Manuel de Rivas Cherif y Francisco Guerra.<sup>20</sup>

Durante los primeros dos años de vida de El Colegio, Reyes se ocupó del LEMB en múltiples formas: recibía el programa anual de trabajo; compraba libros científicos;<sup>21</sup> ayudaba a conseguir equipo; solicitaba donativos para sus labores, como fue el caso con Eduardo Villaseñor, quien dio 60 dólares el 5 de agosto de 1941. Del 16 de oc-

<sup>19</sup> AHCM, Rollo "Casa de España", exp. AG-74.

<sup>20</sup> AHCM, exp. AG-308.

<sup>21</sup> AHCM, exp. AG-308.

tubre de 1940 es una curiosa y tierna comunicación de Reyes a su amigo Gustavo Baz, rector de la Universidad Nacional, que muestra el grado de minucia a que llegaba para hacer que las cosas marcharan:

Mi querido Gustavo: Se me informa que nuestro Laboratorio de Fisiología está en marcha y muy adelantado, pero que los doctores Carrasco Formiguera y Pí-Suñer no podrán comenzar a trabajar inmediatamente porque necesitan unas jaulas para llevar sus animalitos, el criado y alimentos consiguientes. Sé que usted tiene el proyecto de mandar hacer de una vez por todas una buena serie de jaulas que sirvan para todos los servicios de la Facultad, pero que este proyecto supone algún tiempo. Le consulto si, en bien del Laboratorio naciente, no convendría mandar hacer unas cinco jaulas provisionales para los citados investigadores. Muy agradecido lo saluda afectuosamente su amigo, El Presidente, Alfonso Reyes.<sup>22</sup>

El 15 de mayo de 1943 se cortaron las amarras; en esa fecha González Guzmán le comunica a Reyes que la UNAM finalmente se ha hecho cargo del Laboratorio.<sup>23</sup>

Por lo que concierne al Instituto de Química, los planes para su realización se hicieron todavía bajo el cobijo de La Casa de España. Inicialmente

<sup>22</sup> AHCM Rollo 1, exp. G. Baz.

<sup>23</sup> AHCM, exp. AG-308.

sólo se pensó en un laboratorio de química, para ofrecerlo “por su cuenta” a la Escuela de Ciencias Químicas de la UNAM y ponerlo bajo la dirección del doctor Antonio Madinaveitia. También se estudió la posibilidad de traer a México al destacado químico español Enrique Moles y, “en todo caso, de concentrar la acción de nuestros químicos bajo una dirección técnica que gobierne sus trabajos”.<sup>24</sup> En septiembre de 1940 quedó aprobado el presupuesto (18 150 pesos) para la construcción de este “pabellón de Química”, que sería construido como un “alto” sobre la Facultad de Ciencias Químicas de la Universidad, en la calle de Cruces 5, en Tacuba. El arquitecto responsable fue Marcial Gutiérrez Camarena.<sup>25</sup>

El 4 de abril del año siguiente, Reyes tuvo la alegría de poder anunciar la inauguración, ya con el nombre de Instituto de Química, y de invitar para ello a todo el personal del Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos. Esto sugiere que, además de las relaciones personales y profesionales entre médicos y químicos republicanos españoles, debe haber habido ya una relación precursora de posteriores estudios conjuntos, apuntando a la actual simbiosis fructífera que se da en la bioquímica.

A fines del mismo año de 1941 el Instituto rindió a El Colegio un detallado informe sobre las

<sup>24</sup> AHCM, Rollo “Casa de España”, exp. AG-74.

<sup>25</sup> AHCM, exp. AG-294.

labores desarrolladas. Se pueden constatar en él los mismos propósitos y aun los mismos procedimientos pedagógicos que animaban a El Colegio en las humanidades: formar investigadores investigando, y centrar el interés en estudios de importancia nacional. Para ello, en 1941 el Instituto matriculó a cuatro alumnos en un programa de doctorado, y se encargó de impartirles la enseñanza práctica durante tres horas diarias de laboratorio, para que iniciaran así las investigaciones que les servirían luego como tesis de doctorado. “Nuestro deseo —afirman el doctor Madinaveitia y el doctor Fernando Orozco, director del Instituto, que avalaron el informe con su firma— es formar en México los investigadores que tanto necesita para desarrollar su industria, creando una tradición que continúe la vida del Instituto”.

Las investigaciones efectuadas con un interés práctico para el país fueron las siguientes: el estudio del agua de los lagos alcalinos de México con el propósito de explotar la sosa, y sustituir su importación; la explotación racional de las esencias, para lo cual se hizo un estudio de las que provienen de las distintas variedades de pinos mexicanos, del árbol del Perú (el pirul) y la de lináloe; el estudio del guayule y el de la goma del nopal, de la cual se pensaba que podía sustituir a la goma de tragacanto empleada en la industria de tejidos.

En 1942 se planeaba continuar con una serie de investigaciones prácticas, posibles solamente en caso de recibir los materiales especializados pro-



metidos por la Fundación Rockefeller, e iniciar una serie de investigaciones sobre química pura, con el fin de construir una base teórica sólida sobre la cual planear investigaciones prácticas.

Como el resto de El Colegio, a principios de 1942 el Instituto experimentó un sobresalto presupestal. En febrero, Reyes le suspendió la ayuda económica que solía otorgarle El Colegio y sugirió que el director se pusiera en contacto con Daniel Cosío Villegas, “quien, por parte del Banco de México, S.A., tiene encargo de solicitar de ese Instituto algunos trabajos, de que pudiera resultar la compensación complementaria del caso”.

Las amarras entre el Instituto y El Colegio se cortaron definitivamente a principios de 1943. Fernando Orozco, el director, le expresó a Reyes, en carta del 18 de febrero, que para él era una triste noticia ver desvinculadas a ambas instituciones por dificultades económicas. Orozco prometía hacer lo imposible por que no muriera la obra iniciada, y manifestó su deseo de que “en lo sucesivo no lleguen a romperse los estrechos lazos que nos unen en lo espiritual y en lo intelectual; anhelo que el Instituto siga siendo para ustedes lo que hasta ahora: un hijo predilecto de El Colegio de México”. En efecto, ciertas ligas sí subsistieron: El Colegio continuó dándole ayuda económica al doctor Madinaveitia, y más tarde —el 18 de noviembre de 1943— incluso le concedió una “pensión” de \$120 mensuales a Manuel Gómez Velasco, “a partir del 1<sup>o</sup> de febrero del año entrante y hasta el

31 de diciembre, pensión renovable de año en año mientras el trabajo de usted sea satisfactorio y hasta que concluya usted su carrera de Química en la Escuela de Ciencias Químicas de la Universidad Nacional''.<sup>26</sup>

La transición de La Casa a El Colegio también incluyó la continuación del apoyo a instituciones ajenas, con las que no era posible suspender relaciones de modo abrupto. Así, durante 1941, El Colegio continuó colaborando con pequeños donativos al Hospital General. El 14 de enero, el doctor Ignacio Chávez, director del Hospital, solicitó a Cosío \$1 200 anuales para comprar publicaciones periódicas; a mediados de año, el 22 de agosto, Reyes le pide al propio Chávez que le extienda un recibo por las revistas donadas por El Colegio al Hospital. Por si esto fuera poco, a fin de año El Colegio envía \$1 500 para equipo del Hospital General.<sup>27</sup>

Las relaciones anudadas durante la época de La Casa con el Instituto Politécnico Nacional (IPN) continuaron de múltiples maneras hasta bien entrada la década. En varios casos, Reyes y Cosío pugnaron por que el IPN se hiciera cargo de los profesores que daban clase en sus escuelas pero cuyo salario pagaba el propio Colegio. Esto es lo que sucedía, por ejemplo, en el caso del destacado quí-

<sup>26</sup> Todas las referencias al Instituto de Química se encuentran en AHCM, exp. AG-294.

<sup>27</sup> AHCM, exp. AG-294.

mico José Giral, cuyo sueldo era de \$600, y el del prestigioso astrofísico Pedro Carrasco. Todavía en 1944 El Colegio seguía pagando el sueldo completo de Giral y parte del de Carrasco; a lo largo de ese año Reyes y Cosío insisten ante el director del IPN, Manuel Sandoval, y su secretario general, Enrique Sánchez Lamego, para que el Instituto incorpore a Giral y a Carrasco definitivamente en sus nóminas. A fines de 1944 —el 2 de diciembre— Reyes le escribe a Sánchez Lamego ofreciendo que El Colegio pague la mitad, es decir \$300 mensuales, del salario de Giral, y el IPN se haga cargo del resto. Además de esto, al iniciarse 1941, Reyes concedió tres becas al Instituto para que algunos estudiantes del Politécnico estudiaran en El Colegio, pero, según parece, no hubo quien las ocupara.<sup>28</sup>

En este periodo de transición de La Casa de España a El Colegio de México, no sólo se cortaron las amarras con otras instituciones sino también con ciertos intelectuales y políticos, con quienes por múltiples razones existía un compromiso monetario. Es lo que sucedió con el inquieto embajador de la República Española en México durante la guerra civil, Félix Gordón Ordás, quien siguió recibiendo ayuda económica de El Colegio hasta que en 1942 pasó, por orden del Presidente de la República, a la nómina de la Secretaría de Ha-

<sup>28</sup> Todas las referencias sobre el IPN, en AHCM, exp. AG-292.

cienda, con un sueldo de \$600 mensuales.<sup>29</sup> Algo semejante ocurrió con Mariano Ruiz Funes, quien en 1942 pasó a ejercer otras labores como jurista y criminólogo. El caso más excepcional fue el del crítico e historiador del arte, Juan de la Encina, cuya cátedra de Historia del Arte en la UNAM continuó pagando El Colegio hasta su muerte en 1963.

*Los Dioscuros: Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas*

Alfonso Reyes presidió El Colegio de México durante poco menos de dos décadas, desde que se fundó hasta el día de su muerte, el 27 de diciembre de 1959. Los casi dos lustros en los que Daniel Cosío Villegas colaboró de cerca con Reyes dejaron también una huella imborrable. Parte fundamental de la imagen de la institución la crearon y sostuvieron estos espléndidos fundadores que, como los dos hijos gemelos de Zeus, durante los primeros años reinaron juntos en el firmamento de El Colegio: don Alfonso Reyes y don Daniel Cosío Villegas. Tanto Reyes como Cosío representaban en México una muy especial “aristocracia del espíritu”.

En Alfonso Reyes, el mayor de los gemelos colegiales —“el mayor de los Dioscuros”, como lo

<sup>29</sup> AHCM, Rollo 3, exp. F. Gordón Ordás.

llamó Adolfo Salazar—,<sup>30</sup> reinaba una especie de “aristocracia total”, que abarcaba facetas variadísimas. Por nacimiento pertenecía a una familia rica y poderosa, que en los años anteriores a la Revolución estaba asentada en la cima del poder político. Tal vez por ello, don Alfonso sabía co-dearse con la más absoluta naturalidad con la alta sociedad mexicana y conocía íntimamente sus resortes. Por otra parte, como diplomático había colaborado en el quehacer de los gobiernos surgidos de la Revolución, conocía y trataba a sus hombres y podía relacionarse con ellos desde una postura aventajada: la del gran intelectual, descendiente de una familia política. Además, vivió largo tiempo en España, Francia, Argentina y Brasil, donde conoció personalmente a muchos de los grandes escritores y académicos de fama internacional, trabó amistad personal con ellos y se empapó de la cultura europea y latinoamericana en forma directa. Por último, Reyes destacaba por su carácter gentil y amable, que se expresaba en una cortesía exquisita, aunque no le faltaban firmeza y decisión, y por una gracia natural que fluía continuamente en el trato de todos sus asuntos. Hasta para citar a la Junta de Gobierno, Reyes derrochaba encanto y finura, como se ve en la siguiente misiva del 21 de febrero de 1950 a uno de sus miembros, el doctor Gustavo Baz:

<sup>30</sup> AHCM, carta de Salazar del 13 de julio de 1942.

Mi querido Gustavo:

La Junta de Gobierno del Colegio de México se reunirá el próximo martes 28 a las 7 de la noche en esta su casa, Av. Industria 122. Le ruego que no nos falte. La sesión será breve y se reducirá a la determinación de algunos puntos muy fáciles y de rápida resolución, pues me he esforzado esta vez por no presentar a ustedes ya problemas sino resultados.

Aunque priva en esta ciudad la práctica viciosa de volver a recordar las citas a última hora, creo que con esta invitación basta y sobra, y no le importunaré con otro aviso. Sólo le ruego que si desgraciadamente a última hora sus muchas obligaciones me privan del gusto de verlo, delegue usted su representación en don Eduardo Villaseñor o en don Alfonso Caso, que me han ofrecido ya concurrir. Pero lo ideal sería que yo tuviera aquí a mi buen amigo Gustavo.<sup>31</sup>

¿Quién podría resistir invitación tan amistosa, tan sutilmente imperativa, tan delicada?

Armado de tantas cualidades para su labor como presidente, Reyes estaba decidido a dar lo mejor de sí mismo y se entregó a ella por completo, rehusando todo otro nombramiento, por atractivo que fuera. Este principio lo mantuvo desde el momento en que aceptó la presidencia del Patronato de La Casa de España. Al rechazar una jugosísima oferta de la Universidad de Texas, en carta del 22 de marzo de 1939 a su gran amigo Pedro Henríquez Ureña, resumió sus compromisos y sus propósitos para el futuro:

<sup>31</sup> AHCM, Rollo 1, exp. G. Baz.

No quiero desterrarme, volverme pocho y ser un instrumento más de absorción de los elementos latinoamericanos por aquella gente. No quise volver la espalda a mi destino de mexicano y a mi nombre. Una cosa es andar en el servicio exterior de México (del que por ahora me retiro), y otra sería aceptar una desvinculación por cuenta ajena. He preferido quedarme aquí, quemarme aquí, recristalizar aquí, y el Presidente [de la República] me ha ofrecido una situación modesta pero hermosa: la Presidencia del Patronato de la Casa de España, a la que voy a procurar dar verdadera vida.<sup>32</sup>

Por lo demás, la actividad de Reyes como organizador y administrador de El Colegio no le impedía realizarse al mismo tiempo como hombre de letras.<sup>33</sup> Por las mañanas era el presidente de El Colegio, y como tal se presentaba puntualmente en su despacho para resolver los asuntos institucionales y contestar, con su claro y elegante estilo, una copiosísima correspondencia. Por las tardes Reyes se dedicaba a su propia obra literaria, en esa famosa casa que construyó fundamentalmente alrededor de su biblioteca.

Amén de la correspondencia interna de El Co-

<sup>32</sup> Carta citada por GARZA CUARÓN, 1988, p. 7.

<sup>33</sup> GARZA CUARÓN, 1989, pp. 419-424, destaca la enorme variedad de cualidades intelectuales, personales, administrativas y artísticas que se apreciaba en Reyes. Queda testimonio de este Reyes colegial en una graciosa poesía que reproduce y explica ALATORRE, 1989, pp. 9-14.

legio, donde incluso con el secretario-tesorero, Cosío, se comunicaba a menudo por escrito, sus cartas hacia afuera se dirigían a múltiples destinatarios. A funcionarios gubernamentales, solicitando facilidades en los trámites que los miembros de El Colegio tenían que hacer en las distintas dependencias oficiales: por ejemplo, en Gobernación y Relaciones Exteriores para legalizar la estancia en el país de algún profesor español, o para lograr los permisos de internación de los invitados extranjeros. También abundantes son las cartas a sus corresponsales y amigos en el extranjero —Pedro Henríquez Ureña, Amado Alonso, Tomás Navarro, Dámaso Alonso, Américo Castro—, para planear en detalle los posibles temas de investigación y publicaciones que podían emprenderse en y desde El Colegio, para discutir temas literarios, para animarlos a que vinieran a México a dar conferencias o cursos, para pedir ayuda en determinados asuntos. Había también recomendaciones personales, acuses de recibo, citatorios, saludos, ofrecimientos de cursos a distintas instituciones, cartas personales de aliento, de presentación, de agradecimiento. Nunca faltó una respuesta —breve o larga— que no reflejara atención, delicadeza y respeto hacia quien la recibía.

Dentro de El Colegio las comunicaciones escritas eran también múltiples, y denotan cuidado y vigilancia exquisitos de los distintos aspectos de la vida académica en la institución. Ésta se observaba minuciosamente, y su desarrollo se supervisaba



día tras día y a veces hora tras hora: peticiones de programas de cursos a los profesores, especificaciones sobre los contratos firmados y los compromisos contraídos, recordatorios de plazos convenidos para la entrega de trabajos, peticiones de que se explicasen o justificasen las faltas de asistencia o retrasos de los becarios, aclaraciones sobre las prácticas seguidas en El Colegio, etcétera.<sup>34</sup>

Las cartas de don Alfonso que se encuentran en el Archivo Histórico de El Colegio de México recorren una amplísima gama de asuntos, desde los más menudos y aparentemente insignificantes hasta los más amplios y de mayor envergadura. Es grato observar cómo Reyes estaba en todo, se ocupaba de todo, se informaba de los detalles mínimos y máximos de los asuntos de su responsabilidad, concediendo el mismo cuidado aparente a la redacción de un sencillo recordatorio para que, por ejemplo, se prepare un salón para una conferencia, que al contenido de un importante memorándum sobre las actividades que realiza El Colegio, con vistas a ser leído por las más altas autoridades del país o por los posibles mecenas a quienes se deseaba impresionar para que aflojasen los cordones de la bolsa. Como ejemplo de lo primero, vaya esta carta ceremoniosa pero de ánimo contrariado —que parece el boceto de un cómico cuadro de costumbres—, dirigida al director del Conservatorio Nacional:

<sup>34</sup> Sobre este Colegio de Reyes véase LIDA, 1989, pp. 481-486.

El curso sobre la música contemporánea que comenzó ayer el miembro de esta casa señor don Adolfo Salazar en esa Institución a su acertado cargo debió acomodarse provisionalmente en el único sitio que pudo encontrarse disponible y comenzó de un modo irregular, en virtud de que el personal de dicho Conservatorio no estaba advertido ni pudo poner a disposición del catedrático la luz y los elementos necesarios. Fue del todo imposible comunicarse con usted a última hora, y como además algunos de los concurrentes, al encontrar cerrada la puerta del aula del Conservatorio, se dirigieron a la servidumbre y ésta los envió al Palacio de Bellas Artes o a la Facultad de Música de la calle de Bucareli, de donde nuevamente regresaron al Conservatorio algunos, el señor Salazar se consideró obligado a no defraudar este interés, y así fue que comenzara su cátedra como buenamente pudo. Me apresuro a poner lo anterior en el superior conocimiento de usted, rogándole empeñosamente se sirva, si a bien lo tiene, dictar sus apreciables órdenes para que el caso no vuelva a repetirse el próximo jueves, día en que el señor Salazar dará su segunda lección. Para esta segunda lección, necesita ya de un modo indispensable el piano, la pizarra y el gramófono. En consecuencia, sería perdida si no contara con el aula apropiada y con los elementos del caso.<sup>35</sup>

Todas las tardes Reyes se consagraba por entero a su propia obra literaria, que aparecía año tras año, con gran regularidad. Parecía como si

<sup>35</sup> AHCM, carta a don Adalberto García de Mendoza, director del Conservatorio Nacional de Música, 29 de octubre de 1940.

su cargo de presidente de El Colegio, que lo ponía en contacto continuo con tantos mundos diferentes, en vez de restarle energías a su creatividad se las atizara. La presidencia de una institución tan *sui generis* como El Colegio debió funcionar como un estímulo para su obra personal, pues desde ella Reyes pudo crear para sí un ambiente cultural y literario que no existía en otro lugar de México. Al rodearse de un grupo tan excelente de intelectuales, en cierta forma se obligaba a superarse a sí mismo y, en cierta forma también, creaba para sus textos un público selecto que podía actuar a la vez como lector y como crítico, y que lo forzaba a dar lo máximo de su talento. Corroboró así la vieja verdad de que en México el actor no sólo debe saber actuar, sino que tiene que convertirse en empresario y construir su propio teatro.

Y eso no era todo; seguramente consciente de ser una figura pública, Reyes a menudo asistía por las noches a funciones culturales relacionadas con su bienamado Colegio: conferencias, recepciones, congresos. Habría que agregar, además, los actos político-culturales de los republicanos españoles, a quienes procuró acompañar siempre, y los relacionados con otros grupos progresistas, con el solo entendimiento de que su ayuda no fuera "en condición directiva alguna".<sup>36</sup> Así colaboró en la creación de algu-

<sup>36</sup> Véase AHCM, Rollo 7, 2 de enero de 1946; además, expedien-

nas de las escuelas del exilio, de las que fue promotor;<sup>37</sup> del Centro Republicano Español, de la Comisión Mexicana de Cooperación Intelectual (1943), del Comité Mexicano Pro-ayuda de Europa (1946), del Ateneo Español, que en 1949 ayudó al doctor José Puche a fundar, y de tantas otras obras de índole análoga. Esto fue agrandando su prestigio, convirtiéndolo en una figura conocida por quienes quizá no leían sus libros pero sabían quién era quién en el mundillo mexicano. Su notoriedad era tal, que una encuesta periodística en los años cincuenta equiparaba su fama pública nada menos que con la de María Félix, Carlos Arruza y Diego Rivera. Por derecho propio, don Alfonso se había convertido en el rey poeta de la República de las letras y las ciencias humanas, que presidía un platónico banquete en el cual los demás invitados eran los mejores espíritus del país.

Daniel Cosío Villegas, el gemelo menor, era muy distinto de Reyes a pesar de ciertas coincidencias esenciales. En el caso de Cosío, la aristocracia de la que hablamos era, sobre todo, la de la eficiencia y del buen hacer. Estaba obsesionado con ellas, y las compartía con todo un grupo generacional —la llamada generación de 1915— decidido a llevar adelante los aspectos constructivos de la Revolución Mexicana. La

---

tes 106 y AG-551.

<sup>37</sup> Véase LIDA, *et al.*, 1989, pp. 144-152.

labor de Cosío se centró, por una parte, en el enriquecimiento y la expansión de la editorial fundada por él en 1934, el Fondo de Cultura Económica; sin embargo, su dedicación al Fondo y sus labores en El Colegio no chocaron sino que se complementaron bien. Cosío captó para el Fondo gran parte del caudal de talento intelectual y literario que pusieron a su alcance los republicanos españoles de La Casa de España y otros a su llegada a México. En los cuarenta, gracias al impulso recibido en todos los órdenes por esta gran inyección de cultura traída por los refugiados (traducciones, creación literaria, conocimiento de las artes del libro, familiaridad con los textos nuevos e importantes en las distintas disciplinas del saber), el Fondo llegó a ser la editorial más prestigiosa del mundo de habla española. Como tal, desempeñó un papel principal en la apertura del mundo mexicano, e hispanohablante en general, a la cultura universal.

Por otra parte, el talento de Cosío como organizador y empresario también se demostró de 1940 al 46 y durante algunos meses de 1948 en la puesta en marcha y administración de El Colegio como secretario-tesorero, y más adelante, según veremos al referirnos a la década de los cincuenta, como director en 1958 y 59, y como presidente de 1960 a enero de 1963. Aunque peripatético, sus inquietudes directivas se manifestaron claramente en la búsqueda de financiamientos, para la cual estaba espléndidamente

dotado por sus múltiples relaciones con los hombres que ejercían el poder en diferentes sectores del gobierno y por el conocimiento que llegó a tener del funcionamiento de las fundaciones culturales norteamericanas. Además, su formación como sociólogo y economista lo llevó de modo natural a participar en la creación y en las labores del Centro de Estudios Sociales de El Colegio, así como, más adelante, sus intereses por la historia hicieron de ésta el núcleo de una investigación de gran envergadura que se desarrolló en la institución, a partir de 1948, sobre el México juarista y porfiriano.

Alrededor de Cosío se forjó poco a poco la leyenda de un hombre dedicado a su trabajo con apasionamiento total —característica que compartía con muchos de los hombres clave de El Colegio. Su carácter se fue haciendo famoso: era capaz de decir lo que pensaba en la forma más directa y precisa, con ironía, con sarcasmo y, a veces, con brutal candor. Véase sólo como botón de muestra el fragmento de una carta a un destacado colega académico:

... me demuestra, mi querido Paco, que usted a pesar de los años y de todo lo que los años llevan y traen, sigue siendo la misma *vedette* temperamental que alguna vez celebramos todos sus amigos y admiradores, pero que ahora nos pesa volver a encontrar. Sigue usted siendo una persona extremista, desor-

bitada, carente de todo sentido de proporción, de equilibrio y de justicia...<sup>38</sup>

Espíritu inquieto, a lo largo de los años Cosío se vio envuelto en multitud de escaramuzas y de batallas públicas y privadas: con sus colegas y amigos, por motivos intelectuales; con el gobierno, por motivos políticos. Quienes lo apreciaban, como Antonio Alatorre, le encontraban tres características esenciales: eficacia; claridad y honradez de pensamiento, y cordialidad y humanidad.<sup>39</sup> En cambio, quienes no lo querían sólo se atrevían a poner en duda estas dos últimas virtudes, aunque jamás las otras.

### *Los malabarismos del financiamiento*

Como ya lo adelantamos antes, desde sus primeros pasos como institución, El Colegio tuvo que enfrentarse a un problema que iba a ser permanente: el de su financiamiento. Mientras gobernó Lázaro Cárdenas se pudo contar con cierta generosidad presupuestal que permitió que La Casa de España hiciera muchas cosas con los 350 000 pesos que se le asignaron en el presupuesto federal. Con ese dinero pudo pagar el viaje a México de sus invitados españoles, ayudarles a instalarse,

<sup>38</sup> AHCM, Rollo 4, carta del 25 de julio de 1961.

<sup>39</sup> ALATORRE, 1971, pp. 1-4.

ofrecerles sueldos atractivos que incluso provocaron la envidia de algunos mexicanos y dieron pie a polémicas periodísticas, proporcionar a sus miembros los instrumentos de trabajo complementarios para que realizaran sus investigaciones en forma adecuada, sobre todo comprar libros que no hubiera en las bibliotecas, y, por último, algo nada deleznable y muy costoso: publicar sus libros.<sup>40</sup>

Pero una vez que Cárdenas fue sustituido en la presidencia por Manuel Ávila Camacho, a fines de 1940, casi coincidiendo con la fundación de El Colegio, aquella generosidad presupuestal dio paso a una larga etapa de reducciones y vaivenes en el financiamiento. Esos vaivenes, ligados por necesidad al ritmo sexenal de los gobiernos, con sus cambios y continuidades, durante décadas iban a mantener a la institución insegura del monto y la procedencia exacta de sus ingresos, en un estado de vulnerabilidad económica permanente. Esto le dio a El Colegio una conciencia muy viva de su propia fragilidad y obligó a sus autoridades a vivir perpetuamente procurando por todos los medios diversificar sus fuentes de ingreso, apelando a la generosidad de fundaciones norteamericanas como la Rockefeller,<sup>41</sup> y pidiendo donativos y becas a empresarios particulares, a agencias culturales de gobiernos extranjeros, como el Institut

<sup>40</sup> Véase LIDA, 1988, *passim*.

<sup>41</sup> Sobre la ayuda de las fundaciones norteamericanas véase COSÍO VILLEGAS, 1976, pp. 188-189.



Français pour l'Amérique Latine (IFAL), y a ricas chones mexicanos.

Por principio de cuentas, el gobierno de Ávila Camacho redujo la asignación presupuestal a El Colegio de los 350 000 pesos que se mencionaron en el acta constitutiva, y que La Casa había recibido anualmente, a sólo \$200 000. Asimismo, en vez de entregar todo el dinero prometido a principio de año, comenzó a entregarlo en mensualidades vencidas de \$16 666.66 cada una, con lo cual resultaba imposible que El Colegio pudiese invertirlo, es decir, comprar valores por la cantidad total y aprovechar los intereses que, a razón de 7.5% anual, hacían la entonces bonita suma de 22 500 pesos más. A raíz de esas dos disminuciones sustanciosas, en 1942 abundan las constancias de que la institución estuvo a punto de sucumbir por falta de fondos. En febrero, Reyes se vio obligado a notificar a varios profesores e investigadores de El Colegio que no podía seguir pagándoles, y en carta del 11 de febrero a su amigo Amado Alonso, le confía que “las condiciones del Colegio de México han mudado de pronto y no ‘por mejoría’ como en Ruiz de Alarcón”. En carta del 20 de febrero, también a Alonso, Reyes insiste en lo mismo: “aquí estamos pasando una tormentilla para salvar esta institución”,<sup>42</sup> y poco después le confesaba angustiado a Joaquín Xirau que “el porvenir está

<sup>42</sup> AHCM, Rollo 1, exp. A. Alonso.

en las rodillas de los dioses”.<sup>43</sup> Ese mismo año de 1942 Reyes lamentaba que la antigua labor editorial de la institución hubiera bajado, de su época de abundancia de La Casa de España en que se editaban cincuenta libros, a “5 libros al año y esto para salir simplemente de algún material ya adquirido”.<sup>44</sup>

En vista de todo esto, El Colegio se vio obligado a desprenderse de algunos de sus valores en reserva para poder cumplir compromisos, lo cual iba contra lo dispuesto originalmente por la Junta de Gobierno, que había decidido no tocar ese patrimonio y lo consideraba como un fondo para el futuro. Sin embargo, en 1943, dado el angustioso déficit por el cual pasaba la institución,<sup>45</sup> ésta, “para aumentar [sus] existencias”, efectuó la venta de una casa que en 1940 el Banco de México, uno de los socios fundadores, había donado

<sup>43</sup> AHCM, carta a Joaquín Xirau del 29 de abril de 1942.

<sup>44</sup> AHCM, Rollo 4. En exp. AG-18, leg. 1 aparece un documento que ejemplifica ampliamente esta patética situación; se trata de una lista de “Obras cuya publicación queda indefinidamente pospuesta y que se conservan en el archivo del Colegio”. Son 69 títulos entregados entre 1939 y 1946.

<sup>45</sup> En la “Auditoría de 1944” aparece un “resultado negativo neto” de \$252 124.11 para el ejercicio de ese año, mientras que el presupuesto anual asignado era de \$200 000. GONZÁLEZ, 1976, p. 531 señala que en 1942 el Secretario Véjar Vázquez informó a Reyes que “la secretaría de Educación Pública [representante del Gobierno Federal] quedó incapacitada para conceder ayuda económica al Colegio de México”. No hemos podido localizar el documento que cita Luis González ni verificar el dato en los presupuestos anuales consultados; lo que sí podemos afirmar es que las partidas mensuales llegaban con grandes retrasos, ocasionando enormes problemas.

a La Casa de España en la calle de las Artes 76, y también vendió al Fondo de Cultura parte del equipo de imprenta heredado de La Casa, que consistía en tipos móviles y matrices para linotipo enteramente nuevas.<sup>46</sup> Por si algo faltara, los pagos mensuales ofrecidos por el gobierno no se cumplieron con puntualidad y se temió que se suprimieran totalmente, con el pretexto de que La Casa de España en México ya no existía y que El Colegio no tenía asignación propia.

Ya hemos visto que a raíz de los cortes presupuestales de 1941 en adelante, El Colegio tuvo que cortar amarras con varias instituciones, deshacerse del personal cuyas investigaciones no eran esenciales a la institución e, incluso, reducir los sueldos de aquellos que continuaban incorporados a ella; gracias a esto ese año se logró un ahorro de casi 40 000 pesos. Una situación semejante se volvió a repetir en 1946: en una reunión de la Asamblea de Socios Fundadores, el 30 de enero, anunciaron nuevos recortes de personal, otra disminución de los salarios de los que permanecían y una reducción del presupuesto “de casi una tercera parte con respecto al del año anterior”. En esta ocasión, el representante del Gobierno Federal, Manuel J. Sierra —hijo de don Justo—, amigo de El Colegio, señaló mortificado “que convenía admitir que era motivo de pena y preocupación el saber

<sup>46</sup> AHCM, Rollo 6, exp. E. Villaseñor, carta de Reyes, y “Auditoría de 1944”, exp. AG-18, leg. 1.

que la rebaja [en el déficit] había sido conseguida principalmente disminuyendo los sueldos de todos los profesores del Colegio”.<sup>47</sup> En esa ocasión se anunció que se daría de baja a diversos colaboradores de El Colegio: Pedro Carrasco, José Moreno Villa, Juan Roura Parella, Luis Recaséns Siches, Arturo Arnáiz y Freg, Pedro Bosch Gimpera, José Mantecón, Javier Márquez, Manuel Pedroso, José Antonio Portuondo, Gustavo Polit, Dolores Riquelme, Agustín Yáñez, Gerardo Brown, Alfonso García Ruiz, Héctor Hernández Cervantes y Eugenio Ímaz. De éstos, los cuatro primeros habían estado afiliados a la institución desde la época de La Casa de España, otros eran profesores eventuales y los demás becarios. Al mismo tiempo se sugería que “a los señores Juan de la Encina, José Gaos, Juan David García Bacca, José Medina Echavarría, Agustín Millares Carlo, José María Miquel i Vergés, José Miranda, Concepción Muedra, Adolfo Salazar, Joaquín Xirau y Silvio Zavala, convendría plantearles nuestra situación y proponerles una rebaja de sus asignaciones, proporcionada a los ingresos que tengan en instituciones ajenas al Colegio”.<sup>48</sup>

Queda claro que si la nueva institución pudo sobrevivir durante el sexenio 1940-1946, fue con pe-

<sup>47</sup> AHCM, acta de la Asamblea, en exp. AG-18, leg. 1. En esa misma ocasión Reyes y Cosío señalan que el Banco de México hacía cuatro años que no les daba el subsidio prometido.

<sup>48</sup> “Memorándum. Plan de economías para el presente año”, 8 de enero de 1946, AHCM, exp. AB/138.

nosos esfuerzos y dolorosos malabarismos financieros, sin lograr que Ávila Camacho se interesara por ella más que para ofrecer una comida a los profesores de El Colegio con el propósito de resolver algún conflicto político con el Secretario de Educación, Octavio Véjar Vázquez, según recuerda Cosío en sus *Memorias*. A pesar de esta indiferencia oficial, años más tarde, en abril de 1949, Reyes, por sugerencia de Gustavo Baz, intenta darle al ex-presidente “un sablazo” de consideración por 50 000 pesos, y a pedirle que intercediera por El Colegio ante el presidente Miguel Alemán. Era natural que, como en los cuentos, se quedara con un palmo de narices, pues Ávila Camacho jamás respondió a su memorándum ni a su “expresivo telegrama agradeciéndole de antemano el apoyo”.<sup>49</sup>

Ya en el sexenio de Miguel Alemán (1946-1952), éste otorgó una asignación especial después de una entrevista personal con Reyes y con el entonces fiel secretario de El Colegio, Manuel Calvillo, quien la ha recordado más de una vez de viva voz. En todo caso la situación financiera de El Colegio no fue buena sino hasta el sexenio de Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958), quien en 1954 aumentó el subsidio del gobierno nuevamente al monto inicial de 350 000 pesos y en 1957 casi lo duplicó a \$600 000. Además, el subsidio que debía otorgar

<sup>49</sup> AHCM, Memorándum del 25 de abril de 1949 y carta del 18 de enero de 1950, en Rollo 1, exp. G. Baz.

el Banco de México como socio fundador se comenzó a dar con regularidad a partir de 1953, cuando se asignaron 100 000 pesos que, de 1956 en adelante, se elevaron a \$150 000. Con Adolfo López Mateos (1958-1964) el ambiente oficial continuó propicio para la institución, aunque en los años que aquí nos conciernen, hasta 1962, el subsidio continuó igual que en el sexenio anterior.

A lo largo de estos años, 1940-1962, encontramos pruebas continuas de la difícil situación económica de El Colegio, pues aun en los momentos de mayor apoyo, la institución se veía luchando contra el déficit, las devaluaciones, la inflación y la indiferencia oficial. Que Reyes como incansable presidente y timonel mayor, y Cosío, intermitente secretario y segundo de abordó, lograran obtener recursos para no naufragar, demuestra, ante todo, la pericia y capacidad, la dedicación y el esfuerzo que se invirtieron día tras día para llevar la nave a buen puerto y permitirle seguir navegando el resto de su primer medio siglo de vida.

Los otros dos socios fundadores de El Colegio, la Universidad Nacional y el Fondo de Cultura Económica, tampoco resolvieron el problema financiero. La primera no aportó ningún efectivo y, más bien, recibía ayuda de El Colegio en forma de cursos impartidos por profesores a los que El Colegio mismo pagaba y de becas a alumnos universitarios que estudiaban aquí —por no mencionar los donativos especiales de El Colegio a la UNAM, como los laboratorios, a los que ya nos re-

ferimos antes. El segundo, el Fondo, colaboraba con El Colegio sobre todo en la edición y distribución de sus libros y rara vez hizo la aportación en efectivo de los \$5 000 a que se había comprometido desde su fundación. Por supuesto, El Colegio compartía con el Fondo los talentos administrativos y empresariales de Cosío Villegas, y éste, naturalmente, percibía un sueldo de la institución; El Colegio también le pagaba al Fondo \$200 mensuales por el alquiler del despacho que ocupó allí hasta 1945.

Ya hemos visto que el Banco de México, que desde 1940 también debía velar por el bienestar material de la institución, fue flojo en cumplir con sus compromisos. En cambio, como encargado que era de designar a una persona autorizada para que anualmente hiciera la auditoría de las cuentas de El Colegio, fue puntual; en asuntos de dinero la consigna era: "las cuentas claras". En todo caso, aun cuando en estos primeros años el director del Banco fuera Eduardo Villaseñor, amigo muy cercano de El Colegio y miembro de su Junta de Gobierno, las aportaciones fueron muy irregulares.

También las instituciones privadas norteamericanas, a las que se recurrió con éxito más de una vez, se tomaban su tiempo para acudir en auxilio de El Colegio, o no lo hacían. Fue lo que ocurrió con el Centro de Estudios Sociales, fundado en 1943. Su director, José Medina Echavarría, el 5 de julio de 1944 se disculpaba con el sociólogo y escritor Francisco Ayala, que entonces residía en

Buenos Aires y a quien Medina quería captar para su Centro, por no poderle ofrecer "lo que querías y era de nuestro gusto". Y explica: "lo que entonces te hubiera podido decir pendía de una donación norteamericana que meses después fue denegada. Así que entramos en un periodo de modestia económica harto penosa, que puso en peligro, como en otras ocasiones, las actividades de la casa".<sup>50</sup>

Afortunadamente, no siempre los vaivenes se daban hacia abajo; en ciertos casos también los hubo hacia arriba. Esto sucedió con los subsidios otorgados por la Fundación Rockefeller, en 1943 por dos años, y en 1945 por cuatro, para apoyar las labores del Centro de Estudios Históricos. Algo semejante sucedió entre 1947 y 1952 con el Centro de Estudios Filológicos y, a partir de 1948, con el "Seminario de historia moderna", dirigido por Daniel Cosío Villegas. Posteriormente, el Carnegie Endowment for International Peace aportó 2 000 dólares anuales entre 1953 y 1960 para investigar la política de México ante las Naciones Unidas, proyecto en el que también colaboró Nacional Financiera con 10 000 pesos.

En todo caso, a pesar de estos momentos de respiro, los fondos de El Colegio nunca fueron abundantes durante ese periodo. En enero de 1955 Reyes resumía la situación de El Colegio en carta a Roy Bartholomew, ex-becario argentino del Cen-

<sup>50</sup> AHCM, Rollo 1, exp. F. Ayala.



tro de Estudios Filológicos: “No puedo engañarlo: en El Colegio ya no disponemos de las facilidades de antaño y cada vez nos estrechamos más en una labor de alta y angosta especialidad. Con la devaluación del peso, de que acaso tenga usted noticias, nos hemos encogido en más de una tercera parte”.<sup>51</sup>

Todo lo anterior demuestra que las instituciones daban apoyo financiero a El Colegio a cuentagotas o a saltos y trancos; a veces porque les interesa algún proyecto específico y a veces porque sí, como si de repente se acordaran de que El Colegio estaba ahí y sin su ayuda perecería. Estos vaivenes circunstanciales y arbitrarios explican, en gran medida, el ritmo sincopado de las actividades de El Colegio, en la docencia, la investigación, la edición de libros, las contrataciones, los sueldos. Cuando llegan fondos nuevos todo reverdece y se echan a andar los proyectos que han quedado en reserva, pues la imaginación y la planeación siempre iban adelante de los medios, y si algo nunca escaseó fue la voluntad de hacer cosas y hacerlas bien. Cuando hubo recortes, y la supervivencia misma se ponía en duda —como en 1942, 1946 y 1953, al iniciarse o concluir sexenios de gobierno—, se podaba el árbol para que las ramas secas no impidieran la circulación de la poca savia que quedaba. El mecanismo se repite: se acuerdan

<sup>51</sup> AHCM, Rollo 1, exp. R. Bartholomew.

drásticos ajustes generales, se limita el personal contratado y se reducen los sueldos de los que quedan, haciendo de la necesidad virtud. Todavía en los años cincuenta y parte de los sesenta, mientras en la Universidad Nacional ya existían contratos permanentes, El Colegio, ante posibles cortes presupuestales, firmaba contratos anuales, sin que la antigüedad creara ningún derecho entre aquellos miembros que en algún momento no fueran considerados estrictamente imprescindibles. En resumidas cuentas, el complejo problema del financiamiento sólo se resolvía por medio del complicado arte del malabarismo.

### *El grupo del Smith College*

Para redondear esta imagen de los equilibrios financieros que debía realizar El Colegio para poder sobrevivir hay que agregar un pequeño capítulo sobre las relaciones que mantuvo durante algunos años, de 1946 a 1952, con el Smith College. Este era una de las universidades femeninas más antiguas y prestigiosas de Estados Unidos, cuya sede está en Northampton, Massachusetts, en el corazón de la Nueva Inglaterra.

Antes de la guerra civil española, el Smith College solía enviar a Madrid a grupos selectos de señoritas que en su tercer año de carrera deseaban pasar el llamado "*junior year abroad*" estudiando la lengua y la cultura hispánicas. Este programa se

interrumpió a raíz de la contienda española y la gran conflagración mundial, pero a partir del final de la segunda guerra los profesores de literatura española del Smith College, con el acuerdo de las autoridades académicas, pensaron en reanudar los viajes al extranjero de las estudiantes de español. Por una parte estaba claro, para este *college* liberal, que no se trataba de volver a la España franquista; por otra, el prestigio de El Colegio ya traspasaba las fronteras, y sus miembros eran conocidos en el mundo intelectual norteamericano, especialmente entre los hispanistas que habían simpatizado con la Segunda República. Era natural que al restablecer este programa académico el Smith College se inclinara por hacerlo en México.

Las ventajas mutuas resultaban evidentes. Para el colegio norteamericano la excursión anual de un puñado de jóvenes (que osciló entre catorce y veintiuna) implicaba la posibilidad de estudiar la cultura mexicana *in situ*, además de la cultura hispánica en general, aprovechando lo mejor del profesorado que ofrecía el país, y con una garantía académica de primera calidad: la de El Colegio de México. De paso, las profesoras del Smith que eran designadas directoras del grupo, o sus demás colegas hispanistas, podían aprovechar su estadía en México para desarrollar más a fondo sus propias investigaciones.<sup>52</sup> Por su parte, El Colegio sugería

<sup>52</sup> Las directoras del grupo fueron Helen Pierce (1947-1948 y 1950-1951), Katherine Whitmore (1948-1949), Esther Sylvia (1949-

los nombres de posibles profesores (algunos de casa) y proporcionaba los contactos, el local para los cursos y la organización. El Colegio debe haber obtenido, además, ciertos beneficios económicos como institución, pues el Smith College le entregaba una cantidad anual que El Colegio manejaba.<sup>53</sup> Con una parte se pagaban los sobresueldos de los profesores asignados al grupo, con lo cual algunos tenían la oportunidad de cobrar sus clases muy bien y suplementar así sus ingresos, que se elevaban hasta constituir casi otro sueldo completo; en las condiciones en que se hallaban los académicos en México entonces, como ahora, esto era muy bienvenido.<sup>54</sup> Si algo sobraba del total, se

---

1950) y Denah Levy (1951-1952), todas jóvenes profesoras e investigadoras norteamericanas. En Smith también enseñaban algunos españoles refugiados, entre ellos el prestigioso poeta Luis Cernuda, miembro de la generación literaria del 27, que en la década de los cincuenta y comienzos de los sesenta estuvo esporádicamente vinculado con El Colegio de México.

<sup>53</sup> Es cierto que Daniel Rubín de la Borbolla, secretario de El Colegio, en carta del 22 de julio de 1946 a H. Davis, del Smith College, afirma que El Colegio no se beneficia de su relación con el Smith College. Tal afirmación no resulta creíble. En la misma carta Rubín menciona que la cantidad que el Smith College debía comprometerse a cubrir era de tres mil dólares. En aquella época esa cantidad era demasiado dinero para que incluyera exclusivamente los sueldos de los profesores; debe haber habido algún *overhead* sustancioso para El Colegio.

<sup>54</sup> Los pagos a los profesores mexicanos y españoles que dieron clases al grupo Smith oscilaban entre un máximo de 600 pesos y un mínimo de 200 al mes. En esos años El Colegio pagaba a sus miembros desde unos 750 pesos a unos 300, según datos tomados de las nóminas de esos años.

compraban libros o se apuntalaba el magro presupuesto de la institución.

La calidad del programa era extraordinaria y el Smith College podía con justicia presumir de que tenía el mejor “*junior year abroad*” para estudiantes de español en Estados Unidos. Baste como ejemplo la lista de los profesores y materias para el año lectivo 1951-1952, último en que el grupo vino a México: Pedro Armillas, “Arqueología mexicana”; Francisco de la Maza, “Arte colonial mexicano”; Silvio Zavala y María del Carmen Velázquez, “Historia moderna de México”; Raimundo Lida, “Literatura española”; Agustín Yáñez, “Literatura mexicana”; José Chávez Morado y Berta Taracena, “Arte moderno mexicano”; Jesús Silva Herzog, “Problemas económicos y sociales de México”; José Gaos, “Pensamiento filosófico hispano-mexicano”. Berta Gamboa, esposa de León Felipe, les daba una clase de música popular folklórica y otra de lengua castellana. En esos momentos la mayoría de estos nombres formaba la crema y nata del mundo intelectual mexicano.<sup>55</sup> Además de los cursos formales, los sábados había excursiones de arte y arqueología que dirigían los profesores de esas materias: a juzgar por los cicerones, las excursiones deben haber sido “formidables”.<sup>56</sup>

<sup>55</sup> AHCM, exp. AG-529.

<sup>56</sup> La expresión es de Denah Lida. A principios de los sesenta, cuando estudiaba historia en la UNAM, J. A. Matesanz fue a varias de las excursiones artístico-arqueológicas organizadas por el INAH,

Además de los mencionados, en años anteriores hubo algunos otros profesores contratados, como Felipe García Beraza, José Attolini, Ernesto Chinchilla, José Luis Martínez y José Miranda. Conocemos el programa del curso panorámico que en 1947 Agustín Yáñez dio sobre "Literatura mexicana" y por el que recibió 25 pesos por hora de clase (para 1951 la cuota subió a 40 pesos la hora).<sup>57</sup> Vale la pena transcribirlo para tener una idea de cuán completos y qué atractivos deben haber sido algunos de estos cursos: 1) Literatura indígena anterior a la conquista; sus posteriores resonancias en la literatura mexicana. 2) Los cronistas de la conquista; su acento épico fundamental. 3) La organización colonial; el ambiente primario cultural en relación con el desarrollo literario. 4) El teatro en su desenvolvimiento hasta Alarcón y Sor Juana. 5) Panorama de la poesía colonial. 6) El caso de Sor Juana Inés de la Cruz. 7) La obra de Sigüenza y Góngora. 8) Panorama del siglo XVIII; el humanismo mexicano. 9) El estado social y el ambiente cultural al iniciarse el siglo XIX: neoclasicismo y romanticismo; implicaciones políticas. 10) La obra de José Joaquín

---

muchas de ellas encabezadas por Francisco de la Maza, y recuerda que éste, además de "formidable", era un expositor "sensacional". Véanse capítulo II, nota 45 y capítulo V, nota 21.

<sup>57</sup> Según Denah Lida, quien fue la última directora del grupo Smith en México (su nombre de soltera era Denah Levy), este sueldo equivalía al que se pagaba mensualmente en la UNAM por un curso de asignatura. Carta de Denah Lida a Clara E. Lida, 9 de julio de 1990.

Fernández de Lizardi. 11) Significación literaria de los historiadores mexicanos en el siglo XIX. 12) La poesía anterior al modernismo. 13) El teatro y la novela en el siglo XIX. 14) La transición modernista; los grandes líricos mexicanos. 15) Ramón López Velarde. 16) El realismo en la novela de la Revolución. 17) Panorama circunstanciado de la literatura contemporánea.<sup>58</sup>

La profesora Denah Levy, directora en 1951-1952, se lamentaba de que el único “profesor de primera” que no pudieron contratar fue Justino Fernández para que les diera “Historia del arte”. Se podría decir que, en compensación, Adolfo Salazar les dio todos los años un curso de música de seis semanas, por el cual no cobraba nada. En 1951-1952 éste fue sobre música del siglo XX, y en opinión de la misma directora, el curso fue “formidable” también. Para agradecer de alguna manera la gentileza de Salazar, el grupo regaló a la Biblioteca de El Colegio, en nombre del maestro, los tres hermosos tomos sobre Mozart de Alfred Einstein (primo del celeberrimo Albert), que acababan de aparecer y eran bastante costosos.<sup>59</sup>

A propósito de libros, la propia Denah (Levy) Lida cuenta una anécdota que muestra en un “hermoso gesto de don Alfonso” el cuidado exquisito que Reyes tenía hacia la Biblioteca y sus

<sup>58</sup> AHCM, Rollo 6, exp. 481.

<sup>59</sup> Datos proporcionados por Denah Lida a Clara E. Lida en carta del 9 de julio de 1990.

allegados. En cierta ocasión ella vio en la librería Porrúa los cuatro tomos del *Refranero* de Rodríguez Marín, que necesitaba para la tesis doctoral que estaba elaborando, y los compró con la idea de regalarlos a la Biblioteca de El Colegio. Antes de que pudiera entregarlos, cuál no sería su sorpresa al recibir aviso de que Reyes ya los había comprado para que ella los pudiera usar en la Biblioteca.<sup>60</sup> Don Alfonso sabía cultivar el arte del gesto, a la vez útil, bello y generoso.

A partir del año lectivo 1952-1953 la relación con el Smith College dejó de funcionar, por razones que se nos escapan. El sexenio que duró la relación entre las dos instituciones no fue intrascendente, ya que, además de un grato recuerdo, y algún saldo muy positivo para ambas instituciones, dejó sembrada en El Colegio la semilla de una sana tradición: la de que, de vez en cuando, se hiciera responsable académicamente de algún grupo de estudiantes extranjeros, interesados en venir a México a estudiar la cultura mexicana, e hispánica en general, en contacto directo con la cultura mexicana. Las chicas del Smith prefiguran los grupos de la Universidad de Nebraska en los años sesenta, y los de estudiantes chinos que después, en los setenta y los ochenta, pasaron por El Colegio, en el primer programa de intercambio entre México y la República Popular China.

<sup>60</sup> Carta de Denah Lida a Clara E. Lida, 23 de junio de 1990.



*La prudencia en el gastar, o la pasión por el trabajo*

Con unos ingresos tan aleatorios no es de extrañar que en El Colegio se desarrollara una conciencia muy viva de la propia fragilidad y que se buscaran los medios para que los fondos disponibles rindieran el máximo. Para ello se diseñaron y pusieron en práctica varias medidas de corte estoico, presididas por criterios de eficiencia, de productividad y de alta calidad. De hecho, estas prácticas habían estado en vigor desde los tiempos de La Casa de España.

Por lo que concierne a los profesores e investigadores, la supervisión que de ellos se hacía era muy amplia y precisa, pero no había sido fácil establecerla. En realidad, vistos con objetividad y mesura, tales mecanismos de “seguimiento” profesional no tenían nada de especial. Eran medidas completamente razonables y lógicas que ya eran práctica común y corriente en el mundo académico europeo y norteamericano, donde la evaluación del trabajo intelectual se consideraba un estímulo esencial y necesario para la calidad profesional. Pero en México, en aquellos años y en un medio intelectual que se distinguía por su falta de profesionalismo y porque en muchas ocasiones trabajar en instituciones académicas no era más que un pasatiempo elegante de gente con pretensiones de cultura, para quienes lo académico “vestía”, pero cuyos intereses principales residían en otra parte, la evaluación y el “seguimiento” provocaban

asombro, irritación y, en general, se consideraban medidas abusivas y despóticas.

A pesar de la falta de aceptación general, en El Colegio se impusieron las exigencias profesionales más estrictas. Se esperaba que los profesores se entregaran en cuerpo y alma al trabajo, y se les pedía que antes de iniciar sus cursos proporcionaran un programa completo de los temas que iban a cubrir y de la bibliografía fundamental que deberían consultar los alumnos. El programa y la bibliografía se entregaban a los estudiantes y a la biblioteca para asegurar que en ella estuvieran los ejemplares requeridos. Los directores de los centros periódicamente convocaban a los profesores a reuniones o juntas, para que informaran cómo marchaban los cursos, cuáles eran los problemas que enfrentaban y qué opinión les merecían los talentos y el rendimiento de sus alumnos.

Por supuesto, fuera de lo anterior, había diferencias en las obligaciones de los profesores que dedicaban su tiempo completo a El Colegio y los que eran contratados para dar algún curso por tiempo determinado. En 1946, la lista de los profesores de tiempo completo de El Colegio, con sus respectivas especialidades, incluía a Alfonso Reyes, sin campo específico; Daniel Cosío Villegas, economía y sociología de México; Francisco Barrón, historia de España; Alfredo Barrera Vázquez, textos del Chilam Balam; Juan de la Encina, historia y crítica de arte; José Gaos, filosofía y pensamiento hispanoamericano; Juan David Gar-

cía Bacca, filosofía y ciencia; José Medina Echavarría, sociología; Agustín Millares Carlo, paleografía y literatura latina; José Miranda, historia de las instituciones coloniales; José Moreno Villa, arte mexicano; Manuel Toussaint, arte colonial mexicano; Adolfo Salazar, musicología, y Silvio Zavala, instituciones coloniales.<sup>61</sup>

En ciertos casos los profesores de tiempo completo de El Colegio debían ocupar parte de su jornada en labores de tipo administrativo. Tal fue el caso de Silvio Zavala, José Medina Echavarría o Raimundo Lida, directores de centros, que además de dar cursos de su especialidad para las distintas promociones de becarios, debían ocuparse de tareas administrativas. Su labor docente no excluía la posibilidad de dar clases en la Universidad Nacional, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia o en el Mexico City College, siempre y cuando fuera con la bendición de El Colegio o, incluso, pagados por él. El resto de su tiempo lo dedicaban a investigar, y los frutos de esta labor solían ser publicados por El Colegio o por alguna otra casa editora, generalmente el Fondo. En el destino de algunos de ellos pudo recaer también el laboriosísimo trabajo, a la vez ingrato y fecundo, de editar alguna publicación periódica, cuando El Colegio llegó a tenerlas. Tal fue el caso de Raimundo Lida a partir de 1947 con la *Nueva Revista*

<sup>61</sup> Según Cosío, en carta del 26 de marzo de 1946 a William Berrien, de la Fundación Rockefeller.

de *Filología Hispánica*, y luego de su sucesor, Antonio Alatorre con esa misma revista. Desde fines de 1952 hasta fines de 1959 Alatorre se ocupó también —como tarea particular, remunerada aparte— de editar *Historia Mexicana*, que dirigía Daniel Cosío Villegas, quien la había fundado en 1951.

El Colegio contrató también a algunos investigadores para realizar tareas específicas. Al firmar su contrato “por obra determinada”, tenían que concretar los detalles del trabajo en cuestión y comprometerse a una fecha de entrega. Esto fue frecuente motivo de recordatorios y de presiones de parte de la institución y de pesadillas para algunos incumplidos; en última instancia, sin embargo, las exigencias convirtieron en logro tangible lo que pudo quedar en vana promesa. Un ejemplo concreto de contrato que detalla con la más absoluta precisión cada obligación es el de Jesús Bal y Gay: 1º preparar y cuidar la edición del *Cancionero de Upsala*; 2º organizar el sexteto vocal de los “Cantores clásicos mexicanos”, para presentarse a principios de diciembre en Bellas Artes; 3º dar un curso sobre polifonía clásica en el Conservatorio; 4º continuar sus investigaciones sobre el corrido mexicano, cuya primera parte apareció en el *Boletín del Instituto Mexicano de Musicología y Folklore*; 5º seguir investigando en los archivos sobre las obras polifónicas de México en los siglos XVI y XVII; 6º como parte del contrato se incluía la publicación, realizada ya en 1939, de los *Romances y villancicos del siglo XVI* y el acto público en que los

interpretó la cantante Irma González. Por último, se señalaba la obligación de impartir una conferencia el 21 de septiembre del 40 en San Miguel Allende, sobre “Lo español en la música popular mexicana”.<sup>62</sup> Este extenso contrato se nos antoja, casi, un homenaje a la pasión por el hacer, heredada de La Casa de España por los hombres de El Colegio.

Por lo que concierne a la excepcional publicación del *Cancionero de Upsala*, Bal y Gay debía mantener informado a Cosío Villegas, semana a semana, sobre los progresos alcanzados. Se habían convenido pagos semanales con la Litografía Graue. Durante el proceso de edición Cosío le recordó a Bal y Gay que se habían efectuado cinco o seis pagos sin que él le informara sobre la situación del *Cancionero*. (Como dato curioso, para agregar a un imaginario expediente sobre “lo que va de ayer a hoy”: el total del contrato de la edición era de \$6 300 y cada semana se entregaban \$250).<sup>63</sup>

Como parte de la supervisión que la institución ejercía, ésta solicitaba a los profesores, investigadores y becarios informes periódicos de sus actividades; se trataba de vigilar lo que se estaba haciendo, no de aumentar el papeleo por satisfacer pruritos burocráticos. Las noticias no tenían que ser excesivamente prolijas; según Cosío, bastaba con una “breve nota” sobre los progresos logra-

<sup>62</sup> AHCM, Rollo 1, exp. J. Bal y Gay.

<sup>63</sup> AHCM, Rollo 1, exp. J. Bal y Gay.

dos en el trabajo. En carta de 1941 a Jesús Silva Herzog, entonces director de la Escuela Nacional de Economía de la Universidad Nacional, Cosío le pedía un informe mensual sobre el progreso de cierta investigación sobre la historia del comercio exterior de México que patrocinaba El Colegio y que estaba en proceso de ser realizada por Manuel Alvarado, pasante de la licenciatura de economía. Cosío justificaba su exigencia afirmando que ésta se hacía “con objeto de estar en aptitud de informar en cualquier momento a los miembros de la Junta de Gobierno de El Colegio de México del curso de las investigaciones que emprenden sus miembros y becarios”. A fines de ese año, nuevamente le pedía a Silva Herzog un informe, ya que don Jesús era, oficialmente, el asesor del trabajo. En esa ocasión Cosío explicaba que “la Junta de Gobierno de nuestra institución debe presentar a la segunda Asamblea de sus miembros fundadores una memoria detallada sobre todas las actividades de las personas e instituciones a las que en alguna forma El Colegio prestó colaboración”.<sup>64</sup>

La preocupación por estar a la altura de los compromisos contraídos con otras instituciones fue constante, sobre todo si había dinero de por medio: becas, donativos para programas concretos, apoyos, etcétera. En ese sentido, el deseo de

<sup>64</sup> Cartas del 21 de marzo y del 3 de diciembre de 1941, AHCM, Rollo 1, exp. M. Alvarado.

sentar buenos precedentes y de adquirir una buena reputación —que ya había existido en La Casa de España— fue una prioridad que se mantuvo a lo largo de los años, como si los hombres de El Colegio hubieran querido establecer una distancia evidente entre el modo de actuar de la institución y el ambiente general mexicano, reputado por propios y extraños, en los momentos de mal humor, como irresponsable, impuntual y desordenado. En cuestión de gastos y del uso del dinero parecía como si hubieran estado aplicando el antiguo dicho: “Cuida los gastos pequeños, que los grandes se cuidan solos”. Esa vigilancia se hacía más intensa cuando se trataba de dinero proveniente de otras instituciones. Por ejemplo, a mediados de los cuarenta, El Colegio apoyó una solicitud de ayuda económica que el historiador Arturo Arnáiz y Freg hizo al Banco de México, a cambio de un estudio sobre José María Luis Mora. El 12 de julio de 1946, Daniel Rubín de la Borbolla, entonces secretario de El Colegio, le escribe a Arnáiz en términos muy precisos y un tanto irritados, insistiendo en la necesidad de recibir informes sobre el avance del trabajo:

Como es probable que Ud. ignore las normas bajo las cuales funciona el Colegio de México, conviene que se las señale. Cuando esta institución recibe fondos en administración para trabajos de carácter científico, no sólo acepta la responsabilidad por el buen manejo de ellos, sino también la de vigilancia

en la ejecución del proyecto o proyectos para los cuales se hace el donativo.

Como el Colegio de México se siente moral y materialmente obligado ante el Banco de México, patrocinador del proyecto de usted, considero que se defraudarían los intereses culturales de esa Institución si el Colegio no diera cuenta periódicamente de las actividades que patrocina.<sup>65</sup>

El cuidado del dinero no se limitó solamente a vigilar que hasta el último centavo rindiera frutos en forma de páginas publicadas, cursos impartidos, investigaciones llevadas a buen puerto, conferencias dadas, tiempo pasado administrando u organizando, sino que se reflejó también en otras áreas. Durante el par de años que duró La Casa de España se había hecho costumbre que las ediciones con el pie de La Casa se distribuyeran gratuitamente a sus miembros. Apenas fundado El Colegio, y ante la necesidad de apretarse el cinturón previendo una temporada de vacas flacas, Cosío ordenó que se terminara tal costumbre.

En relación con los derechos de autor también se procuró ahorrar, dentro de lo razonable, dándolos a cuentagotas y analizando caso por caso. El 3 de diciembre de 1941, ante una reclamación del oftalmólogo Manuel Márquez, Reyes explica con minuciosidad y firmeza la política de la institución al respecto. En su carta, el presidente aclara que los derechos de autor se pagaban a los miembros

<sup>65</sup> AHCM, Rollo 1, exp. A. Arnáiz y Freg.



de El Colegio que entregaban un libro *además* de haber realizado “un trabajo docente o de investigación lo suficientemente abundante y constante para justificar el pago de su asignación mensual”. En cambio, en ningún caso se pagaban derechos cuando el libro en cuestión podía considerarse como parte del trabajo realizado específicamente para El Colegio. Reyes consideraba que la mayoría de las veces el sueldo mensual cubría “de sobra” los derechos que hubieran correspondido al autor, y aclaraba al final de su comunicación:

Casi no le necesito decir a Ud. por otra parte que el Colegio de México nunca ha tenido el pensamiento de ser considerado como una casa editorial, comercial, que compra manuscritos a tanto más cuanto, sino que en la totalidad de las obras publicadas hasta ahora no solamente no ha obtenido ganancia alguna sino que está enteramente seguro ya de que no obtendrá siquiera lo que le costó la impresión de la obra, figuren o no en ese costo los derechos de autor.<sup>66</sup>

Aunque a través de los años don Alfonso y Cosío procuraron economizar hasta donde fuera posible, el ahorro más grande consistió en lograr que cada centavo gastado rindiera frutos seguros, lo mismo en el caso de los profesores e investigadores que en el de los estudiantes-becarios. La prudencia en el gastar y la pasión por el trabajo eran las únicas inversiones de las cuales El Colegio de Mé-

<sup>66</sup> AHCM, Rollo 4, exp. 260.

xico podía estar seguro que siempre reeditarían con creces.

En relación con los alumnos, también se introdujeron exigencias amplias y rigurosas y nuevos criterios de calidad. En este rubro, el cuidado en gastar con mesura pero sobre todo con eficiencia llegó a ser extremado. Para comenzar, se estipuló algo excepcional en el mundo académico de cualquier país: no se admitiría un solo estudiante de paga, sino que todos debían ser becarios y comprometerse a dedicar su tiempo entero a El Colegio. El Colegio rechazaba voluntariamente la costumbre de financiarse vendiendo cursos, pero en cambio ofrecía la garantía de que sus estudiantes serían lo mejor del país y del mundo hispánico. Por otra parte, la beca se consideraba una pensión que debía cubrir las necesidades y evitar así que el estudiante se viera obligado a trabajar para mantenerse. Con estos mecanismos y regulaciones, la institución afirmaba su derecho exclusivo y absoluto de vigilar la calidad y el desempeño académico de todos sus miembros.

En la práctica se establecieron ciertos límites de edad para los candidatos, aunque en casos especiales estos límites podían ser ampliados. Lo fueron, por ejemplo, en el caso de Monelisa Lina Pérez Marchand, puertorriqueña, becaria del Centro de Estudios Históricos y del Seminario de Gaos, sin duda de mayor edad que el promedio de sus compañeros. El 16 de febrero de 1943 Alfonso Reyes le escribía en este sentido a Concha Melén-

dez, de la Universidad de Puerto Rico: “Le he escrito al doctor Benítez [rector de la Universidad de Puerto Rico] expresándole con toda sinceridad que dudamos que la Srita. profesora Pérez Marchand se encuentre en la edad que llamaríamos ‘plástica’, de los 20 a los 25”.<sup>67</sup>

Las becas se daban a cuentagotas, sopesando cuidadosamente quiénes eran los candidatos más aventajados, quiénes prometían mayor calidad y mayor rendimiento, quiénes mostraban una vocación fuerte y decidida. “Esto —agregaba con severidad Cosío— sin contar que el estudiante quedaba advertido de que a la menor falla en el esfuerzo o en el talento, perdería la beca”.<sup>68</sup>

Por lo demás, las propias autoridades de El Colegio se encargaron siempre de vigilar de cerca que todos los becarios estuvieran verdaderamente dedicados de tiempo completo y de modo exclusivo a las labores encomendadas, al estudio y la investigación. Se quería evitar la dispersión, la escisión en actividades no armónicas entre sí. Estaba, pues, estrictamente prohibido dedicarse a ninguna otra labor, remunerada o no, fuera de las prescritas por El Colegio. Esta prohibición incluía cursar materias no autorizadas en otras escuelas o distraer en otros afanes parte del tiempo que debía dedicarse a El Colegio. En este sentido prevaleció siempre un criterio riguroso respecto a las becas,

<sup>67</sup> AHCM, Rollo 5, exp. 338.

<sup>68</sup> Cosío, 1976, p. 180.

que Reyes aclara en beneficio de Juan Barona, en comunicación del 8 de febrero de 1943: “las reglamentaciones y el criterio que las preside, en cuya inflexibilidad ha insistido nuestra Junta de Gobierno, hacen incompatible el estudio destinado a las puras investigaciones teóricas con las obligaciones inherentes a la simultánea preparación para una profesión liberal”.<sup>69</sup>

La vigilancia atenta cuidaba, a la vez, de los detalles menudos y de los mayores. Todos los becarios que estuvieran realizando alguna investigación, tanto para sus cursos como para la tesis, debían informar periódicamente del desarrollo de su trabajo. A su vez, los profesores a cuyo cargo se encontraban tenían que cuidar de cerca que cumplieran con sus tareas, que no hubiera desfallecimientos “en el esfuerzo o en el talento”, como lo estipulaba Cosío. Además de esto, los becarios debían asistir puntualmente a sus cursos y para convencerlos de ello las autoridades no titubeaban en recurrir a cualquier mecanismo de presión. En un reglamento firmado por el “Secretario del Colegio”, probablemente concebido y redactado por Cosío Villegas, pues es muy de su estilo, se establecieron disposiciones draconianas para los estudiantes de historia, que sabemos que no siempre fueron letra muerta. El documento no tiene desperdicio:

<sup>69</sup> AHCM, Rollo 1, exp. 39.

*Reglamento del Centro de Investigaciones Históricas*<sup>70</sup>  
*de*  
*El Colegio de México*

1. Tres faltas injustificadas de asistencia al Centro en el curso del mes, ocasionarán la suspensión de la beca.

2. Toda falta injustificada será deducida del importe de la beca, a razón de dos pesos por día.

3. El llegar a las clases con más de 15 minutos de retraso, se estimará para todos los efectos como falta de asistencia.

4. Se llevará una lista diaria en cada clase que firmarán los becarios y que será retirada exactamente a la hora indicada en el apartado anterior.

5. La falta de atención en las clases o de dedicación en los trabajos, comprobada por cualquiera de los profesores, dará motivo asimismo a la suspensión de la beca.

6. Comuníquese a los profesores y alumnos este Reglamento para que surta sus efectos.

Atentamente

México, 21 de abril de 1941<sup>71</sup>

Ciertamente podía darse el caso de que hubiera una estricta necesidad de faltar, pero entonces había que justificarlo suficientemente, como alguna

<sup>70</sup> El nombre del CEH, como los de otros centros creados más tarde, aparece de distintas maneras en los documentos internos de El Colegio. A lo largo de este libro, utilizamos los nombres cuyos usos predominaron en la institución. Véase capítulo V, nota 8.

<sup>71</sup> AHCM, exp. AG-86-1.

vez lo hizo don Pedro Bosch Gimpera explicando con todo detalle y amplitud las faltas a clase de su hijo Carlos. Un recordatorio muy perentorio lo envía el propio presidente de El Colegio, Alfonso Reyes, a Roy Bartholomew, becario del Centro de Estudios Filológicos, el 14 de junio de 1949:

Dados los antecedentes, recomendaciones y acuerdos que usted conoce, y por instrucciones precisas de la Junta de Gobierno del Colegio de México, es indispensable que justifique usted suficientemente su ausencia a la clase del Sr. Picón Salas del 13 de junio corriente, a fin de regularizar su situación y sus compromisos de becario.<sup>72</sup>

Obsérvese que la llamada de atención se hace al día siguiente de cometida la falta. Eso es rapidez puntual, aun teniendo en cuenta que El Colegio era muy pequeño.

La disciplina y la supervisión de los becarios llegaron a configurar un estilo propio de El Colegio, que lo mismo solía provocar admiración y elogios de sus partidarios que críticas apasionadas de sus víctimas. En todo caso, estaban planeadas con la mejor buena fe y con el claro propósito de obtener buenos frutos. El apoyo y el consejo de los maestros eran en esto esenciales, pues de ellos se esperaba que por haber recorrido antes esos caminos, pudieran guiar a quienes apenas se iniciaban

<sup>72</sup> AHCM, Rollo 1, exp. 30.

y les ayudaran a evitar los tropiezos y desfallecimientos que acechan en el largo camino del trabajo intelectual. Después de todo, en opinión de don Alfonso, El Colegio era “un centro de investigadores y aprendices de investigadores de humanidades y ciencias sociales”; la idea del taller del artesano intelectual, con sus maestros, oficiales y aprendices, cuadraba bien con la visión que la institución tenía de sí misma. Por otra parte, en momentos en que la UNAM pasaba por alguna de sus frecuentes crisis, Reyes decía, el 22 de julio de 1948: “nuestra vida universitaria se viene abajo. Tenemos que salvar la continuidad de la cultura mediante instituciones pequeñas e intensas como la nuestra [. . .]; trabajamos en un ambiente de suma sobriedad”.<sup>73</sup>

Con una pasión por el trabajo tan extendida y arraigada entre profesores, investigadores y becarios, es lícito suponer que el ambiente contagió a los administradores y al personal a su cargo. Los administradores supremos, Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas, marcaron el paso y los demás tuvieron que ajustar el ritmo para no quedar fuera del *tempo* general de El Colegio. En la administración de El Colegio destacaron algunos personajes, ya sea por el puesto que ocuparon, ya por haber dejado en la institución una huella personal y propia.

Los primeros lugares los ocupan, por supuesto,

<sup>73</sup> AHCM, Rollo 1, exp. 10.

don Alfonso y don Daniel, sobre quienes ya dijimos lo imprescindible. Sólo debemos agregar que Cosío Villegas, que fue secretario-tesorero desde 1940, nunca se dedicó por entero a la administración de El Colegio, hasta que fue nombrado su presidente en 1960. Sus intereses múltiples y sus variados proyectos intelectuales lo llevaban de vez en cuando a abandonar temporalmente alguno de ellos para ocuparse más directamente de otro. Algo así sucedió en 1946 —año en que Cosío anduvo muy ocupado con la expansión por América Latina del Fondo de Cultura Económica, que él presidió hasta mediados de 1948—, y fue sustituido en la secretaría de El Colegio por Daniel Rubín de la Borbolla, ex-director de la ENAH.

Este Daniel, al igual que su ilustre antecesor, tuvo fama de carácter fuerte,<sup>74</sup> y seguramente por ello don Alfonso, con su habitual ingenio, podía alguna vez decir, entre bromas y veras, que él “no era Daniel en el foso de los leones, sino Alfonso en el foso de los Danieles”. Rubín ocupó el cargo hasta enero del 48, año en que Cosío reapareció de manera intermitente y El Colegio navegó sin secretario fijo, según parece sin problemas. Reyes, sin mayores aspavientos, firmaba las nóminas cuando no lo hacía Cosío, pero el inquieto empresario cultural parecía estar sentado sobre un hormiguero, y en la segunda quincena de febrero del 49 desaparece definitivamente como secre-

<sup>74</sup> GONZÁLEZ, 1976, p. 533.



tario de la institución y le endilga el puesto a Antonio Alatorre, entonces becario del Centro de Estudios Filológicos. En realidad, a partir del 1º de julio de 1948, Cosío estaba a punto de estrenar casaca de historiador: había obtenido una ayuda importante de la Fundación Rockefeller para un novedoso proyecto sobre la historia del México moderno.<sup>75</sup> A Alatorre este puesto administrativo le quedó grande y renunció a él en mayo del 49, con lo cual la función secretarial volvió a recaer en don Alfonso.<sup>76</sup>

En los años cincuenta el puesto de secretario de El Colegio no estuvo sujeto a tantas peripecias. En abril de 1950 lo ocupó el poeta e historiador Manuel Calvillo, quien lo tuvo a su cargo hasta 1961, año en que lo sustituyó el historiador Luis Muro, egresado del Centro de Estudios Históricos.

Además de los secretarios de la institución, entre los administradores destacó la presencia de un refugiado español, don Luis A. Santullano —escritor, pedagogo, traductor, ex-miembro de la Junta para Ampliación de Estudios y ex-secretario de sus Misiones Pedagógicas durante la Segunda República. Durante varios años, desde 1948 hasta

<sup>75</sup> AHCM, exp. AG-138.

<sup>76</sup> Los datos de los vaivenes secretariales están tomados de las nóminas de El Colegio en esos años. Alatorre ha contado con gracia su aventura administrativa en: ALATORRE, 1974, pp. 21-22 y 1989, p. 6. En este último ensayo, las fechas que Alatorre recuerda de su secretariado no coinciden con las de las nóminas. Por otra parte, las nóminas pueden ser confusas: Alatorre figura entre el personal administrativo hasta 1950, mientras todavía era estudiante.

su muerte en 1952, Santullano fue "oficial mayor" de El Colegio, puesto creado *ad hoc* por don Alfonso para que el venerable don Luis tuviera ocupación y sueldo en México.

Juan Arellano fue a la vez secretario particular perpetuo de don Alfonso y atento encargado de múltiples funciones secretariales y contables de El Colegio, y contador de la institución hasta que se jubiló en 1984. En los años cuarenta y cincuenta, Arellano ocupaba las mañanas en la correspondencia de Reyes y otros asuntos de El Colegio y el resto del tiempo mecanografiaba, incansable, las cuartillas manuscritas que don Alfonso, el escritor, le entregaba día a día. En sus escasos ratos de ocio Arellano descansaba haciendo alpinismo. El auditor era Carlos Edmundo Salazar, Contador Público Titulado, designado por el Banco de México para revisar las cuentas de El Colegio; según se puede ver por las auditorías y por las abundantes comunicaciones de los dos administradores mayores, don Alfonso y don Daniel, a veces pecaba de puntilloso, lo cual obligaba a largas discusiones y revisiones por ambas partes. Entre los demás empleados de oficina en los cuarenta y los cincuenta habría que mencionar a las mecanógrafas Enriqueta Manrique, María de María y Campos, Teresa Hernández (hasta hoy en El Colegio), y María Elena de Orfila, quien en 1949 se ocupó de asuntos de contabilidad y a mediados de año, al renunciar Alatorre, también firmó las nóminas.

Entre el personal administrativo destacó, con-

vertido en leyenda, don Luis Martínez, el añoso conserje encargado de las casas de Nápoles y de Durango, famoso por su afabilidad y porque, *motu proprio*, a media mañana y en las tardes servía café de olla con canela, que él mismo preparaba para quienes trabajaban en El Colegio. Para ayudar en varios menesteres cotidianos hubo algunos mozos, como José Rodríguez, quien se ocupaba del mantenimiento, y Juan Segura, el jovencito mensajero que aparece en las nóminas por primera vez por mayo del 48 y todavía hoy, ya abuelo, continúa activo en la institución como “gestor” imprescindible de muchos trámites.

En una graciosa misiva en verso de agosto de 1949 que Alfonso Reyes le escribe desde Monterrey a Antonio Alatorre, encargado de El Colegio por unos días —“cuídenme mucho el Colegio”—, el presidente ausente recuerda a sus colaboradores en la administración:

Que la eficaz María Elena  
les ponga en limpio la plana.  
Que Juan no vuelva al volcán:  
déjelo para mañana.  
Que el cojitranco Martínez  
vuele, y que le nazcan alas.  
Guarde las puertas José,  
guarde los libros Susana.  
Corra con su bicicleta  
Juanito, y lleve las cartas.<sup>77</sup>

<sup>77</sup> En ALATORRE, 1989, p. 9; véanse las anotaciones de Alatorre al

A partir de la transformación de El Colegio en “escuela de tipo universitario”, en 1962, y la expansión que siguió, el personal administrativo aumentó también proporcionalmente. Luis González, competidor, junto con Alatorre, de Funes el memorioso, recuerda que desde entonces

dieron en proliferar mecanógrafas, secretarias de todo, mucha gente que se apiñaría en el reloj marcador a las nueve de la mañana y a las tres y media de la tarde. Toda gente necesaria, pues El Colegio multiplicó en un santiamén sus actividades ante los ojos atónitos de un minúsculo pie veterano a quien le produjo úlceras y crisis nerviosas la mudanza de la vieja gran familia en institución universitaria.<sup>78</sup>

Para finalizar esta exposición de los trabajos y los gastos bien encauzados, hay que señalar que una de las formas más “prudentes” de gastar el dinero —sería mejor decir, de invertirlo fructíferamente— fue la compra de libros para la Biblioteca de El Colegio. Reyes y Cosío eran esencialmente hombres de libros, al igual que todos los que participaron en la nueva institución. Todos conocían el valor fundamental de una biblioteca de investigación como cantera de materiales para nuevas creaciones intelectuales. En países que, como México y España, acababan de pasar por conmociones sociales de la envergadura de la Revolución

---

texto, pp. 10-14. Aclaremos que Susana Uribe era la bibliotecaria.

<sup>78</sup> GONZÁLEZ, 1976, p. 559.

y de la guerra civil —algunas de cuyas imágenes eran las de las tropas en pugna quemando bibliotecas enteras e inestimables archivos para calentarse en las noches frías— el amor y el respeto por los libros no podía menos que convertirse en cotidiana prédica misionera. Cosío, Reyes y todos los demás miembros de El Colegio lucharon incesantemente, “a libro partido”, contra el desamor de muchos por los libros y los documentos.

Desde el principio, desde los tiempos de La Casa de España, Reyes y Cosío procuraron iniciar una colección que sirviera de apoyo a las investigaciones de sus miembros. Al comienzo, los libros ocuparon unos cuantos anaqueles del despacho de La Casa en la calle Madero y, luego, en la oficina que El Colegio alquilaba en el Fondo, en la calle de Pánuco. Cuando fue oportuno y necesario se procuró satisfacer las necesidades de un estudiantado que debía formarse en la Biblioteca durante muchas horas. Hay pruebas de que muchos de esos libros se prestaban a los investigadores y pernoctaban en sus bibliotecas personales,<sup>79</sup> y que las adquisiciones de libros para El Colegio se hacían según los pedidos de los investigadores. Algunos de éstos, como Adolfo Salazar, Agustín Millares Carlo, José Gaos y Jesús Bal y Gay, con frecuencia pedían nutridas listas según sus intereses y disciplinas; además se pedían aquellos que los profe-

<sup>79</sup> Existen varias listas de préstamos personales a diversos miembros de la institución en el AHCM.

sores necesitaban para que sus alumnos profundizaran tales o cuales temas.

Como el resto de El Colegio, a lo largo de los años la Biblioteca sufrió los vaivenes presupuestales: también las compras de libros pasaron por todos los cortes y contracciones. En realidad no hubo una Biblioteca propiamente dicha mientras El Colegio no tuvo una sede independiente.

Propiamente, pues, la Biblioteca de El Colegio se inició en la casa de la calle de Sevilla 30; luego pasó por la de Nápoles, Durango y Guanajuato hasta asentarse donde está hoy, en el Camino al Ajusco 20. En algún momento, posiblemente en Nápoles 5, además de servir a sus investigadores y a sus becarios inició modestamente la atención a lectores externos. En la casa de Durango 93, según afirma Antonio Alatorre, la Biblioteca ya era muy nutrida y respetable. Cuando se hizo el cambio a la primera casa propia que tuvo El Colegio, en Guanajuato 125, ya hubo necesidad de construir un sótano para colocar los libros. En ese entonces se usaron estanterías de metal y el acervo sumaba ya treinta y tantos mil volúmenes y ciento y tantas colecciones de revistas. En el decenio de los sesenta, la Biblioteca multiplicó sus fondos de treinta mil a unos ciento cuenta mil volúmenes,<sup>80</sup> y desde entonces no ha cesado de crecer hasta convertirse en la mejor biblioteca de investigación en las humanidades y ciencias sociales de toda América La-

<sup>80</sup> GONZÁLEZ, 1976, pp. 557-558 y AHCM, AGOS, 28.I.1965.

tina, aunque en los últimos años la han vuelto a afectar las contracciones financieras. La Biblioteca de El Colegio se convirtió así, en centro neurálgico de las actividades académicas e intelectuales de la institución.

Como todas las demás dependencias internas de El Colegio, la Biblioteca desarrolló también su propia mitología alrededor de sus miembros. Personajes fundamentales de ella, por supuesto, fueron sus directores. El primero fue el poeta Francisco Giner de los Ríos, quien se ocupó de que la Biblioteca tuviera una buena colección de obras y revistas literarias. A partir de 1946 y hasta el fin de esta etapa de la historia, Susana Uribe de Fernández de Córdoba, egresada del CEH, fue la bibliotecaria por antonomasia, quien “por muchos años pudo decir ‘la biblioteca soy yo’”. Además de “doña Susana”, fueron parte muy fundamental de la Biblioteca sus ayudantes: Surya Peniche y, a partir de los cincuenta, Cecilio Xolalpa y, luego, Jorge Vargas.

Posiblemente ningún dinero fue jamás mejor gastado que el que desde sus primeros momentos se invirtió en la Biblioteca de El Colegio, *ad majorem gloriam* de la institución y de México.

### *Hacia adelante*

En la orientación y en los propósitos de la institución fundada en octubre de 1940, se oyen una vez

más los ecos de las grandes instituciones impulsoras del renacimiento cultural de la España del siglo XX, que tanto habían influido en la formación intelectual de Reyes y de Cosío y que con tanto vigor se escucharon al fundarse La Casa de España en México: la Institución Libre de Enseñanza, la Junta para Ampliación de Estudios, el Centro de Estudios Históricos de Madrid y hasta el Ateneo de Madrid. En las nuevas circunstancias, El Colegio de México nacía con la misma ambición de sus predecesoras ejemplares: preparar la élite intelectual del país. Así lo afirma el propio Cosío Villegas:

Alfonso [Reyes] y yo pensamos que [El Colegio de México] de ninguna manera podía llamarse universidad o una variante cualquiera de este nombre, no sólo porque suscitaríamos el recelo de la Nacional, sino porque no teníamos, ni podíamos esperar tener los recursos indispensables para una empresa de esa magnitud. No sólo eso, sino que particularmente yo pensé en que, por el contrario, la nueva institución tenía que ser pequeña, con fines estrechamente limitados, porque sólo así resultaría gobernable. De hecho, se llegó desde entonces a la idea de que la Universidad Nacional, y todas las de provincia, tenían que hacer frente al problema de la educación de masas, y que si lo resolvían, se harían acreedoras al reconocimiento del país. La nueva institución, en cambio, podía y debía dedicarse a preparar la *élite* intelectual de México. Por eso se resolvió restringirla al campo de las humanidades, dejando abierta una



puerta, sin embargo, para las ciencias sociales.<sup>81</sup>

Transformar la flamante institución en un pequeño centro de docencia e investigación humanística era el primer paso necesario para que este proyecto académico comenzara a realizarse. Pero había que empezar por lo más elemental: ponerse de acuerdo en el perfil que tendría ese nuevo Colegio. Esta tarea básica no parecía tan fácil, si se tienen en cuenta las diferencias de enfoque entre el presidente, don Alfonso, y el secretario, don Daniel. Según lo recuerda uno de sus primeros colaboradores mexicanos, el historiador Silvio Zavala, que entonces acababa de incorporarse a la vida profesional mexicana, Reyes concebía El Colegio como un centro de investigación, donde cada cual continuara con sus propios proyectos. Este modelo se basaba en el madrileño Centro de Estudios Históricos que don Alfonso había visto funcionar en sus años mozos, y en el Instituto de Filología de Buenos Aires que dirigía Amado Alonso y en el que colaboraba asiduamente su gran amigo Pedro Henríquez Ureña rodeado de jóvenes y talentosos investigadores, que Reyes conoció cuando fue embajador en Argentina. Cosío y Zavala, aunque cercanos también a las labores de la institución española, y conocedores de la argentina, pensaban, en cambio, que con una organización así serían muy pocos los jóvenes mexicanos que recibirían el

<sup>81</sup> COSÍO VILLEGAS, 1976, pp. 177-178.

beneficio aportado por los maestros españoles y mexicanos que formaban ya parte de El Colegio. A regañadientes, don Alfonso aceptó transformar las funciones de la institución, aunque insistía que “prefería trabajar con adultos [ . . . ] y no veía fácil la apertura de una escuela (o escolita)”,<sup>82</sup> dadas sus reducidas dimensiones. En 1940, mientras Zavala formulaba el proyecto para organizar un centro dedicado a la historia, Cosío daba forma administrativa y financiera al establecimiento de becas, a la contratación de profesores *ad hoc* y a la adquisición sistemática de libros y revistas para crear una biblioteca de consulta e investigación.

Ya desbrozado el camino, sólo faltaba afirmarlo; esto se logró en una fecha inolvidable para todos los miembros de la nueva institución. En el décimo aniversario de la proclamación de la Segunda República española, el 14 de abril de 1941, bajo la dirección del doctor Silvio Zavala, abrió sus puertas el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Con la fundación de este primer centro pionero, la suerte de la institución estaba echada.

<sup>82</sup> Zavala, “Orígenes del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México”, texto de próxima aparición en un volumen conmemorativo de los cincuenta años de ese Centro. Agradecemos a don Silvio habernos facilitado una copia de este memorioso texto y compartido con nosotros sus recuerdos. Sobre esta reticencia inicial de don Alfonso por convertir El Colegio en una “escolita”, Zavala recuerda que poco después de comenzar las actividades del CEH, Reyes trabó contacto más directo con las investigaciones de los estudiantes, lo cual le produjo entusiasmo por el éxito del proyecto y un cambio de actitud positivo hacia la enseñanza de jóvenes becarios.

## II. EL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

Bajo la diestra dirección de Silvio Zavala —un mexicano nacido en Mérida, Yucatán, el 7 de febrero de 1909—, quien ya gozaba de merecido prestigio como erudito y laborioso historiador, después de años de preparación en España donde colaboró en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, nació el colegial Centro de historia, sin casa propia pues el mismo Colegio no la tenía. El Colegio vivió la primera etapa de su camino, hasta 1945, despachando desde una oficina arrendada en 200 pesos mensuales al Fondo de Cultura Económica, en su sede en la calle de Pánuco 63. En sus primeros cuatro años El Centro anduvo de un lugar a otro, habitando primero en un local prestado por la Biblioteca de la Secretaría de Hacienda.<sup>1</sup> En realidad no necesitaba tener casa propia, pues lo más y mejor de su trabajo tenía que realizarlo en los archivos y en las bibliotecas mexicanas, en tanto que, con excepción de los seminarios propios

<sup>1</sup> GONZÁLEZ, 1976, p. 532. Silvio Zavala nos ha precisado mejor estos datos.

del Centro, la mayoría de los cursos se impartían en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), alojada entonces en el antiguo Museo de la calle de Moneda 13, que contaba con una valiosa biblioteca de arqueología, etnología e historia. La Escuela era la institución que también otorgaba los grados. Así, en los años cuarenta, los estudiantes de historia de El Colegio que presentaban una investigación de cierta envergadura recibían el título de maestría de "la ENAH en la sección de Historia" después de defender la tesis.<sup>2</sup> Al comenzar 1945 El Colegio, y por consiguiente el Centro, se asentaron en un local al que pudieron llamar propio, pues por fin hubo medios suficientes para alquilar en la calle de Sevilla 30, en la entonces elegante colonia Juárez, una casa de estilo colonial californiano, que entre noviembre y diciembre acondicionó el arquitecto Marcial Gutiérrez Camarena, quien recibió 1 000 pesos como honorarios. Esta pequeña residencia resultó

suficiente, económica (de a 800 pesos al mes), muy bien comunicada (. . . a un paso de la avenida Chapultepec y a otro del Paseo de la Reforma), con aulas (o sea dos salones de cierta entidad), [incipiente] biblioteca, sala de conferencias (o antigua sala de ter-

<sup>2</sup> El convenio entre El Colegio y la ENAH, firmado por Alfonso Reyes, presidente de El Colegio, Alfonso Caso, rector de la UNAM, Silvio Zavala, director del CEH y Daniel Rubín de la Borbolla, director de la ENAH se encuentra en AHCM, Rollo 1, 1943.

tulias) y cuartos de administración, amén de un minúsculo jardín interior.<sup>3</sup>

Después de la casa de la calle de Sevilla, en 1948 El Colegio se mudó a una porfiriana residencia alquilada en la calle de Nápoles 5, a un paso de Insurgentes y otro de Reforma, también en la colonia Juárez. Ésta “era un casón de tres pisos y sótano, con escalerones y tarimas rechinantes, una gran sala rococó y media docena de aposentos convertidos en aulas y despachos”.<sup>4</sup>

El Centro se organizó obedeciendo las directrices marcadas por el propio Colegio. No tenía que realizar más sueños que los suyos ni responder más que ante sí mismo, y se pudo intentar entonces algo totalmente nuevo en México. Inspirándose en tradiciones varias, para darle forma se tomaron prestadas ideas de donde las hubo, sin que su procedencia fuera obstáculo, y se transformaron y adecuaron en el grado necesario a la realidad mexicana que se quería crear. El estímulo principal vino de una propuesta original de Silvio Zavala, quien al regresar a México en 1937, después de concluir sus estudios e investigar en España, pensaba en la conveniencia de “fundar algún centro de preparación de historiadores jóvenes en los mesteres del oficio, como lo había visto funcionar en el Centro de Estudios Históricos de Madrid”;

<sup>3</sup> GONZÁLEZ, 1976, p. 532.

<sup>4</sup> GONZÁLEZ, 1976, p. 532.

a fines de los treinta, Zavala había intentado realizar este proyecto en la Universidad Nacional, con el apoyo de su compañero y amigo, el secretario general Juan José Bremer, pero por causas materiales y personales, la idea no llegó a cuajar.<sup>5</sup> Silvio Zavala no perdió el interés por su proyecto, aunque entre 1938 y 1940 se alejó de estos menesteres al obtener una beca Guggenheim para dedicarse de lleno a sus investigaciones. En 1940, alentado por Alfonso Reyes, el viejo plan pudo cuajar en el nuevo Colegio en 1941, y el Centro logró mantenerse activo, sin sufrir los embates económicos de los que hablamos en el capítulo anterior, gracias a la ayuda económica que la Fundación Rockefeller le otorgó de 1943 a 1948, inclusive.<sup>6</sup>

### *El proyecto académico*

Al dar forma al Centro de Estudios Históricos se tuvieron en cuenta, en lugar destacado, la situación que se deseaba superar y los errores en los que no se debía incurrir. En palabras de Luis Gonzá-

<sup>5</sup> Tomado del texto inédito de Silvio Zavala "Orígenes del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México", s.f., cuyo autor tuvo la gentileza de permitírnos consultar.

<sup>6</sup> En 1943 esta institución otorgó un apoyo para becas, libros, investigación, viajes y sueldos de 19 200 dólares (al cambio de 4.40 pesos por dólar). En enero de 1945 la Rockefeller concedió una ayuda de 14 130 dólares (unos 62 474 pesos) por cuatro años más, hasta fines de 1948. AHCM, "Contraloría", exp. AB-138 y "Auditoría de 1944", exp. AG-18, leg. 1.

lez, esa imagen negativa estaba delineada por los tres tipos de investigadores y publicistas predominantes entonces en la América Latina: “el anticuario émulo de la polilla, el discursero pulidor de héroes y el pedante filósofo de la historia”.<sup>7</sup>

Ahora bien, si se tuvo muy clara la visión crítica del envés, no fue menos nítida la imagen del haz, de la silueta y del cuerpo del historiador que se quería formar. Se enfatizó el apego a la búsqueda libre de la verdad mediante el conocimiento directo de las fuentes del pasado. Sin proponérselo quizá en forma consciente, se aplicó aquí el principio según el cual al precisar los límites de una disciplina o de un conocimiento determinados, el investigador queda en posibilidad de moverse entre ellos con total desenvoltura.

En todo caso, el límite establecido consistió en el propósito de cultivar la historia de Hispanoamérica y, muy especialmente, la de México, ya que eran las únicas historias de las que se tenía la seguridad de poseer a la mano los medios para hacerlas. Se sabía además que esos medios eran potencialmente muy ricos: México y la América Latina entera estaban colmados de archivos y bibliotecas que ofrecían amplio campo a la investigación. Por si algo faltara, se sentía, por añadidura, la obligación de hacer contribuciones originales a la historia propia. Años después, Daniel Cosío Villegas todavía justificaba de la si-

<sup>7</sup> GONZÁLEZ, 1976, p. 534.

guiente manera el propósito de dedicarse a la historia hispanoamericana:

parecen existir razones poderosas para que así sea, pero las dos principales son que es ésta nuestra historia y que mientras no es fácil esperar que los mexicanos, y, en general, los latinoamericanos, podamos hacer mayores contribuciones originales, no digamos ya a la historia Oriental, pero ni siquiera a la Occidental, estamos obligados, en cambio, a hacerlas a nuestra propia historia.<sup>8</sup>

Al proclamar su propósito de cultivar la historia de Hispanoamérica con énfasis especial en la de México, el Centro recogió la inquietud nacionalista predominante en el país en esos momentos, que en múltiples ocasiones tomó la forma de una arrobada curiosidad por sí mismo. Sin embargo, ese nacionalismo en los temas históricos (extendido a Hispanoamérica toda y hasta cierto punto a España) se postuló como un medio práctico, no como premisa ni fin de algún programa filosófico-político tendiente a afirmar la superioridad intrínseca de la cultura hispánica. No era cuestión entonces de caer en las redes del agresivo nacionalismo alemán del momento, ni del español que pretendía recrear las glorias del Imperio alentando la "hispanidad". Al contrario, la prueba de que se tuvo una conciencia clara de este posible paralelismo está en la aclaración hecha en uno de los escritos

<sup>8</sup> COSÍO VILLEGAS, s.f., p. 19. Folleto de presentación de la maestría en historia iniciada en 1962.



del propio Colegio describiéndose a sí mismo, en el que se hacía referencia específica a la fundación de La Casa de España en México y, por extensión, se mostraba el deseo de desligarse de cualquier ideología exclusivista, de toda interpretación nacionalista sobre culturas en pugna: “conviene establecer de un modo perfectamente claro que el hecho de crear una institución especial como fue La Casa de España, [...] en manera alguna corresponde a una «tesis» o «política», como la de fortificar la cultura hispánica frente a las culturas ajenas a ella”.<sup>9</sup>

En virtud de esta postura de principios, el Centro de Estudios Históricos aunó el límite temático a ciertos lineamientos metodológicos, ciertas posiciones y exigencias específicas. El nuevo historiador debía contribuir a la ampliación del conocimiento original y en particular de su tema, aun de manera modesta. Por principio, se descartó alentar genialidades espontáneas y sin solidez científica y, en cambio, se decidió estimular un trabajo menos pretensioso pero más riguroso y certero. La aportación del nuevo historiador debía basarse en la investigación, en la elaboración de materiales nuevos que por necesidad debía espigar en los archivos, en la interpretación exacta y cuidadosa de

<sup>9</sup> AHCM, Rollo “Casa de España”, exp. AG-69. Este texto parece destinado a informar a posibles donantes; por su contenido y anotaciones al margen es del año 1946 o 1947. La descripción de El Colegio y sus antecedentes se basa también en memoranda anteriores localizados en este archivo.

las fuentes, en el reconocimiento de las deudas intelectuales y el deslinde preciso de la paternidad de las ideas y los datos. En síntesis, ni la repetición, ni el plagio, ni la ficción. Se tenía un gran interés en que hubiera frutos tangibles y, como lo señaló Cosío Villegas, “El Colegio [consideraba] que en ningún campo como en el de la investigación puede rendir frutos más ricos el talento, la imaginación y la vocación intelectual auténtica”.<sup>10</sup> El Centro inició así en México la práctica de profundizar en los temas históricos por medio de una investigación a la vez original y precisa.

Excusado es advertir que el Centro no inventó la investigación documental en México; pero lo que es incuestionable es que procuró basar las investigaciones hechas bajo su patrocinio en fuentes primarias y en enfoques originales. Esta meta habría de convertirse casi en obsesión y en el sello indeleble de sus egresados. Una de las razones para adoptar con firmeza la bandera de la investigación histórica rigurosa se cimentó en la dolorosa constatación de que el vastísimo acervo de documentos históricos con que se contaba, tanto en México como en el mundo hispánico todo, permanecía en gran medida inexplorado y ofrecía ricas posibilidades de utilización como materia prima del saber histórico. Por añadidura, el peligro de que estas fuentes se perdieran sin remedio debido a la indiferencia, a la desconfianza o, incluso, al poco

<sup>10</sup> COSÍO VILLEGAS, s.f., p. 19.

aprecio con el que la sociedad miraba las huellas de su propio pasado, estimulaba aún más las preocupaciones por rescatar esa historia amenazada por la destrucción o el olvido.

Otra razón se fundamentó en el deseo de superar las tradicionales polémicas (hispanistas contra indigenistas, liberales contra conservadores, idealistas contra positivistas y materialistas) que satanizaban a tal o cual protagonista de la historia, y en las que la información factual se sustituía por la diatriba partidista.

### *Los programas y las promociones*

A partir de esas premisas —centrarse en lo propio y en lo sensatamente factible; realizar investigación original basada en fuentes primarias; renunciar a juzgar antes de explicar y describir—, se derivó con naturalidad un plan de estudios adecuado a ellas. Las materias fundamentales eran las instrumentales y las metodológicas, que en la primera promoción (1941-1944) fueron: “Historiografía”, impartida por Ramón Iglesia; “Bibliografía”, por Juan B. Iguíniz; “Paleografía”, especialidad indiscutible de Agustín Millares Carlo, compartida en ocasiones con Concepción Muedra; “Diplomática”, también campo de Millares Carlo; “Métodos y doctrinas etnológicas” y “Organización social y económica”, ambos cursos a cargo del antropólogo Paul Kirchhoff, entonces

refugiado en México. Estas materias eran imprescindibles para ocuparse apropiadamente de la historia colonial mexicana y de sus antecedentes prehispánicos. No menos imprescindible para acceder a los textos coloniales era el latín, que durante cuatro horas a la semana impartió, semestre tras semestre, el clasicista por excelencia, Millares Carlo, a la primera promoción de estudiantes, en tanto que el náhuatl, para los interesados en el mundo indígena, lo impartió durante un año Ignacio Dávila Garibi.

Estos estudios se complementaron con materias sobre historia de España, Hispanoamérica y México, fundamentales para ubicarse en la época colonial; fueron “Fuentes para la historia de las instituciones medievales”, e “Historia de las instituciones medievales”, impartidas ambas de modo sucesivo en 1941 y 1942, por Concepción Muedra; “Historia de las instituciones indianas”, que dio también dos años seguidos Silvio Zavala; “Historia externa de España”, por Francisco Barnés. El México independiente recibió atención en el curso “Historia de la independencia de México”, impartido durante dos años sucesivos por José María Miquel i Vergés, y un “Seminario de historia de México del siglo XIX” que dirigieron Silvio Zavala y Agustín Yáñez.

Por último, los cursos generales, destinados sobre todo a redondear la cultura de la primera promoción y, seguramente también, a suavizar la aridez de tantas materias instrumentales los

formaron: una "Historia de la cultura" y una "Literatura española", a cargo del poeta catalán José (o Josep) Carner; una "Historia del arte hispanoamericano" que impartió Rafael Sánchez Ventura y una "Historia del arte mexicano", que dio Manuel Toussaint. La preocupación cada vez más atenta por conocer al vecino del norte propició que se impartiera una "Historia de los Estados Unidos", por B. J. Loewenberg, y la atención al momento histórico de crisis que se vivía en aquellos años de la segunda guerra mundial hizo que se incluyera una "Historia económica de Europa", que dieron Daniel Cosío Villegas y Javier Márquez, y un curso sobre "Problemas de la postguerra" a cargo de Francisco Barnés.

El sistema de promociones seguido por El Colegio consistió en admitir cada cuatro años a un grupo de estudiantes, de cuya formación el Centro se ocuparía desde el principio hasta el fin, sin que en ese periodo se aceptaran estudiantes nuevos en esa promoción ni se repitiesen los mismos cursos. Lo que sí se hizo fue superponer el inicio de otra nueva promoción en el último año de la anterior. Así, en la década de los cuarenta pasaron por las aulas de El Colegio cuatro promociones de estudiantes: la primera, de 1941 a 1944; la segunda, de 1943 a 1946; la tercera, de 1946 a 1949, y una promoción especial de dos años, 1946-1947, formada por alumnos que llegaban con una preparación más avanzada, que entraron

a El Colegio para preparar su tesis de maestría y redondear su formación como historiadores.

Este sistema de promociones tuvo varias ventajas: además de favorecer la formación de verdaderos grupos generacionales, con todo lo que eso implica por lo que concierne a la camaradería, la competencia sana y el estímulo que entre sí se dan los buenos compañeros de estudios, propició también una utilización racional y adecuada de los recursos humanos y materiales. En efecto, los profesores no tenían que enseñar cada año el mismo curso, y en buena medida se vieron así librados de la maldición de Sísifo que, en el mundo académico, consiste en esa repetición de las mismas materias semestre tras semestre, año tras año. Además, esto redundaba en la ansiada posibilidad de ocupar el tiempo en actividades complementarias a la docencia, particularmente en investigar y preparar más a fondo los cursos en vistas a otra generación. Además, la experiencia adquirida en la formación de una promoción servía para evaluar los programas de la siguiente a fin de mejorarlos o cambiarlos. Así, cada generación acababa por tener su propia orientación y daba los frutos correspondientes.

En vista de la experiencia adquirida, la segunda promoción de aprendices de historiador tuvo también una buena porción de cursos instrumentales y metodológicos: historiografía, paleografía, diplomática y latín, además de alemán. El resto de su programa se dividió entre los cursos

formativos generales y los particulares. A los primeros correspondían los de “Prehistoria y protohistoria generales”, que impartió Pablo Martínez del Río; “Organización social y económica”, dado por Paul Kirchhoff; “Historia económica general”, que dieron Daniel Cosío Villegas y Javier Márquez y “Orientaciones para el estudio de la historia”, que en 1946 dio Rafael Altamira, ya octogenario y recién incorporado al mundo intelectual mexicano, después de sufrir las peripecias de la guerra civil española y la segunda guerra mundial.<sup>11</sup> Los segundos fueron los cursos de historia de España y de Europa: “Historia medieval (interna)” por Concepción Muedra, e “Historia medieval (externa)” e “Historia moderna de Europa durante el siglo XVIII, hasta 1833 (especialmente de España)” impartidos ambos por Francisco Barnés; los de historia de México: “Historia antigua de México”, por Wigberto Jiménez Moreno e “Historia de la independencia de México” dado por Arturo Arnáiz y Freg; y, por último, los cursos de Historia de América: “Historia de México a partir de la independencia”, impartido por Agustín Yáñez, y dos cursos que dio José Miranda, integrado a El Colegio de México desde 1944: “Historia de las institu-

<sup>11</sup> Sobre Altamira ver MALAGÓN BARCELÓ y ZAVALA, 1971; MALAGÓN, 1989; LIDA, 1988, pp. 104-107 y LIDA *et al.*, 1989, *passim*. Rafael Altamira fue maestro de Silvio Zavala en Madrid y director de su tesis de doctorado (1933).

ciones coloniales de América” y “Seminario sobre las instituciones de América en el siglo XVIII”.

La tercera promoción se dividió en dos grupos de acuerdo con su grado de formación. El primer grupo (1946-1949), que se suponía habría de recibir su formación básica en El Colegio, llevó un programa en el que se hizo hincapié en los idiomas modernos, y en una formación cultural más amplia. Aunque no dejaron de enseñarse, menguó notablemente el anterior predominio de la paleografía y del latín, pues no se dio diplomática. En cambio aparecieron “Historia de la civilización occidental” en dos semestres, que dictó en inglés Eden Quainton, de la Universidad de Washington; “Geografía” por Jorge A. Vivó; “Letras coloniales”, con la sorpresa de que fue impartida por Alfonso Reyes y José Rojas Garcidueñas, y “Arte colonial” con Manuel Toussaint. En materia de idiomas se sustituyó el alemán por el francés y el inglés —¿reflejo de la reciente victoria aliada en la guerra mundial?— y se agregó un “Español superior”, a cargo de Amancio Bolaño e Isla, para atender problemas de redacción. La historia de España estuvo representada por una “Historia medieval de España” a cargo de Concepción Muedra, y una “Historia moderna de España” que dictó el consabido Francisco Barnés, auxiliado en esta ocasión por Javier Malagón, llegado por aquel entonces de un primer destierro en Santo



Domingo.<sup>12</sup> La historia de América estuvo ampliamente representada en este programa, pues, además de un curso que dio Arturo Arnáiz y Freg de “Historia de América independiente”, Silvio Zavala impartió un “Seminario sobre las instituciones coloniales (siglos XVI y XVII)” y José Miranda otro sobre el siglo XVIII. Miranda, además, dictó una “Historia colonial de América”. En historia de México solamente hubo una “Historia antigua de México”, que dio Robert S. Barlow. Los alumnos de esta promoción no se beneficiaron ya de los cursos de Ramón Iglesia, quien en 1944-1945 obtuvo la beca Guggenheim, lo cual le permitió dedicarse por entero a la investigación en bibliotecas de Estados Unidos, y en 1947 se trasladó a la Universidad de Wisconsin, en Madison, donde en 1948 se quitó la vida. Silvio Zavala, por su parte, les dio una “Introducción a la historia” y una “Historiografía colonial”. Además, por primera vez los becarios del Centro pudieron recibir la influencia de José Gaos, quien dictó un curso sobre “Pensamiento hispanoamericano del siglo XVIII”.

A su vez, la promoción especial (1946-1947) completó su formación más avanzada al seguir con Zavala “Introducción a la historia” y “Las instituciones del Río de la Plata en el siglo XVI”; con Rafael Altamira “Orientaciones para el estu-

<sup>12</sup> Javier Malagón Barceló dejó un importante testimonio sobre los historiadores desterrados en MALAGÓN, 1972, pp. 98-111.

dio de la historia''; dos semestres de un ''Seminario sobre las instituciones de América en el siglo XVIII'' con José Miranda y una ''Historia colonial de América'', también dada por Miranda; además, nada menos que con Gaos, un ''Seminario sobre el pensamiento hispanoamericano'' y un curso sobre ''Historia del pensamiento de los países de América''. También ellos tuvieron que pagar su tributo a los cursos ''instrumentales'', y llevaron dos semestres de latín con Amancio Bolaño y dos con Agustín Millares Carlo, además de cuatro semestres de paleografía con Muedra.<sup>13</sup>

### *Los profesores*

Bien mirados, los programas de estudio de estas primeras promociones de alumnos del Centro evidencian una correlación interna bien ajustada entre el perfil ideal del nuevo historiador que se quería crear y las formas prácticas de realizarlo. Pero, en definitiva, quienes dirigían El Colegio sabían que el valor real de un programa de estudios lo determina la calidad de los maestros que lo imparten. En ese sentido los becarios del Centro fueron verdaderos privilegiados, pues los maestros que los formaron eran, en palabras de Cosío, ''lo me-

<sup>13</sup> La información sobre los planes de estudio y quiénes impartieron los cursos está tomada, sobre todo, de MIRANDA, 1948, pp. 275-293. Además, se complementó con datos dispersos sacados del AHCM.

por de lo mejor". Cuando, por razones del programa, fue necesario impartir algún curso que no era especialidad de ninguno de los profesores adscritos a El Colegio, se procuró captar a los mejores de otras instituciones como la ENAH, el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) o la Universidad Nacional. Pongamos por caso el ya mencionado del austriaco Paul Kirchhoff, miembro de la ENAH, y también de la UNAM, quien aportó en su obra de investigador conceptos fundamentales para la historia y la antropología del México prehispánico —por ejemplo, el de "Mesoamérica", que permitió ver la unidad fundamental subyacente al abigarrado mosaico de culturas y grupos indígenas. Kirchhoff incursionó, además, en la crítica del arte contemporáneo y el prehispánico mexicanos, y en ambos introdujo formas novedosas y revolucionarias de interpretarlos.

De la Universidad Nacional se captó a Manuel Toussaint, quien desde su pionero Instituto de Investigaciones Estéticas se había lanzado a reinterpretar la historia del arte mexicano o, más apropiadamente, a fundarla y a crear una escuela crítica capaz de concebir al arte mexicano como una unidad dotada de sentido propio en el conjunto hispanoamericano y general. Item más, de la Universidad se invitó también a Arturo Arnáiz y Freg, entonces joven promesa, que explicaría el siglo XIX mexicano logrando que el historiador-economista, ideólogo y animador del partido liberal mexicano, José María Luis Mora, recibiera un

brillante tratamiento. Arnáiz, a la sazón, tenía fama de ser uno de los más amenos conferencistas. También de la "máxima casa de estudios" se pudo convencer a Pablo Martínez del Río para que hablara de su especialidad, la "Prehistoria", en la que era una autoridad mundialmente reconocida. El gran maestro cubano integrado a México, Jorge A. Vivó, habló de geografía, y autoridades no menos sabias, como Juan B. Iguíniz, José Ignacio Dávila Garibi y Amancio Bolaño e Isla, enseñaron sus respectivas disciplinas: bibliografía, náhuatl y lenguas clásicas. Las relaciones académicas entre El Colegio y la Universidad no podían ser mejores.

También eran inmejorables con la Escuela Nacional de Antropología, en particular, y con el INAH, en general, del cual se pudo atraer a Wigberto Jiménez Moreno para que hablara de su gran pasión: la historia de México, sobre todo la prehispánica, y para que virtiera sobre los nuevos historiadores sus torrentes de erudición y sus vislumbres interpretativas sobre los antiguos mexicanos, con su estilo de sabio de provincia distraído. La pasión de don Wigberto por las culturas prehispánicas se tradujo también en organizar excursiones guiadas a distintos sitios arqueológicos para deleite y aprendizaje de todos los miembros de El Colegio, jóvenes y mayores, becarios, investigadores, profesores y administradores. A partir de entonces y hasta los años sesenta esta tradición se continuó y amplió a otros puntos de interés artísti-

co, lingüístico o histórico, pero en los años setenta y ochenta únicamente se mantuvo entre los lingüistas dedicados al trabajo de campo.

Con todo, este grupo de profesores mexicanos y extranjeros captados de la Universidad y del INAH eran visitantes de paso por El Colegio y el Centro, pues daban sus cursos y regresaban a sus instituciones de base. Menos eventuales fueron algunos profesores españoles, como Francisco Barnés, con su especialidad sobre historia de España, y José María Miquel i Vergés, con sus investigaciones y cursos sobre la Independencia mexicana. Otros profesores españoles, como el catalán Josep Carner, Rafael Sánchez Ventura, Javier Márquez y Javier Malagón, dictaron cursos más esporádicamente.

El núcleo fundamental y básico del profesorado del Centro lo formaron quienes se dedicaron a él casi exclusivamente: Zavala, Altamira, Iglesia, Muedra, Millares, Miranda y Gaos. Entre estos profesores, el animador era Silvio Zavala, quien había fundado el Centro y fue su único director hasta 1956. De 1946 a 1954 compartió esta labor con la dirección del Museo Nacional de Historia, en el Castillo de Chapultepec, con la presidencia de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH) y con la dirección de la *Revista de Historia de América*.<sup>14</sup> Además

<sup>14</sup> Zavala fundó la *Revista de Historia de América* en 1938, en el IPGH, como un órgano que permitiría vislumbrar los perfiles de

de sus evidentes dotes intelectuales y docentes, Zavala reveló desde un principio una gran capacidad de organización y de dirección; su sutil modo de dirigir no se expresaba en órdenes sino en sugerencias tan atinadas que no cabía la discusión; su estilo se resumía con el proverbio latino, *suaviter in modo, fortiter in re*. Cuando Zavala se hizo cargo del Centro tenía 32 años, pero contaba en su haber con una obra escrita abundante y de calidad. En 1931, después de concluir su carrera de leyes en México, fue a España como becario y en 1933 presentó su breve pero renovadora tesis doctoral en la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Madrid acerca de *Los intereses particulares en la conquista de la Nueva España. (Estudio histórico-jurídico)*, bajo la dirección de Rafael Altamira, a quien reconoció siempre como su maestro. A semejanza de muchos otros historiadores mexicanos, Zavala inició su formación en el campo del derecho, lo cual habría de manifestarse posteriormente en su preferencia por el estudio de las instituciones jurídicas en América. Como ya se señaló, de 1933 a 1936 colaboró en la Sección Hispanoamericana del Centro de Estudios Históricos de Madrid.

Al llegar a España, Zavala completó su preparación académica y escogió la parcela de la realidad histórica que habría de ocuparle toda su vida al revelarse tan inagotable como un mar infinito: la historia colonial de México y de América. Esta-

---

la historia del hemisferio americano.

ba convencido de la necesidad de estudiar y comprender a fondo las raíces españolas para poder captar plenamente la historia de su país y de su continente. Su tierra natal, Yucatán, con sus abundantes huellas y monumentos de la época prehispánica y de la colonial capaces de despertar un interés duradero, fueron estímulo temprano en su precoz conciencia histórica. Para explicar su preferencia por el pasado colonial en América, Zavala apeló a una especie de economía intelectual que le aconsejaba no duplicar esfuerzos ni recorrer caminos ya trillados por otros. En su opinión, el pasado indígena de México contaba con un conjunto de estudiosos de primera línea que se ocupaban suficientemente de él.<sup>15</sup> Zavala se dedicaría sistemáticamente a lo que poco se trabajaba entonces: la época colonial, aunque el pasado indígena nunca estaría ausente de su obra, pues desde el comienzo se ocupó preferentemente del contacto entre culturas y su interpenetración; es decir, de la conquista y la colonización de América por España.

Pero fue en España, bajo el influjo del clima intelectual y vital de la Segunda República, donde

<sup>15</sup> “Cuando empecé mis estudios —recuerda Zavala—, había en México una escuela muy fuerte consagrada al pasado indígena, fundada por don Manuel Gamio, don Alfonso Caso, don Ignacio Marquina y don Eduardo Noguera, para sólo recordar algunos de los nombres más destacados de esa época. De todas maneras, aunque la historia de Yucatán está muy impregnada por la vida de la civilización maya, no fue el pasado indígena lo que me ocupó. Creí que se estaba haciendo todo lo necesario y conveniente en ese campo”, *Silvio Zavala*, 1984, p. 10.

Zavala recibió las influencias que habrían de perdurar indeleblemente en su formación y que él procuró transmitir a sus alumnos. Desde su atalaya española le fue fácil ampliar su campo de visión para abarcar no sólo la Nueva España, sino el imperio español en su conjunto y la historia de América toda, fuese cual fuese su raíz europea: portuguesa, inglesa, francesa u holandesa. En la agitada España de aquellos años pudo recoger también un apretado haz de tradiciones historiográficas que los españoles habían destilado de lo mejor de la cultura europea —sobre todo de Alemania y Francia—, y de la propia, que se resumían en una historia que intentaba lograr una síntesis de todos los aspectos humanos considerados dignos de historiarse: los políticos, culturales, institucionales, sociales, económicos, etcétera.

Su contacto con el rigor intelectual de los hombres de la Segunda República acentuó su propensión natural al rigor consigo mismo —que ya en México había podido admirar en maestros como Narciso Bassols. También desarrolló un método muy personal, influido por el positivismo aprendido en las aulas y los libros, que lo impulsó como historiador a intentar comprender antes de evaluar, a describir exhaustivamente antes que a juzgar e, incluso, a desaparecer ante los documentos, a anularse casi para dejar que fueran exclusivamente los documentos, las fuentes, las huellas del pasado los que por sí mismos contaran la historia de la que Zavala ambicionó ser su transmisor fiel



y puro.<sup>16</sup> Ante un pasado inmenso y desconocido Zavala quiso asumir el papel del intermediario, del conservador imparcial de testimonios. Él mismo recuerda: “Casi sentí que el historiador era un ser pasivo que recibía ese mensaje y que su tarea consistía en acogerlo pulcramente y transmitirlo para que no se perdiera en la hondura del olvido del que es capaz el género humano”.<sup>17</sup>

En España fue donde surgió en él la enorme pasión por los documentos, que con todas sus implicaciones profesionales procuró transmitir por todos los medios a sus alumnos. Zavala, tan parco en confesiones personales, pulsa una nota personalísima al confesar el arrobo sentido la primera vez que pudo saborear la vida manifiesta en los documentos:

Recuerdo claramente la fuerte impresión que me produjo el paso de la lectura de libros que hablan de historia a la consulta directa de los documentos de una época pasada. Me parecía que éstos hablaban, que nos referían con sus propias voces los acontecimientos, las pasiones, las calidades y los defectos o vicios de la humanidad enterrada al paso del Tiempo, este implacable dios que los antiguos llamaron *Cronos*,

<sup>16</sup> “Pero quien rema en frágil barca en el océano del conocimiento histórico aprende que el horizonte es infinito; el avance, si alguno hay, es modesto y sólo a corta distancia alcanzable; mas por ello mismo sabe que esa labor no puede agotarse y que dará razón a su empeño hasta en los últimos años de su existencia”, “Conversación”, 1982, p. 28.

<sup>17</sup> *Silvio Zavala*, 1984.

que encadena inexorablemente la vida y la muerte de las generaciones sucesivas.<sup>18</sup>

Su atracción por los documentos fue tan poderosa que ya septuagenario encontraba en ellos su justificación como historiador. En 1982 afirmaba:

Por fin debo decir que ya en los últimos años mi aprecio por los documentos del pasado, por la riqueza vital que ofrecen, ha vuelto a ganar primacía. Mis obras últimas así lo muestran y quisiera que todo mi esfuerzo de historiador se viera en estos términos: estudió los documentos de la colonización del Nuevo Mundo y dejó algunos atisbos de comprensión de ellos y de la vida que encierran. Es decir, una justificación póstuma del historiador por las fuentes que ha manejado y la manera de tratarlas.<sup>19</sup>

Otro de los grandes amantes de documentos entre los profesores dedicados en cuerpo y alma al nuevo Centro fue Agustín Millares Carlo (nacido en la Gran Canaria en 1893), quien estuvo estrechamente vinculado al Centro de Estudios Históricos de Madrid, donde fue discípulo de Ramón Menéndez Pidal.<sup>20</sup> Millares tuvo a su cargo algu-

<sup>18</sup> "Conversación", 1982, p. 25.

<sup>19</sup> "Conversación", p. 26. Sobre la vida y obra de Zavala se deben consultar también los *Datos biográficos*, 1982. Además, LIDA, 1989a, pp. 593-599.

<sup>20</sup> Sobre Millares véase LIDA, 1988, pp. 81-82, *passim*; de ORTEGA Y MEDINA, 1982, pp. 272-274. También en GONZÁLEZ, 1976, pp. 539-540.

nas de las materias técnicas y metodológicas más importantes en la formación de colonialistas: la paleografía y el latín, campos en los que su labor resultó fundamental. Además, realizó eruditas investigaciones personales sobre la bibliografía y los archivos que resultaron imprescindibles para los estudiosos de la colonia novohispana, amén de sus aportaciones a la filología latina e hispánica. Vale la pena apuntar que Millares Carlo propuso la creación de una biblioteca anotada de textos clásicos latinos y griegos, acompañados de buenas traducciones al español. El Colegio, que contaba entonces con muy escasos recursos, no se atrevió a emprender este proyecto, por lo cual lo propuso a la Universidad Nacional, que en 1944 inició así la mercedamente famosa «Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana».

Aparte de Zavala y Millares, Concepción Muedra contribuyó también a estimular el gusto por la investigación documental y a dotar a los investigadores de la habilidad necesaria para poder leer las caligrafías antiguas. Muedra había sido discípula de Claudio Sánchez-Albornoz, bajo cuya tutela se formó como medievalista, y fue becaria del Centro de Estudios Históricos de Madrid, donde había trabado amistad con los colegas que luego reencontraría en México. En España también fue archivista del Archivo Histórico Nacional y profesora en la Universidad Central. En El Colegio estuvo encargada de los cursos sobre historia medieval española, en los que derramó pasión en su

empeño por explicar la continuidad entre el medioevo español y la conquista de América, por disipar antiguos y arraigados malentendidos sobre el carácter intolerante de la época medieval —la cual, en su opinión, en muchos aspectos había sido bastante más tolerante y abierta que la moderna— y sobre la oposición supuestamente irreducible entre las tres tradiciones que conformaron la cultura española en esos siglos: la musulmana, la cristiana y la judía, a las que presentó en fértil y pacífica convivencia las más de las veces. Es evidente, por otra parte, que Concepción Muedra fue la primera, y durante largo tiempo la única, mujer que ejerció la docencia en El Colegio de México.<sup>21</sup>

Zavala, Millares y Muedra formaron el grupo considerado “neo-positivista” entre los profesores de El Colegio. A ellos se agregó Rafael Altamira, que llegó a México en 1944, a los 78 años (había

<sup>21</sup> Quienes más tarde fuimos sus alumnos en El Colegio de México, en 1964 (o como J. A. Matesanz, de historia medieval en la UNAM, en 1961-1962) podemos dar testimonio personal de su pasión por el oficio, aun enseñando paleografía. En México, su obra principal no fue la investigación sino la docencia. Luis González la recuerda en GONZÁLEZ, 1976, pp. 536-539, pero su nombre escapa del valioso “Índice biobibliográfico del exilio español en México”, de Matilde Mantecón de Souto, muy posiblemente por sus escasas publicaciones. La tendencia a contratar pocas mujeres continuó hasta los años sesenta, y tuvo antecedentes desde La Casa de España en México. En 1938-1939, María Zambrano fue la única mujer contratada por La Casa, y estuvo comisionada para enseñar filosofía en la Universidad de San Nicolás Hidalgo, en Morelia. A fines de 1939, Zambrano dejó México y pasó a radicarse en Cuba. Véase LIDA, 1988, *passim*.

nacido en Alicante en 1866), con el prestigio a cuestas de toda una vida de trabajo incesante y muy productivo en el campo de la jurisprudencia y de la historia de España y América.

Los otros tres profesores que formaban el núcleo básico del Centro de Estudios Históricos —Iglesia, Miranda y Gaos—<sup>22</sup> son casos aparte. Cada uno de ellos fue profundamente original y personal en su manera de concebir la tarea del historiador y de transmitirla a sus alumnos —como, por lo demás, también lo fueron Zavala, Millares, Muedra y Altamira, aunque los uniera una concepción común de su oficio.

Ramón Iglesia nació en Santiago de Compostela en 1905; al llegar a México en 1939 tenía, pues, 34 años, la edad de la juventud madura y vigorosa. Como Zavala, Millares y Muedra, en España trabajó en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, en su Sección de Filología, donde colaboró con Dámaso Alonso y con Américo Castro. Fue seguramente el contacto con estos filólogos lo que desarrolló su fina sensibilidad para captar el valor de los textos literarios en la historia, que más tarde trasladó a sus estudios de historiografía. Como tantos otros españoles de su generación, bebió modernidad y cosmopolitismo en Europa, en su caso en Suecia, Noruega, Dinamarca y la imprescindible Alemania. Desde 1930 hasta el inicio de la guerra civil estuvo adscrito a la Biblioteca Nacio-

<sup>22</sup> ORTEGA Y MEDINA, 1983, pp. 237-294.

nal de Madrid, donde tuvo a su cargo la sección de adquisición de libros extranjeros. En esos años, del 32 al 36, realizó el trabajo para establecer la primera y más completa edición crítica de la *Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, que la guerra civil le impidió concluir, pero que al término de ésta fue publicada tal cual por un colega franquista en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (nombre dado por el nuevo régimen a la memorable Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas); ese colega la firmó con su nombre sin darle a Iglesia el crédito que le correspondía. Al estallar la guerra civil, Ramón Iglesia abandonó sus labores académicas, se alistó como voluntario y combatió en el ejército republicano, en el que llegó a obtener el grado de capitán por méritos en campaña.<sup>23</sup>

La participación activa de Ramón Iglesia en la guerra fue fundamental para configurar su visión posterior como historiador. La intensificación del sentido vital que sin duda implica estar continuamente enfrentado a la muerte, la vida de soldado, con sus azarosos juegos de obstáculos y posibilidades, le permitió reflexionar con mayor hondura en la verdadera situación de los guerreros que realizaron la conquista de la Nueva España, que él ha-

<sup>23</sup> Sobre Iglesia véanse las cálidas páginas de ORTEGA Y MEDINA, 1983, pp. 242-249 y su *curriculum vitae* en AHCM. El Colegio de México publicó sus libros *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés* (1942) y *El hombre Colón y otros ensayos* (1944).

bía elegido como tema de sus estudios históricos. Antes de la guerra civil la admiración de Iglesia por Bernal Díaz había sido casi absoluta. En la edición crítica de la *Verdadera historia*, Iglesia tomó partido por su postura de peón en la Conquista; aceptó su voz como si fuera la expresión propia del "pueblo", en oposición a la del jefe; valoró su papel en la empresa minimizando la actuación de Cortés como capitán de la hueste de conquistadores y dio oídos a las agrias rectificaciones de Bernal contra el biógrafo de Cortés, Francisco López de Gómara.

Pero la derrota de la República fue una terrible lección. Iglesia pudo experimentar en carne propia la importancia capital del jefe único, del comandante que decide el curso de la acción y unifica en una sola dirección las fuerzas dispersas, llevándolas así a la victoria. En términos militares, la República perdió la guerra porque su ejército no tuvo un capitán verdaderamente único. Esta derrota forzó a Iglesia a hacer una apreciación más justa del papel de la masa y del individuo en el devenir histórico y a concluir que sin sus huestes, Cortés no hubiera salido vencedor, pero sin Cortés éstas no hubieran logrado la victoria.

En términos más amplios y generales, esta dolorosa experiencia obligó a Iglesia a reflexionar más y mejor sobre el papel que la propia subjetividad y la propia experiencia vital desempeñan en el trabajo del historiador. Adoptó entonces una actitud que contrastaba vivamente con la de Za-

vala: éste derivaba la vitalidad de los documentos históricos y quería dejarlos hablar por sí mismos; Iglesia, en cambio, llevaba a sus documentos su propia vitalidad y experiencia y estimaba que éstas determinaban de manera dominante sus juicios como historiador. La buena nueva que Iglesia trató de comunicar a sus alumnos fue que así como la subjetividad desempeña un papel determinante en la historia, también la subjetividad propia del historiador tiene un gran papel en su labor intelectual. Esto lo hizo poniendo en juego su gran atractivo personal y su inteligencia, cualidades de las que dan fe todos cuantos tuvieron contacto con él.

Al principio José Miranda no se destacó entre los profesores del Centro con tanta nitidez y fuerza como Zavala e Iglesia, quizá porque no se interesó mayormente en afirmar o imponer su propia concepción sobre la historia. Formado inicialmente como jurista, en la Universidad Central de Madrid, con el paso del tiempo se fue revelando y formando como uno de los historiadores más originales y profundos de México. Dotado de una visión amplia y compleja, tal vez como ningún otro de sus colegas fue capaz de moverse con desenvoltura tanto en la historia de las instituciones como en la de las ideas, tanto en la historia de México como en la de España y América. Miranda, además, fue uno de los primeros en México en cultivar seriamente la historia económica y social, mucho antes de que en la década de los sesenta se convirtiera en



referencia obligada para quien quisiera estar a la última moda.

Dondequiera que puso la mano, Miranda produjo una obra fundamental y tuvo la rara virtud de saber plantear multitud de temas históricos muy novedosos y de investigar muchos de ellos a conciencia. Sus sugerencias y atisbos sobre los que no pudo investigar personalmente valen por años de reflexión y estudio. Bajo un exterior amargo y áspero escondía enorme generosidad y ternura para sus alumnos y sus amigos. Le complacía enormemente polemizar en tonos ácidos con quien se le pusiera enfrente, y para acercársele había que hacerle frente en sus propios términos, devolverle mandoble por mandoble, convenir tácitamente en que los juegos verbales, aunque mortalmente serios, no implicaban mala voluntad de ninguna de las partes.

Miranda estuvo vinculado como jurista a la Universidad de Madrid desde 1928 y desde entonces se interesó en el estudio del derecho político, preocupación que más tarde habría de fructificar en grandes obras sobre ideas, instituciones, estructuras jurídico-políticas en México y en América Latina. Durante parte de la guerra civil, de 1936 a 1938, Miranda fue secretario general de la Universidad Central de Madrid al mismo tiempo que José Gaos era el rector. Fueron años en que la ciudad Universitaria se convirtió en uno de los frentes de guerra más activos y feroces, en que rebeldes y republicanos, vo-

luntarios internacionales y tropas mercenarias se la disputaron palmo a palmo.

Terminada la guerra, Miranda pudo salir de España con grandes dificultades y fue a Chile. Allí no echó raíces, y en 1943 se trasladó a México, reclamado por su hermano Faustino, quien ya estaba instalado en este país, donde proseguía con éxito sus investigaciones botánicas. José Miranda tenía 40 años cuando en 1944 se incorporó a El Colegio como profesor —había nacido en Gijón, Asturias, el 22 de julio de 1903. Su integración a la vida mexicana implicó la reanudación de lazos amistosos e intelectuales anudados en España e interrumpidos por la guerra. En El Colegio de México se encontró con que otro de los profesores permanentes de la institución era Gaos; así, a unos cuantos años de distancia, rector y secretario general de la Universidad de Madrid durante la guerra civil coincidían como profesores de una pequeña institución humanística que pugnaba por echar raíces en tierra americana.<sup>24</sup>

José Gaos era fundamentalmente un “profesor de filosofía”, como gustaba llamarse a sí mismo por modestia intelectual —y por influencia del Juan de Mairena de Antonio Machado. Sin embargo, aunque entregado a la filosofía, le interesaron siempre con hondura la historia y sus implica-

<sup>24</sup> Sobre Miranda, véase ORTEGA Y MEDINA, 1983, pp. 249-254, y la presentación de *Historia y sociedad*, 1970, por varios de sus discípulos más cercanos.

ciones de todo tipo, teóricas y prácticas. En su empeño por construirse una filosofía que pudiera llamar propia y le diera el derecho de considerarse un verdadero filósofo, Gaos reflexionó en grado notable sobre los principios de la historia e hizo de la historicidad de la filosofía uno de los fundamentos de su sistema filosófico; además, influyó en los estudios históricos en México como no lo hizo ningún otro filósofo o “profesor de filosofía” emigrado antes o después de él. Por un lado, Gaos fue maestro de varias generaciones de estudiantes de El Colegio; por el otro, como veremos detalladamente más adelante, en su “Seminario del pensamiento en lengua española” estimuló en sus alumnos el estudio de temas histórico-filosóficos sobre España y América<sup>25</sup> y participó en primera fila en las polémicas que más de una vez se suscitaron en el apasionado ambiente intelectual de aquellos años sobre el sentido de la historia y la función del historiador.

Además de este núcleo de profesores permanentes y de otros profesionales captados temporalmente de otras instituciones, las promociones de alumnos del Centro también tuvieron la oportunidad de tener como maestros a algunos artistas y creadores, en ocasiones dispuestos a combinar la elaboración solitaria de su propia obra con el estímulo de las aulas, y a aceptar el reto intelectual

<sup>25</sup> Véase más adelante el capítulo III sobre el “Seminario”, y las amplias referencias que en él damos sobre Gaos.

implícito en el intercambio con estudiantes. En este caso estuvieron, por ejemplo, el novelista Agustín Yáñez, también profesor en la UNAM, quien tenía sus puntos de crítico literario y aun de historiador, así como el propio Alfonso Reyes, por temperamento poco inclinado a la docencia. También Daniel Cosío Villegas aceptó hermanar sus actividades como administrador de El Colegio e impulsor del Fondo de Cultura Económica con la enseñanza y se hizo cargo de algunos de los cursos del Centro destinados a abrirles a los historiadores algunas ventanas hacia los campos de la economía y sus problemas.<sup>26</sup>

### *Las escuelas historiográficas y las polémicas*

Consideradas en conjunto, las diversas actitudes historiográficas que desplegaron los maestros del Centro —con todo lo que implicaron en cuanto incitación y estímulo al conocimiento, y con todo lo que supusieron como enseñanza y formación—, configuran un panorama muy completo y muy rico, en el que no faltan las contradicciones. Para conformar sus propias actitudes y personalidades como historiadores, los aprendices del Centro podían dejarse influir por el neopositivismo de Za-

<sup>26</sup> Sobre otras actividades docentes de Daniel Cosío Villegas véase más adelante el recuerdo de Moisés González Navarro sobre el Centro de Estudios Sociales, pp. 207-217.

vala, con su pasión por el documento histórico y su pretensión de transmitirlo con gran pureza para que hablara por sí mismo; por la erudición humanista y clásica de Millares Carlo; por la visión científicante y universalista de Altamira; por el subjetivismo de Iglesia, con su rechazo de una historia lejana y ajena al historiador; por la visión compleja y penetrante de Miranda, que armonizaba diferentes facetas tan variadas como la del jurista, el economista, el sociólogo; por la fusión historicista que buscaba Gaos entre la filosofía y la historia, y su exigencia de encontrarle sentido propio al pensamiento en lengua española. Por si esto fuera poco, también estaban allí incitaciones e invitaciones al saber como las que personificaba Reyes, con la sensualidad gozosa de su creatividad literaria, de su saber enciclopédico y de su voracidad por comprender y apropiarse de todo lo humano; o como la representada por Cosío Vilegas, con su sistemática obsesión por comprender la sociedad de su época a través del estudio global de las que la precedieron, con su agudeza mental y con su eficacia como promotor del conocimiento.

El perfil del historiador ideal que El Colegio deseaba formar resultó, a fin de cuentas, multifacético y, hasta cierto punto, ecléctico. Aunque el fundador del Centro tenía y practicaba sus propias concepciones, siempre respetó en maestros y alumnos la libertad y la variedad de sus quehaceres. Las exigencias consistían en la dedicación y la calidad profesional del trabajo y en los resultados inte-

lectuales apreciables. Para que nada faltase a los educandos, se facilitó el contacto con universos más amplios y abarcadores, aunque a veces también fueran contradictorios. Así, se estudió la historia de México, y también la de la América hispánica y la de Europa —especialmente de España—; se desarrollaron inquietudes derivadas del nacionalismo en boga, pero en contrapunto con enfoques cosmopolitas y universalistas; se insistió en la aportación original, con su énfasis en la investigación en fuentes primarias y en llenar lagunas, sin desconocimiento de otras tradiciones historiográficas reconocidas; se postuló el valor del saber por el saber mismo y del conocimiento sin pragmatismos, mas esto se templó con preocupaciones por la realidad circundante y el mundo exterior, propiciando las incursiones fuera de una peligrosa torre de marfil académica.

Por lo demás, los maestros del Centro, secundados por sus colegas de la Universidad Nacional, de la Escuela y del Instituto de Antropología, y de otras varias procedencias, en su empeño por realizar una obra personal y por formar nuevas generaciones de historiadores, cada cual conforme a sus propios principios y personalidades, en la década de los cuarenta crearon un ambiente de discusión y de polémica interesante y muy fértil en lo que concierne a la teoría de la historia y a su correspondiente práctica.<sup>27</sup> Entre el gremio de his-

<sup>27</sup> De este ambiente dejó un testimonio personal Luis González

toridores es fama en voz baja que en tal ambiente hubo desde obligadas convivencias profesionales, más o menos corteses, desde guerrillas, verbales e ideológicas, hasta facciones y rupturas según las diferencias intelectuales y de temperamento. En cambio, es fama pública y notoria, bastante bien documentada, que el ambiente borrascoso en torno de las divergencias teóricas, filosóficas o empíricas sobre el arte y la ciencia de historiar culminó —por insistencia del profesor de la UNAM, Edmundo O’Gorman— en varias polémicas ponencias presentadas en tres mesas redondas organizadas por la Sociedad Mexicana de Historia, que tuvieron lugar en junio de 1945.<sup>28</sup>

Se esperaba que los contendientes mayores fueran Silvio Zavala, considerado como representante máximo de la tendencia neopositiva y científicista, y Edmundo O’Gorman, José Gaos y Ramón Iglesias, como defensores del relativismo histórico. Sin embargo, para desilusión de las galerías, el torneo público entre ellos no llegó a ocurrir, pues Zavala —poco afecto a esa clase de polémicas— se hallaba como profesor visitante en la Universidad de Puerto Rico y no envió ponencia alguna a las sesiones en que se ventilaron públicamente las actitudes historiográficas de los supuestos contendientes. A casi medio siglo de distancia se puede

---

en su ensayo “Sobre la invención en la historia”, que recoge MATUTE, 1974, pp. 199-205.

<sup>28</sup> Álvaro Matute reunió los textos de la polémica, junto con otros de gran interés, MATUTE, 1974.

apreciar la fortuna de que no se llegara al enfrentamiento directo: un choque frontal hubiera podido acarrear consecuencias excesivas en otros planos, más allá del puramente intelectual, dada la condición de colegas de varios de ellos en el Centro de Estudios Históricos y la necesidad de convivir en El Colegio con cierta armonía. El encuentro se realizó, en cambio, con otros participantes. El venerable y admirado Rafael Altamira se expresó en favor de la objetividad, en el sentido de que “cuando se ha estudiado una serie de hechos históricos, no se diga de ellos sino lo que se ha encontrado, no se presente sino lo que ellos están diciendo, no prefijando ningún juicio”. Edmundo O’Gorman, José Gaos y Ramón Iglesia expresaron en cambio su convicción de que la objetividad no existe, su visión relativista y subjetiva, su fundamental historicismo filosófico. Una tercera postura fue la de Alfonso Caso, quien defendió la necesidad del historiador de fijar el hecho histórico con la mayor precisión, aunque luego la historia también exija su interpretación y valoración. En las discusiones intervinieron, además, Paul Kirchhoff, Arturo Arnáiz y Freg, Justino Fernández, Jorge Ignacio Rubio Mañé y Francisco Barnés, que defendieron posiciones diversas. Tal vez quien mejor resumió la libertad del quehacer histórico fue Altamira: “en realidad a Roma se va por muchos caminos”.<sup>29</sup>

Con el paso del tiempo, las que entonces pare-

<sup>29</sup> MATUTE, 1974, pp. 32-65.



cieron posturas radicalmente encontradas ahora se ven más bien como preferencias temperamentales que como radicales postulados de principios excluyentes. En realidad, los relativistas eran en mayor o menor medida amantes de los documentos y rigurosos en sus trabajos, es decir, científicos por lo que concierne a sus métodos; y los llamados neopositivistas recurrían a la imaginación y a la creatividad personal y subjetiva a la hora de escribir sus historias y de presentar al público los resultados de su labor. Aunque algo menos explícita que en el caso de los relativistas, los neopositivistas también mantenían una liga estrecha entre sus preocupaciones y los problemas de su tiempo. Por ejemplo, una recopilación de documentos tan monumental, erudita y aparentemente alejada de los urgentes conflictos planteados por la vida cotidiana como las *Fuentes para la historia del trabajo en la Nueva España*<sup>30</sup> preparada por Silvio Zavala, tenía una relación directa con el interés por la vida y las luchas obreras que fue uno de los focos de atención pública del México del primer tercio del siglo XX y, especialmente, de la década de los cuarenta. Las diferencias entre ambos grupos eran más bien de grado que de esencia; eran diferencias de énfasis en la concepción de las prioridades y las jerarquías; no eran oposiciones de sentido sino de for-

<sup>30</sup> Recopiladas en colaboración con María Castelo. México: Fondo de Cultura Económica, 8 vols., 1939-1946. [2ª ed. facsímil: México: Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano, 1980, 8 ts.]

ma y estilo. Acaso también lo eran en cuanto a la afición personal de algunos al proselitismo y a crear pequeñas capillas, lo cual llevaba a Altamira a preguntar si no seguía siendo posible distinguir entre Alejandro y su auriga.

### *Los becarios y el estudio*

Para su formación como historiadores es de suponer que cada uno de los alumnos de las primeras promociones de El Colegio aprovechó lo que quiso, o lo que pudo, de ese rico conjunto de incitaciones ofrecido por el Centro de Estudios Históricos. En todo caso fueron alumnos privilegiados, pues en México, y aun en muchas otras partes del mundo, no se podían encontrar entonces mejores maestros ni circunstancias más estimulantes para estudiar historia. No cabe duda que desde un principio los becarios del Centro supieron responder a ese privilegio rindiendo frutos tangibles como parte de esa formación: tesis, reseñas, artículos, libros, y, en su mayoría, siendo después fieles a su vocación de historiadores, cada quien a su manera y siguiendo su camino propio. Por supuesto, no faltaron los que encontraron mejores cosas que hacer y abandonaron el cultivo de la historia, pero fueron los menos.

Como ya lo señalamos antes, entre 1941 y 1949 hubo tres promociones de estudiantes, más un grupo especial que entró a El Colegio con el pro-

pósito de completar su formación iniciada en otras partes. Por lo que respecta a la procedencia, se logró hacer buena la pretensión de El Colegio de formarse un rostro predominantemente mexicano, pero con extensión española e hispanoamericana: de treinta y tres estudiantes, diecinueve eran mexicanos (cuatro procedentes de la provincia); uno español (o, si se prefiere, catalán: Carlos Bosch García) y el resto de varios países hispanoamericanos: Ernesto Chinchilla Aguilar de Guatemala; Norberto Castro, Sol Arguedas y Ligia Cavallini de Costa Rica; Monelisa Lina Pérez Marchand e Isabel Gutiérrez del Arroyo de Puerto Rico; Julio Le Riverend, Manuel Moreno Fragnals y Carlos Funtanellas de Cuba; Flor Armida Vlieg de Panamá; Eduardo Arcila Farías de Venezuela; Luis Muro del Perú, y Germán Posada de Colombia. Por lo que concierne a la edad, todos estaban entre los 18 y los 25 años, con dos “posibles” excepciones. Entre ellos había diez mujeres, es decir un tercio del total, y la mayoría de los becarios había pasado por la Facultad de Derecho, incluyendo a alguna mujer, como Susana Uribe.<sup>31</sup>

Lo que resulta sobremanera interesante e instructivo es la forma de trabajar que se exigió a los alumnos. Tenían que llevar cuatro cursos cada semestre, lo cual totalizaba 20 horas de clase por

<sup>31</sup> Datos tomados de GONZÁLEZ, 1976, pp. 541-542. T. Esquivel Obregón señala en la recomendación de S. Uribe a S. Zavala que “fue alumna distinguida en la Escuela Nacional de Jurisprudencia”, AHCM, Rollo 6, exp. 349.

semana, amén de los cursos optativos que se recomendaban para llenar lagunas en la formación y para “reforzar la vocación”, según reza un documento del 22 de junio de 1944.<sup>32</sup> En estos cursos, las lecturas asignadas para cada tema, que eran muchas y variadas, eran tan importantes como las exposiciones orales de los profesores; por otra parte, era esencial la obligación sistemática de redactar trabajos monográficos y de investigación para presentar al final del semestre como prueba de lo que realmente se había aprendido. El Centro promovió dos tipos de investigaciones: las colectivas, en las que todos los becarios se ocupaban de diversas facetas de un solo tema y trabajaban en común, como las que dirigieron Concha Muedra sobre el Marquesado del Valle de Oaxaca y José Miranda sobre los tributos de indios en el siglo XVI. Las otras fueron las individuales, de tema distinto para cada alumno y que cada quien hacía en forma independiente. Éstas fueron sobre algún aspecto de la historia antigua de México, sobre las principales corrientes historiográficas del mundo colonial o del independiente. Luis González, quien vivió este proceso como miembro de la promoción 1946-1949, lo resume así:

cada quien investigó, según sus preferencias o las órdenes de los maestros, aquella institución o aquel

<sup>32</sup> AHCM, Rollo 1, exp. 22.

personaje, esta actitud o este hecho. La consigna era adiestrarse, sin salirse generalmente de las fronteras temporales y espaciales de la Nueva España, en la comprensión de protagonistas, en la relación de hechos de cualquier índole, en la reconstrucción de instituciones y en el englobamiento de lo particular en lo general. Hubo que aprender a hacer cuentas y a ensartarlas en el rosario.<sup>33</sup>

En este proceso desempeñaron un papel fundamental los seminarios en los que profesores y alumnos podían confrontar y profundizar juntos el análisis de diversos temas. Este acercamiento crítico cumplió, además, la función de motivar al estudiante. Ya en diciembre de 1940, al planearse la creación del Centro de Estudios Históricos, Ramón Iglesia había planteado los mecanismos y el funcionamiento de su seminario según los siguientes criterios, que de alguna forma fueron los que luego se aplicaron para todo el Centro:

La misión del seminario ha de ser esencialmente formativa. Se agrupará un número reducido de profesores y alumnos, y han de ser los primeros quienes sacrifiquen su actividad a los segundos, y no a la inversa, como suele ocurrir en estas instituciones. Nada tan descorazonador para quien desea iniciarse en los estudios históricos como encontrarse con que le dan unas explicaciones mínimas a fin de capacitarle para llevar a cabo aquellas partes del tra-

<sup>33</sup> GONZÁLEZ, 1976, pp. 542-543.

bajo del profesor que a éste más le aburren. Para evitar esto, el profesor ha de estimular el interés del alumno de forma tal que sus trabajos, por elementales y mecánicos que sean en un principio, tengan un resultado visible, que le dé la sensación de obra concluida, o integradora de otra más amplia, en la que pueda apreciarse la parte que a él le corresponde.

Iglesia reaccionaba aquí en contra de la tradicional explotación de los alumnos en los seminarios de investigación, práctica muy en boga por esos años en todas partes, y que explicaba, en gran medida, la enorme producción de que hacían gala ciertos académicos, de la disciplina que fuera, habituados a aprovechar para sus grandes construcciones la piedra menuda que hacían picar a sus alumnos, convertidos así en siervos condenados al trabajo anónimo y ajeno.

En su propuesta de 1940, Iglesia continuaba especificando el ideal a cumplir en los seminarios:

Ha de procurarse por todos los medios inculcar al alumno la idea de que las fases preliminares del trabajo histórico, que tan áridas suelen resultar a las personas de espíritu ágil e inquieto, haciéndolas desviarse del estudio de la historia al de la literatura, la filosofía, u otras disciplinas humanísticas, son solamente trabajos previos, pero indispensables, para alcanzar resultados más altos. Se buscará un equilibrio adecuado entre operaciones analíticas y sintéticas para que el alumno no se pierda en rebus-

cas menudas, ni pretenda tampoco empezar la casa por el tejado.<sup>34</sup>

Para lograr todo lo anterior, Ramón Iglesia propuso como ejemplo llevar a cabo dos tipos de actividades: un curso introductorio sobre el desarrollo de la historiografía española, que daría él mismo, y que iría desde las obras de Alfonso X hasta la historiografía del descubrimiento y conquista de América. Esto enlazaría con el tema específico que le interesaba desarrollar en clase: la historiografía de la Nueva España. A los alumnos se les entregaría un índice de temas y lecturas para que “se familiaricen con las más importantes producciones históricas de las distintas épocas, habituándose a ver en ellas un producto de la cultura en donde nacen, para así lograr un buen desarrollo del sentido de perspectiva histórica en el alumno”.

Además del curso introductorio, expositivo, que serviría como contexto para encuadrar los textos, en el seminario los alumnos llevarían a cabo un estudio específico sobre las fuentes básicas de la historia de la conquista de la Nueva España: Cortés, Gómara, Bernal Díaz, etcétera, y sobre las obras más destacadas sobre el tema escritas en el siglo XIX: Alamán, Prescott, Orozco y Berra y otros. He aquí lo que Iglesia proponía sobre el proceso a seguir:

<sup>34</sup> “Apunte sobre la constitución de un seminario de estudios históricos, con especial referencia a la cátedra de historiografía”, en AHCM, exp. AG-86, leg. 1.

Estos temas, conforme se avance en su elaboración, serán sometidos a la discusión conjunta de profesor y alumnos para desarrollar un sentido crítico de tipo elevado, en el que ha de procurarse por todos los medios estimular, y no amortiguar la personalidad del alumno, al mismo tiempo que se le habitúa a confrontar sus propias ideas con las de los demás. Será imprescindible que en este trabajo los alumnos no se limiten al análisis de los escritos considerados como fuentes, sino que estudien también las obras elaboradas en épocas posteriores, para señalar sus cualidades buenas o malas. Es decir, que se concederá atención especial en esta cátedra al problema de la elaboración del trabajo histórico, que hoy suele estar tan descuidado.

Y concluía: “No se perderá nunca de vista que el resultado más valioso para el alumno será la adquisición de un método de trabajo que él pueda utilizar posteriormente en sus propias investigaciones, sean sobre el tema que fueren”.<sup>35</sup>

Si nos hemos detenido tanto en esta propuesta de Iglesia, no es para dar un ejemplo aislado de las reflexiones pedagógicas de un miembro del Centro, sino porque éstas resumen con sensibilidad y precisión el espíritu profesional y académico que se pretendía crear y mantener en la nueva institución en la formación de los jóvenes becarios. La meta más importante era, entonces, que los alumnos aprendieran a investigar y que, tanto durante

<sup>35</sup> “Apunte”, AHCM, exp. AG-86, leg. 1.



los años que pasaran en El Colegio formándose en la tarea de historiadores como, posteriormente, en sus respectivas prácticas profesionales, la mayoría de ellos demostrara en sus publicaciones y en la docencia que habían alcanzado plenamente la maestría.

La primera promoción que hizo sus estudios de 1941 a 1944, estuvo formada por Carlos Bosch García, Manuel Carrera Stampa, Hugo Díaz-Thomé, Alfonso García Ruiz, Enriqueta López Lira, Fernando Sandoval, Ernesto de la Torre Villar y Susana Uribe. Como fruto de sus trabajos estudiantiles esta generación publicó un volumen colectivo coordinado por Ramón Iglesia titulado *Estudios de historiografía de la Nueva España* (1945) y varias obras individuales. Carlos Bosch García, el más precoz, dio pronto a la imprenta *La esclavitud prehispánica entre los aztecas* (1944) y *Problemas diplomáticos del México independiente* (1947).

La segunda promoción la formaron Sol Arguedas, Flor Armida Vlieg, Norberto Castro, Manuel Fernández de Velasco, Pablo González Casanova, Julio Le Riverend, Manuel Moreno Fragnals, Gonzalo Obregón, Monelisa Lina Pérez Marchand y, con excepción de algunos de ellos, realizó sus estudios en el Centro de 1943 a 1946. De esta promoción destacaron varios estudiosos; pero en un ámbito más amplio, sobre todo Pablo González Casanova, quien desde entonces mostró su gran ambición intelectual y política, que lo impulsó a tratar de combinar las labores y los puntos de vista

del historiador, del sociólogo, del jurista y del literato con los del hombre de acción, todo lo cual lo llevó años más tarde a ser rector de la Universidad Nacional Autónoma de México. Como fruto de sus juveniles años como becario en El Colegio son de mencionar un artículo extenso sobre aspectos políticos de la obra del obispo Palafox y Mendoza, que se publicó en la *Revista de Historia de América* (junio de 1944), y *El misoneísmo y la modernidad cristiana en el siglo XVIII* (1948). Por su parte, Gonzalo Obregón publicó *El Real Colegio de San Ignacio de México (Las Vizcaínas)* (1949). Monelisa Lina Pérez Marchand escribió el importante estudio sobre *Dos etapas ideológicas del siglo XVIII en México a través de los papeles de la Inquisición* (1945), texto que, en realidad, fue producto de una combinación de intereses del Centro de Estudios Históricos con los del "Seminario sobre el pensamiento en lengua española", que dirigía José Gaos en el propio Colegio. Como veremos más adelante, también Gaos se propuso publicar los textos de sus estudiantes más destacados.

La tercera promoción, de 1946-1949, se dividió en dos grupos. Al primero pertenecieron Israel Cavazos Garza, Emma Cosío Villegas, Ernesto Chinchilla Aguilar, Luis González, Isabel Gutiérrez del Arroyo, Sergio Morales Rodríguez, Luis Felipe Muro Arias, Germán Posada Mejía, Xavier Tavera Alfaro y María del Carmen Velázquez. Aunque no todos completaron sus cursos, a la larga, en su mayoría, ésta fue una generación de

prolíficos historiadores y maestros devotos. El segundo grupo, de 1946-1947, estuvo formado por Helia María Alpuche Sosa, Eduardo Arcila Farías, Ligia Cavallini, Carlos José Funtanellas, Henrique González Casanova y Héctor Ortiz Dávalos. Todos llegaron al Centro con su preparación bastante adelantada y solamente se trataba de completarla y de que llenaran lagunas, aunque no todos cumplieron el compromiso.

En la *Revista de Historia de América* (diciembre de 1949) se publicaron los trabajos de Luis González sobre el pensamiento político e histórico de Fray Jerónimo de Mendieta, de Ernesto Chinchilla Aguilar sobre aspectos de la obra de Oviedo y de Germán Posada sobre Sigüenza y Góngora como historiador. Bajo la dirección de Silvio Zavala, los dos grupos publicaron conjuntamente un volumen de *Estudios de historiografía americana* (1948) e, individualmente, Eduardo Arcila Farías dio a la imprenta su *Comercio entre Venezuela y México en los siglos XVII y XVIII* (1950), Isabel Gutiérrez del Arroyo, *El reformismo ilustrado en Puerto Rico* (1953) y María del Carmen Velázquez, *El estado de guerra en Nueva España, 1760-1808* (1950).<sup>36</sup>

Un programa de estudios y un método de formación profesional deben juzgarse por sus

<sup>36</sup> Hemos reconstruido estas listas a partir de los datos en AHCM y GONZÁLEZ, 1976, pp. 592-596. Es posible que haya otros nombres que se nos escapen y que, en cambio, algunos pasaran por El Colegio muy fugazmente. Sobre las publicaciones véase también TRABULSE, 1976.

resultados concretos; es decir, por la cantidad de egresados pero sobre todo por la calidad de su obra, sea ésta de investigación, docente o de síntesis. Si aceptamos esos criterios, la labor del Centro de Estudios Históricos puede calificarse de exitosa en grado superlativo. Como estudiantes, la productividad de sus miembros fue muy alta. Como egresados, han sido pocos los mexicanos —tres o cuatro de más o menos una docena— que no hayan destacado en el ancho campo del ejercicio profesional de la historia, y esto porque en algún momento se dejaron seducir por musas que no son Clío, aunque no del todo enemigas. En cambio, los más han sobresalido en su actividad profesional, como maestros de generaciones enteras de estudiantes de historia o de ciencias sociales y artes afines, en las principales instituciones de educación superior en México: el propio Colegio, la Universidad Nacional, las de los estados, los nuevos Colegios regionales, el Instituto y la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Como funcionarios académicos ha habido directores de institutos y centros de investigación, de la Biblioteca Nacional, un presidente de un Colegio regional e, incluso, un rector de la UNAM; como autores de una obra escrita importante y en ocasiones verdaderamente extraordinaria, destacó la mayor parte. Entre ellos, Carlos Bosch García, Alfonso García Ruiz, Luis González, Pablo González Casanova, Luis Muro (peruano, que al terminar sus estudios se integró a El Colegio de México hasta su

muerte en 1987), Ernesto de la Torre Villar, Susana Uribe y María del Carmen Velázquez. Esto sin mencionar a aquellos que pasaron por sus aulas pero que no obtuvieron el grado de maestría, que sólo se otorgaba al completar los cursos y redactar y defender la tesis correspondiente.<sup>37</sup>

Por su parte los becarios y egresados latinoamericanos que regresaron a sus países de origen se convirtieron a su vez en grandes maestros, en investigadores fecundos, en focos de irradiación de lo aprendido en México sobre el arte y la ciencia de historiar, sobre la unidad fundamental del mundo hispánico todo, sobre formas eficientes y creativas de trabajar. Monelisa Lina Pérez Marchand e Isabel Gutiérrez del Arroyo en Puerto Rico; Ernesto Chinchilla, primero en Guatemala y luego en Estados Unidos; Eduardo Arcila Farías en Venezuela; Germán Posada en Colombia y más tarde en México; Julio Le Riverend, Manuel Moreno Fraginalls y Carlos Funtanellas en Cuba; Ligia Cavallini en su natal Costa Rica.

Y lo extraordinario es que en todos ellos, mexicanos o no, es difícil distinguir algún sello específico que los caracterice como egresados del Centro

<sup>37</sup> Debemos recalcar que este título no lo otorgaba El Colegio, todavía no habilitado para hacerlo, sino que mediante convenio con la ENAH, era ésta la que extendía la Maestría en Historia. El Colegio no obtendría el reconocimiento oficial para expedir títulos válidos ante la Secretaría de Educación Pública hasta el decreto presidencial de noviembre de 1962. Véase el "Decreto por el que se reconoce como escuela de tipo universitario a El Colegio de México", en "Decreto", 1976, pp. 660-662.

de Estudios Históricos, a no ser la seriedad y solidez de su oficio. ¿Qué tienen en común entre sí, pongamos por caso, Pablo González Casanova, Luis González, Ernesto de la Torre Villar y María del Carmen Velázquez? Por su obra y por sus actividades posteriores, parecería que egresaron de instituciones totalmente distintas, que incluso tuvieron formaciones divergentes; lo mismo podría decirse de todos los demás. Sin embargo, precisamente en esto radica el gran éxito de la formación dada por el Centro a ese grupo de jóvenes historiadores.<sup>38</sup> El hecho de que sus intereses historiográficos sean tan profundamente diferentes, de que cada uno de ellos sea radicalmente distinto de sus compañeros y de que hayan seguido caminos personales y profesionales muy diversos, la falta misma de una "marca de origen" demuestran que su formación fue la adecuada para moldear historiadores e intelectuales independientes, originales, capaces de seguir su camino propio con total libertad.

Una obra escrita tan abundante y de calidad tan alta, llevada a cabo como parte de un periodo de formación estudiantil, por muy maduros que en sí hayan sido los becarios del Centro, solamente puede explicarse por la concurrencia de varias condiciones rigurosamente impuestas. Por un lado, la selección fue muy estricta. Solamente se aceptaron

<sup>38</sup> Sobre esta originalidad, tanto del CEH como de todo El Colegio de esos años, véase LIDA, 1989, pp. 481-486.

estudiantes que tuvieran los mejores antecedentes, que vinieran bien recomendados por profesionales serios y de prestigio y que estuvieran dispuestos a dedicarse de tiempo completo al Centro. Se dio primacía a la calidad sobre la cantidad, sacrificando, incluso, posibilidades que de hecho se pensaron originalmente: al comenzar la primera promoción se consideró la posibilidad de inscribir veinte estudiantes y de dar becas de 60 pesos mensuales a los diez mejores. Al fin sólo se seleccionó a ocho becarios y se descartó la idea de que hubiera estudiantes sin beca; la beca era un estímulo y compromiso que obligaba más a los estudiantes a cumplir con los requisitos establecidos por la institución.<sup>39</sup>

Por otro lado, se procuró establecer un ambiente de laboriosidad para todos. A las exigencias con los profesores del Centro se sumaron las que hubo con los estudiantes. En el capítulo anterior ya citamos en su totalidad el “Reglamento del Centro de Investigaciones Históricas” de 1941, con las draconianas disposiciones del secretario de la institución. Que el reglamento no fue letra muerta lo muestra, por ejemplo, una curiosa nota que don Pedro Bosch Gimpera envió a Silvio Zavala, como director del Centro, rogándole dispensar las faltas de su hijo Carlos y dando las explicaciones médi-

<sup>39</sup> Carta de Daniel Cosío Villegas al director de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UNAM, informándole de la creación del CEH y pidiéndole que informe a los maestros y estudiantes de las becas ofrecidas, 21 de febrero de 1941, en AHCM, exp. AG-86, leg. 1.

cas del caso. Resulta evidente que el asunto se tomaba en serio:

Mi distinguido amigo: Me permito rogarle que tenga a bien dispensar las dos faltas que han anotado a mi hijo Carlos. La primera fue ocasionada por su dolencia de la vista que ya hace algún tiempo tuvo que tratarle el Dr. Rivas Cherif y que le proviene de cansancio debido precisamente al estudio, que de cuando en cuando le obliga a dejar de leer. La segunda fue el viernes pasado en que se encontró indispuesto, no pudiendo por ello asistir a clase. La primera falta tengo entendido que fue excusada de palabra en su día. De la segunda no había podido decirle nada porque creo que no le ha visto desde el viernes, aunque dejó dicho en el Centro cuál había sido la causa que la motivó.<sup>40</sup>

Más aún, la vigencia de estas disposiciones la ratifica Zavala en carta a José Carner del 5 de agosto de 1942, en la que le solicita que “a partir de esta quincena registre con toda regularidad” las ausencias de los alumnos, pues “se va a descontar de su beca \$2.00 por cada falta de asistencia a clase”. Esa información —advierte Zavala— se deberá enviar directamente a la secretaría de El Colegio, “tres días antes del 15 y del 30 ó 31 de cada mes”. El caso de Fernando Sandoval, becario de la primera promoción, fue ejemplar. En 1943 recibió felicitaciones de Cosío por su desem-

<sup>40</sup> AHCM, exp. AG-86, leg. 1.



peño académico y se le renovó la beca, pero en 1944, sin duda demasiado confiado en sí mismo, comenzó a fallar y Cosío le notifica inmediatamente que se le retira la beca “por incumplimiento de labores”. Sólo después de una carta de *mea culpa* y arrepentimiento a Cosío éste lo reincorporó para que se pudiera recibir con sus compañeros, pero le negó el derecho a beca.<sup>41</sup>

Como parte fundamental de la preocupación por crear y mantener un ambiente de trabajo constante, a la vigilancia extrema de la asistencia y puntualidad se agregó la de la “atención” y la “dedicación en los trabajos”, a través de frecuentes informes de los profesores sobre los becarios y de éstos sobre el avance de sus estudios e investigaciones, sobre los obstáculos encontrados, sobre el desarrollo de sus intereses. Por ejemplo, el 4 de diciembre de 1942 Silvio Zavala, como director, pidió a los profesores que informaran por escrito sobre la parte del programa de su curso que pudieron cubrir durante el semestre, sobre los trabajos realizados y sobre el adelanto logrado por cada becario, así como su opinión sobre si debía renovarse o no la beca de cada uno. Además, Zavala convocaba a “una reunión de todos los profesores del Centro para cambiar impresiones sobre el curso que finaliza y los trabajos del año próximo”.<sup>42</sup>

<sup>41</sup> AHCM, exp. AG-86, leg. 1 y exp. 76. Véase el “Reglamento” en el capítulo I, p. 95.

<sup>42</sup> AHCM, exp. AG-86, leg. 1.

Esta costumbre de consultar a todos los profesores encargados de los cursos de cada promoción se extendió con el tiempo a los demás centros de El Colegio, pero sólo en algunos de ellos continúa hasta el presente. En años recientes, algunos centros del actual Colegio han reducido la discusión de los programas de estudios y la evaluación de los becarios a sus pequeñas Juntas de Profesores, compuestas por sólo cinco miembros, abandonando así una sabia tradición de diálogo y de intercambio de ideas y opiniones basados en la experiencia docente directa de los profesores y en su cercanía a los estudiantes.

En los informes escritos entregados por los profesores en aquella ocasión —se conservan los del propio Zavala, Iglesia, José María Miquel i Vergés, Juan B. Iguíniz, José Carner, Concepción Muedra, Agustín Millares, Francisco Barnés y Manuel Toussaint—, se evidencia el afán por no desperdiciar recursos, por vigilar al máximo el aprovechamiento de las becas concedidas, por obtener el mayor beneficio posible de las actividades docentes. Podemos ver también la amplitud de los temas históricos tratados, ya que el interés primordial por aprender a investigar no debía obstaculizar la adquisición de una cultura historiográfica general, ni una cultura a secas. Por lo demás, se tenía conciencia de que para que la investigación pudiera enfocarse hacia temas todavía vírgenes o poco explorados y para encuadrar los resultados de la investigación en un contexto explicativo más

general, que iluminase su importancia real en el conjunto de los estudios historiográficos, era indispensable una visión de conjunto y una preparación general amplia y sólida. También podemos apreciar cómo se procuró que las labores impuestas a los alumnos, además de su función educativa y formadora, tuvieran una finalidad útil, orientada a realizar una obra histórica concreta, a lograr algún instrumento historiográfico que trascendiera el espacio del aula y aun de El Colegio. Así, Miguel i Vergés dirigió la realización de un *Diccionario de insurgentes* en el que colaboraron todos los alumnos; Juan B. Iguíniz los puso a organizar la Biblioteca del Centro y a formar un catálogo de las obras; los alumnos colaboraron con Manuel Tousseint en una bibliografía del arte en México. Finalmente, debemos subrayar una característica fundamental del Centro, que luego cundió entre los demás de El Colegio: el estímulo para que los estudiantes publicaran en revistas especializadas e hicieran así sus primeras armas como profesionales. Esta sabia tradición se fue perdiendo con los años, y en el CEH sólo se recuperó transitoriamente cuando Silvio Zavala volvió a El Colegio en 1963, no sólo como presidente sino también como profesor del Centro. La primera generación de maestría de esa nueva época, que egresó en 1964, debió cumplir con el requisito de elaborar un artículo publicable en *Historia Mexicana*.<sup>43</sup>

<sup>43</sup> *Historia Mexicana*, XIV:4(56) (abr.-jun., 1965) incluye varios

Entre los informes de los profesores vale la pena citar extensamente el de Francisco Barnés, quien en 1942 dio el curso de "Historia de España moderna y contemporánea", porque nos da una imagen muy detallada del desarrollo de un curso, del trabajo que se esperaba de los alumnos e, incluso, del ambiente en que se desarrollaban las labores.

El curso ha tenido un desenvolvimiento principalmente oral, aunque hemos procurado combinar con la conferencia expositiva, la conversación dirigida que trata de interesar al discípulo en la complejidad de los problemas.

Hemos procurado hacerles ver la coincidencia que se da entre los hechos de la historia política y las manifestaciones del espíritu en las artes y en la literatura.

He intentado también que cada alumno tratase de hacer la síntesis de un reinado o de un hecho importante señalándole las fuentes de que podía disponer en las bibliotecas que conozco y dándoles en cada caso la bibliografía conveniente.<sup>44</sup>

En cambio, a Barnés —sin duda muy influido por el sistema de enseñanza moderno de la española Institución Libre de Enseñanza, que tanto había contribuido a la modernización educativa peninsular del siglo XX y de su heredero, el Instituto Escuela de Madrid, donde él mismo enseñó—

---

de esos trabajos.

<sup>44</sup> "Informe", AHCM, exp. AG-86, leg. 1.

el sistema de exámenes le merece una opinión muy poco favorable:

Este último período de exámenes por que hemos pasado en el curso, es tremendamente desorganizador de los trabajos en las demás clases. El examen llega a constituir una obsesión de los alumnos, que demacrados algunos, otros enfermos y no faltando quien deja de asistir a las otras clases no puede ofrecer otro concurso, cuando asiste, que su atención si se consigue interesarlos.

Después de dar su opinión sobre cada uno de los alumnos, Barnés, quien había sido dos veces Ministro de Instrucción Pública de la Segunda República española, dice sobre el grupo de alumnos en su conjunto:

sin excepción me parece interesante; creo que por el desarrollo de su inteligencia, por la afinación de su vida y por la formación de su cultura puede parangonarse con un grupo escogido de estudiantes universitarios europeos.

Al finalizar su informe Francisco Barnés hace referencia a una visita que hizo con los alumnos a una exposición de cuadros y a una visita guiada a la Catedral. Estas salidas no fueron las únicas. En muchas ocasiones maestros y alumnos ocuparon los fines de semana en hacer excursiones a sitios y monumentos históricos de interés. Así, al conjunto de instrumentos educativos usados en beneficio

de los aprendices de historiador, habría que agregar estas visitas guiadas, que resultaron insustituibles para desarrollar ciertas sensibilidades histórico-artísticas y una fuerte cohesión de grupo y camaradería personal y espiritual. En cierta forma, las excursiones fundían el interés mexicano por descubrir los olvidados tesoros nacionales de diversas épocas (como ya vimos en el caso de W. Jiménez Moreno) con una tradición española de visitar monumentos y sitios históricos y de salir al campo "a comulgar con la naturaleza", promovida por la Institución Libre de Enseñanza y por el Instituto Escuela, ambos de la peninsular Junta para Ampliación de Estudios.<sup>45</sup>

Por su parte los alumnos de las distintas promociones tenían que reunirse periódicamente con Silvio Zavala para informarle del avance de sus trabajos y, sobre todo, para comprometerse en su entrega, con plazos precisos y concretos. Así, por ejemplo, en la reunión que los becarios de la promoción 1941-1944 tuvieron el 3 de diciembre de 1943 con el director del Centro, éste

les explicó que las becas del Colegio de México son anuales y que para ser renovadas era costumbre investigar el adelanto de cada alumno, el interés que tenían en el trabajo, sus opiniones sobre los cursos y

<sup>45</sup> Véase más adelante, en el cap. V, dedicado al Centro de Estudios Filológicos, el recuerdo de Alatorre de estas excursiones de El Colegio. Véanse también capítulo I nota 56 y capítulo V nota 21.

el deseo de parte de ellos de continuar con el compromiso de dar su tiempo al Centro.<sup>46</sup>

En este documento consta la insistencia de Zavala en el compromiso de los becarios con El Colegio, y la advertencia contra la posible dispersión o distracción de sus estudios en el Centro:

Zavala explica a los alumnos que el deseo que manifiestan de seguir implica el compromiso de dar su tiempo preferente al Centro. [Pablo González] Casanova está estudiando derecho al mismo tiempo que historia. Zavala le pregunta cómo piensa resolver esto. Casanova dice que desde que entró al Centro fue advertido que lo principal sería el trabajo en éste y está dispuesto a cumplir. Pero razona que como su interés es historia de ideas políticas, cree que el derecho le ayuda y pide se le permita seguir la carrera, si bien tomando sólo dos asignaturas de ella por año. Pero ofrece someterse a decisión del Colegio.

También a continuación Zavala aclaró que, debido a las reformas educativas de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, los alumnos de El Colegio sólo tendrían de dos a tres horas de clases diarias, de lunes a sábados, y, por lo tanto, que el resto del día quedaba libre para estudiar y realizar sus trabajos para El Colegio. Por todo esto, concluye el informe, Zavala,

<sup>46</sup> "Informe del Director del Centro de Estudios Históricos al Presidente de El Colegio de México", AHCM, exp. AG-86, leg. 1.

les recalca que si cada becario no da garantías plenas de que ese tiempo aparentemente libre es de hecho para cumplir con sus obligaciones hacia el Centro, resultaríamos mutuamente engañados y no se podría permitir. Los becarios convienen en las ventajas del nuevo sistema y ofrecen cumplir fielmente.

Por lo demás, en estas reuniones los alumnos tenían oportunidad de hablar sobre sus reacciones ante las enseñanzas del Centro, sobre lo que les había interesado y desagradado de los cursos y sus trabajos, sobre el desempeño y la personalidad de sus profesores. Es decir, aunque claramente los términos de reciprocidad e intercambio no eran idénticos, la opinión, experiencia y evaluación de los estudiantes eran tomadas en cuenta y no echadas en saco roto.

Un detalle más de la formación recibida en estos años es que los aprendices de historiador tuvieron también la oportunidad de hacer sus primeros pinitos como conferenciantes, exponiendo públicamente el resultado de sus investigaciones en la Sociedad Mexicana de Historia y, de vez en cuando, dictando alguna clase en escuelas secundarias y preparatorias. Otros foros importantes en los que tuvieron ocasión de demostrar sus habilidades y de hacer turismo académico a escala nacional fueron los Congresos de Historia que tuvieron lugar en Guanajuato en 1945 y 1948, y en Monterrey en 1949.

Por último, y para cerrar con broche de oro una



formación caracterizada por su calidad, pareció necesario que los alumnos del Centro pasaran por la prueba de salir al extranjero para ampliar allí sus horizontes culturales, llenar las lagunas advertidas en su formación, pulir sus aristas, contrastar y perfeccionar sus métodos de trabajo y, en fin, aprender lo que les fuera posible para regresar con la madurez de una rica experiencia y con el prestigio de un posgrado más robusto.

El Colegio apoyó la obtención de becas para el extranjero de los alumnos más destacados. Así, la Fundación Rockefeller becó a Ernesto de la Torre Villar, a Enriqueta López Lira y a Hugo Díaz-Thomé; la Guggenheim a Carlos Bosch García, Eduardo Arcila Farías y Julio Le Riverend. Luis Muro fue a Austin, con beca de la Universidad de Texas. El gobierno francés, a través del IFAL, becó y El Colegio complementó las becas a París de Ernesto de la Torre Villar y Fernando Sandoval, de la primera promoción; de Gonzalo Obregón y Pablo González Casanova de la segunda; de Luis González de la tercera. Susana Uribe, patrocinada por El Colegio, investigó en la Library of Congress de Washington.

Al finalizar la década de los cuarenta el Centro pareció dispersarse a los cuatro vientos sin que aparecieran nuevas promociones de estudiantes. Las contracciones generales del presupuesto al cesar en 1949 el subsidio de la Fundación Rockefeller, la desaparición de algunos profesores del Centro, la multiplicación de actividades de otros, en

particular de su director, Silvio Zavala —en la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, que presidió de 1947 a 1965; en el Museo Nacional de Historia de Chapultepec, del cual ya dijimos que fue director entre 1946 y 1954, en la Universidad de Harvard donde enseñó en 1953-1954 y en la de París, en 1954-1955— contribuyeron a la diáspora. Esto se acentuó decididamente cuando Zavala aceptó el cargo de consejero cultural de la Embajada de México y de delegado permanente de México ante la UNESCO a partir de 1956, y estableció su residencia en París. Como se dijo antes, en 1947 Ramón Iglesia se había vuelto a expatriar, aceptando una posición como profesor en la Universidad de Wisconsin, y en la década de los cincuenta muchos de los antiguos miembros de El Colegio se encontraron enseñando de tiempo completo en la Universidad Nacional, que había ya consolidado la profesionalización de las carreras humanísticas, atrayendo con mejores sueldos y prestaciones a profesores de otras instituciones. En los años cincuenta, en vez de preparar nuevos historiadores, el Centro de Estudios Históricos, todavía nominalmente bajo la dirección de Zavala pero de hecho bajo la guía de Daniel Cosío Villegas, convertido en el historiador del México juarista y porfiriano (y, como veremos más adelante, entregado de cuerpo y alma a su nuevo “taller”), se dedicó a otras tareas. En El Colegio se continuó con la investigación histórica en nuevas áreas y a partir de 1951 sus publicacio-

nes se expandieron con la fundación de la revista *Historia Mexicana*, única en su género.<sup>47</sup> Por otra parte, de los antiguos becarios del CEH, tres quedaron como investigadores: Susana Uribe, a cargo de la Biblioteca desde fines de los años cuarenta, Luis Muro y Luis González, de regreso del extranjero a mediados de los cincuenta. También al promediar la década, entre 1957 y 58, encontramos en las nóminas, como becarios de historia, a Ernesto de la Torre Villar, a Francisco y Margo López Cámara y a Germán Carrera Damas, entonces refugiado en México a raíz de la dictadura que regía en su natal Venezuela.

Ese primer ciclo de estudios históricos fue corto pero muy fecundo, y sus fuentes subterráneas nunca desaparecerían del todo. Resurgirían con nuevos bríos en 1962, al reiniciarse la maestría en historia que durante poco más de un lustro ofreció un nuevo Centro en un nuevo Colegio. Si bien no cabe dentro de los límites de este estudio hablar del Centro de Estudios Históricos en los años sesenta, debemos recordar, para concluir, que al llegar Cosío Villegas a la presidencia de El Colegio su preocupación fue la de reavivar los antiguos centros de Historia y Filología y estimular la formación de otros nuevos. En 1962, se inauguró formalmente un nuevo programa de maestría en historia que dirigieron sucesivamente tres ex-becarios del Centro. De 1962 a 1963, fue director un alumno de la

<sup>47</sup> VÁZQUEZ, 1976, pp. 642-654.

generación 1941-1944: Alfonso García Ruiz. En enero de 1963 Silvio Zavala regresó a El Colegio hasta 1966, esta vez como presidente, y reanudó sus labores docentes en el CEH. Entre 1963 y 1965 la dirección del Centro quedó en manos de Luis González, becario de la institución entre 1946 y 1949. En enero de 1966, ocupó por primera vez el cargo una mujer, egresada del CEH en 1949: María del Carmen Velázquez, quien estuvo al frente de él hasta 1970. Estos maestros tendieron un puente entre el pasado y el presente, rescatando parte de la tradición para acoplarla a lo mejor de la modernidad. Bajo su vigilancia atenta hubo tres promociones de maestría: la de 1962-1964, de tres años, y las de 1964-1967 y 1967-1970, con un año propedéutico y tres de cursos regulares. En 1969, por razones que no cabe aquí explorar, el Centro se volcó hacia nuevas metas: dejar para siempre la formación de maestros para lanzarse por un nuevo camino, el del doctorado en historia que continúa hasta hoy.

### III. JOSÉ GAOS Y EL SEMINARIO DEL PENSAMIENTO EN LENGUA ESPAÑOLA

En sus inicios, El Colegio era una institución en trance de inventarse a sí misma, y aunque había modelos externos que se podían imitar y adaptar, existía la suficiente libertad para ensayar nuevos caminos y metas. En esos primeros años fue posible eliminar con cierta facilidad lo que no funcionaba y experimentar, en la medida de lo posible y prudente, con proyectos nuevos. Esto sucedió con el Centro de Estudios Históricos que, a la vez que desarrolló modelos traídos del Centro de Estudios Históricos de Madrid, recorría sus propios caminos. Pero El Colegio también permitió que otras disciplinas se iniciaran y echaran a andar hacia actividades estables dentro del marco de la institución. Se trataba de que éstas existieran con un perfil propio dentro del conjunto, según la costumbre ya establecida desde los años de La Casa de España, aunque desde el punto de vista de su organización académica no fueran unidades autónomas. En este sentido, el “Seminario para el estudio del pensamiento en los países de lengua española”, fundado y dirigido por

el filósofo José Gaos a partir de 1941, es un ejemplo de actividad creadora encarnada en la voluntad de un hombre inteligente y dinámico, con la colaboración de sus colegas historiadores, conscientes del valor del estudio de las ideas y del pensamiento filosófico como disciplinas contiguas al saber histórico.

Gaos, después de su inicio tan exitoso en México, como miembro de La Casa de España<sup>1</sup> (y, patrocinado por ésta, desde 1939 en la Universidad Nacional) y luego en El Colegio de México,<sup>2</sup> procuró satisfacer desde un principio su índole de intelectual y de pensador desarrollando sus trabajos en dos direcciones fundamentales. Por una parte, construyó, libro a libro, una filosofía personal que incluía también la reflexión sobre la filosofía propiamente dicha y sobre otros territorios aledaños, como la historia, la estética y el arte; por otra, dedicó sus energías a enseñar lo que sabía a grupos escogidos de estudiantes.

<sup>1</sup> LIDA, 1988, pp. 54-57, *passim*.

<sup>2</sup> La Universidad Nacional no tuvo profesores de "tiempo completo" hasta la década de los 50. Muchos de los miembros de La Casa, primero, y de El Colegio, después, daban allí "clases por asignatura". El Colegio, por su parte, siempre exigió dedicación exclusiva y sólo permitió el trabajo por horas en otras instituciones. En los años cincuenta, al crearse los "tiempos completos" en la UNAM y al reducirse las actividades y los recursos de El Colegio, algunos profesores, entre ellos Gaos, trasladaron sus labores a la Universidad. Sin embargo, como veremos más adelante, Gaos renunció a la Universidad en 1966, ante una crisis política de envergadura.

*El maestro*

Al iniciar en México su labor como maestro, Gaos se dedicó a formar alumnos en el análisis filosófico riguroso y en la investigación sobre la historia del pensamiento en lengua española, con una técnica de investigación filosófica minuciosa y un método científico. Uno de sus alumnos tempranos, Luis Villoro, precisa la transformación profesional que la presencia de Gaos supuso en el medio académico mexicano:

La carencia filosófica más importante en nuestro medio no ha sido la falta de inventiva sino de profesionalismo. [...] Pues bien, no hay exageración en afirmar que la labor magisterial de Gaos fue el primer paso, en nuestro país, hacia el tratamiento profesional de la filosofía. [...] Con Gaos la enseñanza de la filosofía pasa por primera vez del nivel del aficionado brillante al del profesional riguroso.<sup>3</sup>

Al llegar a México en 1938, José Gaos traía ya planteados, por lo menos en sus líneas básicas, los principales problemas que habría de desarrollar como filósofo y maestro. Estaba ya convencido de la imposibilidad de construir sistemas metafísicos abarcadores y completos y, al contrario de lo que se postulaba tradicionalmente, sostenía que la filosofía no era un conocimiento definitivo y acabado, válido para todos en todo tiempo y lugar, sino un

<sup>3</sup> VILLORO, 1970, p. 8.

conocimiento eminentemente variable según la circunstancia histórica dentro de la cual se producía y pensaba. Gaos, que al llegar a México tenía 38 años, ya había experimentado en carne propia la historicidad de la filosofía, pues había vivido acontecimientos que dejaron en él huella indeleble, y había explorado diversas escuelas filosóficas antes de encaminarse al historicismo de Dilthey y al circunstancialismo de su maestro Ortega y Gasset.<sup>4</sup>

Con estos antecedentes, no es de extrañar que el problema de la historicidad de la filosofía se le hubiera planteado con urgencia; tampoco es de extrañar que, en trance de integrarse a su nueva circunstancia mexicana, fuese la historicidad del pensamiento filosófico en México y en Iberoamérica lo que se le planteó como problema y tarea, ni que orientase a sus alumnos a que trabajaran en esclarecer la historia de la cultura filosófica en nuestro continente.

Al transformarse La Casa de España en México en El Colegio de México, la nueva institución se propuso integrarse activamente a la vida nacional sin perder su dimensión continental. Como ya lo señalamos antes, una de las formas de llevar esto a

<sup>4</sup> Sobre la evolución de Gaos como filósofo y pensador resultan muy esclarecedores los textos de YAMUNI, 1980 y 1989. Agradecemos a la Dra. Yamuni el habernos proporcionado copia de ellos. También es fundamental el estudio de SALMERÓN, 1969, pp. 102-129. En el mismo número de *Cuadernos Americanos* se recogen varios artículos de homenaje a Gaos en ocasión de su fallecimiento.



cabo fue crear becas para estudiantes mexicanos, sin por ello dejar de apoyar a los de otros países hispánicos. Esto coincidió con una de las actividades fundamentales de la vida de Gaos en su nueva patria: la de formar discípulos en los campos de la historia de la filosofía y del pensamiento en lengua española. Los primeros becarios que Gaos propuso a La Casa meses antes de su transformación en El Colegio fueron Leopoldo Zea, a quien conoció en sus clases de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, pues le llamaron la atención los trabajos de curso del joven estudiante; y Juan Hernández Luna, moreliano venido a la capital a estudiar filosofía en la Universidad, bajo la tutela de Gaos.<sup>5</sup> Convencido de su vocación por la filosofía, Gaos pidió para ellos a Daniel Cosío Villegas dos de las primeras becas otorgadas por la institución.<sup>6</sup>

Gracias al recuerdo de la entrevista de Zea con Cosío, publicado por el propio Leopoldo Zea, podemos apreciar la forma como Cosío cumplía con sus labores de secretario de El Colegio, es decir, como encargado de los dineros. El modo de hablar de la beca muestra la forma directa y sin am-

<sup>5</sup> HERNÁNDEZ LUNA, 1969 pp. 74-80. En este interesante testimonio, el autor relata cómo Gaos fue atacado por un grupo de católicos tomistas interesados en desprestigiar al profesorado no confesional de la Facultad de Filosofía y Letras. Gaos, escéptico, racionalista y, por añadidura refugiado republicano, se convirtió en blanco inmediato de esos ataques.

<sup>6</sup> Capítulo I, p. 44 y GAOS, 1958, p. 82.

bages de Cosío, pero también es característico del tipo de compromiso que la institución se proponía establecer con sus miembros. Zea relata que el secretario de la institución, después de haber precisado el monto de la beca —Zea ganaba ciento cuarenta pesos como empleado de telégrafos pero Cosío le ofreció diez más— y de haberle advertido que tendría que dedicarse de tiempo completo a los estudios de filosofía bajo la dirección de Gaos, le espetó: “Antes de contestar tómese unos días y piénselo bien. No olvide que si resulta un mediocre en la filosofía habrá hecho una mala elección y habrá perdido su tiempo”. Ante la respuesta de Leopoldo Zea aceptando, Cosío Villegas cerró esta especie de trato comercial con las siguientes palabras: “Bien, es su propio porvenir el que se juega; queda Ud. incorporado a esta institución”.<sup>7</sup>

Por su parte, Gaos convenció a Zea de que en vez de hacer una tesis sobre los sofistas griegos, como deseaba originalmente, la hiciera sobre algún tema de la historia de las ideas en México; concretamente, sobre el positivismo. Gaos justificó así su elección:

Había que empezar por lo más hacedero en las circunstancias. Y lo más hacedero era, por lo demás, fundamental en dos direcciones: la filosofía mexicana original debía seguir haciéndose sobre un conocimiento cada vez más perfecto de la historia ideológica del país; la actualidad de la filosofía universal

<sup>7</sup> ZEA, 1979, p. 17.

requería fomentar el ambiente favorable a la comprensión histórica de los productos de la cultura en general, de la filosofía en especial, y la mejor, si no la única, manera de fomentar tal ambiente era, es, el cultivo de la Historia de las ideas.<sup>8</sup>

Estos antecedentes marcan el rumbo y los procedimientos que Gaos seguiría como director del “Seminario para el estudio del pensamiento en los países de lengua española”, no solamente con Zea sino con todos sus discípulos en El Colegio.<sup>9</sup>

### *El Seminario*

Desde su inicio en 1941, el Seminario exigía el análisis riguroso de los textos de la época de que se tratara. El hecho mismo de que los temas fueran tan novedosos implicaba que el avance se hiciera en forma un tanto incierta: la propia investigación era la que debía ir señalando las direcciones a seguir, los caminos a recorrer, las interpretaciones adecuadas. Era cuestión de no imponer a las realidades ideológicas mexicanas los esquemas interpretativos existentes para otras culturas, pues, seguramente, resultarían insuficientes e inadecuados; lo indicado era estimular el análisis directo de los textos para precisar sus propias categorías in-

<sup>8</sup> GAOS, 1958, p. 84.

<sup>9</sup> Sobre este proyecto, véase el detallado texto de SALMERÓN, 1954, pp. 133-148.

terpretativas, evitando también el recurso a categorías extrínsecas al texto y al contexto. De ahí que a la explicación filosófica se aunaran la histórica y la filológica como esenciales para todo análisis del pensamiento.<sup>10</sup>

Luis Villoro ha contado que cuando inició bajo la dirección de Gaos el trabajo que culminaría en su espléndido libro *Los grandes momentos del indigenismo en México* (México: El Colegio de México, 1950), le presentó a Gaos la propuesta de aplicar en su análisis categorías interpretativas tomadas de Hegel. Gaos arrojó las cuartillas al cesto de la basura y le sugirió que las categorías necesarias las “dedujera” de los textos mismos en que se expresa el indigenismo mexicano. Sólo de esa forma podría ser verdaderamente fiel a su tema.<sup>11</sup>

La forma de trabajo estaba dada por el propio Gaos, él mismo incansable, organizado y riguroso. Cada semana o cada quince días se reunía con el alumno para revisar el avance realizado y discutirlo detalladamente. No permitía que hubiera hiatos en este rito. Todavía un cuarto de siglo después, durante la última etapa docente de Gaos en El Colegio, ya en el último tramo de su vida, uno de sus discípulos más brillantes,

<sup>10</sup> Véase ROSSI, 1970, pp. 14-16 y LIRA GONZÁLEZ, 1970, pp. 28-32.

<sup>11</sup> Nos lo contó Villoro como ejemplo, en 1964, en su seminario sobre “Filosofía de la historia” a quienes éramos alumnos de la primera generación de la nueva maestría en historia de El Colegio (1962-1964).

Andrés Lira —su heredero académico y espiritual en El Colegio de México—, recuerda que el maestro argumentaba que estos encuentros entre él y sus alumnos eran más importantes que cualquier otra reunión de la institución. Tan fuerte era esta convicción que Gaos incluso consiguió que se cambiaran las horas de las reuniones de profesores para no cambiar las suyas con sus alumnos.<sup>12</sup>

La actitud del maestro con el alumno era cuidadosa y medida, llena de tacto, en contraste con la más adusta e, incluso, áspera que le recriminan algunos de sus colegas menos cercanos. Gaos rara vez criticaba directamente lo hecho por sus estudiantes; lo que hacía era procurar que él mismo lo mejorara haciéndole sugerencias, insinuándole posibilidades que no había visto, proponiéndole nuevos caminos. Tenía un cuidado exquisito de no herir la susceptibilidad de sus alumnos, jóvenes y todavía vulnerables; procuraba alentarlos siempre: “esto está bien, pero podría desarrollarse más de esta manera . . .”, “habría que aclarar esto . . .”, “habría que agregar esto otro . . .” eran frases que utilizaba a menudo. Y este continuo dar, esta generosidad, se manifestaba tanto en sus clases y en sus reuniones de trabajo para dirigir alguna tesis, como en sus encuentros circunstanciales con sus alumnos cuando se reunían informalmente en el café a charlar sobre lo que se

<sup>12</sup> LIRA, 1979, p. 39.

ofreciera.<sup>13</sup> Gaos resume así su actuación como maestro:

Mas sea en la clase o en el seminario, en la casa o en la calle, he pensado, al haber acabado por reflexionar sobre ello, que he procedido de una manera que me ha parecido reducible a los que casi pudieran llamarse ciertos principios ideales, a los que he procurado ajustarme, ocioso es que diga que sin conseguirlo igualmente en todos los casos: no utilizar, sino servir; no abatir, sino estimular; no celos, sino generosidad.<sup>14</sup>

Con un sistema tan riguroso y estructurado, con tanto talento bien encauzado del maestro y de sus alumnos, la fertilidad del Seminario no podía menos que ser grande y su producción muy importante. Fueron raros los años en que el Seminario no fructificó en algún libro que se convirtiera, casi de inmediato, en un texto ejemplar por su aportación original al conocimiento de algún tema ignorado hasta entonces, novedoso por su armazón y rigor internos y por la importancia de sus conclusiones. Durante la década de los cuarenta

<sup>13</sup> Uno de sus más tormentosos discípulos, Emilio Uranga, dejó un recuerdo amargo y apasionado de la relación del alumno con el maestro, URANGA, 1969, pp. 131-156. Si bien el tono de Uranga difiere radicalmente del de sus demás alumnos, también revela la poderosa influencia que Gaos ejerció sobre quienes estudiaron con él, incluso sobre aquellos que, como Uranga, miembro del grupo de los llamados "hiperiones", se inclinaron más por la política que por la filosofía. GAOS, 1958, p. 85 y LARROYO, 1969, pp. 100-101.

<sup>14</sup> GAOS, 1958, p. 94.

—que fue, sobre todo, cuando funcionó este Seminario—, solamente en los años de 1941 a 1942 y de 1946 a 1947 no apareció ningún libro. Durante los primeros, porque el Seminario, que se inició en 1941, naturalmente tardó por lo menos dos años en cuajar en dos textos publicados; y en 1946-1947, porque estuvo en preparación un nuevo conjunto de textos que habría de ver la luz más tarde.

Las publicaciones se iniciaron en 1943<sup>15</sup> con la primera parte del trabajo de Zea *El positivismo en México* (México: El Colegio de México, 1943) que le sirvió como tesis de maestría en filosofía. Al año siguiente apareció la continuación, *Apogeo y decadencia de ?ositivismo en México* (México: El Colegio de México, 1944), que Zea presentó como tesis de doctorado en filosofía, ambas en la Universidad Nacional, pues El Colegio no tenía en ese entonces autorización oficial para conceder títulos ni grados. Esto mismo ocurrió con otras investigaciones del seminario, presentadas por sus autores para obtener el grado académico en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional. Los dos libros de Leopoldo Zea constituyeron la primera realización verdadera del Seminario en El Cole-

<sup>15</sup> Gaos compiló un volumen con los trabajos de un grupo que no estaba integrado totalmente por sus discípulos, sino que incluía también algunos de sus primeros amigos y colegas mexicanos: *Trabajos de historia filosófica, literaria y artística del cristianismo y la Edad Media*, por Leopoldo Zea, Edmundo O'Gorman, José Luis Martínez, Gustavo Pizarro, Tomás Gurza, Antonio Gómez Robledo, María Ramona Rey, Pina Juárez Frausto (México: El Colegio de México, 1943). Véanse GAOS, 1958, pp. 82-83 y GÓMEZ ROBLEDO, 1969, pp. 69-73.

gio, y su indiscutible calidad e importancia perdurable son el mayor homenaje a las labores del maestro desde sus inicios.

En el mismo año de 1944 comenzaron a aparecer las contribuciones del Seminario a la historia filosófica del siglo XVIII, con la publicación del libro de Victoria Junco, *Algunas aportaciones al estudio de Gamarra, o El eclecticismo en México* (México: El Colegio de México, 1944). La historia de las ideas en el XVIII resultaba particularmente atractiva porque se sospechaba, con razón, que en ese siglo se habían sembrado las semillas de las transformaciones que habría de experimentar el mundo hispánico, primero con la revolución de independencia hispanoamericana y, después, con el florecimiento del liberalismo tanto en España como en América. Pudo entonces hacerse el deslinde entre aquello que pertenecía a las corrientes ideológicas y lo correspondiente a la realidad política; se distinguió la mera dependencia de América, en cuanto colonia y apéndice político de España, y se mostraron las ligas intelectuales entre los liberales hispanoamericanos y los reformadores de la época borbónica. El interés por estudiar el siglo de las luces estaba también impulsado en Gaos y sus discípulos por el deseo de precisar tanto el esfuerzo de los individuos como el del Estado por crear una mentalidad moderna, por llevar al mundo hispánico al nivel de desarrollo de las demás naciones occidentales, sin por ello perder la personalidad propia.



El siglo XVIII tenía la seducción de lo desconocido —una de las obsesiones en El Colegio era cultivar los campos vírgenes de la cultura hispánica, develar el rostro oculto de México, Latinoamérica y España. Esta época prometía, además, revelarse como de capital importancia en el conjunto de la historia mexicana, en el sentido de haber sido una etapa crítica en la formación de la nueva nación y un momento poco conocido por los estudiosos del pasado mexicano, más inclinados a la investigación sobre los siglos tempranos del pasado colonial.

Se estableció así una especie de paralelismo y de división del trabajo entre el Centro de Estudios Históricos, donde el foco de atención eran, fundamentalmente, los siglos XVI y XVII, los siglos de la Conquista y la Colonia temprana, de la transformación radical de un mundo en otro y de la consolidación del nuevo, y el Seminario de Gaos, donde el interés se centró durante algún tiempo en las formas peculiares que el Siglo de las Luces había tomado en nuestros países hispánicos.

Estas formas especiales de adoptar y adaptar la modernidad occidental a la personalidad del mundo de habla española fueron surgiendo a la luz poco a poco. Al libro de Victoria Junco siguió, en 1945, el de la puertorriqueña Monelisa Lina Pérez Marchand, *Dos etapas ideológicas del siglo XVIII en México a través de los papeles de la Inquisición* (México: El Colegio de México, 1945). En él, Pérez Marchand mostró el cambio en la actitud de la Inquisi-

ción, que pasó de un rechazo total de las nuevas ideas, hacia 1750, a la difusión muy selectiva, hacia 1770, en la Nueva España de los libros prohibidos que expresaban el nuevo espíritu de la época.

Después de la publicación del libro de Pérez Marchand, hubo dos años en que no aparecieron publicaciones del Seminario; pero en 1948 Bernabé Navarro dio a la estampa su estudio sobre *La introducción de la filosofía moderna en México* (México: El Colegio de México, 1948). A través de un análisis de los textos filosóficos de la época, sobre todo de los provenientes de los jesuitas, Navarro mostró los inicios de la modernidad filosófica en la Nueva España y cómo las ideas modernas se transformaron para no chocar con el misoneísmo tradicional en el mundo hispánico.

En 1949, dentro de la misma línea de interés por el XVIII, pero esta vez centrada en la propia España, apareció como trabajo del Seminario el libro de Olga Victoria Quiroz Martínez sobre *La introducción de la filosofía moderna en España. El eclecticismo español de los siglos XVII y XVIII* (México: El Colegio de México, 1949). En este texto se estudia con vigorosa originalidad y erudición admirable la influencia de la filosofía europea científica y racionalista en el pensamiento español. Los eclécticos conservaron la metafísica aristotélica pero centraron su atención en la nueva ciencia física y en los modernos sistemas filosóficos europeos. Característicamente, este movimiento asumió una postu-

ra crítica frente a la España en transición de los Austrias a los Borbones.<sup>16</sup>

El interés en el XVIII continuó en los años cincuenta con la publicación del libro de Francisco López Cámara, *La génesis de la conciencia liberal en México* (México: El Colegio de México, 1954). En él se analiza la ideología política y religiosa de los criollos que posteriormente dirigen la revolución de independencia, y se rastrean las semillas del movimiento liberal del siglo XIX. El campo de acción del Seminario se amplió para abarcar también a Portugal, con la aparición del libro de María del Carmen Rovira, *Eclécticos portugueses del siglo XVIII y algunas de sus influencias en América* (México: El Colegio de México, 1958). La autora compara en este estudio el eclecticismo portugués con el español, y estudia la obra y las ideas de tres portugueses del siglo XVIII: Verney, Almeida y Monteiro, y sus repercusiones en el Nuevo Mundo.<sup>17</sup>

Por lo demás, a medida que el círculo de alumnos del Seminario se ampliaba y diversificaba, Gaos no se limitó a dirigir tesis sobre historia filo-

<sup>16</sup> Sorprende que hasta el día de hoy este estudio pionero de Olga Quiroz sea casi desconocido en España, donde no existe una investigación comparable con la realizada por esta investigadora mexicana. Una obra reciente complementaria de aquélla, aunque no la cita, es el libro de YERUSHALMI, 1971 [2ª ed.: Seattle: Washington University Press, 1981].

<sup>17</sup> Al igual que el libro de Quiroz Martínez, este estudio es también desconocido en la península ibérica, a pesar de revelar aspectos poco estudiados de un tema importante para la comprensión del pensamiento moderno.

sófica del siglo XVIII, sino que también aceptó asomarse a temas como el indigenismo en México, estudiado, como ya lo señalamos antes, por Luis Villoro. En su ejemplar libro de 1950, Villoro analizó distintos textos que ofrecían imágenes variadas y contrastantes del indio mexicano, desde las *Cartas de relación* de Hernán Cortés y la *Historia general* de Fray Bernardino de Sahagún en el siglo XVI, hasta *Forjando patria* de Manuel Gamio en el XX, pasando por Francisco Javier Clavijero en el XVIII, Fray Servando Teresa de Mier a fines del XVIII y principios del XIX, y Manuel Orozco y Berra a mediados del XIX. Villoro mostró cómo todas y cada una de estas imágenes y conceptos del indio —desde los que surgieron con el conquistador español hasta las creadas “oficialmente” por la Revolución Mexicana— respondieron a actitudes en consonancia con el momento vivido, y cómo hoy son facetas de la imagen compleja y contradictoria que el indio mexicano puede considerar como suya sin identificarse exclusivamente con ninguna.

Otro libro en que Gaos dirigió el análisis y el comentario de textos variados y significativos, según criterios inducidos del propio discurso de los autores estudiados, fue el de Vera Yamuni Tabush, *Conceptos e imágenes en pensadores de lengua española* (México: El Colegio de México, 1951). En este texto, Yamuni estudió los conceptos y las imágenes (implícitas y explícitas, comparativas y psicológicas) en un grupo de pensadores españoles e

hispanoamericanos: José Enrique Rodó, José Ortega y Gasset, José Martí, José Vasconcelos y Miguel de Unamuno. Yamuni amplió esta investigación en otro texto, terminado en 1954, que también realizó bajo la dirección de Gaos en el Seminario, pero que no se publicó: *Procesos discursivos en pensadores de lengua española comparados con pensadores de otras lenguas*.

El último de los estudios que Gaos dirigió en El Colegio de México fue el de Fernando Salmerón, *Las mocedades de Ortega y Gasset* (México: El Colegio de México, 1959). El autor catalogó y analizó con gran claridad y de modo exhaustivo la obra del joven Ortega, entre 1904 y 1914. Salmerón mostró cómo nacieron y se desarrollaron ciertos temas que llegaron a ser constantes en la obra madura del creador de la filosofía de la razón vital: España frente a Europa, ciencia germánica e intuición hispánica, el hombre y la sociedad, la política, el arte, la fenomenología, etcétera.<sup>18</sup>

Sorprende que habiendo logrado reunir un grupo tan amplio, variado y productivo de discípulos, Gaos no haya procurado convertir su Seminario en un Centro de Estudios Filosóficos o del Pensamiento, como se le quisiera llamar. En los momentos iniciales de El Colegio colaboraban en él colegas con sólida formación filosófica con los

<sup>18</sup> Sobre otras investigaciones inéditas, véase la lista que el propio Salmerón proporciona en su artículo ya citado, de 1954, sobre este Seminario, p. 147.

cuales se puede pensar que un Centro así hubiera podido cuajar espléndidamente. Ahí estaban Joaquín Xirau, Juan David García Bacca, Juan Roura Parella y, en temas aledaños, Luis Recaséns Siches. No hubiera sido difícil captar a Eugenio Ímaz, al joven Eduardo Nicol, e, incluso, lograr que volviera a México María Zambrano, quien ya había participado en La Casa de España y en 1940, al no ver futuro en México, se había ido a La Habana. Con todos ellos, más los que se hubiera podido atraer de la propia Universidad, el inicio de un Centro de Estudios Filosóficos o del Pensamiento hubiera tenido augurios muchísimo más prometedores que los de algunos otros centros fundados en El Colegio. No hay razón para pensar que las autoridades tuvieran oposición alguna a una idea de ese tipo. A Reyes la filosofía le interesaba mucho —él mismo escribió sobre temas filosóficos— y a Cosío, aunque la especulación filosófica le atraía muy poco, Gaos le parecía un colega inobjetable.

Ahí estaban los recursos humanos de magnífico nivel y la oportunidad institucional, pero faltó el catalítico que los conjuntara. ¿Por qué Gaos no tomó la iniciativa que tomaron un Silvio Zavala y un José Medina Echavarría? Cabe pensar que lo que se opuso a la creación de un Centro de Estudios Filosóficos o del Pensamiento fueron los choques entre personalidades muy diferentes y encontradas que tenían formas muy distintas de concebir el quehacer del filósofo y la filosofía. Cabe

también suponer que existieron fuertes rivalidades profesionales, sobre todo entre los consagrados, como Joaquín Xirau, ex-rector de la Universidad de Barcelona, García Bacca, coetáneo de Gaos, y el catalán Roura Parella, más inclinado a los estudios de psicología y filosofía de la educación. Es posible que entre los que allí estaban hubiera mucho de la soberbia que, según confesión del propio Gaos, es la pasión que más mueve al filósofo. También es cierto que la Universidad ya tenía un Centro de Estudios Filosóficos<sup>19</sup> y tal vez se pensara que era innecesario duplicar esfuerzos y fomentar posibles rivalidades.

Hipótesis aparte, lo que resulta evidente es que a Gaos no le interesó crear un grupo de trabajo compartido sino un núcleo de discípulos cercanos. Era claro que le atraía mucho ser la figura sobresaliente y única, ser el maestro por antonomasia, como lo había aprendido él mismo de su propio maestro por antonomasia: José Ortega y Gasset.

Después de 1959 el Seminario dejó de funcionar en El Colegio y Gaos dedicó su tiempo en forma exclusiva a la Universidad Nacional. De hecho, desde su llegada a México, en 1938, había sido profesor de filosofía en la UNAM, y durante la década de los cuarenta no había dejado de impartir sus cursos en las aulas de la Facultad de Filosofía

<sup>19</sup> Este Centro de la Facultad de Filosofía y Letras preparó una «Colección de Textos Clásicos» que editó El Colegio «para el servicio de la Facultad», según se lee al comienzo de cada libro. Véanse en nuestro Apéndice los títulos publicados.

y Letras. También muchos de los discípulos que trabajaron con él en el Seminario de El Colegio procedían de esa Facultad —Zea, Villoro, Salmerón, Yamuni, y otros—, y los estudios que realizaron bajo su cuidado estaban destinados a ser presentados en ella como tesis de maestría o de doctorado. El papel de El Colegio en este proceso consistió en becar a todos los discípulos de Gaos para facilitarles, bajo la dirección del maestro, un periodo de dedicación exclusiva al estudio de la filosofía lo suficientemente largo para asegurar los frutos. Pero se entendía que podían y debían llevar otros cursos en El Colegio y —autorizados por Gaos— en la Facultad, y que sus tesis serían presentadas en la UNAM. El Colegio bajo el impulso de Reyes estimuló económicamente una vocación segura, dando becas y subsidios, apoyo en el que ninguna otra institución de México parecía dispuesta a hacerle segunda; incluso patrocinó el estudio en México de jóvenes estudiantes del pensamiento filosófico originarios de otros países latinoamericanos: Pero Botelho (Brasil), Angélica Mendoza (Argentina) y Augusto Salazar Bondy (Perú). De esta manera, fue El Colegio de México el que impulsó la formación intelectual de jóvenes brillantes deseosos de dedicarse al estudio de la filosofía y del pensamiento hispánico, y a vigilar rigurosamente el desarrollo de su inversión. A mediados de los años cincuenta pasaron también por el Seminario de Gaos, becados por El Colegio, otros jóvenes estudiosos de filosofía como Emilio



Uranga, Francisco González Aramburu, Manuel Cabrera y Alejandro Rossi.

Conforme avanzó la década de los cincuenta, la UNAM absorbió cada vez más a Gaos —en 1953 le concedió el doctorado *honoris causa* y, posteriormente, lo nombró profesor de tiempo completo—, y su labor en el “Seminario del pensamiento en lengua española” de El Colegio se desplazó hacia la Universidad, pero la unidad de tema y de propósitos se atomizó en direcciones múltiples. En la UNAM, Gaos formó también discípulos y dirigió tesis sobre temas filosóficos diversos: mexicanos algunos, como en el caso del estudio de Rosa Krause de Kolteniuk sobre *La filosofía de Antonio Caso* (México, UNAM, 1961) y el de Elsa Cecilia Frost *Las categorías de la cultura mexicana* (terminado en 1963, y publicado por la UNAM en 1972). Otros versaron sobre temas de filosofía europea o generales, como el estudio de Alejandro Rossi sobre *Lo racional y lo irracional en la “Ciencia de la lógica” de Hegel* (presentado como tesis en 1955); el de Gonzalo Hernández de Alba sobre *Personalidad e historia* (presentado en 1963), el de Beatriz Ibarra, *Tres formas de la filosofía y de la ciencia de la literatura* (presentado también en 1963) y el de Fernando Salmerón sobre *El ser ideal en tres filósofos contemporáneos: Husserl, Hartmann y Heidegger* (presentado en 1965).<sup>20</sup>

<sup>20</sup> La lista de las tesis dirigidas por Gaos en su Seminario, tanto las de El Colegio como las de la UNAM, está incluida en la *Bibliografía*, 1971.

*El hijo pródigo*

La dedicación exclusiva de Gaos a la docencia, como maestro de tiempo completo en la UNAM, parecía total y su Seminario en El Colegio parecía haber llegado a su fin; pero en 1964 las cosas cambiaron. Fue entonces cuando El Colegio, presidido entre 1963 y 1966 por su antiguo colega del Centro de Estudios Históricos, Silvio Zavala, invitó a Gaos a que diera un curso en sus aulas para la primera y segunda promoción de la nueva maestría en historia, y para todos los miembros de El Colegio que quisieran seguirlo. Gaos aceptó. Podía hacerlo sin romper su compromiso con la UNAM porque ésta, desde 1961, poco después de que Gaos cumplió sus 60 años, lo había nombrado profesor emérito, lo cual en México equivale a la más honrosa jubilación que puede lograr un maestro universitario, y le da carta blanca para hacer con su tiempo lo que desee. Aquel curso era esperado con gran curiosidad por El Colegio entero, no por su tema, que resultaba más bien misterioso: “Filosofía de las ciencias humanas”, sino por Gaos mismo. ¿Estaría el profesor de carne y hueso a la altura de su fama como maestro, que por aquel entonces era ya considerable?

Lo estuvo. Gaos era un expositor difícil pero formidable. Sus clases fueron una experiencia memorable para quienes en esa ocasión fuimos sus alumnos. Gaos era un mago del *suspense* y del escenario: cada frase y cada gesto, hasta los más insig-

nificantes, estaban calculados; nada faltaba ni sobraba. Además, la célebre manera de expresión gaosiana se reveló como un lenguaje para ser leído en voz alta... pero sólo por Gaos; a través de su interpretación, lo que inicialmente parecían conceptos oscuros poco a poco se iluminaban con claridad. En Gaos la lengua española aparecía voluntariosamente difícil, casi torturada, llena de vueltas y revueltas, como deseosa de tomar sus distancias y afianzar sus diferencias con el lenguaje de su maestro Ortega y Gasset, tan preciso, diáfano y elegante, aunque no siempre sustancial.

Los alumnos quedaron deslumbrados por el maestro; pero el entusiasmo fue aún mayor entre los estudiantes de la segunda promoción (1964-1967) del Centro de Estudios Históricos, que entonces hacían su año propedéutico.<sup>21</sup> En aquel año de 1964 muchos de los jóvenes estudiantes que iniciaban sus estudios vieron el cielo abierto ante la posibilidad de convertirse en verdaderos discípulos de un maestro como Gaos. Las circunstancias políticas contribuyeron a que aquella relación inicial cuajara plenamente, pues en mayo de 1966 Gaos se presentó en El Colegio pidiendo trabajo como profesor: no tenía ya de qué mantenerse, pues había renunciado a su posición como profesor emérito de la Universidad.

<sup>21</sup> Andrés Lira ha contado en qué consistió y cómo se desarrolló y concretó la relación entre el maestro y sus discípulos, LIRA, 1970 y 1979.

Sucedió que el presidente Gustavo Díaz Ordaz aprovechó una huelga en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, a raíz de la reelección de su director, para intentar la destitución del rector Ignacio Chávez, eminente científico poco afecto al presidente. Esto se logró infiltrando agentes provocadores entre los estudiantes, para que la huelga se extendiera a toda la UNAM. Chávez fue violentamente atacado por la turba pseudo-estudiantil y forzado a renunciar después de haber sido, durante horas, amenazado y maltratado físicamente. La Honorable Junta de Gobierno de la Universidad, el cuerpo colegiado supremo, se negó a aceptar esta renuncia, argumentando que había sido arrancada por la fuerza, pero el doctor Chávez volvió a insistir y la Junta aceptó la segunda renuncia. Indignado por lo que había sucedido, Gaos pretendió primero que la UNAM entera se alzara en una “contra-huelga del decoro universitario”.<sup>22</sup> Después del nombramiento del ingeniero Javier Barros Sierra como nuevo Rector y después de múltiples alegatos con sus colegas —con Edmundo O’Gorman, amigo suyo, miembro por entonces de la Junta de Gobierno; con Leopoldo Zea, su discípulo, director de la Facultad de Filosofía y Letras—, Gaos se declaró dispuesto a regresar, siempre y cuando los culpables de las ve-

<sup>22</sup> Vera Yamuni publicó un resumen de la actuación de Gaos durante el conflicto, su renuncia, los debates con Edmundo O’Gorman y Leopoldo Zea y escritos varios sobre la situación, YAMUNI, 1983, pp. 141-166.

jaciones al doctor Chávez se declararan arrepentidos de lo hecho ante el Consejo Universitario. Como esto no tuvo lugar y como Barros Sierra ignoró sus exhortaciones a que restaurara de alguna manera el orden subvertido, el maestro hizo efectiva su renuncia. Sólo la Facultad de Filosofía y Letras, entre todas las de la UNAM, por boca de su director Leopoldo Zea, pidió a Barros Sierra el castigo de los delincuentes. La petición fue ignorada sin más. En este contexto, el 18 de mayo de 1966, en carta a Leopoldo Zea, Gaos justificó su repudio aseverando que

el más honrado por la Universidad —y no sé de nadie que, no habiendo nacido en México, haya sido honrado por ella con el doctorado *honoris causa* y el profesorado emérito— es el más obligado a hacer por su honra. . . .<sup>23</sup>

Instalado ya en El Colegio, a mediados de 1966, Gaos reanudó muy pronto su Seminario, que habría de empezar de nuevo a rendir frutos. En este último tramo de su labor los trabajos fueron, como antes, variados y originales: cada tesis tiene su historia particular; cada libro fue creciendo a lo largo de una aventura intelectual propia e irrepetible. Gaos sobre todo, estimulaba en sus discípulos que se descubrieran a sí mismos a través de sus obras y en el quehacer compartido del Seminario. Así,

<sup>23</sup> YAMUNI, 1983, p. 158.

en 1968; cuajaron: de Andrés Lira, *Idea de la protección jurídica. Nueva España, siglos XVI y XVII* y de Beatriz Ibarra, *La estilística de Dámaso Alonso. Un ensayo de filosofía de la ciencia de la literatura*. En 1969 quedaron listos, de Javier Ocampo López *Las ideas de un día. El pueblo mexicano ante la consumación de su independencia* (México: El Colegio de México, 1969); de Guillérmo Palacios la tesis inédita sobre *La idea oficial de la "Revolución Mexicana"*; de Elías Pino, *La mentalidad venezolana de la emancipación. 1810-1812*; y de José María Muriá *La sociedad precortesiana a través de la concepción europeizante de la historiografía colonial*. Al terminar el examen profesional de este último, el 10 de junio de 1969 por la tarde, Gaos, que sufría de una afección cardiaca, se desplomó sobre el acta del examen, muerto instantáneamente de un infarto al corazón. ¿Qué mejor muerte pudo haber para el gran maestro?<sup>24</sup>

Aplicándole a Gaos su propio criterio de juicio: "toda vocación y profesión debe justificarse con las obras", él sale espléndidamente librado. Timbre de gloria y orgullo para El Colegio es haber hecho posible, en formas tan eficaces, el desarrollo y la fructificación de tanto talento: el del maestro formador de maestros. Pero no menos orgullo de-

<sup>24</sup> Los alumnos que comenzaron sus tesis con Gaos pero aún no las habían concluido quedaron bajo la sabia tutela del más avezado de sus discípulos, Andrés Lira. Él veló por que llegarán a buen puerto sus compañeros Hira de Gortari, Victoria Lerner, y de la siguiente promoción María de los Ángeles Yáñez, Elías Trabulse y Françoise Carner.

ben sentir los discípulos, porque supieron responder esforzadamente al estímulo, a la guía y a la disciplina que les proporcionó el gran maestro español republicano trasterrado en el ambiente de recogimiento y esfuerzo de la pequeña pero pujante institución cultural que fue El Colegio de México desde su fundación.

Todo el “Seminario del pensamiento en lengua española” fue un semillero: Gaos dejó sembradas semillas de maestros que a su vez cuajaron en maestros, y de los grandes. Además, las semillas también fructificaron en un conjunto de textos ejemplares; lo que puede verse y leerse denota una obra fundamental para la historia intelectual de México. En este Seminario se entrevieron y se crearon —en el sentido historiográfico del término— temas fundamentales para el conocimiento de nuestro propio ser como mexicanos y latinoamericanos.





#### IV. EL CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES

Después de echar a andar el Centro de Estudios Históricos y el Seminario de Gaos, la coyuntura de la segunda guerra mundial pareció muy propicia para que El Colegio se volcara al estudio de los problemas sociales de su tiempo, y estimulara la comprensión teórica de las crisis y los desarrollos del mundo moderno. El momento parecía el adecuado para la fundación de nuevas secciones académicas en el propio Colegio, pues sus miembros sentían la necesidad de desarrollar actividades que garantizaran eficazmente la continuidad de las labores y la permanencia de la institución. Además, en él se encontraban trabajando ya dos hombres que tenían gran interés en las ciencias sociales: Daniel Cosío Villegas y el refugiado español José Medina Echavarría.

Para director del Centro se pensó, naturalmente, en José Medina Echavarría. Medina llegó a México en 1939, a los 36 años; su formación inicial había sido de jurista, y en la República española tuvo un cargo político en las Cortes. Ya desterrado, desarrolló y afinó su vocación de sociólogo. Desde el momento mismo en que pisó tierra mexi-

cana empezó a dar cursos y a publicar textos sobre sociología. En 1939, por cuenta de La Casa de España, dio en la Facultad de Derecho de la UNAM un curso sobre "Sociología general", y en la Escuela de Economía otro sobre "Método de investigación social". Al año siguiente ofreció un curso sobre "Psicología social" en la Facultad de Filosofía y Letras de la propia Universidad,<sup>1</sup> e inició la publicación de varios textos de sociología que por su madurez indican que ya los traía pensados, prácticamente listos desde España. La Casa de España publicó en 1940 su *Panorama de la Sociología contemporánea*, e imprimió un elegante folleto de 29 páginas: *Cátedra de Sociología* (1939), en el cual detalló el programa y la bibliografía, muy completos, del curso que dio en la UNAM. En ese curso planteó los temas fundamentales de la sociología general y añadió las "sociologías especiales" de la cultura y del conocimiento y la historia de la sociología. Además, en 1941 el Fondo de Cultura Económica editó *Sociología: teoría y técnica* y en 1943 otro libro: *Responsabilidad de la inteligencia. Estudios sobre nuestro tiempo*.

Por su parte, desde el lejano año de 1924 Cosío Villegas había demostrado un gran interés en la sociología, derrochando esfuerzos y pasión en un curso sobre "Sociología mexicana" dado en la UNAM. En aquella ocasión, Cosío planeó desarrollar el tema en quince folletos de 35 páginas cada

<sup>1</sup> LIDA, 1988.

uno, pero al final sólo publicó tres.<sup>2</sup> En ellos expresó una actitud fundamentalmente crítica, cuyo propósito principal era impulsar a sus jóvenes oyentes a una acción eficaz que solucionara los múltiples problemas mexicanos. Además de esa incursión temprana por el campo de la sociología, en Cosío germinó también desde su juventud la preocupación por otras disciplinas afines, sobre todo por la economía. Así, en sus propios intereses, demostró cuánto influyó en él el enfoque interdisciplinario que en los estudios sociales y humanísticos había desarrollado de modo pionero la Universidad de Chicago.<sup>3</sup>

En 1943, el impulso combinado de Medina y Cosío fructificó en la creación del Centro de Estudios Sociales (CES). Desde un principio pueden notarse ciertas discrepancias a la vez que algunas coincidencias en los motivos que animaron a ambos fundadores. Con este Centro, Cosío buscaba realizar su eterna pretensión de dotar al gobierno mexicano de cuadros intelectuales bien preparados. Ya que el intelectual no podía gobernar directamente (y ahí estaba la amarga lección de Vasconcelos), era de desear que, por lo menos, influyera en el gobernante con el peso de sus conocimientos, de sus razonamientos, de su mayor información. Al avisarle a Gustavo Baz, miembro de la Junta de Gobierno de El Colegio, de la próxi-

<sup>2</sup> COSÍO VILLEGAS, 1924-1925.

<sup>3</sup> URQUIDI, 1986, p. 5.

ma inauguración de cursos del Centro de Estudios Sociales, Cosío explicaba con toda claridad que El Colegio lo había creado

con el ánimo de preparar en el campo de la teoría y de la investigación de las Ciencias Sociales a personas que puedan el día de mañana desempeñar tareas prácticas que habrá de encomendarles en la inmensa mayoría de los casos el propio Gobierno Mexicano.

Precisaba, además, que El Colegio ofrecía diez becas para estudiantes, y que estaba interesado en que instituciones oficiales tales como la Secretaría del Trabajo y la Secretaría de la Asistencia Social (esta última por entonces a cargo del propio Baz), enviasen a sus funcionarios jóvenes como becarios, "con la preparación previa necesaria y a quienes no sólo les impartiríamos la enseñanza que figura en nuestros folletos sino la especial que sus funciones oficiales pudiera exigir". En su comunicación al secretario, Cosío terminaba añadiendo que los requisitos para los becarios eran no ser mayores de 25 años, estar ya capacitados para traducir una lengua viva extranjera y dedicar a El Colegio su tiempo completo.<sup>4</sup>

En el caso de Medina Echavarría podemos suponer que sus intereses y objetivos eran en cierta medida más académicos, más puramente intelectuales que los de Cosío. Efectivamente, podemos

<sup>4</sup> AHCM, Rollo 1, exp. G. Baz.

ver que buscaba desarrollar, para la sociología, aquello que le faltaba: un cuadro de categorías, un esquema unificador y una técnica de investigación definida. Sin embargo, en el desarrollo de la obra de Medina, como en la de Cosío, aunque de manera muy distinta, la política no dejó de tener un papel central: como español Medina no podía intervenir directamente en la política mexicana —a diferencia de Cosío que sí podía y lo hizo. José Gaos, colega, amigo y en ocasiones interlocutor polémico de Medina captó bien este afán político:

Pepe Medina habla de la vida intelectual como vida vicaria porque es un nostálgico de la política. Él, más conscientemente que otros, piensa que la vida intelectual es vicaria o sustituta de la vida de otros que no son los intelectuales: de los políticos. Cuando trabaja intelectualmente piensa en la política.<sup>5</sup>

Gracias a estos dos “nostálgicos de la política”, Daniel Cosío Villegas y José Medina Echavarría, surgió el Centro de Estudios Sociales. Los cursos se inauguraron el lunes 5 de abril de 1943 —¡otra vez abril, mes de inauguraciones colegiales! Sobre este Centro tenemos el siguiente

*Recuerdo personal de Moisés González Navarro*

El Centro de Estudios Sociales se creó en la pri-

<sup>5</sup> LIRA, 1986, p. 23.

mavera de 1943 bajo la dirección del español José Medina Echavarría para satisfacer dos propósitos principales: proporcionar una enseñanza integral de las ciencias sociales y formar, con bases teóricas y de iniciación en los métodos de investigación más importantes cualitativa y cuantitativamente, investigadores aptos científicamente que en el futuro pudieran estudiar a fondo los problemas sociales del país. Al nacer este Centro no existía ninguna institución semejante en toda América Latina, salvo en Brasil. En México sólo existían estudios especializados en algunas ciencias sociales particulares: derecho, sociología, historia, antropología y economía.

En el Centro se trabajó en cursos semestrales enfocados a tres disciplinas principales. La sociología: el curso introductorio estuvo a cargo del español Vicente Herrero. La carta de mayor responsabilidad recayó en Medina Echavarría, quien se dio tiempo para concluir la publicación de su traducción de *Economía y sociedad* de Max Weber y enseñar "Teoría de la sociedad" y un extraordinario seminario sobre la sociología de Max Weber, a quien él conocía mejor que nadie en lengua española. De la enseñanza de la economía se encargó principalmente (durante 4 semestres) el joven Víctor L. Urquidí, quien tenía en su haber varias excelentes traducciones de los mejores economistas de lengua inglesa; el un poco mayor (al parecer) Josué Sáenz fue un brillante expositor del "Ciclo económico"; el español Javier Már-

quez enseñó la "Economía latinoamericana".

La ciencia política, la tercera de estas disciplinas básicas, tuvo un elenco más variado pero igualmente valioso: desde luego estuvo el sabio español Manuel Pedroso, quien impartió un curso introductorio sobre esta materia y un inolvidable seminario sobre "Teoría del poder". El no menos sabio y más sistemático Mario de la Cueva enseñó "Teoría del Estado". Vicente Herrero también impartió "Política internacional", mientras Antonio Martínez Báez dio una estimulante clase sobre "Democracia, principios e instituciones", y Pedroso enseñó, con su habitual donaire, "Historia de las ideas políticas".

Las clases de otros maestros no por haber tenido un carácter complementario fueron menos provechosas. El suizo Alfred Métraux enseñó un novedoso (para los alumnos al menos) curso sobre "Antropología". De la filosofía se encargaron Leopoldo Zea (joven pero ya consagrado con sus libros sobre el positivismo) y su maestro el español José Gaos, tan sólido como brillante. Enseñaron "Historia de México" el español José Miranda, erudito y sistemático, y el joven Arturo Arnáiz y Freg, también erudito pero no tan sistemático. El ecuatoriano Gustavo Polit dio un curso muy serio sobre la "Historia económica de los Estados Unidos". "Estadística" la enseñaron dos maestros tan competentes como amables, Miguel Gleason Álvarez y Manuel Bravo Jiménez. Por su parte, el joven cubano José Antonio Portuondo dio un útil

curso sobre "Cultura iberoamericana", continuación en cierto sentido del seminario que había dirigido Agustín Yáñez (todavía dividido entre la historia y la literatura), sobre el contenido social de la literatura iberoamericana.

Vicente Herrero (con probada ejecutoria en el Fondo de Cultura Económica) enseñó dos semestres de traducción del inglés y Mr. Tessen, bonachón norteamericano del Instituto Mexicano-Norteamericano, enseñó durante un semestre conversación en lengua inglesa.

Además del seminario dirigido por Yáñez hubo uno sobre problemas sociales de México. Manuel Mesa Andraca estudió la agricultura, Gilberto Loyo la demografía, Manuel Martínez Báez la salubridad y, en fin, Daniel Cosío Villegas ofreció una visión global de esta problemática.

El Centro tenía una orientación weberiana en sociología y keynesiana en economía. En parte se inspiraba en Harold Laski en ciencia política y en Herman Heller en teoría del Estado. Carlos Marx acaso fue el gran ausente en este currículum, salvo algunas referencias marginales de Mario de la Cueva, y más abiertas de Portuondo. Sin embargo, en este Centro (y en la Escuela Nacional de Economía) se formó Juan Francisco Noyola Vázquez, respetado asesor económico de la Revolución cubana la cual, entre otros homenajes, le ha dedicado una calle de La Habana.

Por otra parte, el Centro patrocinó la celebración de dos grandes seminarios públicos. El pri-



mero en 1943, en plena guerra mundial, estudió precisamente la guerra. Los resultados de ese seminario se publicaron en la colección «Jornadas», órgano del Centro. Se partía de la idea de que en el orden teórico, el tema de la guerra “manifiesta de manera aguda la complejísima naturaleza de todos los fenómenos sociales”; por tanto, en un análisis a fondo de la guerra confluye “todo el saber acumulado de la ciencia social”.

La presentación general del problema estuvo a cargo de Medina Echavarría. De los principios de la guerra en relación con los progresos de la ciencia se encargó el general Tomás Sánchez Hernández. Jorge A. Vivó estudió la geopolítica. Gilberto Loyo analizó la presión demográfica y Manuel Chavarría la disponibilidad de materias primas. Antonio Caso, con su prestigio de sociólogo y de filósofo, se encargó de las causas humanas de la guerra, tarea en que lo acompañó el colombiano Jorge Zalamea con un emotivo ensayo sobre “El hombre, náufrago del siglo xx”. Vicente Herretero estudió los efectos sociales de la guerra y Josué Sáenz los efectos económicos. Pedroso analizó en breve ponencia “La prevención de la guerra”, y una pléyade de estudiosos (Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas, Emigdio Martínez Adame, Víctor L. Urquidi, Gonzalo Robles, José Medina Echavarría, Manuel Sánchez Sarto, Antonio Carrillo Flores y José E. Iturriaga) escribieron sobre “la postguerra” y “la nueva constelación internacional”.

Al siguiente año de vida, en 1944, el Centro celebró su segundo seminario que versó sobre América Latina. Lo inició Raúl Prebisch con un análisis del patrón oro y la vulnerabilidad económica de nuestros países. Brillante fue la exposición de José Gaos sobre el pensamiento hispanoamericano, en la que por cierto Gaos escandalizó a algunos de los asistentes cuando se preguntó con dramatismo: «¿qué hago con mi razón?» Renato de Mendonça se ocupó de Brasil en América Latina. Yáñez expuso con erudición el contenido social de la literatura iberoamericana. Muy diferentes fueron los temas, pero igualmente bien estudiados, sobre la posibilidad de bloques económicos en América Latina (Javier Márquez) y la industrialización de Iberoamérica (Gonzalo Robles). El estudioso Vicente Herrero analizó la organización constitucional, y el joven José E. Iturriaga hizo una exposición anecdótica sobre el tirano en la América Latina. En fin, la «Jornada 19» recoge ocho colaboraciones sobre la integración política de Iberoamérica, si bien no todos esos autores estuvieron presentes en la reunión correspondiente.

El Centro recibió visitas ocasionales de algunos sociólogos, como Robert MacIver, cuya exposición en inglés tal vez sólo fue bien comprendida por las hermanas Leal Carrillo; los demás entendimos gracias a la experta traducción de Vicente Herrero. No parece que don Alfonso Reyes haya hablado sobre la predisposición ecuménica en este seminario, como se anunció en el programa; desde

luego no lo hicieron Alfonso Caso (sobre los problemas sociales del indígena americano), ni Vicente Lombardo Toledano (sobre el obrero latinoamericano).

Por otra parte, el Centro tuvo 18 estudiantes; ocho procedían de la Escuela Nacional de Economía. Fueron seguramente reclutados por Cosío Villegas, profesor de esa Escuela y secretario de El Colegio de México. Estos ocho estudiantes, todos vecinos del Distrito Federal, naturalmente seguían con mucha facilidad los cursos de economía y estadística, a diferencia de los seis provincianos; pero éstos se emparejaban en los de ciencia política, más próximos a su formación jurídica.

La mayoría de los estudiantes eran mexicanos, salvo un costarricense que pasó fugazmente por el Centro. De los dos españoles, el madrileño dio muchos dolores de cabeza con sus exabruptos; el catalán, en cambio, estudioso y cordial, fue digno émulo de Prim. El cubano, Gerardo Brown, llegó ya doctorado en filosofía, y el oaxaqueño, Rodolfo Sandoval, licenciado en derecho.

Al fundarse el Centro, los estudiantes vecinos de la ciudad de México recibían una beca de cien pesos, los provincianos de ciento veinte. Vale la pena señalar que en el quinquenio 1938-1943 el salario mínimo urbano del Distrito Federal era de dos pesos cincuenta centavos, o sea setenta y cinco pesos mensuales. En 1945, ante el aumento del costo de la vida, le pedí a Cosío Villegas un au-

mento que me permitiera adecuar mis ingresos a la inflación. Accedió inmediatamente y mi beca aumentó a ciento cincuenta pesos (el salario mínimo en 1944-1945 era de tres pesos sesenta centavos, es decir, ciento ocho pesos mensuales). Tanto en 1943 como en 1945 mi beca en El Colegio superaba el salario mínimo.

El Centro de Estudios Sociales tuvo como sede el pequeño cuarto de la naciente biblioteca de El Colegio de México (a cargo del admirado poeta español Francisco Giner de los Ríos), cuartito que prestaba el Fondo de Cultura Económica, es decir, su director, Daniel Cosío Villegas. En 1948, Giner de los Ríos publicó *Los Laureles de Oaxaca [Notas y poemas de un viaje]*. México: Tierra Nueva]. Paco escribió con cariñosa admiración por Oaxaca, sentimiento que aumenta cuando recuerda Tehuantepec y, sobre todo, Juchitán, con esas mujeres de rostros morenos, y “ojos incomprensiblemente azules” que “hablaban como pájaros”. Con razón, cuando abandonamos ese lugar Rafael Urrutia Millán sentenció: «Si me pierdo alguna vez, que me busquen en Juchitán, pero, ¡por favor no me encuentren!»

El local del Fondo se situaba en Pánuco 63, en la entonces tranquila colonia Cuauhtémoc. En las calles vecinas del local del Fondo, en algunos ratos libres, el economista Héctor Hernández Cervantes anticipaba a su tocayo tapatío con una pelota de hule con la cual hacía maravillas; corría

fama que tenía la misma habilidad en los campos deportivos.

Diez de los dieciocho estudiantes terminaron sus estudios en 1946, pero sólo dos se graduaron en 1948; primero el suscrito con una tesis sobre Lucas Alamán, pacientemente dirigida por Arturo Arnáiz y Freg: *El pensamiento político de Lucas Alamán* (publicada por El Colegio de México en 1952) y Catita (Catalina) Sierra con un buen estudio sobre *El nacimiento de México* (publicada por la UNAM). Este Centro no tuvo, pues, un gran éxito en la investigación, reproche que justificadamente le hizo Silvio Zavala al revisar una de las dos tesis aprobadas. Conviene recordar que el 10 de octubre de 1947, Zavala rindió a Cosío Villegas un informe sobre la tesis de Alamán; en él escribió que ésta “mejora mucho cuando deja atrás lo propiamente filosófico e histórico. Muestra bien los aspectos sociales de esa lucha. Aquí a través de lo que expone, se llega a vislumbrar el problema de fondo. Y esto ya tiene visos de historia social del siglo XIX”. Más adelante, añadía el director del Centro de Estudios Históricos: “Me atrevo a pensar que el porvenir de este grupo de investigadores del Centro de Estudios Sociales se hubiera aclarado en el caso de haberlo orientado hacia el estudio histórico sobre documentos nuestros de la vida social de América, que es campo casi intocado”.

De cualquier modo, este Centro tuvo una significación diferente; con independencia de los logros académicos más estrictos, contribuyó a que algu-

nos estudiantes destacaran en la economía, en la diplomacia y la política.

Pero aun en el aspecto académico estimuló nuevas vías a la investigación. En efecto, cuando el Centro de Estudios Históricos del propio Colegio celebró una discusión sobre la "verdad histórica", uno de los estudiantes de historia tuvo el raro acierto de sugerir la unión de ambos centros, tal vez para escapar a la estrechez del positivismo y de la historia institucional dominantes en su Centro. Por supuesto, no se siguió su consejo, pero al paso de los años, Pablo González Casanova (probablemente el más célebre de los egresados de historia de El Colegio de México) se convirtió a la sociología en París; del mismo modo, aunque a la inversa, el primer graduado del Centro de Estudios Sociales navega con bandera de historiador social.

«Jornadas», inicialmente órgano del Centro de Estudios Sociales, continuó publicándose hasta 1946 con el mismo formato, el cual recientemente ha cambiado. Importa señalar que este Centro sólo tuvo una promoción, acaso en parte porque los economistas salieron al extranjero (a veces sin terminar en El Colegio) a hacer estudios de posgrado; el resto de los becarios se dedicó a otros trabajos o a las labores propias de su sexo.

Las autoridades del Centro reconocieron algunas deficiencias del plan de estudios: se concibió por todo lo alto y con cierta variedad excesiva de temas, tomando en cuenta la inadecuada prepara-

ción inicial de los estudiantes. En efecto, salvo el becario cubano y el oaxaqueño, ninguno de los estudiantes había concluido su licenciatura y, aun así, se les permitió continuar con la carrera universitaria ya iniciada en derecho o economía. En parte corrobora esa idea el recuerdo de que algunas veces Medina Echavarría, después de exponer páginas muy difíciles de Weber, comentaba desconsolado: "los muchachos no me entienden". Era verdad, algunas veces no lo entendíamos, pero siempre lo admiramos y lo quisimos.

\*\*\*

Las páginas anteriores recrean, en líneas generales, los aspectos más destacados de la breve vida del Centro de Estudios Sociales (1943-1946), del cual Moisés González Navarro fue alumno brillante y el primer egresado. A continuación queremos precisar unos cuantos detalles más sobre un Centro importante, aunque de vida tan efímera, en la historia de El Colegio.

### *Las actividades*

El nuevo Centro debe haber ocupado un lugar especial en la estimación de las autoridades de El Colegio, pues se anunció con bombo y platillos. Su creación fue ampliamente difundida en la prensa nacional y el programa se publicó completo

en tres periódicos, *El Popular*, *Novedades*, y *El Universal* (12 de febrero de 1943). Además, mereció la publicación de un folleto, cuidadosamente editado. Ninguna otra sección interna de El Colegio recibió tantas palmas al momento de nacer.

El folleto se inicia con toda modestia aclarando que el CES se propone emprender "un ensayo educativo de importancia científica y nacional" inspirado en dos ideas:

la creciente necesidad de ofrecer el aprendizaje de la ciencia social, en forma no fraccionada, sino en un conjunto que abarque las complejidades de la sociedad contemporánea y la integración de su funcionamiento; y la necesidad no menor de ofrecer a los investigadores de mañana un plan de preparación que les evite los actuales escollos de la improvisación y el diletantismo.<sup>6</sup>

Por su redacción, por las ideas y las obsesiones que maneja, podría jurarse que este programa lo escribió Cosío.

En el folleto se lamenta que las ciencias sociales estén tan segmentadas y se detallan las formas para solucionar el problema. Para esto, se conciertan en un mismo plan de estudios tres disciplinas básicas, la economía, la ciencia política y la sociología, complementadas con lo indispensable de la antropología, la psicología social y la historia de las ideas filosóficas. La forma ideal de apropiarse-

<sup>6</sup> *Centro de Estudios Sociales*, 1943.



las era al modo colegial: “la mejor manera de adquirir una ciencia es practicarla”, y se plantea que los estudiantes debían iniciar una investigación de tema referente “a nuestras necesidades presentes y a las exigencias de la época en que vivimos”.

Hubo dos novedades de consideración en el proyecto: que la síntesis de las diversas disciplinas se iniciara con el curso de “Introducción a las ciencias sociales”, y que esa síntesis se continuara en la práctica con los seminarios colectivos. Apunta ya aquí la idea del seminario colectivo, que Cosío llevaría a su culminación en el “Seminario de historia moderna”, entre 1948 y 1958.

En ellos [los seminarios colectivos], con la participación de diversos miembros de la planta de profesores, y también de personas especialmente invitadas al efecto, se tratará de armonizar las perspectivas particulares en torno a cada cuestión estudiada, corrigiéndose así, en la discusión general, los inevitables inconvenientes del especialismo. El seminario colectivo —fecundo instrumento de investigación y análisis— no se ha empleado de modo sistemático entre nosotros. De él esperamos los mejores resultados.<sup>7</sup>

En relación con el plan de cursos —del cual se advierte previsoramente que si lo aconseja la experiencia podrá alterarse más tarde—, se destaca que cumplirá varias funciones especiales: 1<sup>o</sup> La

<sup>7</sup> *Centro de Estudios Sociales*, 1943 [p. 3].

atención del alumno se centraría en los aspectos esenciales de cada disciplina porque en cada semestre habría pocas asignaturas. 2º Las horas semanales asignadas a cada profesor eran sólo dos, lo cual exigía una exposición concentrada y precisa; a cambio, el alumno debía dedicar muchas horas a las lecturas asignadas. 3º A cada curso teórico correspondería un seminario para integrar lo aprendido en la teoría con una investigación. 4º En cada semestre habría un *seminario colectivo*, en el que todos los profesores y estudiantes se reunirían a estudiar cada tema o problema en sus diversos aspectos: económico, sociológico, político, antropológico, filosófico, etcétera, subrayando, sin embargo, el sentido “coordinador y de conjunto que desea imprimirse a la enseñanza”. 5º Al final, cada estudiante debería realizar una investigación personal equivalente a una tesis.

Para finalizar, el folleto señala que los alumnos que hubieran terminado satisfactoriamente sus cuatro años de estudios y su tesis recibirían un *Diploma en Ciencias Sociales*. También se indica que “El Colegio de México espera poder influir ante las entidades que requieran los servicios de verdaderos investigadores sociales para que ocupen y remuneren bien a los diplomados del Centro”, es decir, se ofrecía crear una especie de bolsa de trabajo. Para lograr una alta calidad docente, El Colegio se proponía contratar “a los mejores profesores mexicanos o extranjeros” y pagarles bien, “razón por la cual espera que el nivel de las ense-

ñanzas e investigaciones del Centro de Estudios Sociales sea desusadamente elevado”. Por último, se ofrecían becas de cien pesos mensuales “a las personas que tengan mejor preparación y mayor interés en hacer estudios sociales” en las condiciones usuales en El Colegio: por un año, renovables, “si el beneficiario demuestra su capacidad y constancia” y si cumple con los requisitos de costumbre sobre la edad (tener entre 18 y 25 años), poseer el conocimiento de lenguas vivas y estar dispuesto a dedicarse de tiempo completo “a las enseñanzas e investigaciones del Centro, siendo incompatible con la beca, en consecuencia, cualquier otro estudio o trabajo”.

El solo “Plan de cursos, teóricos y de seminario” es suficiente para hacerle a uno agua la boca. El primer semestre comprendía los siguientes *cursos teóricos*: “Iniciación a las ciencias sociales”, “Introducción a la economía”, “Introducción a la sociología” e “Introducción a la antropología”. En el segundo semestre, los *cursos teóricos* eran: “Teoría económica”, “Teoría de la sociedad” y “Teoría general del Estado”. Además había unos *laboratorios*, para integrar mejor lo teórico y lo práctico: uno de “Estadística” y otros sobre “La estructura económica de México”, “Problemas sociales de México”, “La política internacional de Estados Unidos” y “La guerra como fenómeno político, económico y social”. En el tercer semestre los *cursos teóricos* eran: “El ciclo económico”, “Organización social”, “Democracia: principios

e instituciones” y “Psicología social”. Por su parte, los *seminarios* abarcaban: “Planificación económica e industrialización de México”, “La sociología norteamericana”, “Problemas políticos de la América Latina en su conjunto” y el *seminario colectivo* sobre: “Los estados totalitarios”. El cuarto semestre comprendía como *cursos teóricos*: “Las grandes etapas del pensamiento económico”, “Historia de las doctrinas sociales”, “Los grandes creadores del pensamiento político” y una “Introducción a la historia de la filosofía”. Por su parte, los *seminarios* eran sobre: “La escuela clásica de la economía”, “La sociología de Max Weber”, “El radicalismo filosófico”, “La filosofía de la Ilustración” y el *seminario colectivo* sobre “El liberalismo”. El quinto semestre abarcaba *cursos teóricos* sobre “La revolución industrial”, “El cambio social” y la “Historia de las instituciones políticas”. Los *seminarios colectivos* trataban: las “Consecuencias de la Revolución Industrial en México”, “Las clases sociales en México”, “Constituciones y planes revolucionarios del México independiente” y “La filosofía contemporánea y el pensamiento hispanoamericano”. Ese semestre el *seminario colectivo* versaba sobre “Los factores económicos, políticos y sociales en el movimiento de Independencia de las naciones americanas”. El sexto y último semestre de estudios comprendía los siguientes *cursos teóricos*: “Economía mundial”, “Problemas sociales contemporáneos” y “La organización política internacional”.

El *seminario colectivo* era sobre “El mundo de la post-guerra”. Al cabo de estos tres años, si el alumno era capaz, podía continuar dos semestres más para redactar una tesis y optar por el grado académico.<sup>8</sup>

Con tan buenos auspicios el Centro de Estudios Sociales se echó a andar y funcionó, al parecer, con gran entusiasmo durante algún tiempo. Víctor L. Urquidi, quien impartió economía, cuenta que “robando un poco de tiempo [a su trabajo en el Banco de México] podía yo ir a dar mi clase tres veces por semana en El Colegio, en Pánuco 63, y con frecuencia volvía en las tardes, simplemente a conversar con los demás profesores, y con Medina”.<sup>9</sup> Urquidi confiesa que para él las charlas con Medina fueron “un gran aprendizaje —un posgrado ‘informal’, como lo fue el tratar con un grupo excepcional de estudiantes, con quienes compartíamos nuestras discusiones”.<sup>10</sup>

Sobre esos estudiantes el propio Urquidi dice:

Los estudiantes, unos 15 o 17, habían sido seleccionados por Medina y Cosío Villegas, y tenían interés, cada uno, en alguna disciplina particular. Por ejemplo, Juan F. Noyola se había inscrito en la Escuela Nacional de Economía, aunque su interés primordial parecía ser la filosofía; creo que me tocó dar a Juan su primera clase de esa ciencia abstracta imperfecta,

<sup>8</sup> *Centro de Estudios Sociales*, 1943 [pp.7-12].

<sup>9</sup> URQUIDI, 1986, p. 6.

<sup>10</sup> URQUIDI, 1986, p. 6.

la economía. Entre otros centrados en la economía estaban Héctor Hernández Cervantes, Rafael Urrutia Millán, Estela y Lucila Leal Carrillo, y dos españoles, Carlos Muñoz y Enrique Vilar. Con interés en la sociología participaban Catalina Sierra, Dolores González Díaz Lombardo, Moisés González Navarro, Donaciano González y algún otro.<sup>11</sup>

Además de un inicio tan prometedor en el campo académico el CES organizó dos seminarios que tuvieron gran difusión y resonancia: el "Seminario de la guerra" en 1943, y el "Seminario colectivo sobre la América Latina" en 1944. Ambos tuvieron gran publicidad. Para el primero se consiguió que participara el general Tomás Sánchez Hernández, y para el segundo se planeó una charla radiofónica colectiva que recibió el honor de ser censurada. Las ponencias de los seminarios, inclusive la censurada, se publicaron en la recién fundada colección de «Jornadas».<sup>12</sup>

Las «Jornadas» se pensaron como algo diferente en materia de publicaciones: una especie de revista sin fecha periódica de aparición, que sirviera "como órgano expresivo permanente del Centro de Estudios Sociales".<sup>13</sup> Cada Jornada publicó investigaciones y ensayos de una extensión intermedia entre el artículo usual y el pequeño libro, es decir, de un mínimo de cuarenta a un máximo de

<sup>11</sup> URQUIDI, 1986, p. 7.

<sup>12</sup> URQUIDI, 1986, p. 8; véase el texto completo en la «Jornada 10».

<sup>13</sup> Presentación de la «Jornada 56», pp. 1-4.

noventa páginas. Inicialmente también ofrecía pagar de treinta a cincuenta dólares por las colaboraciones, según la extensión del trabajo; además proclamaba que “aspira a contar entre sus colaboradores, y cree ya tenerlos, a los hombres más representativos del pensamiento social en todo el Continente Americano; pretende además con esto fomentar un mejor conocimiento recíproco”.<sup>14</sup>

Durante los escasos cuatro años que duró el Centro, de 1943 a 1946, «Jornadas» logró publicar 56 números. El último volumen, el número 57, se publicó en 1947 ya sin referencia al desaparecido CES. Una ojeada a los títulos y a los autores, a partir de la Jornada número 19 (última que cita en su texto González Navarro) sugiere que durante esos años se logró, en efecto, la participación intelectual de lo más granado entre los pensadores del momento. La pretensión del Centro era buscar alguna perspectiva unitaria que combinara los logros de un conjunto de disciplinas aparentemente diversas. Esta publicación obtuvo interesantísimas colaboraciones provenientes de plumas de gran categoría. En varios casos se pueden ver combinadas las disciplinas que el CES quería conjuntar: economía con historia, literatura con ciencia política, sociología con filosofía, etcétera.

En sociología, además de Medina Echavarría, escribieron, entre otros: Francisco Ayala, Renato

<sup>14</sup> AHCM, Folleto de 1944 y Boletín, exp. A. Arnáiz y Freg.

Treves, Moisés Poblete Troncoso, Juan Bernaldo de Quirós, Josué de Castro; en ciencia política Antonio Carrillo Flores, José Miranda, Kingsley Davis, Luis A. Santullano; en literatura: José Antonio Portuondo, Medardo Vitier, Alfonso Reyes, Agustín Yáñez, Max Aub; en filosofía: José Gaos, Eugenio Ímaz, Roger Caillois, Manuel Calvillo, Leopoldo Zea, José Ferrater Mora, Patrick Romanell; en historia José María Ots Capdequí, Emilio Roig de Leuchsenring, Silvio Zavala, Julio Le Riverend, Lesley Byrd Simpson, Ramón Iglesia y José Miranda; en economía y demografía: Josué Sáenz, Gilberto Loyo, Raúl Prebisch, Javier Márquez, John Condliffe y Víctor Urquidí.<sup>15</sup>

Con un despegue tan auspicioso, un programa tan interesante y completo, una planta de profesores tan competentes y destacados, actividades tan ligadas a las preocupaciones urgentes del momento como la guerra y la realidad latinoamericana, ¿por qué el Centro apenas pudo completar los cursos para su primera y única promoción, de cuyos estudiantes solamente dos, Moisés González Navarro y Catalina Sierra, lograron terminar? Está claro que hubo problemas económicos insalvables y que el CES no logró un financiamiento estable. Desde 1944 hay pruebas de que el Centro tenía dificultades para obtener dinero. Ya citamos en el primer capítulo la carta que el 5 de julio de 1944 Medina escribió a Francisco Ayala disculpándose

<sup>15</sup> Véase al final el Apéndice con las publicaciones de El Colegio.



por no poderle ofrecer una situación en El Colegio como hubiera deseado. Y Medina agregaba que esa oferta dependía de una donación norteamericana que meses después fue denegada, “así que entramos en un periodo de modestia económica hartamente penosa, que puso en peligro, como en otras ocasiones, las actividades de la casa”.<sup>16</sup> También es posible que haya faltado una continuidad de sus inspiradores. Medina, por una u otra razón, fue perdiendo interés en el Centro. Así lo señala Víctor Urquidi: “Sin duda que él había perdido algo de interés en El Colegio, y don Alfonso no pensaba en que se estableciera una segunda promoción en Estudios Sociales, tal vez por falta de apoyo presupuestal”.<sup>17</sup>

Por su parte Andrés Lira, quien ha estudiado la obra y la vida de Medina, afirma lo siguiente:

Medina continuó sus jornadas de docencia y de investigación, pero a finales de 1945 pensó nuevamente en emigrar. En diciembre salió a Colombia como profesor invitado, regresó brevemente a México y partió de modo definitivo en el verano de 1946. Su siguiente estación fue Puerto Rico. Abandonó México sin cosechar mucho de lo bueno que había sembrado. Volvería sólo esporádicamente. A juzgar por los reclamos amistosos que le hiciera Alfonso Reyes prometiéndole que las cosas mejorarían en El Colegio de México, Medina se iba disgustado. Más allá

<sup>16</sup> AHCM, Rollo 1, exp. F. Ayala, véase capítulo I, pp. 73-74.

<sup>17</sup> URQUIDI, 1986, p. 7.

de cualquier malentendido —decía Reyes— lo cierto es que aquí se le quería y esperaba con ánimo de reemprender las labores tal como él lo quisiera (el malentendido había sido un altercado personal con Cosío Villegas).<sup>18</sup>

El otro gran protagonista del CES, Cosío Villegas, no dice una sola palabra sobre José Medina Echavarría ni sobre este incidente en sus *Memoorias*. Es cierto que la memoria de Cosío más de una vez se muestra muy selectiva.

En todo caso, los estudios de sociología tendrían que esperar hasta los años setenta para volver al *curriculum* de El Colegio. El Centro de Estudios Sociales entre 1943 y 1946 quedó en la historia como un espléndido intento de modernidad interdisciplinaria que no echó raíces, quizá porque pretendió demasiado. Pero también, quizá, porque asustó a quienes fuera de El Colegio —en el gobierno mexicano y en las fundaciones extranjeras— tenían la sartén del dinero por el mango, precisamente por su brillantez, por lo novedoso y por lo crítico de su enfoque y, seguramente, por pretender entablar ligas tan directas y confesadas con el mundo de la política.

<sup>18</sup> LIRA, 1986, p. 21. En la nota afirma que “Esa correspondencia entre Alfonso Reyes y José Medina Echavarría se encuentra en [el Archivo Histórico de El Colegio de México], exp. 277”. Hasta ahora no hemos localizado este expediente. Véase también LIRA, 1989.

## V. EL CENTRO DE ESTUDIOS FILOLÓGICOS

Desde la fundación misma de El Colegio, la pasión por las letras y los estudios filológicos estuvo presente entre los miembros de la nueva institución. Antes de la guerra civil española, la gran mayoría había pasado por el Centro de Estudios Históricos de Madrid, que presidía el gran estudioso de la literatura y cultura medievales, Ramón Menéndez Pidal, y estaba muy familiarizada con la Sección de Filología que dirigía otro destacado filólogo, Américo Castro, y con la *Revista de Filología Española (RFE)*. Por otra parte, desde los años veinte la filología hispánica había echado raíces firmes y dado sólidos frutos en Buenos Aires. Allí, en 1923, A. Castro fundó el Instituto de Filología, que en 1928 tomó a su cargo Amado Alonso, un joven español formado en el Centro madrileño. En 1939, en vista de los embates del franquismo contra la cultura española, Alonso fundó la *Revista de Filología Hispánica (RFH)*, como continuadora de la revista española, *RFE*, entonces suspendida.

Alfonso Reyes era figura clave en este mundo de la filología en lengua española. Durante su exi-

lio madrileño (1914-1924) no sólo había hecho su aprendizaje bajo la rigurosa dirección de los filólogos más destacados,<sup>1</sup> sino que había trabado amistad con quienes desarrollarían esos estudios en otros países hispánicos. Además, desde los años del Ateneo de la Juventud, su larga, honda y respetuosa amistad con Pedro Henríquez Ureña, quien colaboraba con Amado Alonso en Buenos Aires, lo acercó al Instituto de Filología, que el propio Reyes frecuentó durante sus años como diplomático en Argentina. Después de la guerra civil española el centro bonaerense de estudios literarios y lingüísticos fue el más importante del mundo hispánico hasta el triunfo del peronismo, a mediados de los años cuarenta.

En el nuevo Colegio, Reyes reunió a su alrededor a otros amantes de las letras y de la filología, como Enrique Díez-Canedo, Agustín Millares Carlo y José Moreno Villa. Aunque más periférico a estas pasiones, el propio Daniel Cosío Villegas manifestaba interés por las letras y respeto por su estudio. Su temprana relación con Henríquez Ureña había sido decisiva desde sus años mozos y, aunque a la distancia, el maestro dominicano continuaba ejerciendo desde la Argentina una sabia y culta influencia humanística sobre su amigo mexicano. Además, don Pedro asesoraba epistolarmente a Cosío sobre lecturas y publicaciones para

<sup>1</sup> REYES, 1956 [1ª ed.: Buenos Aires, 1937]. LIDA, 1988, p. 93, *passim*.

el Fondo de Cultura Económica que éste dirigía, con la idea de crear una “Biblioteca Americana”<sup>2</sup> que agrupara lo mejor de las letras del continente.

Desde un principio, este interés por la literatura, aunado al de disciplinas aledañas como el folclore, la música, el pensamiento, las artes plásticas, dio lugar a que se pensara en constituir un Centro de Estudios Literarios, dirigido por el propio Reyes, tal vez con la ayuda de Enrique Díez-Canedo.<sup>3</sup> Durante toda la vida los asuntos que más absorbieron la atención personal de Reyes fueron, precisamente, los relacionados con la literatura pero, en términos institucionales, fueron también los menos organizados. Los años pasaron y la idea de un centro no dejó de ser mero proyecto. El que Reyes fuera timonel mayor de la institución entera tampoco le permitía distraer su talento y energía en la organización menuda de una sección de El Colegio. Por otra parte, estaba el hecho incuestionable de que a Reyes no le gustaba

<sup>2</sup> Henríquez Ureña no llegó a ver publicados los títulos para esta colección que comenzó en 1947, al año siguiente de su muerte. Fue Marcel Bataillon quien en los años cuarenta y cincuenta colaboró en la “Biblioteca Americana”. Véase BATAILLON, 1955, pp. 277-279, así como la lista de obras publicadas.

<sup>3</sup> La idea de que Enrique Díez-Canedo participara en tal empresa se menciona en un reciente folleto de la institución, *El Colegio de México*, 1987, p.11. Nosotros no hemos encontrado documentación que la sustente, y en conversación con su hijo Joaquín, en junio de 1988, éste nos explicó que don Enrique estuvo muy enfermo desde antes de su muerte (junio de 1944), y nos confirmó que en el archivo de su padre no se encuentra este dato. En cambio, desde 1941, don Enrique estuvo ocupado con la edición de los libros de El Colegio.

enseñar; maestro, sí, pero con la pluma y no en las aulas. Así, el Centro de Estudios Literarios no cuajó, aunque en enero de 1945, en un pequeño catálogo de libros publicados entre 1939 y 1944 por El Colegio ese Centro figuró como si existiera "bajo la dirección de don Alfonso Reyes", para agrupar publicaciones que no correspondían a los demás centros o seminarios de El Colegio. Tres años después, en mayo de 1948, otro catálogo ampliado repetía lo mismo<sup>4</sup> e indicaba como obras de dicho Centro tres textos de Reyes: *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria* (1944), *Capítulos de literatura española. (Segunda serie)* (1945) y *Entre libros, 1921-1923* (1948); dos de Díez-Canedo: *Juan Ramón Jiménez en su obra* (1944), *Letras de América. Estudios sobre las literaturas continentales* (1944), y tres de Alberto Jiménez Fraud: *La ciudad del estudio. Ensayo sobre la Universidad medieval española* (1944), *Selección y reforma. Ensayo sobre la Universidad renacentista española* (1944) y *Ocaso y restauración. Ensayo sobre la Universidad española moderna* (1948). En el mismo catálogo de 1948 aparecen también libros de José Moreno Villa, *Leyendo a...* (1944); de José Antonio Portuondo, *Concepto de la poesía* (1944) y de Enrique Anderson Imbert, *El arte de la prosa en Juan de Montalvo* (1948). También consta la publicación en 1944 de una obra excepcional y hermosa, empresa editorial única en su género, el *Cancionero de*

<sup>4</sup> Posiblemente éste folleto ya estaba en prensa cuando Raimundo Lida, en febrero de 1948, fundó el Centro de Estudios Filológicos.

*Upsala*, con introducción y comentarios del descubridor del manuscrito en Suecia, en 1909, Rafael Mitjana, la transcripción musical en notación moderna del conocido especialista Jesús Bal y Gay, miembro de El Colegio, y un erudito estudio sobre el villancico polifónico de la prestigiosa hispanista y musicóloga norteamericana, Isabel Pope.

La escasa iniciativa de Reyes por crear de hecho en El Colegio un Centro de Estudios Literarios no puso fin a la idea. Al contrario, ésta se vio renovada y urgida por la crisis universitaria argentina, a raíz de los acontecimientos políticos desatados por la revolución peronista de octubre de 1945 y el triunfo electoral de Juan Domingo Perón y su subida al poder en junio del año siguiente. Reyes y Cosío consideraron entonces la posibilidad de traer a su admirado maestro y amigo Pedro Henríquez Ureña a México (donde había vivido en su juventud y se había casado con Isabel Lombardo Toledano), e iniciaron tratos con William Berrien, hispanista y miembro de la Fundación Rockefeller, para financiar el proyecto. En diciembre de 1945 Cosío le escribe a don Pedro que Berrien está tan interesado que a comienzos de enero vendrá a México a tratar el asunto en persona con don Alfonso y con él:

Quizá convenga que te anticipe que al parecer la Fundación se interesaría en ayudar a que El Colegio creara un Centro de Estudios Literarios de la América Latina, con investigaciones quizás de carácter fi-

lológico, y que tú participaras en los trabajos de ese Centro en las condiciones que tú fijaras: como director de él o simplemente como miembro suyo.

Las condiciones no podían ser más atractivas para un académico como don Pedro, que en la Argentina de la época desempeñaba más de una labor para poder subsistir:

se puede anticipar con firmeza una remuneración que te bastara para vivir con amplitud y te permitiera consagrar tu tiempo a una sola tarea o a la tarea doble de tu propio trabajo personal y del Centro. En suma —concluye Cosío—, una situación de libertad y de ocio intelectual tan grande y tan perfecto como sea humanamente posible. Casi sobra decir que trataríamos de conseguir un contrato hasta por cuatro años que le diera la máxima estabilidad y fijeza a tu situación.<sup>5</sup>

El proyecto de este nuevo Centro lo precisa Cosío en un detallado texto de cinco puntos, que le envía a Henríquez Ureña el 8 de enero de 1946, tras haberlo afinado con don Alfonso. En él señala los antecedentes inmediatos, explica las lagunas que existían en México en el campo de la filología y presenta las oportunidades que se perfilan en El Colegio, con la ayuda material de la Rockefeller,

<sup>5</sup> Estos datos fueron tomados del documentado artículo de GARZA CUARÓN, 1988, pp. 322-330. Las cartas de Cosío citadas por Garza provienen del AHCM.



si se logran concretar los planes.<sup>6</sup> A pesar de su extensión, el documento merece la pena de ser reproducido completo:

1.- Hace ya tiempo que la Fundación y El Colegio se vienen lamentando de que no exista en México ningún esfuerzo organizado en el campo de los estudios filológicos.

2.- A este hecho se han venido a sumar otros dos recientes: la situación argentina, que puede concluir en desalentar trabajos de esta naturaleza, y el renovado interés de algunos centros culturales norteamericanos en los estudios hispánicos en general.

3.- De ahí que se haya pensado en si no sería ésta la oportunidad de intentar organizar dentro de El Colegio de México un núcleo que recoja la experiencia, sobre todo, del Centro de Estudios Históricos de Madrid y del Instituto de Filología de Buenos Aires. La idea general por lo que toca al personal que inicialmente se encargaría de las labores docentes y de investigación sería la de contratarte a ti mismo como director, asegurar los servicios de personas competentes y que tendrían la ventaja de haber trabajado ya contigo —por ejemplo, Rosenblat y los dos hermanos Lida— y agregarle a ellos un buen contingente mexicano.

4.- Como he dicho antes, este grupo de personas tendría dos tareas: una de enseñanza a jóvenes mexicanos y latinoamericanos con una vocación ya definida para esta clase de estudios, pero que carecen

<sup>6</sup> Citado en su totalidad por GARZA CUARÓN, 1988, p. 328. El documento del 8 de enero de 1946 se encuentra en AHCM, Rollo 7.

total o parcialmente de la preparación técnica necesaria; otra de investigación, que podría tal vez imaginarse, por una parte, como la prosecución de algunos proyectos de investigación personales en los que estuvieran trabajando los miembros del Centro, y por otra, y más principalmente, el poder idear una investigación mayor que se acometería colectivamente. Para la primera tarea debería contarse con los recursos necesarios para ofrecer becas de estudio a un grupo de diez o doce jóvenes; para lo segundo, los recursos serían más que nada de índole bibliográfica y se procuraría, por supuesto, reunir los necesarios.

5.- Se aspira a que este Centro cuente además con recursos destinados a publicaciones, si bien éstos no serán nunca excesivos ni quizá suficientes.

La Fundación Rockefeller y El Colegio de México serían los participantes principales en la organización y financiamiento del proyecto, si bien no se excluye la posibilidad de intentar conseguir de otras instituciones su colaboración, sea en el orden financiero o en el técnico.

La súbita e inesperada muerte de Pedro Henríquez Ureña, en mayo de 1946, amenazó con poner fin a esta empresa filológica. Sin embargo la maquinaria ya se había echado a andar: Berrien, en la Rockefeller, había dado el visto bueno al proyecto; la situación argentina parecía deteriorarse rápidamente y Reyes había reavivado su deseo de ver en El Colegio un centro dedicado a los estudios de literatura. El siguiente paso fue recurrir a Ama-

do Alonso, quien había buscado refugio del peronismo en la Universidad de Harvard, desde donde inició esfuerzos para encontrar acomodo fuera de Argentina a sus colaboradores del Instituto de Filología de Buenos Aires.

La correspondencia de Reyes con Alonso se intensificó en 1946; en ella don Amado le propone al amigo y colega mexicano modos de ayudar a los jóvenes filólogos argentinos. Este proyecto lo sintetiza Reyes el 26 de diciembre en larga carta a Cosío, que estaba fuera de México de vacaciones. Se trataría, primero, de ayudar a los menos formados a obtener algún puesto en la UNESCO, para lo cual don Alfonso piensa en recurrir al apoyo de su amigo el Dr. Manuel Martínez Báez, delegado permanente de México en París. Luego, habría que obtener becas para que los "jóvenes sabios" puedan salir al extranjero a continuar formándose. En seguida, que los "sabios mayores" ingresen a universidades de Estados Unidos o de América Latina, especialmente a El Colegio de México. Finalmente, se propone trasladar a El Colegio las tareas y la revista del Instituto de Filología con un "mínimo de personal", bajo la responsabilidad de alguien muy destacado. Don Alfonso le informa a Cosío que a comienzos de enero del 47 él mismo se trasladará a Nueva York para reunirse con Berrien y Alonso, "quien tendrá el plan detallado", y poder precisar allí los arreglos necesarios.

En lo que concierne a El Colegio, el resultado

de esta intensa campaña de Reyes por apoyar a los colegas argentinos se tradujo en la decisión de invitar a México al colaborador más cercano de Amado Alonso en Buenos Aires, Raimundo Lida, quien había sido secretario de la *Revista de Filología Hispánica* y del Instituto de Filología. A pesar de su relativa juventud (había nacido en noviembre de 1908), Lida ya era conocido por sus estudios sobre estética del lenguaje, por sus traducciones —algunas con Alonso— de obras importantes de lingüística y estilística modernas publicadas en Alemania y Francia, por sus estudios sobre la literatura de los siglos de oro, por su erudición humanística y clásica —superada sólo por la de su hermana, María Rosa—, por sus dotes de maestro y por su pluma precisa, elegante y sobria.

El apoyo económico inicial de la Fundación Rockefeller se concertó el 21 de febrero de 1947 y ascendió a 12 500 dólares, que de febrero de 1947 a junio de 1949 permitiría el traslado de Buenos Aires a México de Raimundo Lida, con su mujer y sus dos hijos pequeños, pagaría su sueldo y contribuiría a la compra de “libros y materiales”. A mediados de 1947 Lida llegó a México trayendo consigo el que sería el primer número de la *Nueva Revista de Filología Hispánica (NRFH)*, continuadora en tierra mexicana de sus antecesoras argentina y española.<sup>7</sup> En este número se da noticia escueta

<sup>7</sup> Sobre la *Nueva Revista* y sus predecesoras véase el informado estudio de GARZA CUARÓN, 1988, pp. 172-182.

y precisa de dónde y cómo continúa trabajando el disperso grupo rioplatense:

Amado Alonso enseña actualmente en Harvard University, Ángel Rosenblat en la Universidad de Caracas, Marcos Morínigo en la de Southern California (Los Angeles), Enrique Anderson Imbert en la de Michigan. María Rosa Lida continúa sus trabajos en Harvard University; Raimundo Lida en El Colegio de México.

Pocos meses después de su llegada, Lida fundó un nuevo centro docente y de investigación en El Colegio de México bajo el nombre de Centro de Estudios Filológicos (CEF).<sup>8</sup> Éste se mantendría con una segunda ayuda de la Rockefeller, concertada el 7 de abril de 1948 por 53 000 dólares para “ayudas de investigación individual y para becas”, en tanto El Colegio se comprometía a contribuir con una suma igual. Este convenio entró en vigor el 1º de julio de 1948 y debía durar hasta el

<sup>8</sup> El nombre de este Centro, como el de los demás, en esos años (véase capítulo I, nota 70), varía según los documentos y el escriba. A veces aparece como “Centro de Estudios Literarios”, otras como “Seminario de Filología”, otras como “Centro” o “Seminario de Literatura”, “Centro de Estudios Literarios y Filológicos”, “Seminario de Estudios Lingüísticos”, etc. Lo cierto es que en la correspondencia, Lida siempre se refiere a él como “Centro de Estudios Filológicos” (CEF) e, incluso, señala en carta a don Alfonso que sus iniciales le son caras porque son las mismas de sus hijos, Clara Eugenia y Fernando. Más adelante, ya bajo la dirección de Antonio Alatorre, el nombre continúa en la correspondencia oficial, pero también varía en la documentación colegial.

30 de junio de 1952.<sup>9</sup> El Centro inició sus labores a comienzos de 1948 y continuó hasta 1963 cuando, al establecerse el primer programa de doctorado en El Colegio, fue rebautizado como Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, o CELL, como se le sigue conociendo.

Así, a su llegada a México, en junio de 1947, Raimundo Lida inició una labor doble. Por una parte, su misión inmediata fue iniciar la publicación de la *Nueva Revista*, para que entre el último número de la predecesora argentina, de enero-junio de 1946, y el primero de la nueva serie mexicana, de julio-septiembre del 47, no transcurriera demasiado tiempo. Esto se logró, no sin enorme esfuerzo, pues la complejidad tipográfica de la revista obligó a buscar un taller capaz de armarla con precisión y cuidado, lo cual, gracias a los contactos de don Alfonso, se encontró en la Tipografía Indígena situada en Cuernavaca, estado de Morelos, propiedad del Instituto Lingüístico de Verano, que imprimía allí sus obras especializadas.

Por otra parte, al insertarse en el marco de El Colegio, Lida emprendió la tarea de organizar un programa docente que, como el del Centro de Estudios Históricos, proveyera una sólida estructura académica y formara buenos filólogos. Éstos combinarían sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional (donde

<sup>9</sup> AHCM, exp. AG-138.

el mismo Lida comenzó a dar algún curso) con seminarios especializados en literatura y lingüística impartidos en El Colegio y allí mismo desarrollarían y concretarían sus investigaciones monográficas. Sin embargo, dado el tipo de disciplina y la falta de profesores especializados, el proyecto de Lida se acercó al modelo del Seminario de Gaos, ya que en el Centro de Estudios Filológicos, los becarios realizaron sus labores también bajo la tutoría personal del director. El Centro de Filología, como los otros de El Colegio, estipuló claramente las obligaciones y actividades de los becarios, y las dividió en “trabajos obligatorios” y “trabajos optativos”. Los primeros consistían en seguir ciertos cursos específicos, en preparar “tesis, ensayos, artículos y reseñas”, y en colaborar en la preparación de la *NRFH*, corrigiendo galeras, revisando estilo, fichando bibliografía y demás labores de la revista, ya que éstas eran consideradas “parte integrante de la educación y enseñanza”. Las opciones incluían otros cursos, como los de lengua o los introductorios a ciertas materias complementarias: historia, pensamiento, cultura, etcétera.<sup>10</sup> Los cursos se iniciaron a comienzos de 1948, y de las actividades de esos primeros años tenemos el personalísimo e incomparable

<sup>10</sup> AHCM, Rolio 7, “Reglas para los becarios de la Sección de Filología y Literatura (1949)”.

*Testimonio de Antonio Alatorre*<sup>11</sup>

Debe haber sido por abril o mayo de 1947 cuando don Daniel Cosío Villegas me dijo en el Fondo de Cultura Económica:<sup>12</sup> “Le tengo una buena noticia: eso que el Colegio de México no le pudo dar a usted cuando se vino de Guadalajara, ahora va a poder dárselo”. Así me anunció la venida de Raimundo Lida. Yo tenía una idea altísima del Instituto de Filología de Buenos Aires (algunas de sus publicaciones las conocí en Guadalajara, gracias a Juan José Arreola); pero esa idea era también muy vaga: no podía ni imaginar qué clase de

<sup>11</sup> El texto que publicamos a continuación es íntegramente de Antonio Alatorre, con excepción de los subtítulos. Sólo en ocasiones hemos completado entre corchetes algún nombre o dato tanto en el texto como en las notas.

<sup>12</sup> Adonde me había llevado el propio Cosío a comienzos de 1946, después de haberme convencido de que era insensato continuar con la carrera de Leyes, que no me interesaba (cf. mi prólogo al libro-homenaje *Extremos de México*). De hecho, durante 1946 y comienzos de 1947 fui alumno no muy regular de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; pero, desde el punto de vista de mi educación, fue muchísimo más valioso mi trabajo en el Fondo. La enseñanza de lengua y literatura en Filosofía y Letras era muy mortecina. En el Fondo, en cambio, todo era novedad y entusiasmo. ¡Esos españoles! Eugenio Ímaz, Joaquín Díez-Canedo, don Sindulfo de la Fuente, Julián Calvo, Luis Alaminos. . . En el Fondo bebí verdadera cultura. El Fondo fue mi verdadera preparación para lo que vino después, incluyendo la experiencia editorial y tipográfica. Cosío tenía buen ojo: sabía que yo sería un buen elemento en el “departamento técnico” del Fondo (y lo fui; fui por cierto el primer mexicano; el segundo sería Juan José Arreola); sabía que yo le sería útil a la empresa; pero también sabía que la empresa me sería útil a mí. Él, además, llevaba la voz cantante en el Colegio de México. Había una notable simbiosis entre el Colegio y el Fondo, un continuo flujo y reflujo.



cosas se hacen en un Instituto de Filología. Había leído el libro de Amado Alonso sobre Neruda, pero no había leído nada de Raimundo Lida. Lo que contaba, en esas palabras que Cosío me dijo en el Fondo, por abril o mayo de 1947, era que ese centro de actividad intelectual se trasladaba de Buenos Aires a México. Creo que Raimundo Lida llegó a México en junio de 1947. Y vale la pena explicar esta "creencia". Mi primera actividad en el Centro de Estudios Filológicos<sup>13</sup> tiene que ver con la *NRFH*. En una de nuestras primeras charlas me preguntó Lida si me animaría a traducir un artículo del italiano: es el de Vittorio Bertoldi sobre "sustrato", publicado en el vol. 1, núm. 2 (oct.-dic. de 1947) de la *NRFH*. Es seguro que Lida había traído de Buenos Aires la mayor parte de los materiales del número 1 (julio-sept.). Cuando me hizo ese encargo, seguramente el número 1 estaba ya en la imprenta. Lida fue el eslabón (de oro) entre el Instituto de Buenos Aires y el Colegio de México. Y su primera actividad fue la *continuación* de la *RFH* como *NRFH*. El último número de la *RFH* es de enero-junio de 1946. Siempre me ha parecido pasmoso el hecho de que entre éste y el primero de la *NRFH* no haya transcurrido sino un año. Y un año de mucho sacudimiento: Henríquez Ureña

<sup>13</sup> Estoy seguro de que este rótulo no comenzó a usarse sino tardíamente. Nunca hubo un papel membretado que dijera así. Éramos simplemente estudiantes del Colegio de México; si había necesidad de precisar, éramos "los filólogos", o "los de Lida". [Véase más arriba la nota 8. Nunca hubo papel membretado de ningún centro].

muerto, el Instituto suprimido, correspondencia entre México y Buenos Aires, planeación. . . Amado Alonso seguía siendo “director” de la *NRFH*, pero quien la *hacía* era Lida. Su primera tarea, como “eslabón”, no fue la pedagógica, sino la editorial. (Claro que Lida siempre era maestro. A sus primeros discípulos, en esos primeros meses, nos enseñó a hacer *esa* revista. Ejemplo: cuando le llevé mi traducción del artículo de Bertoldi, la leyó en mi presencia, pluma en mano, y me explicó cada detallito que se iba presentando: terminología, significado de las comillas simples, abreviaturas. . .) Lida tenía el don de *hacer trabajar a la gente*. Y, puesto que en enero de 1948, cuando comenzaron las clases, éramos ya diez o doce los alumnos, esto quiere decir que en los meses anteriores también se ocupaba Lida de cuestiones de reclutamiento. Los dos primeros reclutas<sup>14</sup> fueron Ernesto Mejía Sánchez (nicaragüense) y José Durand (peruano). Me hice amigo de ellos, naturalmente. Tema de conversación número uno: Rai-

<sup>14</sup> Después de mí, por supuesto. Pero yo no estuve en el Colegio durante esos primeros meses: en el Fondo se me había encomendado la delicadísima tarea de preparar para la imprenta los originales de la segunda ed. de la *Bibliografía mexicana del siglo xvi* de García Icazbalceta (que saldría a la luz en 1954). El benemérito y encantador Agustín Millares Carlo no era precisamente refinado en la presentación de sus originales. Hubiera sido un pequeño desastre pasarle a otro esa tarea, y Cosío mismo me pidió que me quedara en el Fondo hasta fin de año. (Mejor dicho: *dispuso* que así se hicieran las cosas). De allí arranca el notable, efusivísimo cariño que siempre me tuvo Millares. (Dicho sea de paso, al tratar a Millares en el Fondo, ya estaba tratando a alguien del Colegio de México).

mundo Lida. Ellos, que lo trataban cotidianamente, me contaban cosas: sus respuestas inesperadas a ciertas preguntas, sus comentarios epigramáticos (comentarios que hace quien está *muy* seguro de lo que dice). El enorme saber de Raimundo Lida esta íntimamente trabado con sus "peculiaridades" personales, con su idiosincrasia. (Cuando se reúnen dos personas que en alguna época tuvieron a Lida de maestro, inmediatamente comienzan las anécdotas). Así, pues, cuando en enero de 1948 comencé a tratar asiduamente a Lida, ya hacía meses que lo conocía por su *fama*. Mejía Sánchez y Durand "se quejaban" (un poco en broma, claro) de lo mucho que tenían que hacer: cosas de la *NRFH*. Trabajaban los tres (ellos y Lida) en el estrechísimo local del Centro: el garage de la casa de Sevilla 30, donde estuvo el Colegio hasta fines de año. Había una mesa llena de papeles, y el escritorio de Lida, lleno también de papeles. Mejía tenía a su cargo las tarjetas de suscripción de la revista: las que había traído Lida de Buenos Aires y las que iban agregándose. Lida le encargó a Durand, para la sección de "Revista de Revistas", el resumen de varios artículos del *Journal of the History of Ideas* (lo recuerdo bien porque Durand, cuyo inglés era muy elemental, me pidió ayuda). Hay que imaginar toda una serie de actividades análogas para entender cómo en esos seis meses, de julio a diciembre, salieron a la luz y se distribuyeron los dos primeros números de la *NRFH*. Yo no era aún becario (como lo eran Mejía y Durand), pero me

alegro de haber contribuido ya con mi traducción de Bertoldi. Esos dos primeros números de la *NRFH* son una belleza: el papel es muy bueno, y la tipografía excelente. (Lo primero que tuvo que hacer Lida fue averiguar dónde había una imprenta capaz de hacer lo que hacía la de Buenos Aires; la que encontró fue la que tenía en Cuernavaca el Instituto Lingüístico de Verano). No fue ésta la primera revista de filología que se hizo en México. Pocos años antes, Mariano Silva y Aceves había publicado varios volúmenes de *Investigaciones Lingüísticas*, revista de colaboración internacional (colaboradores suyos, como Leo Spitzer y Helmut Hatzfeld, lo fueron asimismo de la *NRFH*). Pero ¡qué enorme diferencia en la *presentación* y en la tipografía! *Investigaciones Lingüísticas* es la típica revista de un país subdesarrollado.<sup>15</sup> Los números iniciales de la *NRFH* son de categoría altísima: no tienen señales de torpeza ni de improvisación. Y no porque México se hubiera hecho entre tanto un país desarrollado, sino simplemente porque Lida

<sup>15</sup> [Tal vez cabría observar que esta apreciación de Alatorre se refiere sólo a la presentación modesta de la revista, ya que la labor de Silva y Aceves fue pionera en México. Fundó el Instituto Mexicano de Investigaciones Lingüísticas que entre 1933 y 1938 publicó la revista ya señalada. En ésta colaboró lo más granado de la lingüística en México y en el mundo, y tanto la revista como el Instituto supieron conjugar la lingüística hispánica con la de las lenguas amerindias. Sobre este tema véase el "Prólogo" que precede cada volumen publicado en la serie «Estudios de dialectología mexicana», del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios; véase dicho "Prólogo" en GARZA CUARÓN, 1987, p. 8].

fue un trasplantador maravilloso. Ésas fueron las primeras señales que el Centro de Estudios Filológicos dio de su existencia. Vale la pena leer, en la última página del número 1, la primera de las “Noticias”: no se deplora allí la disolución del Instituto de Buenos Aires, sino que se dice: “Aquí estamos; no ha pasado nada”. Esos dos primeros números de la *NRFH*, hechos cuando aún no había clases en el Centro (aunque el núm. 2 puede haber salido de la imprenta a comienzos de 1948), son todo un símbolo. El 99% de la actividad del Centro entre julio y diciembre de 1947 fue actividad de Raimundo Lida.

Amado Alonso, por quien Lida tenía profundo respeto, estuvo unos días en México, seguramente a fines de agosto o principios de septiembre de ese año 1947 (antes de que comenzaran las clases en Harvard, su nuevo hogar) para “supervisar” las cosas. Recuerdo que dio una conferencia muy bonita sobre *El castigo sin venganza* de Lope de Vega. Por lo demás, me consta que la correspondencia entre Lida y Alonso era muy activa. (Alonso fue, hasta su muerte, el “director” de la *NRFH*, y Lida el “secretario”. Claro que era Lida quien hacía las cosas, pero el título que ostentaba Alonso no era de adorno. En cambio, Alfonso Reyes sí fue director de adorno). Amado Alonso hizo un segundo viaje a México, quizá en 1949. Creo que ya sabíamos (y él sabía) que le quedaba poco tiempo de vida: había no sé qué de gravedad y solemnidad en la manera como habló con nosotros, los estudian-

tes, uno por uno, informándose de nuestras investigaciones, de nuestros intereses, aconsejándonos, etc. Nos dio otra bonita conferencia, sobre la oda "A la música" de fray Luis de León. (Me llamó mucho la atención su honda fe religiosa, cosa que yo sentía, y siento, tan ajena a la "ciencia"). (Dedico este párrafo a Amado Alonso porque como la figura de Lida es tan gigantesca, desde el punto de vista del Centro de Filología, hay el peligro de olvidar el interés que él tuvo en su nacimiento y en sus primeros años de vida).

### Los planes de estudio

En enero de 1948 ocurrió la gran novedad: las clases. Hablaré de los tres años (1948, 1949, 1950) en bloque. Es evidente que, al iniciarse los cursos, Lida tenía ya bastante hecho el "plan de estudios". Así como había averiguado dónde podía imprimirse la *NRFH*, así debe haber averiguado qué elementos humanos había en México para encargárles ciertos cursos. Pero debe haber sido un plan completamente flexible, muy distinto de los que se usaban en Filosofía y Letras (primer año, primer semestre: Español I, Fonética, Latín I, Literatura medieval; segundo semestre: Español II. . . , etc.) o de los que se usaron posteriormente en el Centro.<sup>16</sup> "Puesto que estamos en México,

<sup>16</sup> Los nuevos planes de estudios se hicieron [en 1962, para el

es bueno que haya cursos de literatura mexicana y cursos de lingüística mexicana (náhuatl, etc.). Para entender bien la historia de nuestra lengua y de nuestra literatura será conveniente un curso de historia medieval de España. Para la gramática histórica hace falta latín. ¡Y qué útil le es a un filólogo de estos tiempos saber alemán!” Cosas así debe haber pensado Lida. Y, en efecto, latín, alemán e historia medieval de España fueron de los primeros cursos que hubo. Pero los cursos de literatura mexicana no se dieron en un momento determinado, “cuando les tocaba”, sino cuando se pudo. No tenía importancia alguna si el curso de José Luis Martínez sobre literatura del siglo XIX [o el cursillo de Rodolfo Usigli sobre la historia del teatro en México] se daba antes que el de Gabriel Méndez Plancarte sobre humanistas novohispanos. Para la mayor parte de los cursos, cualquier tiempo era bueno. A menudo intervenía la casualidad: puesto que Mariano Picón Salas vivía desterrado en México, era bueno invitarlo a que nos diera un curso sobre las cosas que eran de su competencia (o sea, no un curso estructurado, que se llamara “Literatura iberoamericana I”, sino algo nada técnico, y muy suelto); puesto que [en 1950] estaba aquí Jorge Guillén —acompañando a su yerno Stephen Gilman en un semestre sabático—, había que pedirle un cursillo de poesía (y Guillén

---

doctorado], cuando el Colegio quedó facultado para impartir grados académicos. Los presentes apuntes no se refieren a esa época.

nos hizo lecturas muy hermosas de poetas del Siglo de Oro); puesto que don Pedro Urbano González de la Calle había publicado estudios sobre el Brocense, había que aprovecharlo, y pedirle un curso sobre humanistas españoles.<sup>17</sup>

Algunos de los cursos fueron muy comunes y corrientes. No merecen ser destacados. Quiero decir que *a mí* no me dejaron gran cosa. [En algún curso sobre la España medieval se habló] de Recesvinto y de Wamba y de Sancho de Navarra, pero lo único que recuerdo del curso es la desmembración del califato en multitud de reinos de taifas (primera vez que oía esto). Siento que para cosas así lo mejor es tener a la mano un modesto manual de historia de España. Si ese curso lo hubiera dado Américo Castro, otro gallo nos cantara. Pero el Colegio era muy pobre, y no podía darse el lujo de traer profesores visitantes como Castro (o como [Claudio] Sánchez Albornoz). Se hacía lo que se podía. Pero otros cursos estuvieron muy por encima del nivel común y corriente, porque quienes los dieron eran entusiastas. Un entusiasta: Milla-

<sup>17</sup> Este curso fue "libre". Los asistentes fuimos poquísimos (entre ellos, Lida y yo). Don Pedro era muy difuso, y terriblemente aburrido. Fue el último de los refugiados españoles que formó parte del Colegio de México. Había estado antes en el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, pero, descontento de lo que allí había, acudió al Colegio de México, donde fue acogido (era hombre de edad avanzada). En época posterior, a partir más o menos de 1954, don Pedro Urbano dio en el Centro, durante no pocos años, un curso de sánscrito al cual asistieron, con notable constancia, dos o tres aficionados de fuera del Colegio.



res Carlo, que dio clases de latín y de paleografía. Yo no asistí a las primeras (porque ya sabía latín), pero me consta que eran tan animadas como las de paleografía; aprender paleografía con Millares era una aventura emocionante, un viaje de descubrimientos. Otro entusiasta: Eugenio Ímaz. En su curso de alemán, a la quinta o sexta clase, en lugar de estar practicando pronunciación o aprendiendo declinaciones, estábamos traduciendo a Hölderlin. Y otro: Wigberto Jiménez Moreno, que logró dar en su curso una idea clara de lo que es el náhuatl, y no sólo el náhuatl, sino también el otomí y el tarasco, ¡como de pilón!<sup>18</sup> Pero todo lo an-

<sup>18</sup> Esto me hace pensar en Morris Swadesh (o Mauricio Swadesh, como se hizo llamar en México). Si hubiera estado en México hacia 1948-1950 este notable discípulo de Sapir, no me cabe duda de que Lida le habría pedido un curso. (Lida era gran admirador de Sapir. Y, como asesor que fue del FCE durante mucho tiempo en materias de lengua y literatura, fue él quien sugirió la traducción de *Language*, obra maestra de Sapir; traducción que hicimos entre Margit Frenk y yo). (Obsérvese, de paso, la relación Colegio-Fondo). Swadesh vino a México huyendo de la persecución maccarthista. Alcanzó a ser, aquí, interlocutor de Lida en 1952-1953, antes de que Lida se fuera a Harvard. Fue entonces cuando lo conocí. (En años posteriores, Swadesh, asiduo visitante de la biblioteca del Colegio, solía platicar conmigo de sus cosas). Y, ya que estoy en esto, hablaré de una idea de Lida [¿sería influencia de lo hecho por Silva y Aceves?, véase la nota 15] que no pudo realizarse (probablemente hubo otras así): él "soñaba" una investigación conjunta de hispanistas (nosotros) e indigenistas (la gente del INAH sobre todo) sobre "la realidad lingüística de México", para decirlo pomposamente: claro que a esa "realidad" se llegaría después de mucho tiempo; lo importante era comenzar, lo importante era instaurar la colaboración. Esto nunca pudo hacerse. [En los años ochenta, con Beatriz Garza Cuarón como directora, se ha vuelto a esta idea de Lida. En la actualidad el progra-

terior palidece frente a lo que fueron los cursos de Lida. La venida de Raimundo Lida al Colegio de México fue una bendición del cielo. (Hace tiempo leí una semblanza de Wittgenstein por alguien que fue alumno suyo: en un centenar de páginas dice cómo eran sus clases, cuenta anécdotas que expresan lo que él pensaba, y cómo lo pensaba. Yo podría hacer algo parecido con Lida. Lo que en estos apuntes digo va a estar comprimido hasta el máximo, para ajustarlo al ritmo del resto. Pero no podré evitar el énfasis). No tuvimos —¡benditos sean los dioses!— un curso de fonética y fonología, otro de gramática histórica (morfología y sintaxis), otro de lingüística general, otro de filosofía del lenguaje, otro sobre el pensamiento de Platón, otro sobre mester de clerecía y mester de juglaría, otro sobre Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez. Fue todo esto *un solo curso*, dado a lo largo de tres años. Y el catedrático único de ese curso fue Raimundo Lida.<sup>19</sup> “Estudiar en sus clases la historia de la lengua en los siglos XII y XIII era lo mismo que enseñarse a amar el *Cantar de mio Cid* y los poemas de Gonzalo de Berceo”, digo en *Los*

---

ma de doctorado en lingüística incluye cursos e investigaciones sobre las lenguas indígenas de Mesoamérica y el CELL publica la colección «Archivo de lenguas indígenas de México»].

<sup>19</sup> Por deferencia a don Alfonso Reyes, Lida quiso que él nos diera un curso de teoría literaria. Me consta que lo presionó, y al fin don Alfonso accedió, pero fue evidente que dio ese curso (breve) de muy mala gana, leyendo cosas de *El deslinde*. Donde yo aprendí teoría literaria fue en ese curso único y unitario de Lida: la teoría literaria era uno de sus muchos “ingredientes”.

*1,001 años de la lengua española* [FCE, 1989], pág. 10. “Lengua y pensamiento, lengua y expresión: tal era el núcleo de su magisterio. Nos hizo unas inolvidables lecturas comentadas de varios *Diálogos* de Platón (sobre todo el *Fedro* y el *Banquete*); nos introdujo a Herder y a [Wilhelm von] Humboldt, a Saussure y a Bally, a Bergson y a Santayana, a Croce y a Vossler; nos habló de las doctrinas elaboradas en los grandes ‘círculos lingüísticos’ europeos [Praga, Copenhague. . .], y, traduciendo a libro abierto *Das literarische Kunstwerk* de Roman Ingarden, nos leyó los pasajes más representativos de sus ideas”, digo en un artículo publicado en *Vuelta*, dic. 1987-enero 1988, pp. 22-23.

### Las labores diarias

Con una tercera autocita paso a otro aspecto. En mi discursito “Sobre Raimundo Lida”, impreso en un anexo al tomo 33 de la *NRFH* (1984), metí una reflexión sobre la amplitud y complejidad del moderno CELL, que ocupa muchos metros cuadrados del edificio del Colegio: aquí la dirección, la secretaría, la coordinación del Centro, más allá las oficinas de la *NRFH*, por otro lado los cubículos, por otro lado los salones de clase, etc. Pues bien: “En tiempos de Raimundo Lida estas diversas partes del Centro, ahora *disiecta membra*, eran una sola cosa, un cuerpo. Cabíamos todos en las tres estancias (una grande y dos chicas) del tercero y

último piso de Nápoles número cinco”<sup>20</sup>. Calculo que serían en total unos 60 metros cuadrados. Una de las estancias chicas era la oficina de Lida, separada de la grande por una pared de cartón, cuya puerta estaba siempre abierta. La otra estancia chica era la oficina de la *NRFH*. Todas las actividades del Centro tenían lugar en la estancia grande: allí teníamos clases, allí leíamos, allí trabajábamos en nuestras investigaciones. Y Lida estaba siempre presente, aunque lo viéramos, por la puerta, absorto en sus cosas. Lo que me dicen mis recuerdos es que *todos* los días, a lo largo de *todos* estos tres años, se sentó Lida, con nosotros, en una de las sillas que había en torno a la mesa; tengo la impresión de que siempre tuvimos o clase o seminario con él. Si me equivoco, es a causa de esa *convivencia* que he tratado de describir, y que es, para mí, el hecho más importante de esos primeros tres años de vida del CELL. ¡Qué generosidad de Lida! ¡Qué manera de entregarnos su tiempo! Lo que tuvimos los “filólogos” en esos tres años fue un *ambiente* privilegiado. Lida nunca perdió su fama de exigente, de severo (nunca se callaba cuando se topaba con la estupidez o con la improvisación), pero lo que reinaba era un espíritu de cordialidad, de alegría, de entusiasmo. Había buen humor.

<sup>20</sup> El traslado de la casa anterior (Sevilla 30) a Nápoles 5 debe haberse hecho en diciembre de 1947. En una historia anecdótica del CELL no puede faltar el episodio de la llegada del becario peruano Javier Sologuren a Sevilla 30 cuando hacía apenas unos cuantos días que el Colegio ya no estaba allí [y en su lugar había un prostíbulo].

Éramos una familia muy activa y muy feliz.<sup>21</sup>

Ya he contado el aplaudido chiste que hizo Joaquín Díez-Canedo: nos aplicó el título del libro de José Moreno Villa sobre "locos, enanos y niños palaciegos". (Obsérvese lo mucho que este chiste dice acerca de la relación entre el Colegio y el Fondo). Más bobo, por obvio, era el chiste de que parecíamos Cristo y sus apóstoles. En efecto, éramos doce los discípulos de Lida: seis mexicanos y seis latinoamericanos. (Obsérvese la proporción).<sup>22</sup>

<sup>21</sup> Otra cosa que pertenece a la historia de estos años iniciales del Centro: las excursiones, a veces de un día (Tenayuca, Teotihuacán), a veces de varios (Puebla y Oaxaca, con Yanhuatlán y Tonantzintla; Guadalajara y el Bajío). Maravillosa idea de Cosío. Porque nos acompañaba un experto (Armillas en Teotihuacán, Gonzalo Obregón en Puebla, etc.): eran excursiones instructivas, además de placenteras. ¡Y cómo las gozaba Lida! (El Colegio pagaba hoteles y comidas). [Ya se mencionó que esta tradición de El Colegio surge desde sus primeros años: véase también capítulo I, nota 56 y capítulo II, pp. 126-127 y 168].

<sup>22</sup> Este capítulo pertenece a la historia general del Colegio. El Colegio no sólo tenía abierta la puerta a los estudiantes latinoamericanos, sino que se las ingeniaba para notificar que esa puerta estaba abierta. Este latinoamericanismo es uno de los rasgos más distintivos del Colegio en sus primeros tiempos. (Limitándome a los filólogos, es interesante la comparación con el Instituto de Filología de Buenos Aires: fuera de Marcos Morínigo, paraguayo, creo que allí todos eran argentinos). Ése era el espíritu. En tiempos posteriores, el Colegio destinó sus becas exclusivamente a estudiantes mexicanos. Siendo yo director del CELL, los solicitantes latinoamericanos tenían que tratar de conseguir, por su cuenta, una beca de la OEA. En 1948-50 no había ninguna discriminación. [Si bien es cierto que a partir de 1961 la tendencia de El Colegio fue otorgar becas preferentemente a estudiantes de nacionalidad mexicana, los becarios extranjeros han continuado recibiendo apoyo de la institución cuando no encuentran fuentes internacionales de financiamiento].

Había dos argentinos (Sonia Henríquez Ureña y Roy Bartholomew), dos peruanos (José Durand y Javier Sologuren) y dos centroamericanos (Ernesto Mejía Sánchez, de Nicaragua, y Addy Salas, de Costa Rica).<sup>23</sup> Los mexicanos éramos Víctor Adib, Berta Espinosa, Ricardo Garibay, Jorge Hernández Campos, Carlos Villegas y yo. A los doce se agregó Margit Frenk a comienzos de 1949, pero no como estudiante, pues acababa de obtener su maestría en Berkeley, sino como investigadora [aunque no aparecía en la nómina de los “investigadores” sino en la de los “becarios”, con un sueldo un poco mayor que el de sus compañeros] y no asistía a las clases, pero sí [como “oyente”] a los seminarios. Hubo algunos seminarios “menores”, como el de Bibliografía, dirigido por Millares Carlo,<sup>24</sup> pero sobre todo dos seminarios “mayores”, que se prolongaron por mucho tiempo, dirigidos los dos por Lida: uno de materia lingüística y otro de materia literaria. Cada uno de nosotros, por turno, daba cuenta, en esos seminarios, del estado de la investigación que había emprendido. Pondré como ejemplo mis dos investigaciones,

<sup>23</sup> [Ambos estudiaban en la UNAM; en 1948 Agustín Yáñez y Francisco Monterde recomiendan a A. Salas para una beca en el Centro].

<sup>24</sup> La meta era compilar una bibliografía de y sobre fray Bartolomé de las Casas. Los materiales (libros y artículos) los llevaba Millares, y los estudiantes los “despojábamos” y meticulosamente hacíamos fichas. El seminario duró quizá un año. La bibliografía quedó incompleta (espero que lo que hicimos le haya sido útil a Millares), pero el adiestramiento fue de primer orden.

para dar una idea del asunto. Lida conversó conmigo acerca de mis intereses: ¿qué tema lingüístico y qué tema literario me gustaría estudiar? El primero fue el más fácil de encontrar: el habla de Autlán, Jalisco (donde yo nací). La elección del otro se debió al azar: yo acababa de hacer mi traducción de las *Heroidas* de Ovidio, en cuyo prólogo menciono a Alfonso el Sabio. Lida debe haberme dicho: “¿Por qué no estudia usted a Alfonso el Sabio como traductor de los clásicos latinos?” El caso es que trabajé sobre la *General estoria* atendiendo sobre todo a la forma española que Alfonso el Sabio dio a los nombres propios latinos. De manera parecida eligieron mis compañeros, cada uno, sus dos temas. Javier Sologuren, por ejemplo, trabajó sobre lenguaje peruano (designaciones del negro, del cholo, etc., y fórmulas de tratamiento). Recuerdo más los temas literarios: místicos españoles (Ricardo Garibay), el Inca Garcilaso (José Durand), fray Miguel de Guevara (Víctor Adib), Sarmiento (Sonia Henríquez Ureña), Rubén Darío (Ernesto Mejía Sánchez).

En una forma o en otra, todos teníamos que ver con la *NRFH*. He dicho que una de las estancias chicas de nuestro local era “oficina” de la *NRFH*. Allí había una mesita y dos sillas, donde corregíamos, entre dos, las pruebas de imprenta de la *NRFH* (experiencia que nos tocó a todos). Allí estaba el tarjetero de las suscripciones, y allí se etiquetaban los números de la *NRFH* que iban saliendo. O sea que el departamento de distribución éramos

nosotros mismos. Y lo más interesante es que varios de los estudiantes fuimos *colaboradores* de la revista. Veo los volúmenes I a IV (1947 a 1950) y encuentro: A) “Revista de Revistas”: Mejía Sánchez I:2; Durand I:2; Adib II:4, Carlos Villegas II:4 y Margit Frenk IV:2; B) Reseñas de libros: Durand II:2, IV:1 y V:3; Adib III:1, IV:1 y IV:4; Jorge Hernández Campos III:2; Bartholomew III:2; Mejía Sánchez III:2, Margit Frenk IV:2, y Addy Salas IV:2; C) Artículos y notas: Durand II:3, III:3 y IV:3; Mejía Sánchez II:4, y yo III:2. A lo anterior hay que añadir dos artículos, frutos del seminario de lingüística de estos años, que se publicaron más tarde: el de Margit Frenk sobre “Designaciones de rasgos físicos en el habla de la ciudad de México”, VII:2 (1953), y el de Javier Sologuren sobre “Fórmulas de tratamiento en el Perú”, VIII:3 (1954). (En cambio, mi investigación sobre “El habla de Autlán” y mi investigación sobre “Fuentes clásicas de la *General estoria*” no cuajaron en nada).

### Cambio de signo

¿Y qué fue de esos doce (o de esos trece, contando a Margit Frenk)? Para contestar esta pregunta hay que tener en cuenta dos cosas. La primera es ésta: el subsidio de la Fundación Rockefeller se terminó en 1952. Fue un subsidio que se dio para el “lanzamiento” del Centro (y de la *NRFH*). Se entendía



que a partir de 1952 el Colegio se haría cargo de todo. Pero el Colegio era muy pobre. En el Centro actual, cada tres años entra una nueva generación de estudiantes. En el de entonces no ocurrió así. En 1951 no comenzó su ciclo de tres años ninguna nueva docena de estudiantes. El Colegio no tenía dinero. Esto habría que investigarlo con más cuidado, pero yo creo que si lo de 1948-1950 no volvió a repetirse, fue por la "ausencia" de Cosío Villegas.<sup>25</sup> La segunda cosa que hay que tener en

<sup>25</sup> En 1949-50, cuando hubiera debido hacerse la lucha para conseguir fondos nuevos, Cosío dedicaba todas sus energías a su *Historia de México* [para la cual, como veremos más adelante, obtuvo un subsidio sustancial de la Fundación Rockefeller. Es difícil pensar que ésta estuviera dispuesta a apoyar más de un proyecto de la misma institución. No cabía duda que el *bargaining power* de Cosío era mayor que el de Lida]. (En 1948-1949 Cosío se reunió varias veces con nosotros para saber cómo iba la cosa, qué sentíamos de la carrera que estábamos emprendiendo, etc. Como si hubiera querido, antes de desentenderse de la administración del Colegio, asegurarse de que el Centro de Filología marchaba bien). Don Alfonso era un hombre ya cansado, y el secretario del Colegio, Manuel Calvillo, no era de temperamento activo. El hecho es que cuando Cosío, años después, sucedió a don Alfonso como presidente del Colegio, volvió a haber fondos. La generación que siguió a la de 1948-1950 fue la de 1963-1966. Alguna actividad hubo entre tanto, como luego se verá [hubo un grupo en 1958-1961, compuesto por diez becarios]; pero muy exigua en comparación con la de los tres primeros años. La *NRFH* estuvo en peligro de muerte: le resultaba muy cara al Colegio. Seis volúmenes (del III al VIII) llevan doble pie editorial: El Colegio de México y Harvard University, no sólo porque en Harvard estaba el director (A. Alonso), sino también porque A. Alonso había creado en Harvard un fondo de ayuda económica (fondo privado: Harvard en cuanto institución no dio ni un centavo). [En 1948 se menciona la aportación de 2 000 dólares, de un tal Mr. Lincoln, profesor de Harvard, AHCM, Rollo 1, exp. 9]. Este reconocimiento a Harvard se siguió dando des-

cuenta es que el Colegio no daba grados académicos. No había exámenes generales. No había tesis. Después de los tres años de clases, no había ya ninguna "liga" con el Colegio. Cada cual se fue por su lado. La mayoría abandonó la carrera filológica y se dedicó a otras cosas. Después de su brillante iniciación en la *NRFH*, Adib se hizo funcionario de la OEA, y Hernández Campos funcionario de la FAO. (Pero hace años, hablando con Hernández Campos y con Ricardo Garibay, me dijeron los dos, muy enfáticamente, que el magisterio de Lida los había dejado marcados). Sologuren se fue a la Universidad de Lund como "lector", y estuvo allí no pocos años antes de volver a Lima; Durand regresó al Perú: seguramente fue profesor en San Marcos antes de serlo en Francia y luego en los Estados Unidos; Mejía consiguió una beca de Cultura Hispánica y estuvo un año o más en Madrid; después fue profesor en la UNAM. Los únicos que mantuvimos una "liga" con el Colegio fuimos

---

pues de la muerte de Alonso, y cuando hacía tiempo que se había acabado ese fondo. En los vols. XII-XV (1958-1961) aparece la Universidad de Texas en vez de Harvard: señal del interés de los profesores del Departamento de Lenguas Romances de Austin por la *NRFH*, y de su buena voluntad de contribuir a su sostenimiento; pero la buena voluntad nunca se tradujo en hechos (dificultades administrativas). Finalmente, los vols. XVI-XVIII tienen este doble pie editorial: Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, El Colegio de México (fue cuando el Centro estrenó este nombre) y Facultad de Humanidades, Universidad Central de Venezuela: señal del interés y buena voluntad de Ángel Rosenblat (colega de Lida en Buenos Aires); historia igual a la de Texas: nunca recibimos un centavo [sobre los subsidios a la *NRFH* véase GARZA CUARÓN, 1988].

Margit Frenk y yo: en noviembre de 1950, con la beca que el Colegio nos ofreció, nos fuimos a Europa, no para hacer estudios de “postgrado”, naturalmente, sino para continuar, en verdaderas bibliotecas, nuestras respectivas investigaciones: ella sobre la lírica popular de los siglos de oro, y yo sobre las influencias clásicas en las literaturas hispánicas.<sup>26</sup>

Este viaje a Europa, que duró cerca de dos años, sirve de transición perfecta para la segunda parte de mi relato. Mis lazos con el Colegio eran las cartas de Lida y los números de la *NRFH* que iban llegando. Las cartas de Lida fueron siempre muy concisas (epigramáticas casi). Nunca supe qué cosas sucedían en el Centro. En el último número de 1951 (V:4) vi una reseña de Carlos Blanco Aguinaga: primera noticia que tuve de él.<sup>27</sup> A decir verdad, tampoco me preocupé por saber el estado de cosas. Me hundí en la lectura y me dediqué a tomar apuntes de infinidad de libros.

El viaje duró menos de lo previsto. Se nos había

<sup>26</sup> Estuvimos en París y en Madrid. En París asistimos a los cursos de Marcel Bataillon en el Collège de France, y yo asistí en la Sorbona al curso de Raymond Lebègue sobre influencias clásicas en la literatura francesa. Pero el grueso del tiempo lo pasamos en las bibliotecas. También, en viajes rápidos, vimos manuscritos españoles en bibliotecas de Nápoles, de Florencia y de Viena.

<sup>27</sup> [En carta confidencial de Lida a Reyes, del 10 de marzo de 1951 sobre Blanco, se dice: “es inteligente, exacto, de ideas filosóficas seguras. ¿No habría modo de que entrara en El Colegio en reemplazo de Sonia (Henríquez Ureña)? Sería buena adquisición”].

dicho que la beca de estudios en Europa duraría, en principio, dos años (y se entendía que, si al cabo de los dos años, había necesidad de una prolongación, no habría problema). Pero hacia mayo de 1952 me llegó una carta en que Lida me decía, muy apenado, que yo tenía que regresar a México porque el Colegio me necesitaba.<sup>28</sup>

Regresamos Margit Frenk y yo a México en agosto de 1952. Lo primero que ocurrió fue la "transmisión" de la *NRFH*: en adelante, el encargado de *hacerla* sería yo. Lo segundo, o sea la "transmisión" de la dirección del Centro de Estudios Filológicos, ocurrió insensiblemente. Al marcharse Lida (a mediados de 1953), quedé convertido en director. Director ¿de qué? De hecho, no había ya tal Centro. No había cursos ni seminarios. No había estudiantes. Lida daba un curso en la Facultad de Filosofía y Letras. Uno de sus alumnos era Carlos Blanco, que tenía una beca del Colegio de México. También tenía beca Tomás

<sup>28</sup> A la carta de Lida se añadió, por los mismos días, otra de Cosío Villegas en que me decía lo mismo. Supongo que Harvard invitó a Lida inmediatamente después de la muerte de Amado Alonso (era su sucesor obligado). Supongo que Lida no vaciló ni un momento. Y supongo que habló con don Alfonso, y que los dos creyeron que era bueno que yo me ocupara del Centro y de la *NRFH*, y que Cosío lo supo, y, como acababa de iniciar la publicación de la revista *Historia Mexicana* y quería ponerla en manos de alguien con buena experiencia editorial (como yo), aprovechó la coyuntura para apresurar mi regreso. (Yo me encargué de la edición de *Historia Mexicana* desde oct.-dic. de 1952 hasta oct.-dic. de 1959. Mi nombre no figura, ni tenía por qué figurar: era un trabajo que yo hacía como particular, no pagado por el Colegio, sino por Cosío).

Segovia. También Alejandro Rossi y Tomás Acosta (peruano). Blanco, Segovia y Rossi frecuentaban el Colegio y disfrutaban el magisterio de Lida en la misma forma en que yo lo había disfrutado y seguía disfrutando. Muchos otros acudían al Colegio a hablar con Lida. Recuerdo a Morris Swadesh, recuerdo a Elí de Gortari. Pero no puede decirse que aquello fuera un “centro de estudios”. De hecho, Lida se fue de México con la idea de que en cualquier momento podrían desaparecer, por falta de dinero, el Centro y la *NRFH*. El hilo de vida era muy delgado. En una de sus primeras cartas de Harvard, preocupado por mi futuro, y convencido de que yo tendría que dar con mis huesos —como él— en una universidad norteamericana, me dijo memorablemente: “Doctórese pronto y mal”. Para ese futuro me hacía falta el doctorado.<sup>29</sup>

A primera vista, la vida del Centro a partir de 1953 (cuando quedé hecho director) fue la misma que había tenido en 1951-52, los años de transición

<sup>29</sup> A muchos jóvenes les he aconsejado que se doctoren “pronto y mal”; o sea: que se sometan a esa lata sin tomarla muy en serio; los trabajos valiosos, si es que va a haberlos, vendrán después, tranquilamente, sin presiones. De hecho, yo traté de hacerle caso a Lida. Pedí que el Colegio mandara a la UNAM el certificado de mis estudios y solicitara mi revalidación, y entre mis papeles conservo, como curiosidad, la revalidación acordada por la Comisión de Revalidación de la UNAM el 16 de marzo de 1954. Pero no pasó de allí la cosa. Yo ejerzo sin título. [A Lida le afligía que, a diferencia de otros discípulos, Alatorre no lograra finalizar un estudio sistemático de cierta envergadura. Por eso, conociendo su imposible afán de perfección trataba de impulsarlo a una actitud más realista y práctica. No se trataba de dejar de hacer las cosas bien, sino de hacerlas sin tardanzas].

sin "salón de clase" y sin programa.<sup>30</sup> Había un Centro de Filología que publicaba una revista de filología. Había algunos investigadores y todo el tiempo hubo unos pocos becarios. Lo que fueron ellos en esos años, lo fueron después [entre 1953 y 1962] Estrella Cortichs,<sup>31</sup> Huberto Batis, Arturo Cantú, Emmanuel Carballo, Paloma Castro Leal, Jacobo Chencinsky, Yvette Jiménez, Eugenia Mi-quel, Beatriz Molina, Augusto Monterroso, Angelina Muñiz, Concepción Murillo de Dávalos, Paciencia Ontañón de Lope, José Pascual Buxó, Heidi Pereña Gili, Estela Ruiz Milán de Villoro, Carlos Valdés, Humberto Valdés: gente deseosa de hacer algo en el campo de la investigación lingüística y de la investigación literaria. Sí, pero yo no fui lo que fue Lida. Digo esto muy objetivamente. Se trata de un hecho. Y este hecho es *capital* para entender históricamente los *diez* años de vida del Centro que van de 1953 a 1962.

Tres cosas, para terminar. Primera, los libros

<sup>30</sup> [Vale la pena aclarar que mientras Alatorre estuvo en Europa, Lida fue profesor visitante en Ohio State University en el verano de 1951 y en la primavera de 1952. Sin embargo, continuaba puntualmente a cargo de la *NRFH* y mantenía activo el CEF, en el que continuaron T. Acosta, hasta 1956; J. Durand y E. Mejía Sánchez, hasta diciembre de 1952 y V. Adib, hasta octubre del 52. A él también ingresaron Juan Hasler, de enero del 51 a junio del 52; Carlos Blanco Aguinaga, entre julio de 1951 y octubre de 1953; Alí Chumacero, durante seis meses, en 1952 y Tomás Segovia, de marzo del 52 a junio del 53. Hay que recordar que entre marzo y diciembre de 1950, Juan José Arreola había sido también becario del Centro].

<sup>31</sup> [Estrictamente hablando, E. Cortichs era de la UNAM y no fue becaria del CEF, aunque colaboró en tareas de la *NRFH*].

editados por el Colegio de México como “publicaciones de la *NRFH*”. (Estos libros iban a llamarse “anejos”, nombre heredado de los anejos de la *RFE* y de los anejos de la *RFH*; a don Alfonso no le gustó ese nombre: hizo un chiste sobre anexo-anejo y conexo-conejo). La primera gran “publicación” de la *NRFH* fue el libro de María Rosa Lida sobre Juan de Mena [1950] (yo hice la corrección final de las pruebas). Siguieron el de Stephen Gilman sobre Cervantes y Avellaneda [1951], el de Vicente Llorens sobre liberales y románticos [1954], el de Carlos Blanco sobre el Unamuno contemplativo [1959], el de Emma Speratti sobre Valle-Inclán [1957] (estos últimos se publicaron en mis tiempos).

La segunda cosa se refiere también a libros, pero es diferente. En el caso de las “publicaciones de la *NRFH*”, se trataba de iniciativas del Centro. La historia de los otros libros es muy distinta. Lo explicaré con un caso típico. Un profesor norteamericano me dice que ha hecho una edición de las *Metamorfosis a lo moderno* de Francisco de Castro, y que si nosotros queremos publicársela, su Universidad paga todo; se lo digo a don Alfonso, y él acepta. (Las *Metamorfosis a lo moderno*, cuya única edición era la de 1641, son una simple curiosidad filológica; el prólogo del editor, cuyo nombre olvido,<sup>32</sup> no dice gran cosa porque no hay mucho

<sup>32</sup> De todos los libros aquí mencionados, el único que poseo es el de María Rosa Lida sobre Juan de Mena. Curioso despego o desinte-

que decir; yo lo retoqué y lo corregí, porque era bastante torpe. El librito salió bien [1958]. ¿Se habrá agotado la edición?). De esta manera se publicaron no sé cuántos libros. Creo que el primero que se hizo en esas condiciones (en tiempos de Lida) fue la colección de artículos periodísticos de Valle-Inclán editada por William Fichter [1952], de Brown University.<sup>33</sup> Recuerdo éstos: el de Domingo Ricart sobre la influencia religiosa de Juan de Valdés [1958] (buen libro), los documentos gongorinos publicados por Eunice Joiner Gates [1960] (obra importante) y, sobre todo, los de José F. Montesinos sobre Lope de Vega [1951], sobre Pereda [1961] y sobre Fernán Caballero [1961]. La Universidad norteamericana respectiva pagaba todo el costo y recibía el 50% de los ejemplares; el otro 50%, limpio de polvo y paja, se quedaba en el Colegio. (¿Quedarán ejemplares de esos libros en la bodega del Colegio?). Se puede plantear la cuestión de si esos libros fueron publicados por el Centro de Estudios Filológicos.

---

rés mío: nunca he hecho la lucha por conseguirlos, a pesar de que en todos, o casi, empleé pedazos de mi vida (corrigiendo las pruebas por ejemplo).

<sup>33</sup> [El 11 de mayo de 1953 Reyes escribe a Felipe Teixidor, a cargo del *Boletín bibliográfico* de Porrúa, objetando que este libro aparezca bajo el rubro "artículos de prensa" y añade: "Pues aunque el título fue *Publicaciones periodísticas anteriores a 1895*, este título idiota nos fue impuesto por la familia de Valle-Inclán, cuando debiera ser *Los comienzos de Valle-Inclán*". En este mismo documento, AHCM, Rollo 6, exp. 353, aparece otro título que sugirieron Fichter y Lida: *Escritos juveniles de Valle Inclán*].



En realidad fueron publicados por El Colegio de México. Pero el Colegio no va a protestar si el CELL actual se los apropia y los pone en la lista de "sus" publicaciones (y tampoco protestará si en esa lista se ponen todos los libros de tema literario publicados por el Colegio desde que era Casa de España en México, incluso el *Cancionero de Upsala*). La cuestioncita terminológica o taxonómica no tiene importancia.<sup>34</sup>

La tercera cosa se refiere a las conferencias. Los inicios de esta costumbre, en tiempos de Lida, fueron brillantes. He hablado de las conferencias de Amado Alonso. Añado las de Dámaso Alonso ["Cuatro lecciones sobre textos clásicos del Siglo de Oro: Garcilaso, Fray Luis, Góngora y Lope", del 11 al 18 de noviembre de 1948], Marcel Bataillon y María Rosa Lida ["Originali-

<sup>34</sup> Recuerdo de última hora: la *Ortografía* de Mateo Alemán publicada por José Rojas Garcidueñas [con un estudio preliminar de Navarro Tomás], obra importante (que tampoco poseo); pertenece a la época de Lida. [La idea de publicar esta obra surge desde 1942, como se puede ver de la correspondencia entre Navarro y Reyes. Lida ayudó a resolver problemas de transcripción y edición cuando se decidió que no se reproduciría en facsímil]. Espero que mis olvidos, en este terreno, sean fáciles de remediar. [En orden cronológico, aparecieron también: Margarita Ucelay da Cal, *Los españoles pintados por sí mismos (1843-1844). Estudio de un género costumbrista* (1951), Vicente T. Mendoza, *Lírica infantil de México* (1951), José María Monner Sans, *Julián del Casal y el modernismo hispanoamericano* (1952), Emilia Romero, *El romance tradicional en el Perú* (1952), Carlos Blanco Aguinaga, *Unamuno, teórico del lenguaje* (1954), Manuel Pedro González, *José María de Heredia, primogénito del romanticismo hispánico* (1955), Ana María Barrenechea, *La expresión de la irrealidad en la obra de J. L. Borges* (1957). Véase Apéndice bibliográfico].

dad de *La Celestina*'' y ''La fama en la Edad Media'', en 1948]. Las de mis tiempos no fueron muchas ni muy brillantes. De todas maneras, eran una especie de señal de vida del Centro.

\* \* \*

### *Los años finales*

Del memorioso texto que nos entregó Antonio Alatorre dejamos fuera unos apuntes menos hilvanados sobre sus primeros años como director, hasta la creación del programa de doctorado y el surgimiento del renovado Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios en 1963. Sin embargo, para recrear estos años, nos apoyamos en esos recuerdos así como en los útiles y precisos apuntes de Yvette Jiménez de Báez<sup>35</sup> y en nuestras propias búsquedas.<sup>36</sup>

El subsidio que don Alfonso había negociado con la Fundación Rockefeller en 1946-1947 para traer a Pedro Henríquez Ureña, y luego en 1947 para que viniera Raimundo Lida y se fundara el

<sup>35</sup> Yvette Jiménez de Báez consultó, a su vez, a Concepción Murillo de Dávalos para precisar algunos datos. Las notas que la doctora Báez me facilitó sobre este periodo fueron imprescindibles para recrear el final de los años cincuenta.

<sup>36</sup> Hemos aprovechado el breve pero sustancioso informe de FRENK, 1977, pp. 3-5 y los textos ya citados de B. Garza Cuarón. Además utilizamos ampliamente los documentos consultados en el AHCM y en los archivos del propio CELL para reconstruir la década de 1953 a 1963.

CEF, duró cinco años, hasta mediados de 1952. Para entonces, El Colegio sintió que la carga financiera de sostener solo el proyecto de filología, con becarios de tiempo completo, sueldos de profesores y la publicación de la *NRFH*, excedía sus limitados recursos. Al igual que en el caso del Centro de Estudios Históricos en los años cincuenta, la falta de un presupuesto amplio obligó a El Colegio a reducir al máximo sus programas docentes y de investigación. No se trataba de sacrificar a los profesores e investigadores con los que había un compromiso ya establecido, pero seguir manteniendo un programa activo de cursos parecía una empresa mayor que la que la institución podía emprender.

Ante esta coyuntura, también Raimundo Lida percibió un futuro incierto, a pesar del aprecio y deferencia que hacia él mostraron siempre Alfonso Reyes y otros colegas de El Colegio, de la Universidad Nacional, donde dictaba algunas asignaturas, y también del Fondo de Cultura Económica.<sup>37</sup> Para Lida la preocupación aumentó a medida que la vida de su maestro y mentor, Amado Alonso, se

<sup>37</sup> Hay que recordar que a partir de 1948 Cosío abandonó la dirección del Fondo de Cultura, que pasó a manos del argentino Arnaldo Orfila Reynal, quien no sólo mantuvo los buenos lazos con El Colegio de México sino que dio nuevo impulso a la editorial al crear otras colecciones importantes, como los famosos *Breviarios*. En 1950 Raimundo Lida inauguró allí la serie "Lengua y estudios literarios" (véase su "Presentación" en el ya citado catálogo de 1955, pp. 363-367).

extinguía irremediablemente. La muerte de éste, en mayo de 1952, no sólo dejaba un vacío personal, sino que planteaba nuevos problemas. Por un lado no quedaba claro el futuro de la *NRFH*, ya sin el apoyo de Alonso desde Harvard; por otro, la propia Universidad de Harvard buscó rápidamente sustituir a Alonso y, en 1952, eligió a Raimundo Lida como la persona más indicada. En septiembre de 1953, Raimundo Lida se trasladó permanentemente a Cambridge, Massachusetts, a ocupar la cátedra de literatura dejada vacante a la muerte de don Amado.

A su regreso a México, en agosto de 1952, Antonio Alatorre acababa de cumplir 30 años. Desde el punto de vista profesional era aún muy joven, aunque su talento y erudición eran ya ampliamente reconocidos. Como segundo de abordo de Lida en la *NRFH*, Alatorre había logrado fama de meticoloso y sabio, y su buen sentido como filólogo y crítico revelaban una rara mezcla de madurez y sensibilidad que Raimundo Lida apreció muy pronto. Por todo lo anterior, y por su indudable amor a la revista y al Centro, fue natural que Reyes y Lida (Cosío, peripatético, no andaba entonces por El Colegio sino en su "taller" de la Historia Moderna de México, como veremos luego) pensarán en él para seguir a cargo del timón.

Es cierto que el Centro quedaba reducido, básicamente, a la tarea de publicar la *NRFH* y proseguir con las investigaciones de sus miembros y de

algunos becarios.<sup>38</sup> Además de las del propio Alatorre sobre las influencias clásicas en el siglo de oro español, Margit Frenk siguió con sus novedosas investigaciones sobre lírica popular, Carlos Blanco continuó hasta el otoño de 1953, en que se fue a la Ohio State University, con sus estudios sobre Unamuno. Además continuaba como becario, desde 1951, el peruano Tomás Acosta, quien siguió allí hasta diciembre de 1956. A fines de 1953, llegó de Argentina una discípula de Alonso y Henríquez Ureña, que también había trabajado allí con Lida, Emma Susana Speratti Piñero, especialista en Valle-Inclán. En septiembre de 1954 aparece en la nómina de El Colegio el joven filólogo español Juan Lope Blanch, quien estaba vinculado también con la Universidad Nacional. Lope, que preparaba su tesis de doctorado para la Universidad de Madrid, había venido becado a México a familiarizarse con los estudios filológicos en este país y a conocer de cerca el funcionamiento de la *NRFH*, pues en España se intentaba sacar a flote nuevamente la *Revista de Filología Española*. Ya en México, echó raíces y no regresó a su país. Poco antes, ese verano, hizo su aparición durante tres meses Ana María Barrenechea, filóloga argentina discípula de los maestros del Instituto de Filología de Buenos Aires, que residía en Bryn Mawr donde preparaba su tesis sobre Borges. (Desde entonces Barrenechea ha tenido una brillantísima carrera

<sup>38</sup> Véase la nota 30.

como lingüista y estudiosa de la literatura, y como maestra reconocida de varias generaciones de especialistas en Estados Unidos y Argentina, donde ahora dirige el Instituto de Filología de Buenos Aires, “Dr. Amado Alonso”).

El año de 1955 aparece poco movido, pero en septiembre de 1956 regresó de su periplo europeo al Centro que lo formó, Ernesto Mejía Sánchez convertido ya en un destacado especialista sobre Rubén Darío y que después se lanzaría al ambicioso proyecto de publicar las obras completas de Alfonso Reyes. La llegada de Mejía trajo consigo tensiones más o menos manifiestas con Antonio Alatorre, Margit Frenk y otros pues, como discípulo de Lida, sin duda él también ambicionaba ocupar el puesto que éste había dejado vacante, lo cual no dejó de ser un foco de fricción para el pequeño Centro de Estudios Filológicos. Sin embargo, aunque reincorporado a El Colegio de tiempo completo, Mejía pronto se vinculó también de tiempo completo con la UNAM, hasta que en 1961, cuando se regularizaron las obligaciones profesionales en El Colegio, Cosío le informó que su vinculación con éste quedaba terminada.<sup>39</sup>

<sup>39</sup> Recuerda Alatorre: “Durante años no supe yo que Mejía, profesor de tiempo completo en la UNAM, recibía del Colegio una cantidad respetable de dinero. Durante todo ese tiempo pensé que si a veces —no siempre— aparecía en nuestras “juntas de los miércoles”, era por amor al arte, para ayudar a mantener el espíritu de Lida. ¡O sea que Mejía fue durante años miembro del Centro, y yo, director del Centro, lo ignoraba! Esto ahora no sería posible.

Al mediar la década de los cincuenta el Centro parecía recobrar vida activa, pues por él desfilaron hispanistas de otros países y seguían llegando mexicanos estudiosos de la literatura. En el verano de 1956 dos becarias provenientes de Estados Unidos, Mary Beck y Andrée Collard, que estudiaban los siglos de oro, pasaron aquí cuatro y tres meses respectivamente. Ya en febrero había ingresado, también como becaria, Concepción Murillo, que comenzó con Lida en la UNAM una tesis sobre antroponomía en México y vino a El Colegio para seguir investigando bajo la dirección de Alatorre. El proyecto no prosperó, y ella pasó a estudiar la lírica popular y tradicional mexicana con Margit Frenk. Huberto Batis también aparece en la nómina como becario a partir de enero del 56, hasta diciembre del 60. Emmanuel Carballo y Arturo Cantú ingresan también en enero de 1956 como becarios, el primero por dos años y el segundo por tres; en el primer semestre de 1959 Cantú estuvo como investigador.<sup>40</sup>

Si la lista de este lustro 1953-1957 no es exhaustiva, sí es lo bastante completa para mostrar que el Centro de Estudios Filológicos aparentemente era

<sup>40</sup> Todos los nombres mencionados están tomados de las nóminas quincenales de El Colegio de México, entre 1952 y 1958. Los datos sobre sueldos y becas que damos en estas páginas también salen de estos documentos. Sin embargo, hay que recordar que estas nóminas no siempre son completas y que algunos datos se deben complementar con otros documentos del AHCM. Nosotros hemos consultado las nóminas de 1948 a 1961, inclusive.

el centro con mayor dinamismo y presencia en El Colegio. Sin embargo, algo parecía impedir que se consolidara definitivamente y se asentaran en él los investigadores jóvenes y capaces que allí estaban; a diferencia de los primeros años, bajo la dirección de Lida, la estadía en el Centro de sus nuevos miembros sorprende por lo transitoria. Caso extremo parece el de Emma Susana Speratti Piñero, investigadora productiva y crítica literaria de primera, que hubiera podido reforzar bien el programa docente del Centro. Pero tal vez su personalidad desbordante y espíritu crítico no compaginó con la introversión y quietismo que mantenía Alatorre y, finalmente, en el otoño de 1958 optó por marcharse a San Luis Potosí, en cuya universidad desarrolló la Facultad de humanidades, aunque siguió percibiendo un subsidio de El Colegio hasta 1961 por colaborar en la *NRFH*.

Es cierto que ni las becas ni los sueldos eran espectaculares, pero eran las que según las nóminas se pagaban en todos los proyectos de la institución en los que, en cambio, sí se percibía la continuidad y estabilidad de sus miembros, especialmente en el Seminario de historia moderna que coordinaba don Daniel. En una época en que el dólar se cotizaba a 12.50 pesos, una beca típica giraba entre los 300 y los 600 pesos al mes, según la dedicación y el nivel. El sueldo de los investigadores, con excepción del mayor de los dos Alatorre (los más altos de El Colegio después de Reyes y Cosío), fluctuaba entre 500 y 1 000 pesos al mes, también



según su antigüedad y compromiso con El Colegio, y aunque menores que los de la UNAM, no eran insuficientes en un México donde todavía la clase media profesional vivía modestamente y sin lujos.

Tal vez sea el propio Antonio Alatorre quien mejor revele una clave para descifrar en parte esta inestabilidad:

[ . . . ] mi falta de bagaje. Siempre me sentí un “encargado provisional” del Centro, colocado como director a falta de algo mejorcito. Lo que Lida hizo en 1947-50 fue “improvisar” (las cosas que aquí emprendió fueron muy distintas de las que había hecho en Buenos Aires, y más complejas). Pero yo, que me beneficié de su magisterio, nunca inventé nada. “Si yo pude, usted podrá”, me dijo Lida al irse de México. La verdad monda y lironda es que estuve muy lejos de poder lo que él pudo.

En realidad, Alatorre se entregó en cuerpo y alma a sus propias lecturas y fichas, pero, sobre todo, a la *NRFH* y su Bibliografía:

Decir que en cuanto atención a la *NRFH* yo dejé muy atrás a Lida suena muy positivo. Pero mi atención puede calificarse, muy objetivamente, de enfermiza. Lida supo delegar muchas cosas. Yo no delegué ninguna. Dejaba a veces que la corrección de las galeras la hicieran los becarios, para que se enseñaran, y yo, pacientemente, les señalaba las erratas que se les habían colado, para que aprendieran, porque luego las leía de cabo a rabo, y las primeras pruebas, y las se-

gundas y terceras. Yo corregía el estilo de los originales que llegaban; traducía los que no venían en español; mantenía correspondencia (jamás tuve secretaría) con los autores para preguntar unas cosas, para sugerir otras. ¡Y esa Bibliografía, que Millares Carlo, entusiasmado, llamaba “Metabibliografía”! En todo el delicado proceso no interveníamos sino dos personas: la que recibía los materiales marcados y hacía a máquina las fichas, y yo, que me ocupaba de todo lo demás.

Por otra parte, Alatorre carecía por entonces de la pasión de Raimundo Lida por la enseñanza —aunque sus alumnos de El Colegio que lo eran también en la UNAM recuerdan que en la Facultad era mucho más asequible y abierto—, y su falta de experiencia profesional —en la que Lida abundaba— le provocaba inseguridad y retraimiento. Tampoco su esposa, Margit Frenk, compensaba entonces esas necesidades del Centro: ambos se replegaron sobre su propio trabajo o el de la revista más que sobre las labores exigidas en organizar y estimular el trabajo colectivo y la docencia. Es cierto que a la juventud de ambos se sumaba la inexperiencia, pero éstas no se compensaban con un carácter decidido, emprendedor y abierto.

En la nueva sede de El Colegio desde fines de 1953, una vieja casona porfiriana en Durango 93, el Centro ocupaba dos estancias: una para Alatorre y la *NRFH*<sup>41</sup> y la otra para los becarios, que sólo

<sup>41</sup> A partir de 1957 en las nóminas del CEF aparece un “ayudan-

estaban allí por las mañanas, con una mesa grande alrededor de la cual se trabajaba. Al igual que en los años de Lida en Nápoles 5, el trabajo se hacía más allí que en la Biblioteca, pero a diferencia de Lida, Antonio, que también estaba allí todos los días, no lograba comunicar cercanía ni ejercía, casi, el magisterio. Solamente la revista pretendía servir de catalítico colectivo, ya que todas las semanas había una reunión con los investigadores del Centro para seleccionar y revisar las colaboraciones que se recibían:

En las tardes de los miércoles —recuerda Alatorre— nos reuníamos todos, “profesores” y “estudiantes”, para dar cuenta de los avances que hubiera en la redacción de trabajos destinados a la *NRFH*. Emma Speratti, por ejemplo, nos leía una reseña que acababa de hacer, y sus colegas la criticábamos: “Tal cosa no es clara”, “En tal lugar hay dos adverbios en ‘mente’ seguidos”, etc. O bien, Carlos Valdés leía lo hecho para “Revista de Revistas” (resúmenes de artículos), y nosotros lo criticábamos: “Ese resumen está bien, pero se puede abreviar”, etc. Todo cuanto profesores y estudiantes publicamos en la *NRFH* (o en otros lugares) durante esos años, fue leído y criticado previamente en esas juntas de los miércoles, el par de horas en que cada semana el Centro daba una muestra visible de su exis-

---

te” de la *NRFH*, con un sueldo de \$900 mensuales. Entre 1957 y 1958 este puesto lo ocupa Graciela de la Lama, quien pasaba a máquina las fichas bibliográficas que le marcaba Alatorre. Más adelante fueron otros los nombres asociados con ese trabajo para la Bibliografía.

tencia. La costumbre se mantuvo durante algunos años después de 1962. Por cierto que a veces había miércoles en que nadie llevaba nada que leer.

Pero estas "juntas de los miércoles", que presidía Alatorre, acabaron, a menudo, en discusiones y enojos, y las críticas generaron entre los más inseguros resentimientos y frustraciones que no facilitaron la cercanía, el diálogo ni la camaradería necesarias para la convivencia cotidiana de trabajo en un centro. Para otros, los más serios, ese tipo de discusiones interminables sobre detalles resultaban excesivas y los comentarios, por el modo como se hacían (más sobre la forma que sobre el contenido o las ideas), se consideraban poco estimulantes. Por otra parte, a diferencia de los primeros años, con Alatorre nunca se alentó a los estudiantes e investigadores más jóvenes a colaborar en la *NRFH*, lo cual se puede verificar hojeando los números de la revista desde entonces. En estas circunstancias era inevitable que la presencia de los investigadores en el Centro fuera desganaada y más o menos efímera.

Que Alatorre era consciente de sus deficiencias como guía lo demuestra su deseo de encontrar sustituto en la dirección del Centro. En la segunda mitad de los cincuenta consideró la posibilidad de atraer a gente de peso:

Siempre tuve consciencia de mis límites, y en tres ocasiones vi, con gran alegría, la posibilidad de ser

sustituido por un verdadero director. Primera ocasión: el gran lingüista Antonio Tovar le escribe a Millares Carlo: quiere venirse a México y pregunta si habría lugar para él en el Colegio; le doy la gran noticia a Lida; respuesta de Lida: “¡Pero cómo! ¡Un franquista en el Colegio!”<sup>42</sup> Segunda ocasión: el Dr. Arnald Steiger, romanista suizo de fama internacional (y especializado además en Alfonso el Sabio y otros temas medievales españoles), me escribe: quiere venirse a México. Esta vez no hay objeción de Lida; y durante largos meses me ocupo del asunto y llevo una activa correspondencia con Steiger a propósito de mil cuestiones suscitadas por él, comenzando con lo de su situación migratoria y su seguro social, pues quiere venir para quedarse; además, traerá consigo su biblioteca; y las autoridades del Colegio prometen darle el mejor sueldo posible. Pero Steiger, al cabo de no mucho tiempo, se murió. (Después supe, con alivio, que nos libramos de un personaje muy conflictivo. Si Steiger quiso venir a México fue porque se había atraído la condena de todo el mundo académico de Suiza. Por qué eligió a México y no a España, es un misterio). Tercera

<sup>42</sup> [Sorprende, en verdad, que se pensara en Tovar, dados sus conocidos antecedentes pro-franquistas durante la guerra civil y luego, como sub-secretario de prensa de Falange, intérprete oficial de Ramón Serrano Suñer, el “cuñadísimo”, en Berlín y Roma, y de Franco en su famosa entrevista con Hitler en Hendaya. En 1952, siendo rector de la Universidad de Salamanca y Consejero Nacional de Falange, Tovar se manifestó “arrepentido” de su juvenil antisemitismo virulento, de sus panegíricos imperialistas a Hitler, Mussolini y Franco, y de haber admirado “la amplia y noble humanidad de Mussolini y Hitler” (*Vértice*, IX. 1940). Sobre la violencia ideológica y verbal de Tovar, véase SOUTHWORTH, 1967, pp. 53-56].

ocasión: me escribe Alonso Zamora Vicente, activo filólogo español, autor de estudios lingüísticos y de estudios literarios, desde Buenos Aires (donde ha sucedido a Amado Alonso): quiere venirse a México, etc. A Lida le parece bien. ¡Y esta vez sí sucedió! Zamora Vicente, y su mujer, la lingüista María Josefa Canellada, fueron miembros del Colegio desde fines de 1959 hasta fines de 1960. En este año de 1960 tuve yo la beca Guggenheim. ¡Con qué sensación de alivio me fui a los Estados Unidos, a trabajar sobre todo en la biblioteca de la Hispanic Society, en la de Harvard y en la pública de Boston (Ticknor Collection)!

Dejando aparte el caso de Zamora Vicente, que retomaremos más adelante, Alatorre siguió a cargo del Centro el resto de la década. Pero antes de que ésta terminara, a mediados de 1958 se presentó la rara oportunidad de volver a establecer cursos regulares y becas para estudiantes. Esto se logró gracias a un subsidio especial otorgado para ese fin por la Fundación Rockefeller por 10 898 dólares (o 136 000 pesos) —que en 1959 subió a 13 000 dólares (equivalentes a 162 370 pesos)—, y que El Colegio completó con 45 000 pesos más. Antes, a comienzos de ese año habían ingresado tres becarios nuevos: Tomás Mojarro, de enero a diciembre, José Pascual Buxó, desde febrero hasta mediados del año siguiente, y en mayo Yvette Jiménez, llegada en febrero de Puerto Rico,<sup>43</sup> quien

<sup>43</sup> Yvette Jiménez llegó recomendada por dos ex-becarias puertorriqueñas de El Colegio: Isabel Gutiérrez del Arroyo, discípula de

ya traía su grado de maestría y una sólida formación como investigadora, y había comenzado a estudiar con Alatorre en la UNAM. Yvette Jiménez se incorporó a las labores del Centro y de la *NRFH* que le indicó Alatorre, mientras preparaba su tesis de doctorado para la UNAM sobre la décima popular en Puerto Rico, tema al que la animó el interés de Margit Frenk. Aparte de un paréntesis para cumplir con los compromisos contraídos con la Universidad de Puerto Rico entre septiembre de 1960 y enero de 1963, Yvette Jiménez es la persona que, fuera de Alatorre, ha permanecido en el Centro más tiempo, hasta el presente.

Los fondos recibidos sirvieron para alentar la creación de un programa de cursos de filología cuya organización seguiría básicamente los lineamientos que existían en la época de Raimundo Lida. Se estableció así un programa en el que habría un curso de introducción a los estudios literarios, impartido por Antonio Alatorre; un seminario de investigación en literatura, dirigido por Margit Frenk, quien lo orientó hacia el estudio de la lírica folklórica, y un seminario sobre lingüística que quedó a cargo de Juan Lope Blanch, quien se ocupó de lexicología y dialectología. Los cursos se inauguraron en agosto de 1958 con un coctel, para los becarios del nuevo programa, que presidió don

---

Zavala, y Monelisa Lina Pérez Marchand, alumna de Gaos; también por Jorge Luis Porras Cruz, quien había estudiado con Lida en la UNAM y en el Centro.

Daniel, flamante director de la institución (cargo que fue creado *ad hoc* por Reyes y la Junta de Gobierno). Entre estos diez becarios aparecen algunos nombres ya mencionados, como Yvette Jiménez, Huberto Batis, José Pascual Buxó y Carlos Valdés, y otros nuevos como Paloma Castro Leal, Jacobo Chencinsky, Augusto Monterroso, Angelina Muñiz Sacristán, Paciencia Ontañón de Lope y Estela Ruiz Milán de Villoro. La actividad académica inaugural fue un ciclo de conferencias de Marcel Bataillon sobre *La Celestina* al que, en diciembre de 1959, siguió otro de Carlos Blanco Aguinaga sobre narrativa.

La trayectoria de este programa es más bien borrosa. La mayoría de los becarios continuó en él hasta fines de 1960, pero las actividades docentes sufrieron altibajos continuos. Para empezar, Antonio Alatorre, después de las primeras sesiones con los becarios dejó de reunirse con ellos al considerar que ya tenían la preparación suficiente, con lo cual, de hecho, sólo siguieron funcionando los dos seminarios. El proyecto de dialectología mexicana tampoco cuajó en investigaciones sólidas, excepto algunas publicaciones del propio Lope Blanch. El único que mantuvo continuidad y generó entusiasmo fue el de Margit Frenk Alatorre, y sirvió de germen para lo que luego sería el monumental y magnífico *Cancionero folklórico de México*.<sup>44</sup>

<sup>44</sup> Proyecto que culminó entre 1975 y 1985, con la aparición en El Colegio de México del primero y del quinto y último tomos,



De este seminario salieron las tesis de Yvette Jiménez (doctorado, UNAM, 1960)<sup>45</sup> y de Concepción Murillo de Dávalos, quien estaba allí desde 1956, sobre la lírica popular y tradicional mexicana (maestría, UNAM, 1960) y sendos artículos de Jacobo Chencinsky y Angelina Muñiz publicados en *Anuario de Letras*, UNAM, en 1961, y uno más temprano de Paciencia Ontañón de Lope (*Filosofía y Letras*, UNAM, 1958).

Para agregar desconcierto al deshilvanado programa, en 1960 los Alatorre partieron a un viaje de investigación a Estados Unidos dejando detrás el Centro y los becarios. Es cierto que, como ya lo recordó Alatorre, desde 1959 existía la posibilidad de que Alonso Zamora Vicente —filólogo y lingüista— viniera a México a hacerse cargo del Centro y que ésta se concretó en febrero de 1960. Pero también es cierto que la supuesta transición resultó caótica. Por una parte, Alatorre dejó a Lope a cargo de la *NRFH* y otros menesteres. Por otra, Zamora Vicente, el nuevo director, se encontró en un Centro desconocido, sin tener bien definidas ni en sus manos todas las funciones directivas, y como colaborador un compatriota que no estaba demasiado dispuesto a ayudarle a tomar las riendas. En justicia, habría que decir que Za-

---

respectivamente.

<sup>45</sup> Publicada luego en la Universidad Veracruzana bajo el título *La décima popular en Puerto Rico* (1964); sorprende que este estudio no lo publicara entonces el propio Centro que, de hecho, en los años 60 patrocinó poco la edición de libros.

mora recibió un centro sin una orientación clara, unos estudiantes que estaban desilusionados y un grupo de becarios e investigadores cuyas funciones en el Centro no se habían precisado claramente. A pesar de todo esto, después de evaluar la formación de los becarios y concluir que era muy desigual, Zamora se lanzó a una revisión bibliográfica y crítica de la literatura española para intentar llenar lagunas y, dada su formación como lingüista, hizo lo mismo con la fonética. Por su parte, Lope Blanch pasó a hacer lo mismo, pero a la inversa: discutir textos literarios además de proseguir con los temas de lexicología dialectal. Esta situación se percibió como una competencia tácita entre Lope y Zamora, y generó tensiones que repercutieron sobre los becarios y los demás investigadores, que sintieron aún más el desconcierto del programa y del Centro.

Mientras tanto, en 1960, a partir de su nombramiento como presidente de El Colegio a la muerte de don Alfonso, Cosío Villegas comenzó a revisar el funcionamiento de El Colegio. En el caso del Centro de Estudios Filológicos se entrevistó con algunos investigadores y becarios para formarse una opinión más clara de los problemas y con el propio Zamora Vicente, como director, quien reiteró la necesidad de precisar los objetivos del Centro y las responsabilidades y obligaciones de cada uno de sus integrantes para que el CEF realmente funcionara bien. La dirección de Zamora duró escasamente un año, pues al finalizar 1960 decidió

dejar México, no sin antes haber hecho buenas relaciones en la UNAM, donde también impartió cursos, ocupó la Cátedra Jiménez Rueda y dejó una excelente impresión entre sus colegas y discípulos.

Por su parte, Cosío concluyó que en el Centro las cosas no andaban como debían, y con su característico estilo *matter of fact* empezó por despedir a los becarios y a no renovar el nombramiento de los investigadores que no atendían a la tradicional disciplina colegial o cobraban sueldo en otras instituciones. En una carta dirigida a uno de los becarios, la reconvención por la falta de cumplimiento con las obligaciones contraídas se hace extensiva a todo el grupo:

la experiencia de varios años, pero particularmente la de los dos últimos, ha convencido a las autoridades del Colegio de que la asociación de los becarios a las tareas de enseñanza e investigación del Seminario de Estudios Lingüísticos no puede ser fecunda a menos que se le dedique una jornada de trabajo mínima y continua, que esas mismas autoridades estiman de cinco horas diarias (de 9 AM a 2 PM) y de cinco días a la semana (de lunes a viernes inclusive).<sup>46</sup>

El regreso de Alatorre al Centro, en diciembre del 60, puso fin a las discordias causadas por este extraño paréntesis administrativo, pero también

<sup>46</sup> Carta a Huberto Batis del 23 de diciembre de 1960, en AHCM, exp, H. Batis.

significó el fin del programa de cursos, sin duda por la decidida acción de don Daniel. La mayoría de los becarios desapareció a fin de año, y por las nóminas se puede ver una vez más que el Centro se redujo a los Alatorre y, si acaso, a un par de becarios que ayudaban en la *NRFH*. Ya desde antes, el propio Lope había desaparecido de ellas, y sólo reaparece esporádicamente cobrando por honorarios. En 1961 ingresó para ayudar a Alatorre con las fichas de la bibliografía de la revista el joven Raúl Ávila, alumno de Lope en la UNAM, quien desde entonces permanece en el Centro dedicado a la lingüística. También ingresó por todo el año Héctor Valdés, de enero a septiembre Germán Viveros y de febrero a octubre Carlos Obeso Orendain. Al año siguiente llegó como investigador visitante, con una beca de la OEA, el argentino Carlos Magis. También hicieron breves apariciones algunos hispanistas extranjeros que dieron una charla o un cursillo en El Colegio; éste es el caso, por ejemplo, de Ángel Rosenblat. Pero lo cierto es que en esos dos años el Centro mantuvo un tono mortecino que sólo se sacudiría a partir del otoño de 1962.

En efecto, en medio del torbellino que significó para El Colegio la facultad de otorgar títulos universitarios a partir del decreto presidencial de noviembre de ese año, de la creación del Centro de Estudios Internacionales el año anterior y el renacimiento de la maestría en historia del CEH desde enero del 62, el Centro de Estudios Filológicos se

vio obligado a salir de su letargo; ante la insistencia de Cosío Villegas, Alatorre como director, con la ayuda indispensable de Margit Frenk, presentó un nuevo programa de cursos, esta vez con la meta precisa de formar doctores en lingüística y literatura. A raíz de la inauguración de este doctorado, a comienzos de 1963 el propio Centro cambió de nombre, y para subrayar la doble dirección de sus objetivos eligió el de Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, tal vez menos eufónico que el anterior y con menores resonancias del pasado, pero sin duda más preciso y más moderno.

Se trataba de hacer un programa conciso, bien organizado y con los mejores profesores posibles, ya que había recursos para traerlos, incluso del extranjero. Antonio Alatorre continuaría en la dirección del Centro —cargo que desempeñó hasta 1972— y proseguiría ocupándose de la *NRFH*, pero la responsabilidad docente se ampliaría a nuevos profesores y se buscarían becarios con buen nivel, preparación y vocación probadas. Los cursos se iniciaron a comienzos de 1963; varios años después, en 1977, Margit Frenk, los recuerda y muestra cómo se intentó capitalizar lo aprendido y evitar los errores pasados, y resume así el comienzo de aquella nueva etapa:

Una quincena de estudiantes, casi todos pasantes de la licenciatura en letras de la UNAM, casi todos con vocación y talento. Los profesores, además de Alato-

re, Lope Blanch y yo (que a la vez era estudiante del doctorado): Manuel Alvar, José Pedro Rona, Bernard Pottier, Joseph Matluck, Peter Boyd-Bowman, Kurt Baldinger, Harri Meier, Emir Rodríguez Monegal, Noël Salomon, Fritz Schalk... Tres años de cursos, en su mayoría apasionantes; estudio intensivo; a la vez, participación de todos en dos investigaciones colectivas: la recopilación de la lírica popular mexicana, recién reanudada bajo mi dirección, y la encuesta para reunir el léxico indígena del español mexicano, coordinada por Lope Blanch.

Fue definitivamente el comienzo de una nueva era. El programa era un experimento y sin duda tuvo sus fallas, pero despertó un entusiasmo sostenido y dio una sólida formación a los que lo siguieron hasta el fin. Cinco de ellos —Raúl Ávila, Beatriz Garza Cuarón, Carmen Garza Ramos, Carlos Magis y Gloria Ruiz de Bravo Ahuja— pasaron a formar parte, en 1966 y 1968, del profesorado permanente del Centro. Ya antes, en 1963, se había integrado a él Yvette Jiménez de Báez. Con timidez, en un principio, y después gradualmente con mayor seguridad, nos convertimos en maestros de las generaciones subsiguientes.<sup>47</sup>

Así, al iniciarse la segunda época en la vida de El Colegio, el Centro de Estudios Filológicos renacía de sus viejas cenizas con nuevo nombre, nueva sangre y nuevos ímpetus. La etapa posterior a 1963 no es tema de estas páginas, pero su fir-

<sup>47</sup> FRENK, 1976-1977, p. 3.

me crecimiento desde entonces demuestra que supo aprender del pasado para lanzarse con firmeza hacia el porvenir. En esto también desempeñaron un papel decisivo quienes sucedieron a Antonio Alatorre en la dirección: Margit Frenk (1972-1978) y Beatriz Garza Cuarón (1978-).





## VI. HACIA EL FUTURO

En los cincuenta, la república de las letras y de las ciencias humanas y sociales en que se había convertido El Colegio durante la década anterior experimentó cambios en el ritmo y amplitud de sus actividades, sin dejar de ser fiel a su sentido original. El decenio se inició con la dispersión por el mundo de los egresados de los Centros de Estudios Históricos y Filológicos, dispersión que en el fondo estaba inspirada en el ejemplo personal de Reyes y Cosío. Éstos habían aprendido a desprenderse del provincianismo viajando por el ancho mundo para descubrir que no les era ajeno; a apoderarse de lo mejor que encontraban a su paso y sumarlo alegremente a su propio bagaje; a anudar relaciones con aquellos que se dedicaban a lo mismo; en fin, a valorar lo propio desde la perspectiva que da lo universal. Reyes en España, Francia, Argentina y Brasil; Cosío en los Estados Unidos, Inglaterra y España, aprendieron en carne propia lo mismo que había intuido José Carlos Mariátegui: que al extranjero no se iba en busca de mundos desconocidos y extraños, sino a la búsqueda y al encuentro de uno mismo.

Hombres generosos y tolerantes, Reyes y Cosío quisieron para sus herederos intelectuales el mismo privilegio que ellos habían gozado, y propiciaron desde sus puestos directivos que los becarios de El Colegio salieran a completar su formación a otros países y a ampliar sus horizontes. Cuando tuvo los medios, el propio Colegio becó por sí solo a varios de sus egresados, pero lo más común fue que los apoyara, con argumentos académicos o responsabilizándose por ellos, ante otras instituciones del país y del extranjero. Así, por ejemplo, Luis González, Ernesto de la Torre, Antonio Alatorre, Margit Frenk, Ernesto Mejía Sánchez y muchos otros se volvieron cosmopolitas en Francia, en España, en Italia. A lo largo de los cincuenta, El Colegio apoyó las becas más variadas, o las complementó; no sólo las de los historiadores y filólogos, sino también, por ejemplo, las de los becarios del Seminario de Gaos: Vera Yamuni (Francia, Argelia y Líbano), Olga Quiroz (Francia y Alemania), Emilio Uranga (Francia y Alemania), Fernando Salmerón (Alemania) y Laura Mues (Alemania).

De algunos becarios —Vera Yamuni y Ernesto de la Torre pongamos por caso—, se conserva una continua comunicación epistolar con don Alfonso. A distancia, el presidente de El Colegio seguía interesándose por el desarrollo de sus estudios; interviniendo con su prestigio o su autoridad para facilitarles algún trámite, aconsejándoles los pasos a dar en su trayectoria, exigiéndoles el cumpli-

miento de sus compromisos y de sus plazos cuando los había, y motivándolos siempre en formas muy positivas y generosas, para que no flaquearan en la fidelidad a su vocación y para que procurasen siempre un altísimo nivel de calidad personal y académica.

La dispersión, sin embargo, no se limitó a los becarios que, con el tiempo, regresarían a El Colegio, o a la Universidad Nacional, o, en todo caso, a integrarse a las labores culturales del país. Como se mencionó en capítulos anteriores, desde los años cuarenta, por desgracia para El Colegio, también hubo una diáspora de profesores e investigadores que se alejaron definitivamente de México; los casos más señalados fueron el de José Medina Echavarría, en 1946, y en la década siguiente el de Raimundo Lida y, por un tiempo largo, el de Silvio Zavala.

Los becarios que regresaron a mediados de los cincuenta a El Colegio, ahora como investigadores, se encontraron con varias novedades. Don Daniel, que desde 1948 había abandonado la dirección del Fondo de Cultura Económica y la secretaría colegial, había decidido convertirse en historiador y escribir sus propios libros, después de haberse pasado la vida publicando muchos ajenos. Daniel Cosío Villegas planeaba poner los cimientos históricos del México post-revolucionario investigando la verdadera historia de la época moderna que, en su opinión, abarcaba desde el Cerro de las Campanas (1867) hasta la renuncia de Por-

firio Díaz a la presidencia (1911); es decir, se proponía explorar palmo a palmo nada menos que medio siglo crucial y desconocido de la vida de México.

Cosío estaba decidido a que sus acciones estuvieran a la altura de su ambición; para ello comprometió los recursos económicos que pudo obtener de El Colegio, de la Fundación Rockefeller y del Banco de México. Ya desde febrero de 1948 había logrado negociar una ayuda de la Rockefeller “con el fin de [. . .] consagrar dos años a la preparación y redacción de una Historia del México Moderno”. La cantidad asignada inicialmente fue de diez mil dólares para cubrir su sueldo, y duraría del 1º de julio del 48 hasta el 30 de junio de 1950. Posteriormente se lograron varias renovaciones y ampliaciones de la ayuda de la Rockefeller que permitieron que Cosío llevara adelante su empeño con la condición de que, en algún momento, El Colegio, por su parte, aportara un tercio del total.<sup>1</sup> También el Banco de México concedió sumas considerables para el proyecto.

Además de dinero Cosío necesitaba gente, y embarcó en su empresa a varios jóvenes talentosos provenientes de El Colegio mismo, del Banco de México y de donde los hubo. Con ellos fundó su “taller” de historia: el “Seminario de historia moderna de México”, que funcionó durante toda la década e, incluso, parte de la siguiente. De este

<sup>1</sup> AHCM, exp. AG-138.

Seminario salió la *Historia Moderna de México* en diez gruesos volúmenes. Aspectos de la historia de ésta espléndida empresa intelectual ya han sido contados, lo mismo por algunos de los que participaron en ella, como Luis González y el propio Cosío Villegas, que por alguno que no participó directamente, como Enrique Krauze.<sup>2</sup> A continuación presentamos un texto preparado especialmente para este libro por otro investigador que, entre 1948 y 1958, destacó en esa aventura.

*El taller de don Daniel, en la memoria  
de Francisco R. Calderón*

Ingresé al Seminario en 1948, cuando éste llevaba apenas unos cuantos días de establecerse y yo tenía diecinueve años recién cumplidos. La tarea de investigar a fondo para producir una obra de gran aliento, como la que se proponía realizar don Daniel, no embonaba con mi juventud, ni mucho menos con mi falta de experiencia y de conocimientos, tanto en el campo económico como en el histórico.

Cuando años después reflexioné sobre cuáles pudieron haber sido las razones que impulsaron a don Daniel para aceptar a aquel jovenzuelo indoc-to, llegué a la conclusión que la primera y fundamental razón fue que en ese momento no encontró

<sup>2</sup> GONZÁLEZ, 1976, COSÍO, 1976, KRAUZE, 1980.

a alguien mejor. En efecto, cuando echó a andar el proyecto de la "Historia moderna de México" recurrió al Banco de México para que le prestara a uno de sus economistas para que realizara la investigación económica. De hecho, invitó especialmente a Jorge Espinosa de los Reyes, que había sido su discípulo en El Colegio de México con gran brillantez y que ya para entonces había publicado su tesis de licenciatura, *Relaciones económicas entre México y Estados Unidos: 1870-1910*, lo que demostraba no sólo su dominio de la investigación histórico-económica, sino también su familiaridad con el periodo de estudio que pensaba cubrir el Seminario. Jorge, que estaba en vísperas de salir a la Escuela de Economía de Londres para estudiar su maestría, declinó la invitación. Cosío Villegas pidió entonces al Banco que le prestara a Héctor Hernández Cervantes,<sup>3</sup> quien atisbaba como posible su beca para la Universidad de Melbourne en Australia y que, al igual que Jorge, sentía que su vocación estaba en hacer una carrera en el servicio público, como aconteció efectivamente, con gran éxito en ambos casos. Por ello, Héctor también rehusó la invitación.

Después de ellos dos, el Banco inquirió entre su personal técnico de los departamentos de Estudios Económicos e Investigaciones Industriales sobre quién estaría interesado en dedicarse varios años,

<sup>3</sup> [Éste había sido antes becario del Centro de Estudios Sociales; véase el capítulo IV].

bajo la dirección de Cosío, a investigar y, en su caso, a escribir una obra histórica. No hubo más candidatos que el que esto escribe, por lo que, ante mis notorias carencias, el Banco hizo algunas invitaciones más entre sus economistas con el resultado de recibir repetidas negativas. Al final de cuentas, don Daniel se enfrentó al dilema de recurrir a otra institución que le prestara a uno de sus técnicos o quedarse conmigo: me aceptó a prueba.

Algo debe haber influido en su ánimo la insistencia y el entusiasmo que puse en mi solicitud para trabajar con él. Me deslumbraba la posibilidad de aprender al lado de un hombre que era famoso y respetado; además, ya había sembrado en mí el interés por la historia de México otro eminente historiador, muy diferente a Cosío Villegas, con quien había tenido la oportunidad de colaborar dentro del mismo Banco de México. Me refiero a don Manuel Romero de Terreros y Vinent, Marqués de San Francisco, conservador de la colección numismática del banco central, quien pidió se le asignara un empleado como su ayudante. Yo ganaba entonces 200 pesos al mes, apenas algo más del salario mínimo, y tenía una estrecha situación económica en mi casa, con lo cual vi la oportunidad de ganar unas cuantas horas extras con un trabajo fácil. Esta decisión tuvo como resultado que concluí la carrera de Economía en seis años en lugar de cinco, pero también que quedé picado para siempre por la araña histórica.

El señor Marqués era un anciano bondadoso,

afable y gentil que desde el primer día me trató no como a un empleado, sino como a un hijo. Después de haberme enseñado los recovecos de la numismática mexicana y darme consejos de carácter personal, conversaba infatigablemente sobre la multitud de anécdotas que él conocía tan bien sobre nuestra *petite histoire*, muy particularmente de la época virreinal. De una moneda columnaria pasaba a Felipe V y de ahí a la arquitectura barroca, al gremio de los plateros o a la autenticidad de los restos de Ixcateopan. Conservo un recuerdo imborrable de su bondad y de su amena capacidad didáctica.

Probablemente influyó también en la decisión de Cosío Villegas para aceptarme la versión falsa que corría de que yo había encapuchado la estatua de Juárez. Había sido yo mismo el causante del cuento al afirmar con un exabrupto en la Escuela Nacional de Economía: «¡Sí, yo fui, y qué!», que en mi soberbia juvenil dejé correr sin dignarme rectificar. Con su humor negro característico, a don Daniel debió parecerle muy divertido contar entre sus ayudantes a tamaño cavernícola. Años después, en el prólogo de su primer libro, se refería a mí con el calificativo de “conservador cerrado”, pero nunca intentó imponerme su pensamiento ni torcer o acallar el mío.

El “Seminario de historia moderna de México” fue ideado por Cosío Villegas para estudiar el periodo 1867-1911, que denominó “época moderna de México”. Según él, los periodos pre-



hispanico y virreinal no fueron más que etapas de gestación que dieron lugar a que México existiera como nación sólo desde 1821. A partir de esta fecha el país conservó hasta 1867 formas de organización política provenientes del pasado colonial, por lo que siguieron dominando fuerzas tradicionales contrarias al desarrollo de la nacionalidad; por ello don Daniel pensaba que esta etapa debía considerarse todavía como historia antigua. Con el triunfo de la República sobre el Imperio de Maximiliano, México consolidó una estructura moderna de gobierno, con derechos individuales, con tres poderes independientes, con federalismo y con un propósito de establecer una economía liberal, exenta de privilegios a las corporaciones y de trabas impuestas por el Estado. El periodo concluyó en 1911, porque, según Cosío con la Revolución entramos ya a la historia contemporánea.

Cosío Villegas dividió el lapso 1867-1911 en una primera etapa de diez años, a la que llamó "la República Restaurada"; en ella se trató de poner en práctica la Constitución de 1857, pero no fue posible todavía consolidar la paz ni superar las limitaciones que imponía el pasado a la promoción económica. "El Porfiriato", como bautizó don Daniel al periodo siguiente, conservó las formas republicanas y democráticas constitucionales, pero impuso de hecho una dictadura personal que fue aceptada por la gran mayoría de la población porque trajo consigo el olvido de las viejas rencillas fratricidas, estableció la paz y promovió el pro-

greso económico. Dentro de estos dos periodos encuadró Cosío Villegas un triple tratamiento de su *Historia* desde el punto de vista político, económico y social, con lo que inicialmente avizoraba que la obra habría de contar con seis volúmenes: tres para cada etapa y dos para cada tema.

Cosío se reservó la dirección general de la obra y la investigación y redacción de la parte política, tanto en la República Restaurada como en el Porfiriato; al frente de los otros cuatro tomos pensaba poner un responsable con edad y experiencia, poseedor de una maestría académica; su labor sería apoyada por ayudantes jóvenes, nuevos en la investigación, que habrían de realizar las lecturas y acopio de materiales según las instrucciones concretas que recibieran. En la práctica resultamos ser todos jóvenes y casi siempre sin más títulos académicos que el del bachillerato o, en el mejor de los casos, la licenciatura. Las excepciones eran, sin duda, Luis González y González y Moisés González Navarro, los dos investigadores más destacados.

Me imagino que cuando me presenté a don Daniel por primera vez nunca pasó por su magín que pudiera ser yo el responsable de un tomo, por lo que me asignó la tarea de lector para el periodo de la República Restaurada en su parte económica, a la espera de que apareciera un historiador o economista que pudiera hacerse cargo del volumen.

Desde el primer día y posteriormente con gran insistencia, me recomendó una y otra vez que me

concretara a leer las fuentes primarias que él me fuera indicando, porque las lecturas de las obras de otros autores contenían interpretaciones y puntos de vista que necesariamente habrían de influir en mi trabajo. Era menester enfrentarse a los hechos históricos con una mente *tamquam tabula rasa* para dejar que la historia nos hablara por sí misma.

Las lecturas que inicialmente me encomendó fueron, con gran extrañeza mía, las de los periódicos de la época: *El Siglo XIX*, el *Diario Oficial*, *El Monitor Republicano*, la *Revista Universal*, etcétera. Posteriormente me adentré, por orden suya, en las memorias de Hacienda de José María Iglesias, de Matías Romero y de Francisco Mejía, y en las de Fomento de Blas Balcárcel, seguidas por la compilación legislativa de Dublán y Lozano, la *Historia parlamentaria del Cuarto Congreso* de Pantaleón Tovar y los diarios de los debates. Pasó mucho tiempo antes de que yo pudiera leer historias escritas posteriormente sobre aquella época.

Don Daniel se tomó el trabajo de explicarme personalmente cómo hacer las notas y cómo clasificarlas una vez que hubieran sido pasadas a tarjetas por las secretarías. Su meta era que se realizara un rastreo exhaustivo de las fuentes de tal manera que no se pudiera escapar ningún dato importante. Él calculó que el número de tarjetas sumaría algo más de 125 000 al terminarse la investigación. Yo sólo puedo recordar que para el segundo tomo se llenaron más de cuatro cajones de ochenta centímetros de largo. Esta preocupación por con-

sultar cuanto material estuviera disponible llevó a don Arturo Arnáiz y Freg a calificar el sistema como "destajismo" y, por supuesto, a nosotros como "destajistas". Cosío no tuvo ningún problema en defender la validez y la necesidad de una investigación concienzuda.

En algún momento apareció como responsable del tomo la licenciada Consuelo Meyer, que ya había sido mi jefe en el Departamento de Estudios Económicos del Banco de México y que era una eminente economista, con maestría de la Escuela de Economía de Londres. Muy poco tiempo permaneció la Srta. Meyer en el Seminario porque aceptó la encomienda de la Universidad de Nuevo León de fundar su Escuela de Economía, a la que convirtió en una de las mejores del país. Volví a quedar solo con la responsabilidad de investigar mi tomo y esto decidió a don Daniel encargarme, a título de prueba, la redacción de un capítulo. En honor de la verdad, todos los seminaristas recibieron en algún momento la oportunidad de redactar un tema.

Me decidí a escribir, en primer término, el referente al Ferrocarril Mexicano porque contaba con el mayor número de fichas sobre él. Al aprobar don Daniel mi propósito, me recomendó que no intentara formular de antemano una "hipótesis de trabajo", que a medida que progresara la redacción fuera modificándose conforme lo indicara la información utilizada. Este mecanismo de la hipótesis, si bien válido y útil en muchos casos, creía

que en el mío podría desviar la objetividad que se buscaba. Cosío sugirió, en cambio, que me atuviera solamente a un guión tentativo con el orden de los subtemas que me proponía tratar. Así lo hice entonces, creo que con buen resultado, y así lo sigo haciendo cuarenta años después.

Otra de las recomendaciones de Cosío fue emplear un estilo llano y directo, procurando no sacrificar nunca la claridad en aras de una supuesta elegancia; coincidía con Marcelino Menéndez y Pelayo cuando opinaba que “el mejor estilo es el que parece no serlo”. El mismo don Daniel seguía el consejo al pie de la letra, evitando barroquismos; sólo cayó en ellos en los títulos de los capítulos y en los pies de fotografía, con el objeto de atraer la curiosidad del lector. Así, por ejemplo, a él deben atribuírsele títulos tales como “Los cerros sociales” o “La diversión compensadora”; sin embargo, cuando encabecé el capítulo sobre minería con el título “El palacio del rey de oros”, quiso recortarlo a simplemente “El rey de oros”, cosa a la que me opuse resueltamente, en defensa de mis convicciones lópezvelardianas.

Cuando finalmente concluí el primer borrador y se lo presenté a don Daniel, le hizo gran cantidad de correcciones de forma pero muy pocas de fondo. Sin recibir ningún nombramiento especial quedé como responsable del tomo sobre la historia económica de la República Restaurada, a pesar de no tener edad, ni experiencia, ni grados académicos. Los otros responsables fueron Luis González

y González para el volumen sobre la historia social de la República Restaurada, Moisés González Navarro para la historia social del Porfiriato y posteriormente Fernando Rosenzweig para la historia económica de este mismo periodo.

Los borradores, ya corregidos por don Daniel, eran sometidos al pleno de los miembros del Seminario, quienes sin ningún miramiento criticaban desde su sintaxis hasta la validez de la investigación o de sus conclusiones. El autor del borrador se defendía como podía, pero en muchos casos se veía obligado a modificar su trabajo. Después de una nueva revisión por Cosío Villegas, el texto se guardaba para esperar a ser revisado otra vez cuando se concluyeran las demás partes de la investigación y fuera necesario evitar repeticiones o contradicciones y procurar que armonizara el final de un capítulo con el siguiente. La discusión en estos plenos del Seminario era siempre libérrima, porque don Daniel intervenía muy poco o nada en ella y porque, si bien todos éramos buenos amigos, se había despertado una sana competencia entre nosotros que nos impulsaba a estudiar y criticar detenidamente los trabajos de los demás para demostrarnos a nosotros mismos nuestra capacidad.

En sus comienzos, además de los ya mencionados, formaban parte del Seminario Emma Cosío Villegas, Guadalupe Monroy y Armida de la Vara de González, que colaboraron con Luis González en la vida social de la República Restaurada; Floralys Sánchez Caballero que redactó un primer

borrador, luego muy modificado, de la política ferrocarrilera de Lerdo, y Rafael Izquierdo que escribió un excelente capítulo sobre los caminos, ambos dentro del tomo económico de la República Restaurada; Guadalupe Nava, a quien se le encargó el estudio de la minería en el Porfiriato, y finalmente como lectores Elena Martínez Tamayo, Joaquín Bautista, Marjorie Urquidi y Fausto Marín Tamayo.

Hubo algunos investigadores en la primera época del Seminario que no llegaron a escribir parte alguna de la *Historia Moderna de México*. Estuvieron y se retiraron después de muy breve tiempo, sin que sepa yo por qué razones, Pablo González Casanova, José Luis Martínez, Xavier Tavera, Hugo Díaz-Thomé, Enriqueta López Lira, Luz María Frutos y Edmundo Flores. Este último duró más tiempo, pero su ingenio, tan mordaz y agudo como el de don Daniel, hizo que se estableciera entre ellos una relación de atracción y rechazo que llevó a Edmundo a retirarse.

En una segunda etapa ingresaron al Seminario don Luis Nicolau d'Olwer, quien había sido director del Banco de España y que fue el único de los seminaristas al que don Daniel no le corrigió sus borradores, ni los hizo pasar por las horcas caudinas de la discusión del pleno, aun cuando los mismos escritos de Cosío Villegas fueron siempre sometidos a la discusión. También formaron parte del Seminario en ésta época quienes redactaron los temas económicos del Porfiriato: Luis Cossío Sil-

va, agricultura y ganadería; Ermilo Coello, comercio interior; Francisco Calderón, ferrocarriles; Gloria Peralta, hacienda pública; el guatemalteco Manuel Sierra Franco, quien por algún motivo se retiró sin haber redactado nada, y Fernando Rosenzweig, que desarrolló los capítulos de industria, comercio exterior y moneda y banco. Hay que agregar a Miguel Argoitia que hizo la mitad del borrador sobre industria; Lourdes Caire y Mario Gutiérrez, investigadores de estadísticas económicas y sociales, y Marta Sáenz, lectora e investigadora en los archivos.<sup>4</sup>

Una parte de la información que utilizó don Luis Nicolau para su trabajo sobre inversiones extranjeras en el Porfiriato provino de un contrato con “*The Intelligence Unit*” de la revista inglesa *The Economist* y se adquirieron también las copias microfilmadas de los informes de embajadores, ministros y cónsules norteamericanos en México existentes en los National Archives de Washington. En general, la información provino de fuentes primarias y secundarias de archivos y bibliotecas mexicanas. Recuerdo con horror el trabajo de minero al que me vi sometido en la Biblioteca Nacional para encontrar, en montones de libros y folletos tirados en el suelo y cubiertos de una gruesa

<sup>4</sup> [En las nóminas de El Colegio aparecen en distintos momentos sin que se especifique la función que cumplían: Juana Vieyra Muñoz, Carolina González Valadez, Amalia Velazco Castañeda, Georgina Izúndagui, Lilia Dfáz, Francisco López B., Georgette Cadour, Miguel Fortunat, Adalberto Flores y Josefina González R.]



capa de polvo, aquellos que tuvieran relación con mi tema. Coincidió en esta misma ingrata labor con el padre Sergio Méndez Arceo, después Obispo de Cuernavaca, que buscaba libros teológicos y filosóficos que pudieran consultar los alumnos del Seminario Conciliar. En nuestra común miseria intercambiábamos los hallazgos que interesaban al otro.

El sostenimiento de un grupo tan numeroso de investigadores, lectores, estadígrafos y secretarias debió haber costado un buen pico, que fue proporcionado en su gran mayoría por la Fundación Rockefeller y por el Banco de México, que pagaba los sueldos de Ermilo Coello, Luis Cossío Silva, Francisco Calderón y Guadalupe Monroy, investigadores; de Lourdes Caire, estadígrafa, y de Marta Hernández, la secretaria de Cosío Villegas. El Banco pagaba también un sueldo a don Daniel como consultor de la Dirección y proporcionó por mucho tiempo las oficinas donde trabajábamos los seminaristas. El Colegio de México administraba los fondos y probablemente daba algún subsidio,<sup>5</sup> mientras que la Secretaría de Hacienda nos permitió ocupar un amplio salón de su biblioteca, a la que entonces se entraba por la calle de Correo Ma-

<sup>5</sup> [Ya hemos mencionado los subsidios concedidos por El Colegio. Para el Seminario de Cosío, El Colegio mismo se encargó de pagar los sueldos de varios investigadores y becarios, un promedio de diez, año con año. Durante los siete años que van de 1950 a 1956 los sueldos oscilaron entre 300 y 600 pesos al mes. Véanse las nóminas de El Colegio para esos años].

yor. En alguna ocasión Cosío Villegas dijo que los pilares del Seminario eran estas cuatro instituciones, su esposa, su hija y su secretaria Marta, lo que nos hizo escasísima gracia a todos los demás.

Las frases lapidarias de don Daniel a veces le concitaban animadversión, pero normalmente eran muy celebradas aun por sus propias víctimas. Cuando a su muy buen amigo Antonio Carrillo Flores, a quien él llamaba "El Juárez económico", el presidente Ruiz Cortines lo nombró secretario de Hacienda, le dijo «ya se nos hizo, a ver qué hacemos ahora con lo que se nos hizo». Posteriormente, Cosío recibió una felicitación de Agustín Yáñez, entonces secretario de Educación, con motivo del día de San Daniel Mártir, a la cual contestó también telegráficamente "no soy mártir, sino el de los leones"; a la mesa donde se reunía habitualmente un grupo de estridentes intelectuales de izquierda, la bautizó como "donde salta la liebre" por aquello de que es donde menos se piensa. . . Era Cosío en el trabajo sumamente exigente, pero ponía el ejemplo, pues a veces trabajaba en tres o cuatro cosas al mismo tiempo. Era muy certero en el juicio sobre las personas y muy rápido en poner en su lugar a los pedantes, a los mentirosos y a los deshonestos. Con sus empleados siempre fue respetuoso, aunque firme y enérgico.

La aparición de los tomos de la *Historia Moderna de México* fue despertando en cada ocasión reacciones polarizadas de los historiadores y críticos, como correspondía a la personalidad de don Da-

niel. Cuando salió de prensa el segundo tomo, recuerdo que hubo críticas sumamente favorables de Frank A. Knapp, del padre Bravo Ugarte y de Mariano Alcocer; en cambio las recibió muy ácidas de Arnáiz y Freg, por aquello del “destajismo”, y de Luis Chávez Orozco, que atacó al sistema mismo de un equipo investigador y redactor de una obra histórica, porque daba lugar a contradicciones, omisiones y falta de homogeneidad en el estilo y en el fondo. Salieron a la contestación de manera mesurada el propio Cosío y Xavier Tavera; pero cuando Chávez Orozco insistió con su artículo “Fe de erratas de Cosío Villegas”, don Daniel replicó con otro al que tituló “Ratas sin fe”.

Los dardos de Cosío llegaban igualmente a los poderosos: cuando el presidente López Mateos le envió unos recomendados para el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, le contestó que “los metería donde no hicieran daño”. Diez años después de aparecer el último tomo de la *Historia*, Cosío invitó al presidente Echeverría y a su esposa para que celebraran junto con los seminaristas el acontecimiento en su casa. Acudieron ambos y la reunión fue sumamente cordial, pero cuando poco después en su Informe de Gobierno el presidente, después de enumerar la serie de obras que realizó su gobierno en ese año agregó la exclamación “y a esto es a lo que llaman algunos gasto inflacionario”, don Daniel respondió en *Excelsior* que, independientemente de la nobleza de los fines a que respondía, un gasto era inflaciona-

rio por provocar un déficit de las finanzas públicas financiado por emisión de dinero.

Años antes, algunos comentarios punzantes que dirigió a la forma personal de gobernar del presidente Díaz Ordaz le valieron que algún oficioso lambiscón acusara a Cosío de haber explotado a un grupo de jóvenes historiadores apoderándose de sus escritos y quedándose con las regalías que les correspondían. Me sentí obligado a mandar una carta aclaratoria al periódico, haciendo ver que cada uno de los trabajos había aparecido con nuestros nombres, que los que habían merecido premios habían ido a parar a los autores del tema y no a Cosío, y que regularmente recibíamos, como sigue sucediendo hasta la fecha, las regalías de la Editorial Hermes. Don Daniel me telefoneó para darme las gracias ya que, según él dijo, hasta ese momento sólo yo había salido a su defensa. Años después aparecieron sus memorias póstumas y en ellas Cosío Villegas recordó este incidente, pero comentó que se me había olvidado aclarar lo de las regalías. No fue así, y tengo el recorte de *El Heraldo* del 10 de noviembre de 1969 que lo prueba. De haber vivido don Daniel, estoy seguro que hubiera aceptado de buen grado mi aclaración y hubiera rectificado.

Me separé del Seminario en 1958, poco después de que mi buen amigo Ernesto Fernández Hurtado me comentó “eres muy afortunado, porque pasas por historiador entre los economistas y por economista entre los historiadores”; entonces decidí

demostrar que podía pasar por economista entre los economistas. Don Daniel me dijo que cometía un error y que debería dedicarme a la historia. Para bien o para mal no seguí su consejo sino hasta muchos años después, en que me he dedicado simultáneamente a las dos disciplinas.

Han transcurrido treinta y cinco años desde que se publicó el primer tomo de la *Historia Moderna de México* y ésta sigue siendo fuente obligada de consulta para estudiar el periodo que cubre, a pesar que cuenta con no pocas omisiones. Igualmente la personalidad y valía del director de la obra y fundador del Seminario, don Daniel, el de los leones, son universalmente reconocidas.

\* \* \*

### *El Colegio a mediados de los cincuenta*

Como se ve por el ameno y detallado texto de Francisco Calderón, entre 1948 y 1958 don Daniel concentró sus energías en sacar adelante su *Historia Moderna de México*. Mientras tanto, El Colegio continuó su vida normal. Por lo que concierne a las labores docentes, hemos visto que la actividad fue de tono menor, pues ya no había cursos formales en el Centro de Estudios Históricos, cuya existencia fue puramente nominal hasta comenzar la década siguiente, en tanto que los cursos en el Centro de Estudios Filológicos fueron pocos y es-

porádicos. En cambio, el resto del trabajo colegial mantuvo el tono sostenido en lo que respecta a otras actividades académicas.

Para algunos miembros de El Colegio que vivían replegados en sus quehaceres particulares, lejos ya del trajín estudiantil de los años anteriores, la institución de mediados de los cincuenta les parecía adormilada. Así la recordaban Luis Muro, que se refirió a estos años como de “letargo”, y Antonio Alatorre, que los calificó de “somnolientos”.<sup>6</sup> En cambio, vistas en su conjunto, las actividades llevadas a cabo por El Colegio durante el segundo lustro de la década no tenían nada de amodorradas; no fueron pocas ni tampoco pequeñas, como lo puede verificar quien haya leído los capítulos anteriores.

Ya hemos visto que los recursos económicos no habían sido abundantes pero que por entonces empezaron a aumentar, a pesar de que no se podía contar con que don Daniel saliera al ancho mundo a allegar dinero para proyectos que no fueran los suyos: el Seminario y la revista *Historia Mexicana*. Don Alfonso, en cambio, veía que con Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958) las finanzas generales andaban mejor —como se explicó en el primer capítulo— y que a El Colegio le volvían las fuerzas que da el dinero. En cambio, era a Reyes a quien éstas le faltaban cada vez más: en los cuarenta ha-

<sup>6</sup> Entrevistas a Luis Muro (6 y 14.V.1986) y Antonio Alatorre (15.IV.1986).

bía sufrido tres infartos, y en 1951 uno que fue casi fatal. Estaba conminado por los médicos —especialmente por su gran cardiólogo de cabecera, Ignacio Chávez— a cuidarse y a dejar las grandes alturas del valle de Anáhuac y pasar largas temporadas en Cuernavaca, más acogedora para un corazón débil.

Don Alfonso tenía que administrar tan sabiamente sus energías como las finanzas de El Colegio, así que en sus últimos años se dedicó a combinar las dos en cosas gustosas para él. En primer lugar, por supuesto, a escribir sus libros, que siguieron apareciendo con regularidad pasmosa año tras año, producto de una férrea disciplina de trabajo en su casa-biblioteca, la famosa “Capilla Alfonsina”. Durante los cincuenta, El Colegio publicó muchos de esos títulos.<sup>7</sup>

Además de escribir y publicar sus libros, don Alfonso apoyó a otros para que escribieran y publicaran los suyos, y en ciertos casos para que se tradujeran libros extranjeros en los que El Colegio tenía algún interés. Reyes se complacía en el papel de mecenas de la cultura literaria mexicana, en repartir graciosamente dádivas a quienes se iniciaban en el oficio de escritor e, incluso, a algunos ya consagrados. Tenía una conciencia muy clara de los sofocos económicos por los que pasa todo aquel que pretende dedicarse a las letras y vivir de la pluma, y sabía bien que para el oficio de escribir

<sup>7</sup> Véase el Apéndice.

siempre hubo poco aliento y comprensión y, menos aún, dinero. Ahora bien, quede claro que su gracia al repartir entre sus colegas los pocos pesos de El Colegio, no implicaba un estímulo a la bohemia. Reyes sabía muy bien que el talento sin el esfuerzo y la dedicación no lleva a ninguna parte y, a cambio de la beca que concedía, exigía siempre el compromiso de algo: trabajar en alguna investigación para la *Nueva Revista de Filología Hispánica* o para el Centro de Estudios Filológicos (siempre de acuerdo con Lida o con Alatorre), en temas de crítica o historia literaria; ayudar de alguna manera formal en las múltiples labores editoriales de la *NRFH* o de las otras publicaciones de El Colegio, lo cual se convertía en valiosa lección sobre los secretos del oficio de editor; o preparar y entregar para publicación una obra original de creación. En fin, Reyes exigía siempre resultados que justificaran de alguna manera la inclusión del aprendiz de escritor en las nóminas de El Colegio, por muy fugaz que fuera esa presencia.

Cuando había algún compromiso externo, ya fuese con instituciones o con individuos, el plácido don Alfonso se convertía en un sabueso que no soltaba la pieza hasta cobrarla. Éste fue, por ejemplo, el caso de la traducción y edición del libro de Patrick Romanell, *La formación de la mentalidad mexicana. Panorama actual de la filosofía en México (1910-1950)*, que El Colegio se había comprometido a realizar. Como el traductor, Ricardo Guerra, no entregaba la traducción ni aparecía por ningun-



na parte, Reyes le siguió la pista con tenacidad y constancia hasta que logró recuperar el manuscrito y dárselo a Edmundo O'Gorman para que él lo tradujera.<sup>8</sup>

El éxito de Reyes como mecenas de la vida literaria mexicana consistió también, y sobre todo, en su buen ojo para detectar talento donde lo había —en lo cual contó durante años con la fina sensibilidad de Raimundo Lida y, luego, de Antonio Alatorre. Asombra comprobar que en los cincuenta, en ese periodo de El Colegio que algunos percibieron como “aletargado y somnoliento”, pasaron por él muchos de los escritores que hoy tienen un lugar destacadísimo en la cultura y en las letras mexicanas. En orden alfabético, de ninguna manera exhaustivo, citaremos como ejemplo a los siguientes becarios de El Colegio: Juan José Arreola, Huberto Batis, Fernando Benítez, Emmanuel Carballo, Luis Cardoza y Aragón, Luis Cernuda, Alí Chumacero, Ricardo Garibay, Jorge Hernández Campos, Tomás Mojarro, Augusto Monterroso, Marco Antonio Montes de Oca, Angelina

<sup>8</sup> La correspondencia cruzada entre Reyes y Arnaldo Orfila Reynal (director del FCE) muestra cómo la preocupación del primero va en aumento conforme se convence de que no aparecen el traductor ni el manuscrito. El 20 de mayo de 1952 Reyes escribe a Orfila: “Mi querido Arnaldo: le ruego encarecidamente que haga lo posible por rescatar el libro de Romanell. Si es necesario dedicar a esa obra detectivesca a una persona, nosotros pagaremos todos los gastos de transporte. Pero es una grave responsabilidad para El Colegio y para mí seguir como estamos. Si fuere necesario, echaremos mano de la policía. Gracias encarecidamente, Alfonso Reyes”. AHCM, exp. 627.

Muñiz, Octavio Paz, Alejandro Rossi, Juan Rulfo y Tomás Segovia.<sup>9</sup>

Durante los cincuenta las publicaciones arreciaron. Si en el plano docente en el Centro de Estudios Históricos no se hizo nada y en el de Estudios Filológicos se hizo poco, en el plano editorial la actividad alcanzó niveles excepcionales. La década de los cuarenta fue preponderantemente una época de cursos y de preparación de sólidos cuadros intelectuales; durante los cincuenta predominaron los libros y las revistas.

Antonio Alatorre continuó la publicación de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, que por sí sola exigía mucho tiempo y esfuerzo, y ayudó a Cosío Villegas en la labor editorial de *Historia Mexicana*, que éste fundó en 1951 para dar a conocer los primeros productos de su "taller" e impulsar la difusión de los estudios sobre temas históricos mexicanos. Desde el anonimato, Alatorre también revisó y corrigió el estilo a veces infernal de la *Historia Moderna de México*, lo cual Cosío le agradece en uno de los prólogos, llamándolo elogiosamente: "el gran censor". Al finalizar la década (o, si se prefiere, al inicio de la siguiente), en 1960, Cosío Villegas también fundó *Foro Internacional*, como anticipo del Centro de Estudios Internacionales que se crearía en 1961.

A lo largo de la década El Colegio publicó una gran cantidad de libros, que en algunos casos fue-

<sup>9</sup> AHCM, Nóminas, 1950-1961.

ron de calidad ejemplar y se convirtieron en clásicos de la cultura en lengua española en cuanto vieron la luz. Ejemplo de ejemplos son el *Juan de Mena*, de María Rosa Lida de Malkiel (1950), *Liberales y románticos*, de Vicente Lloréns (1954), y *El tributo indígena en la Nueva España durante el siglo XVI* (1952), de José Miranda. Las ediciones fueron abundantes en todos los frentes, pero quienes se llevan las palmas son, sin duda alguna, los literatos. No sólo hubo un nutrido número de estudios crítico-filológicos, sino que El Colegio se lanzó a publicar importantes obras de creación, solo o en la colección Tezontle, que abarcó al Fondo de Cultura Económica y a El Colegio.<sup>10</sup>

Además de las obras de Reyes y de los textos ya mencionados, la institución publicó poemas de su secretario Manuel Calvillo, *Primera vigilia terrestre* (1953); unas *Alabanzas, conversaciones (1915-1955)* de Roberto Fernández Retamar (1955); dos libros poéticos fundamentales de Octavio Paz, *Libertad bajo palabra* (1949), y *Semillas para un himno* (1954); un texto de Arturo Rivas Sainz, *Fenomenología de lo poético. (Notas de asedio)* (1950); y una exquisita extravagancia de José Durand, *Ocaso de sirenas. Manatíes en el siglo XVI* (1950), donde el investigador peruano rastreó el espejismo creado por la exaltada imaginación de los exploradores y conquistadores españoles, que creyeron ver sirenas de abundosos pechos donde sólo había gordos manatíes.

<sup>10</sup> Véase al final el Apéndice de las obras publicadas hasta 1962.

En otras áreas tampoco se permaneció en el ocio. En filosofía, además de los textos clásicos y de los abundantes frutos ya mencionados del Seminario de José Gaos, hay que agregar de Luis Abad Carretero *Una filosofía del instante* (1954) y *Niñez y filosofía* (1957); la reedición de un texto temprano de Gaos sobre *La filosofía de Maimónides* (1955) y otro de Eduardo Nicol *Historicismo y existencialismo* (1950). (El Colegio había publicado en 1941 la *Psicología de las situaciones vitales* de Nicol).

En arte y música continuó la caudalosa producción de Adolfo Salazar. En 1951 publicó *Juan Sebastián Bach, un ensayo*; en 1954, el primer volumen de su *Teoría y práctica de la música a través de la historia. I: La música en la cultura griega*, y en 1958 el segundo volumen: *La era monódica en Oriente y Occidente. I. Roma*, además de otro volumen sobre *La transformación de la prosodia clásica a expensas del acento* (1958).

El Centro de Estudios Históricos, a pesar de haber quedado diezmado por la fuga de cerebros al "Seminario de historia moderna", pudo participar en las publicaciones de los cincuenta con un nutrido grupo de títulos, desmintiendo así cualquier diagnóstico sobre su letargo o somnolencia. En 1949 y 1952 aparecieron sendos volúmenes de las *Relaciones diplomáticas hispano-mexicanas (1839-1898)*, como prueba del interés que siempre hubo entre algunos miembros del CEH por la historia de las relaciones internacionales y de la política exterior. También Ernesto de la Torre ocupó buena

parte del tiempo que pasó en Francia a principios de la década, en recoger un rico material, parte del cual se publicó en 1957 como *Correspondencia diplomática franco-mexicana (1808-1839)*.

Dentro de esta tendencia a publicar fuentes historiográficas hay que incluir el tributo que el Centro de Estudios Históricos (con financiamiento especial de la presidencia de la República), rindió a la Constitución de 1857. Al celebrarse su centenario publicó en 1957 las *Actas oficiales del Congreso Constituyente (1856-1857)*, y dos espléndidos textos de Francisco Zarco, la *Crónica del Congreso Constituyente (1856-1857)* y la *Historia del Congreso Constituyente (1856-1857)*. Por otra parte, el propio Seminario de Cosío empezó a rendir ciertos frutos "secundarios", también en el campo de la publicación de fuentes, editando en 1960 unas *Estadísticas económicas del Porfiriato. Comercio exterior de México (1877-1911)*, y el *Diario personal (1855-1865)* de Matías Romero.

Item más, el Centro de Estudios Históricos propició durante los mismos años cincuenta la investigación y publicación de *La vida criolla en el siglo XVI* (1953) de Fernando Benítez, y *Una utopía de América* (1953) y *La literatura perseguida en la crisis de la Colonia* (1958), de Pablo González Casanova. También mostró sus conexiones con el mundo intelectual norteamericano ocupado en investigaciones sobre la historia de México, publicando *La diputación provincial y el federalismo mexicano* (1955), de Nettie Lee Benson. Más tarde, en 1960, publi-

có una *Vida y obra de Guillermo Prieto*, de M. D. McLean. Habría que mencionar, por último, que en 1956, El Colegio, como resultado de un proyecto sobre las Naciones Unidas patrocinado por el Carnegie Endowment, publicó *México y el orden internacional*, de Jorge Castañeda.

*De El Colegio de don Alfonso a El Colegio de don Daniel*

Ya hemos señalado que a lo largo de la década, la salud de Reyes fue empeorando cada vez más. Para 1958 era evidente que le faltaban fuerzas, por lo cual, en enero de ese año, la Asamblea de socios autorizó el nombramiento de un secretario particular para don Alfonso “cuando él lo estime prudente”.<sup>11</sup> Por su parte, Cosío, liberado en cierta medida de sus compromisos como historiador<sup>12</sup> —se comenzaban a publicar ya los tomos de su *Historia Moderna de México*—, se propuso volver a El Colegio, pero ahora para tomarlo en sus manos e imprimirle su estilo personal.<sup>13</sup> Esto lo consiguió no sin amarguras para todos los que tuvieron algo que ver con el cambio.

Por lo visto, Cosío escribió a algunos miembros de la Junta de Gobierno y a su presidente, Reyes,

<sup>11</sup> AHCM, AGOS, 30.I.1958, exp. AG-18, leg 1.

<sup>12</sup> Cosío fue representante de México en ECOSOC desde 1957 a 1967, puesto que conservó a la par que el de director y presidente de El Colegio. COSÍO, 1976, pp. 221-252.

<sup>13</sup> KRAUZE, 1980, pp. 208, ss.

expresándoles su deseo de volver a la administración de El Colegio, pero esta vez ya no como su secretario sino como su cabeza. El entonces secretario de la institución y testigo presencial, Manuel Calvillo, en una conversación informal recordaba que la noticia fue mal recibida por algunos miembros de la Junta, poco afectos a la brusquedad de don Daniel y dolidos por lo áspero del gesto hacia don Alfonso. Lo cierto es que fueron necesarias dos reuniones de la Junta, el 19 de mayo y el 15 de agosto de 1958, para que se llegara a un acuerdo al respecto, y éste sólo se logró cuando don Alfonso, conciliador y resignado, solicitó que se le concediera a Cosío lo que deseaba. Aun así, la Junta se negó a aceptar la renuncia de Reyes y, en un gesto salomónico, inventó un nuevo cargo de “director” para designar a Daniel Cosío Villegas y pudiera así “asumir atribuciones que estaban a cargo del Presidente de la Junta de Gobierno”. Esta resolución la ratificó la Asamblea de Socios Fundadores el 30 de enero de 1959, pero desde entonces hasta 1963, cuando Silvio Zavala fue nombrado presidente, Jaime Torres Bodet, representante del Gobierno Federal como titular de la Secretaría de Educación Pública, y Arnaldo Orfila Reynal por el Fondo de Cultura Económica, se negaron a volver en persona a las reuniones anuales y lo hicieron únicamente a través de sus representantes designados para cada ocasión. Por su parte, entre 1959 y 1960, varios miembros de la Junta de Gobierno también expresaron su descontento con

Cosío: Eduardo Villaseñor presentó su renuncia a la Junta, Alfonso Caso dejó de asistir y Gustavo Baz adujo obligaciones políticas que le impedían continuar participando, por lo cual solicitó que se le sustituyera. Algo semejante sucedió con Antonio Carrillo Flores quien, diplomáticamente invocó sus obligaciones como embajador en Washington para pedir que se le relevara.<sup>14</sup> Alfonso Reyes permaneció como Presidente de El Colegio, pero sus funciones quedaron reducidas fundamentalmente a las de representación, hasta que murió, casi un año después, el 27 de diciembre de 1959, a los setenta años cumplidos.

Apenas nombrado director de El Colegio, Cosío se aprestó a tomar las riendas de la institución y a realizar sus sueños antiguos y otros más recientes. Para comenzar, siguiendo el modelo del gobernante platónico, expulsó de su República a los poetas. Se entendía que todas las becas y las ayudas a los escritores los obligaban con algo a cambio: ¿dónde estaban esos algos y en qué consistían? Una carta de Cosío a Octavio Paz del 7 de octubre de 1958 muestra la tónica seguida por el nuevo director:

<sup>14</sup> Véase AHCM, AGOS, 30.I.1959 y 29.I.1960 en exp. AG-18, leg 2. Hasta ahora nos ha sido imposible localizar las actas de las tormentosas sesiones de la Junta de Gobierno del 19.V y del 15.VIII.1958, que faltan del expediente que contiene otras de esa década (exp. AG-18, legs. 1 y 2). Tampoco encontramos las actas de las Asambleas extraordinarias de Socios Fundadores, donde se ventiló esta crisis.



Mi querido Octavio: Supongo que ya habrá llegado a sus manos la carta de don Alfonso Reyes del 19 de agosto, anunciando mi nombramiento como Director del Colegio.

Esto me excusa de explicarle que le escribo estas líneas para contarle que debo preparar para nuestra Junta de Gobierno un informe sobre la situación actual del Colegio, sobre todo con vistas a las actividades del año próximo. He de confesar, sin embargo, que no he encontrado en nuestros archivos ningún documento que indique si la beca que recibe usted desde 1954 se entendió como un auxilio temporal para salvar alguna mala racha, o si la suerte de ella está ligada a algún trabajo concreto cuyo término esté próximo, o si debe entenderse como indefinida, y, en ese caso, a cambio de qué actividad se entiende su concesión y mantenimiento.

¿Quiere Ud., por vida suya, darme esta información? Muy agradecido, Siempre suyo. Daniel Cosío Villegas, Director.<sup>15</sup>

La respuesta del poeta, el 1º de noviembre, fue característica también: los poetas no habían estado de brazos cruzados sino dedicados al ocio creador. Paz le aseguró a Cosío que la “generosa ayuda” que recibía de El Colegio le había permitido “dedicar mis ocios a la elaboración de diversos trabajos literarios”; a saber: *El arco y la lira*, *Semillas para un himno* y *Sendas de Oku* (la primera traducción al español de un clásico japonés); además de algunos de los ensayos que forman parte del libro

<sup>15</sup> AHCM, Rollo 5, exp. O. Paz.

*Las peras del olmo* y algunos de los poemas reunidos en *La estación violenta*. Paz terminaba afirmando que eran varios los proyectos literarios que tenía en preparación, que la ayuda de El Colegio para el año entrante le era necesaria y que se apresuraría a informarle si las circunstancias variaran y él pudiera renunciar a la “pequeña” ayuda que le daba El Colegio.<sup>16</sup>

Que la ayuda, en efecto, era “generosa” y nada “pequeña” —si se comparaba con los sueldos de El Colegio y de otras instituciones—, lo sabía muy bien Cosío. Paz, al igual que Cernuda, Rulfo, Arreola y algunos otros escritores cobraban 600 pesos al mes, lo cual equivalía al salario de unos pocos investigadores muy activos y superaba en mucho las becas normales. Tal vez por eso, a la postre, para don Daniel toda explicación o justificación salió sobrando. Las ayudas a los escritores en su mayoría fueron suspendidas y los literatos que quedaban adscritos al Centro de Estudios Filológicos fueron conminados a trabajar más sistemáticamente o a abandonar la institución. Se seguiría publicando la *NRFH*, “eliminando a los antiguos becarios que no dedicaban el tiempo necesario a las tareas indispensables”; los restantes que quedaban “participarán en una medida mayor que hasta la fecha”.<sup>17</sup> Sólo Luis Cernuda sobrevivió algún tiempo el fin de la república de las

<sup>16</sup> AHCM, Rollo 5, exp. O. Paz.

<sup>17</sup> AHCM, AGOS, 30.I.1961, exp. AG-18, leg. 2.

letras, ya que reaparece en las nóminas de enero de 1960 a fines de agosto de 1961.<sup>18</sup>

La meta principal de El Colegio de Reyes: investigar, escribir y publicar libros, se vio sustituida por las metas que Cosío se planteó siempre: volver a la docencia; preparar cuadros intelectuales para el gobierno en ciertas áreas estratégicas, como las relaciones internacionales, la economía y la demografía; dar un impulso mayor al cultivo de las ciencias sociales y de las humanidades (entendiendo por éstas los estudios históricos, literarios y lingüísticos); en fin, convertir a El Colegio en una escuela universitaria, capacitada por ley para otorgar sus propios títulos y grados superiores.

Las novedades fueron apareciendo una tras otra. A principios de 1959 se compró un terreno en la calle de Guanajuato número 125, por poco menos de 330 000 pesos, y en junio de 1959 se aprobó la construcción de un nuevo edificio, la primera casa propia que tendría El Colegio, cuyo costo se calculó en cerca de un millón y medio. Naturalmente que estos gastos se pudieron realizar gracias a los ahorros que desde mediados de los cincuenta había hecho el prudente y sobrio don Alfonso. Entre 1954 y 1959 los presupuestos anuales muestran un superávit creciente, que en 1954 fue de unos \$67 000; en 1957, de casi \$218 000, y en 1959, de

<sup>18</sup> Es difícil conocer con exactitud las nóminas de 1956 a 1958, ya que no hemos localizado los originales completos. Hemos tomado los datos sobre los escritores directamente de los presupuestos anuales que se conservan en AHCM, exp. AG-18, leg. 1.

unos 171 000 pesos. En 1960, con ingresos que sobrepasaban el millón y medio de pesos y egresos de más de \$2 500 000, por primera vez en siete años El Colegio operó con un déficit, que superó los 780 000 pesos; este balance negativo siguió creciendo hasta la presidencia de Silvio Zavala.<sup>19</sup> Hay que recordar que a partir de 1957, El Colegio recibió el subsidio del Gobierno Federal ampliado a 600 000 pesos, al cual se agregaron 150 000 pesos anuales del Banco de México, y ayudas especiales de la Secretaría de Hacienda, a cargo entonces de Antonio Carrillo Flores. Con esto, más los dineros de la Fundación Rockefeller, el Carnegie Endowment y otros fondos especiales, el presupuesto de El Colegio por primera vez daba un salto espectacular y Alfonso Reyes, como presidente, pudo ahorrar holgadamente. Esto lo reconoció públicamente don Daniel, quien —según recuerda Antonio Alatorre— en una entrevista concedida a un periódico capitalino cuando se estrenó la casa propia, en su peculiar estilo declaró: “Honor a quien honor merece: fue Alfonso Reyes quien puso en la alcancía el primer dinerito destinado a la construcción de nuestro edificio. Hizo pequeñas trácalas con el dinero de las fundaciones norteamericanas: recibía dólares gringos y pagaba sueldos mexicanos”.<sup>20</sup> Aunque la palabra “trácalas”

<sup>19</sup> AHCM, AGOS, AG-18, leg. 1.

<sup>20</sup> Antonio Alatorre en texto entregado a los autores el 1<sup>o</sup> de septiembre de 1990, con la aclaración de que su cita no es literal.

disgustó a algún reyófilo, era evidente que con ella Cosío no ponía en duda la indiscutible probidad de Reyes, sino que declaraba su admiración por la habilidad de don Alfonso para manejar con astucia y prudencia las finanzas de la institución.

El edificio de Guanajuato 125, que se inauguró a comienzos de 1961, era pequeño, sobrio y elegante, de finas líneas mondrianescas, amplios ventanales, pisos cubiertos de corcho y calefacción central. Por dentro, el mobiliario era cómodo y atractivo, como que era de Knoll Internacional. La Biblioteca, con amplio sótano, tenía modernas estanterías de DM Nacional y todo lo necesario para la comodidad de los usuarios. Pero a pesar de la nueva casa, ésta pronto resultó chica para el impulso expansivo de Cosío Villegas, y en 1962 se compraron dos terrenos más, en Guanajuato 119 y 121, que se comenzaron a construir al año siguiente.

En junio de 1960 hubo otra gran novedad colegial: apareció el primer número de *Foro Internacional*, la tercera revista de El Colegio, que anticipaba la fundación, en enero de 1961, del flamante Centro de Estudios Internacionales (CEI), para cuyos estudios de licenciatura Daniel Cosío Villegas obtuvo el reconocimiento oficial. Ya en 1960, Cosío se había preocupado por becar a algunos de sus primeros miembros para que se especializaran en distintas áreas de las relaciones internacionales. Entre éstos destacaron Mario Ojeda, quien se dedicó a Estados Unidos, Rafael Segovia,

a Europa occidental, y Roque González Salazar, a la Unión Soviética. Al mismo tiempo, se designó al primer director del CEI a partir de 1961, Francisco Cuevas Cancino.<sup>21</sup>

Después de que el "Seminario de historia moderna" comenzó a rendir su principal cosecha o sea los diez monumentales tomos de la *Historia Moderna de México*, Cosío quiso aprovechar el impulso creador y la experiencia acumulada durante los diez años (1948-1958) en que se había dedicado por entero a la historia, para plantear un nuevo proyecto. En cierta forma había visto la elaboración de la historia de la República Restaurada y del Porfiriato como pasos previos, imprescindibles para ocuparse, por fin, de un tema y de un periodo que le apasionaban sobremanera: el pasado inmediato, es decir, la historia de la Revolución a partir de 1910. Impaciente, Cosío planteó ya a comienzos de 1958 un nuevo "Seminario de historia contemporánea de México" y logró que la Fundación Rockefeller le concediera un nuevo subsidio, esta vez de 24 000 dólares.<sup>22</sup>

Antes de lanzarse de lleno a averiguar si la Revolución había sido o no una ruptura radical con el Porfiriato, Cosío planteó la necesidad de desbrozar y trazar el camino para compilar las fuen-

<sup>21</sup> "Decreto", 1976, pp. 660-662. No hablaremos en estas páginas del CEI ni de los nuevos programas del CEH y del CELL, porque serán tratados en el libro que, por su parte, prepara J. Z. Vázquez sobre El Colegio a partir de los años sesenta.

<sup>22</sup> AHCM, AGOS, "Presupuesto para 1960", exp. AG-18, leg. 1.

tes necesarias y creó otro "Seminario de fuentes", también con una ayuda de la Rockefeller de 7 164 dólares.<sup>23</sup> Para esto se acordó que la investigación bibliográfica concluiría con obras impresas antes de 1940. El Seminario fructificó en tres gruesos volúmenes de *Fuentes de la historia contemporánea de México (Libros y folletos)*, publicados en 1960, 1961 y 1962, de los cuales se responsabilizó un equipo formado por Luis González, Guadalupe Monroy, Luis Muro y Susana Uribe.<sup>24</sup> La investigación sobre fuentes continuó en los años sesenta bajo la coordinación de Stanley Ross, quien publicó las *Fuentes de la historia contemporánea de México (Periódicos y revistas)* (México: El Colegio de México, 1965-1967).

Aun antes de que el "Seminario de fuentes" terminara de rendir todos sus frutos, Cosío echó a andar otro nuevo "Seminario de historia contemporánea". La nómina completa era extraordinariamente prometedora; aparecían en ella, en orden alfabético: Eduardo Blanquel, Luis Cossío, Lilia Díaz, Georgina Estrada Sagaón, Lucila Flaman, Angelina Garza González, Luis González, Moisés González Navarro, Enrique Lombera, José Miranda, Guadalupe Monroy, Luis Muro, María de la Paz Peralta, Fernando Rosenzweig,

<sup>23</sup> AHCM, AGOS, "Presupuesto para 1960", exp. AG-18, leg. 1.

<sup>24</sup> En este Seminario trabajaron, además de los mencionados, Tomás Acosta, Alicia Bazán, Carolina Ribas, Concha Romero James, Marta Elvira Sánchez, Berta Ulloa y Carmen Valencia. AHCM, Nóminas, 1960-1961.

Josefina Z. Vázquez, María del Carmen Velázquez y Fernando Zertuche.<sup>25</sup> Este Seminario duró hasta bien entrada la década de los sesenta pero no fructificó y se deshizo poco a poco por diversos motivos. Entre los más significativos está el hecho de que Cosío no pudo ocuparse plenamente de él porque entre enero de 1960 y enero de 1963 la presidencia de El Colegio, con sus múltiples ocupaciones, se lo impidió.

Para ir a la par con este cúmulo de novedades era lógico que Cosío Villegas pensara en una nueva Junta de Gobierno, más afín a él que la que había heredado de Reyes, la cual, como vimos, se había disgustado por su nombramiento de director. La Asamblea general ordinaria de Socios, que se reunió el 30 de enero de 1961, la designó. A esta Asamblea concurren Luis Weckmann, en representación de Jaime Torres Bodet por el Gobierno Federal; Mario Ramón Beteta por el Banco de México; Joaquín Díez-Canedo, en representación de Arnaldo Orfila, por el Fondo de Cultura Económica y Manuel Calvillo, que aunque era secretario de El Colegio, representó a la Universidad Nacional, de la cual también era miembro; Daniel Cosío actuó como presidente de la Junta de Gobierno en funciones. En la decisión de la Asamblea se reflejan claramente los criterios de Cosío:

Dadas las nuevas actividades en que El Colegio se ha

<sup>25</sup> AHCM, Nóminas, 1960-1961.



embarcado, y el hecho de que cada una de ellas esté confiada a la dirección inmediata de un especialista, sin contar con el concurso de profesores e investigadores, hacen innecesario que todos los miembros de la Junta sean de extracción académica. Se consideró que bastaría con que tres lo fueran.<sup>26</sup>

Los otros miembros debían de representar a la iniciativa privada, en el supuesto —que no se logró— de que así se realizaría, por fin, el viejo sueño de obtener dinero para financiar a El Colegio de otras fuentes mexicanas que no fueran sólo del gobierno. La Junta de Gobierno elegida para el periodo 1961-1965 estuvo formada por Cosío Villegas como presidente, Antonio Martínez Báez, el senador Manuel Moreno Sánchez, Víctor L. Urquidi y, como representantes de la iniciativa privada, Arturo Bueno Urquidi y Justo Fernández. El apoyo de la iniciativa privada no prosperó y, con el tiempo, sus representantes en las Juntas de Gobierno fueron sustituidos por miembros con experiencia académica. Todavía en 1964, Silvio Zavala entonces presidente, lamentaba la falta de interés de los particulares en aportar fondos a El Colegio porque no veían en ello “un beneficio directo: no es como el caso de la enseñanza técnica que se aplica en un centro industrial y no existe tampoco el beneficio de tipo confesional” de las instituciones religiosas.<sup>27</sup>

<sup>26</sup> AHCM, AGOS, exp. AG-18, leg. 2.

<sup>27</sup> AHCM, AGOS, 31.I.1964, AG-18, leg. 1.

Cosío también introdujo cambios en la administración de El Colegio. En 1961 Luis Muro, egresado del CEH, sustituyó como secretario de la institución a Manuel Calvillo. Para entonces, el plantel del personal administrativo iba en aumento y en las nóminas aparecían nuevos nombres de mecanógrafas, secretarias, mozos, mensajeros y personal de caja. Entre éstos hay varios que todavía hoy están en El Colegio, con treinta años de servicio cumplidos o a punto de cumplirlos: Raquel Estrada, secretaria del presidente Mario Ojeda; María Rosa Gallardo Sales, mejor conocida como Rocío, siempre cercana de los estudiantes; María Elena Hernández, actualmente en el CEI y Adán Rivera, en servicios generales.

Con estas ampliaciones y cambios empezó una segunda etapa en la vida de la institución. Pero lo verdaderamente importante aquí no fue el crecimiento numérico ni la expansión física; tal vez la labor fundamental de Daniel Cosío Villegas como presidente de El Colegio de México fue, sobre todo, el impulso decisivo que dio a la docencia en antiguos y nuevos campos. En los años cuarenta, los centros y seminarios, bajo la dirección de grandes especialistas, habían florecido como forjadores de investigadores y maestros, pero en los cincuenta en su mayoría quedaron acéfalos y se replegaron, sobre todo, en la investigación. Excepto en casos esporádicos, como en filología, los cursos y los alumnos desaparecieron de El Colegio. Cosío se propuso que la docencia volviera a ir mano a

mano con la investigación y obtener el reconocimiento del gobierno mexicano para que la institución pudiera, oficialmente, otorgar grados y títulos de nivel universitario a sus egresados. Gracias al proyecto de don Daniel, El Colegio no fue una "escuelita", como temía en sus orígenes Alfonso Reyes, mucho más inclinado a considerar El Colegio de México como un centro de investigación, sino que a partir de los sesenta se convirtió en la gran escuela de altos estudios que deseaba don Daniel, a la par que en el instituto de investigación avanzada que soñó Reyes. Con esta doble vertiente El Colegio de México continúa hasta hoy.

Después de fundar el Centro de Estudios Internacionales, entre los planes de Cosío estaba alentar la renovación del Centro de Estudios Históricos, con un perfil distinto del que había tenido durante su primera década. Se trataba de formar maestros en historia universal, enfatizando el estudio de la historia moderna de América y Europa y la de culturas no occidentales; la primera promoción de nuevos historiadores inició sus estudios a principios de 1962. Por otra parte, Cosío también insistió en reactivar los estudios filológicos dando un nuevo impulso a ese Centro. Esto se logró a comienzos de 1963, cuando se inauguró el primer programa de doctorado de El Colegio en el rebautizado Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios.

Como coronación de este proceso de cambio, expansión y crecimiento, el 7 de noviembre de 1962 el presidente Adolfo López Mateos firmó el

decreto que convertía a El Colegio en una escuela de tipo universitario, a la cual se le confería el derecho de otorgar y expedir sus propios grados y títulos académicos. De esta manera, transformado en algo distinto de lo que había sido hasta entonces, El Colegio inició una nueva etapa en su andar.

### *Coda*

Una vez más la peculiar institución que en 1938 se había fundado con el eufónico, entrañable nombre de La Casa de España en México, y en 1940 se convirtió —a tiempo y a tono con el momento— en el instituto de nombre no menos entrañable y sonoro, El Colegio de México, en 1962 experimentó otra transformación, que sin alterar su nombre ni su naturaleza íntima la lanzó con renovado impulso hacia el futuro. El decreto presidencial de 1962, sumado al impulso expansivo de Cosío, llegó en el momento justo para que El Colegio recogiera los múltiples frutos que había sembrado en los casi veinte años en que Alfonso Reyes fue su presidente.

A la muerte del “mayor de los Dioscuros”, Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas quiso plasmar en obras concretas las diversas facetas de su múltiple personalidad sin por ello destruir los admirables logros de su ilustre predecesor. El Colegio que cumplió la mayoría de edad bajo la presidencia de Cosío adquirió un rostro maduro pero mantuvo

lo esencial de su espíritu juvenil. De enero de 1960 a enero de 1963 Cosío fundó un Centro de Estudios Internacionales para crear especialistas y funcionarios de muy alto nivel que pudieran contribuir a un desarrollo positivo e inteligente de la vida política del país y sus relaciones con el mundo exterior; renovó el Centro de Estudios Históricos, el primero de El Colegio, que debía mantener viva la conciencia histórica de la nación; recreó el antiguo Centro de Estudios Filológicos, el segundo más antiguo, en el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, porque, al igual que Reyes, sabía que el estudio de la literatura y de la lengua son fundamentales para la cultura de un pueblo, y proyectó la creación de un Centro de Estudios Económicos y Demográficos, consciente de que el futuro del país dependería en gran medida de su población y de sus recursos materiales.

Los tiempos exigían el cambio y éste se dio en varias direcciones: primero, con una mayor institucionalización y profesionalización de la educación y del trabajo académico; segundo, con una mayor atención a las necesidades y prioridades nacionales, en consonancia también con el pulso del mundo; tercero, con la difusión, entre un sector amplio de la comunidad intelectual del país, del espíritu y de los valores que se habían ido forjando en El Colegio durante casi un cuarto de siglo —desde su época como La Casa de España. En 1962, El Colegio, por derecho propio, entraba al gran concierto de las instituciones oficiales del país

con pujanza y firmeza: se vinculaba con todas pero no dependía de ninguna para crear sus propios cuadros y ocupar un lugar central en el escenario académico, cultural, científico y político del país. En realidad, en 1962 culminaban veintidós años laboriosos, creadores y fértiles.

El Colegio podía estar justamente satisfecho por todo lo logrado hasta entonces, con don Alfonso, en primer lugar, y, en segundo término, con don Daniel. Seguramente el médico Juan Xirau, refugiado republicano español, miembro de La Casa de España en México, nunca imaginó que las palabras que le escribió a Alfonso Reyes el 19 de marzo de 1939 eran tan proféticas:

Mi afán sería que de esta tremenda desgracia [la guerra civil española y el destierro] saliera algo *de gran estilo* que nos permitiera a todos con el tiempo bendecir el destino amargo que nos la ha deparado. Sería doloroso que el gesto espléndido de ustedes se redujera a un acto de generosidad. Si pudiéramos convertir el mal en bien, nuestros esfuerzos y la generosidad de ustedes tendrían su pleno fruto.<sup>28</sup>

Quién sabe si alguien haya jamás bendecido el destino amargo del destierro. Lo que sí es seguro es que el gesto espléndido de los mexicanos no se redujo a un simple acto de generosidad hacia sus amigos españoles en desgracia. Es seguro también que, en el campo académico, los esfuerzos de los

<sup>28</sup> AHCM, exp. J. Xirau; las cursivas son nuestras.

republicanos españoles desterrados, combinados con la generosidad y la enorme dedicación y sacrificio de algunos mexicanos, llegaron a cuajar en algo “*de gran estilo*”: en esa hazaña cultural que fue y sigue siendo El Colegio de México.

Como parte de ese gran estilo de El Colegio al comienzo estuvieron, por derecho propio, las tradiciones intelectuales de la República española y de sus espléndidas instituciones. A ellas se sumó, también por propio derecho, el impulso inteligente y renovador de algunos mexicanos inspirados desde jóvenes por el afán de construir un México nuevo. Con el tiempo, a las semillas españolas y mexicanas se agregaron otras: latinoamericanas, europeas, asiáticas, en fin, universales.

De esta fértil y rica síntesis surgió un espíritu peculiar, un *ethos*: una conducta y una norma características de El Colegio.<sup>29</sup> Esta conducta colegial se forjó en la búsqueda de difíciles equilibrios: se procuró aprender haciendo, para eliminar la contradicción aparente entre el pensamiento y la acción, entre la teoría y la práctica; se quiso combinar la acción individual con el ritmo institucional; se armonizó la docencia con la investigación, el rigor del método y el sistema con la precisión expositiva; se fundió el espíritu crítico con el creador, el amor a lo propio con el respeto por lo ajeno y lo extraño, el ascetismo en el trabajo con el

<sup>29</sup> Precisamente Víctor Urquidi, cuarto presidente de El Colegio (1966-1985), habla de “un *ethos* de El Colegio”, URQUIDI, 1986, p. 6.

gozo intelectual. De seguro que no todos los que formaron parte de El Colegio, o pasaron por él, podrían hacer suya la imagen que de sí mismo tenía Reyes, y que resume bellamente la del colegial idealizado: “un estudiante que ha pasado ya los sesenta años, y todavía reclama el derecho juvenil a seguir leyendo, tomando notas y organizando sus lecturas [. . .], un especialista en universales”.<sup>30</sup> Pero es seguro que incluso los “especialistas en particulares”, al pasar por El Colegio, no han podido menos que ser tocados, e influidos, en mayor o menor medida, por ese *ethos* universalista.

Todo esto quedó, en adelante, como herencia de El Colegio. Éste fue el patrimonio que recibieron sus profesores y que acrecentaron sus sucesivos presidentes: Silvio Zavala (1963-1966), Víctor L. Urquidi (1966-1985) y, desde 1985, Mario Ojeda. Esta vitalidad y armonía, inteligencia y pasión contribuyeron a impulsar a El Colegio hacia el futuro y permitieron que continuara dejando una huella única en la historia de las instituciones académicas en México, en Hispanoamérica y en el mundo. El Colegio de México posterior a Alfonso Reyes y a Daniel Cosío Villegas quedó obligado a estar a la altura de sus orígenes y de sus primeros veinte años largos. De 1940 a 1962 —justo es reconocerlo—, la institución realizó una extraordinaria hazaña cultural, que le dio el impulso para seguir adelante hasta cumplir ahora medio siglo.

<sup>30</sup> REYES, 1978, p. 8.



APÉNDICE\*  
OBRAS PUBLICADAS POR EL COLEGIO  
DE MÉXICO DESDE 1940 HASTA 1962

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

*Nueva Revista de Filología Hispánica* (desde 1947).  
*Historia Mexicana* (desde 1951).  
*Foro Internacional* (desde 1960).

I. HISTORIA

1. ECHÁNOVE-TRUJILLO, Carlos A.: *La vida pasional e inquieta de don Crencencio Rejón*, 1941.
2. MIQUEL I VERGÉS, José María: *La independencia mexicana y la prensa insurgente*, 1941.
3. OTS CAPDEQUÍ, José María: *El Estado español en las Indias*, 1941.
4. ZAVALA, Silvio: *Ideario de Vasco de Quiroga*, 1941.
5. IGLESIA, Ramón: *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*, 1942.
6. IGUÍNIZ, Juan B.: *Disquisiciones bibliográficas*, 1943.

\* Preparado con la ayuda de Beatriz Morán Gortari y Alejandro Rivas.

7. BOSCH GARCÍA, Carlos: *La esclavitud prehispánica entre los aztecas*, 1944.
8. *Escritos inéditos de Fray Servando Teresa de Mier*, Ed. y pról. de José María MIQUEL I VERGÉS y Hugo DÍAZ-THOMÉ, 1944.
9. IGLESIA, Ramón: *El hombre Colón y otros ensayos*, 1944.
10. JIMÉNEZ, Alberto: *La ciudad del estudio. Ensayo sobre la universidad española medieval*, 1944.
11. JIMÉNEZ, Alberto: *Selección y reforma. Ensayo sobre la universidad renacentista española*, 1944.
12. DÍAZ-THOMÉ, Hugo et al.: *Estudios de historiografía de la Nueva España*, 1945.
13. PÉREZ MARCHAND, Monelisa Lina: *Dos etapas ideológicas del siglo xviii en México a través de los papeles de la Inquisición*, 1945.
14. MILLARES CARLO, Agustín y J. I. MANTECÓN: *Índice y extractos de los protocolos del Archivo de Notarías de México, D. F. I: (1524-1528), 1945, II: (1536-1538) y (1551-1553)*, 1946.
15. BOSCH GARCÍA, Carlos: *Problemas diplomáticos del México independiente*, 1947.
16. ALTAMIRA, Rafael: *Proceso histórico de la historiografía humana*, 1948.
17. GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo: *El misionismo y la modernidad cristiana en el siglo xviii*, 1948.
18. GUTIÉRREZ DEL ARROYO, Isabel et al.: *Estudios de historiografía americana*, 1948.
19. JIMÉNEZ, Alberto: *Ocaso y restauración. Ensayo sobre la universidad española moderna*, 1948.
20. TORRES BODET, Jaime: *Educación y concordia internacional. Discursos y mensajes (1941-1947)*, 1948.
21. OBREGÓN, Gonzalo: *El Real Colegio de San Ignacio de México (Las Vizcainas)*, 1949.

22. *Relaciones diplomáticas hispano-mexicanas (1839-1898). Serie I. Despachos generales. I: (1839-1841), 1949; II: (1841-1843), 1952.*
23. ARCILA FARIÁS, Eduardo: *Comercio entre Venezuela y México en los siglos xvii y xviii*, 1950.
24. VELÁZQUEZ, María del Carmen: *El estado de guerra en Nueva España (1760-1808)*, 1950.
25. GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés: *El pensamiento político de Lucas Alamán*, 1952.
26. MIRANDA, José: *El tributo indígena en la Nueva España durante el siglo xvi*, 1952.
27. BENÍTEZ, Fernando: *La vida criolla en el siglo xvi*, 1953.
28. GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo: *Una utopía de América*, 1953.
29. GUTIÉRREZ DEL ARROYO, Isabel: *El reformismo ilustrado en Puerto Rico*, 1953.
30. LE RIVEREND, Julio, Carlos BOSCH et al.: *Homenaje a Silvio Zavala. Estudios históricos americanos*, 1953.
31. BENSON, Nettie Lee: *La diputación provincial y el federalismo mexicano*, 1955.
32. CASTAÑEDA, Jorge: *México y el orden internacional*, 1956.
33. *Actas oficiales del Congreso Constituyente (1856-1857)*, 1957.
34. TORRE VILLAR, Ernesto de la: *Correspondencia diplomática franco-mexicana (1808-1839)*, 1957.
35. ZARCO, Francisco: *Crónica del Congreso Constituyente (1856-1857)*, 1957.
36. ZARCO, Francisco: *Historia del Congreso Constituyente (1856-1857)*, 1957.
37. GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo: *La literatura perseguida en la crisis de la Colonia*, 1958.
38. *Estadísticas económicas del Porfiriato. Comercio exterior de México (1877-1911)*, 1960.

39. McLEAN, M. D.: *Vida y obra de Guillermo Prieto*, 1960.
40. ROMERO, Matías: *Diario personal (1855-1865)*. Ed. y pról. de Emma COSÍO VILLEGAS, 1960.
41. GONZÁLEZ, Luis, Guadalupe MONROY, Luis MURO y Susana URIBE: *Fuentes de la historia contemporánea de México. Libros y folletos*, 1960, 1961, 1962.

## II. TEXTOS CLÁSICOS DE FILOSOFÍA

1. KANT, E.: *Filosofía de la Historia*, 1941.
2. SMITH, Adam: *Teoría de los sentimientos morales*, 1941.
3. VICO, G.: *Principios de una ciencia nueva en torno a la naturaleza común de las naciones*, 2 vols., 1941.
4. HUME, David: *Diálogos sobre religión natural*, 1942.
5. HUSSERL, Edmund: *Meditaciones cartesianas*, 1942.
6. *Los presocráticos*, traducción, prólogo y notas de Juan David García Bacca, t. I: *Jenófanes, Parménides, Empédocles*, 1943; t. II: *Refranero clásico griego, Heráclito, Zenón, Meliso, Filolao, etc.*, 1943-1944.
7. CICERÓN, Marco Tulio: *Cuestiones académicas*, 1944.
8. CICERÓN, Marco Tulio: *De los deberes*, 1945.

## III. PENSAMIENTO Y FILOSOFÍA

1. XIRAU, Joaquín: *Amor y mundo*, 1940.
2. NICOL, Eduardo: *Psicología de las situaciones vitales*, 1941.
3. ZEA, Leopoldo: *El positivismo en México*, 1943.

4. ZEA, Leopoldo, Edmundo O'GORMAN *et al.*: *Trabajos de historia filosófica, literaria y artística del cristianismo y la Edad Media*, 1943.
5. ZEA, Leopoldo: *Apogeo y decadencia del positivismo en México*, 1944.
6. REICHENBACH, Hans: *Objetivos y métodos del conocimiento físico*, 1945.
7. XIRAU, Joaquín: *Manuel B. Cossío y la educación en España*, 1945.
8. ÍMAZ, Eugenio: *El pensamiento de Dilthey. Evolución y sistema*, 1946.
9. NAVARRO, Bernabé: *La introducción de la filosofía moderna en México*, 1948.
10. QUIROZ MARTÍNEZ, Olga V.: *La introducción de la filosofía moderna en España. El eclecticismo español en los siglos xvii y xviii*, 1949.
11. ZEA, Leopoldo: *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica. Del romanticismo al positivismo*, 1949.
12. MENDOZA, Angélica: *Fuentes del pensamiento de los Estados Unidos*, 1950.
13. NICOL, Eduardo: *Historicismo y existencialismo*, 1950.
14. VILLORO, Luis: *Los grandes momentos del indigenismo en México*, 1950.
15. YAMUNI TABUSH, Vera: *Conceptos e imágenes en pensadores de lengua española*, 1951.
16. NICOL, Eduardo: *La vocación humana*, 1953.
17. ABAD CARRETERO, Luis: *Una filosofía del instante*, 1954.
18. LÓPEZ CÁMARA, Francisco: *La génesis de la conciencia liberal en México*, 1954.
19. ROMANELL, Patrick: *La formación de la mentalidad mexicana. Panorama actual de la filosofía en México (1910-1950)*, 1954.

20. GAOS, José: *La filosofía de Maimónides*, [1ª ed.: Madrid, 1935; 2ª ed.: México, 1940], reed.: 1955.
21. ABAD CARRETERO, Luis: *Niñez y filosofía*, 1957.
22. ROVIRA, María del Carmen: *Eclécticos portugueses del siglo xviii y algunas de sus influencias en América*, 1958.
23. SALMERÓN, Fernando: *Las mocedades de Ortega y Gasset*, 1959.

#### IV. ESTUDIOS DE LITERATURA Y LINGÜÍSTICA

1. LIZARDI RAMOS, César, comp.: *Los mayas antiguos. Monografía de arqueología, etnografía y lingüística mayas*, 1941.
2. MOORE, Ernest: *Bibliografía de novelistas de la Revolución Mexicana*, 1941.
3. REYES, Alfonso: *La crítica en la edad ateniense (600 a 300 a. C.)*, 1941.
4. DÍEZ-CANEDO, Enrique: *Letras de América*, 1944
5. DÍEZ-CANEDO, Enrique: *Juan Ramón Jiménez en su obra*, 1944.
6. MORENO VILLA, José: *Leyendo a San Juan de la Cruz, Garcilaso, Fr. Luis de León. . .*, 1944.
7. PORTUONDO, José Antonio: *Concepto de la poesía*, 1944.
8. REYES, Alfonso: *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*, 1944.
9. GARCÍA PRADA, Carlos: *Estudios hispanoamericanos*, 1945.
10. ANDERSON IMBERT, Enrique: *El arte de la prosa en Juan Montalvo*, 1948.
11. ALEMÁN, Mateo: *Ortografía castellana*, 1950.

12. DURAND, José: *Ocaso de sirenas. Manatíes en el siglo xvi*, 1950.
13. LIDA DE MALKIEL, María Rosa: *Juan de Mena, poeta del prerrenacimiento español*, 1950.
14. RIVAS SAINZ, Arturo: *Fenomenología de lo poético. (Notas de asedio)*, 1950.
15. GILMAN, Stephen: *Cervantes y Avellaneda. Estudio de una imitación*, 1951.
16. MENDOZA, Vicente T.: *Lírica infantil de México*, 1951.
17. MONTESINOS, José F.: *Estudios sobre Lope*, 1951.
18. MORENO VILLA, José: *Los autores como actores y otros intereses literarios de acá y de allá*, 1951.
19. UCELAY DA CAL, Margarita: *Los españoles pintados por sí mismos (1843-1844). Estudio de un género costumbrista*, 1951.
20. MONNER SANS, José María: *Julián del Casal y el modernismo hispanoamericano*, 1952.
21. ROMERO, Emilia: *El romance tradicional en el Perú*, 1952.
22. VALLE INCLÁN, Ramón del: *Publicaciones periodísticas anteriores a 1895*, 1952.
23. BLANCO, Carlos: *Unamuno, teórico del lenguaje*, 1954.
24. LLORENS CASTILLO, Vicente: *Liberales y románticos. Una inmigración española en Inglaterra (1823-1834)*, 1954.
25. GONZÁLEZ, Manuel Pedro: *José María Heredia, primogénito del romanticismo hispano. Ensayo de rectificación histórica*, 1955.
26. REYES, Alfonso: *Mallarmé entre nosotros*, 1955.
27. BARRENECHEA, Ana María: *La expresión de la irrealidad en la obra de J. L. Borges*, 1957.
28. SPERATTI PIÑERO, Emma Susana: *La elaboración artística en "Tirano Banderas"*, 1957.

29. CASTRO, F. de: *Metamorfosis a lo moderno y otras poesías*, 1958.
30. RICART, Domingo: *Juan de Valdés y el pensamiento religioso europeo en los siglos xvi y xvii*, 1958.
31. BLANCO, Carlos: *El Unamuno contemplativo*, 1959.
32. GATES, Eunice J.: *Documentos gongorinos*, 1960.
33. MONTESINOS, José F.: *Pereda o la novela idilio*, 1961.
34. MONTESINOS, José F.: *Fernán Caballero. Ensayo de justificación*, 1961.

#### V. CREACIÓN LITERARIA

1. PELLICER, Carlos: *Recinto*, 1941.
2. REYES, Alfonso: *Pasado inmediato y otros ensayos*, 1941.
3. MORENO VILLA, José: *Vida en claro. Autobiografía*, 1944.
4. PRADOS, Emilio: *Mínima muerte*, s. a. [1944]
5. REYES, Alfonso: *Entre libros, 1912-1923*, 1948.
6. ARREOLA, Juan José: *Varia invención*, 1949.
7. PAZ, Octavio: *Libertad bajo palabra*, 1949.
8. REYES, Alfonso: *Sirtes*, 1949.
9. REYES, Alfonso: *Ancorajes*, 1951.
10. REYES, Alfonso: *Marginalia. Primera serie (1946-1951)*, 1952.
11. CALVILLO, Manuel: *Primera vigilia terrestre*, 1953.
12. REYES, Alfonso: *Memorias de cocina y bodega*, 1953.
13. REYES, Alfonso: *Visión de Anáhuac (1519)*, 1953.
14. PAZ, Octavio: *Semillas para un himno*, 1954.
15. REYES, Alfonso: *Marginalia. Segunda serie (1909-1954)*, 1954.
16. REYES, Alfonso: *El cazador. Ensayos y divagaciones (1910-1921)*, 1954.



17. REYES, Alfonso: *El suicida. Libro de ensayos*, 1954.
18. FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto: *Alabanzas, conversaciones (1915-1955)*, 1955.
19. REYES, Alfonso: *Marginalia. Tercera serie (1940-1959)*, 1959.
20. REYES, Alfonso: *Al junque (1944-1958)*, 1960.

## VI. ARTE Y MÚSICA

1. FERNÁNDEZ, Justino *et al.*: *Danzas de los Concheiros en San Miguel de Allende*, 1941.
2. ANDREWS, E. W., Gerónimo BAQUEIRO FÓSTER *et al.*: *Los mayas antiguos*, 1941.
3. MAYER-SERRA, Otto: *Panorama de la música mexicana. Desde la Independencia hasta la actualidad*, 1941.
4. SALAZAR, Adolfo: *Forma y expresión en la música*, 1941.
5. MORENO VILLA, José: *La escultura colonial mexicana*, 1942.
6. SALAZAR, Adolfo: *La música en la sociedad europea. I: Desde los primeros tiempos cristianos*, 1942.
7. *Cancionero de Upsala*, 1944.
8. SALAZAR, Adolfo: *La música en la sociedad europea. II: Hasta fines de siglo xviii*, 1944.
9. SALAZAR, Adolfo: *La música en la sociedad europea. III: En el siglo xix*, t. I, 1946.
10. SALAZAR, Adolfo: *La música en la sociedad europea. IV: En el siglo xx*, t. II, 1946.
11. MORENO VILLA, José: *Lo mexicano en las artes plásticas*, 1948.
12. SALAZAR, Adolfo: *Juan Sebastián Bach. Un ensayo*, 1951.
13. SALAZAR, Adolfo: *Teoría y práctica de la música a través*

- de la historia: I. La música en la cultura griega, 1954.*
14. SALAZAR, Adolfo: *Teoría y práctica de la música a través de la historia: II. La era monódica en Oriente y Occidente. I. Roma, 1958. 2. La transformación de la prosodia clásica a expensas del acento, 1958.*

## VII. JORNADAS DEL CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES

1. MEDINA ECHAVARRÍA, José: *Prólogo al estudio de la guerra, 1943.*
2. SÁNCHEZ HERNÁNDEZ, Tomás: *Los principios de la guerra, 1943.*
3. VIVÓ, Jorge A.: *La geopolítica, 1943.*
4. LOYO, Gilberto: *La presión demográfica, 1943.*
5. CASO, Antonio: *Las causas humanas de la guerra; Jorge ZALAMEA: El hombre, naufrago del siglo xx, 1943.*
6. HERRERO, Vicente: *Los efectos sociales de la guerra, 1943.*
7. SÁENZ, Josué: *Los efectos económicos de la guerra, 1943.*
8. CHAVARRÍA, Manuel F.: *La disponibilidad de materias primas, 1943.*
9. PEDROSO, Manuel M.: *La prevención de la guerra, 1945.*
10. COSÍO VILLEGAS, Daniel, E. MARTÍNEZ ADAME, Víctor L. URQUIDI, G. ROBLES, M. SÁNCHEZ SARTO, A. CARRILLO FLORES, JOSÉ E. ITURRIAGA: *La postguerra.* ALFONSO REYES, D. COSÍO VILLEGAS, J. MEDINA ECHAVARRÍA, E. MARTÍNEZ ADAME, Víctor L. URQUIDI: *La nueva constelación internacional, 1943.*
11. PREBISCH, Raúl: *El patrón oro y la vulnerabilidad económica de nuestros países, 1943.*

12. GAOS, José: *El pensamiento hispanoamericano*, 1943.
13. MENDOÇA, Renato de: *El Brasil en la América Latina*, 1943.
14. YÁÑEZ, Agustín: *El contenido social de la literatura iberoamericana*, 1943.
15. ITURRIAGA, José E.: *El tirano en la América Latina*, 1943.
16. MÁRQUEZ, Javier: *Posibilidad de bloques económicos en América Latina*, 1943.
17. ROBLES, Gonzalo: *La industrialización de Iberoamérica*, 1943.
18. HERRERO, Vicente: *La organización constitucional en Iberoamérica*, 1943.
19. CHAVARRÍA, M. F., A. PAREJA DÍEZ-CANSECO, M. PICÓN-SALAS, J. A. PORTUONDO, L. Alberto SÁNCHEZ, J. VASCONCELOS, Jorge A. VIVÓ, J. XIRAU: *Integración política de América Latina*. A. CASTRO LEAL: *La política internacional de América Latina*, 1943.
20. AYALA, Francisco: *Ensayo sobre la libertad*, 1944.
21. PORTUONDO, José Antonio: *El contenido social de la literatura cubana*, 1944.
22. GARCÍA, Antonio: *Régimen cooperativo y economía latinoamericana*, 1944.
23. PRADOS ARRARTE, Jesús: *El plan inglés para evitar el desempleo*, 1944.
24. ZNANIECKI, Florián: *Las sociedades de cultura nacional y sus relaciones*, 1944.
25. TREVES, Renato y Francisco AYALA: *Una doble experiencia política: España e Italia*, 1944.
26. CONDLIFFE, John B.: *La política económica exterior de Estados Unidos*, 1945.
27. CARNEIRO LEÃO, A.: *Pensamiento y acción*, 1945.

28. CARRILLO FLORES, Antonio: *El nacionalismo de los países latinoamericanos en la postguerra*, 1945.
29. POBLETE TRONCOSO, Moisés: *El movimiento de asociación profesional obrero en Chile*, 1945.
30. OTS CAPDEQUÍ, José María: *El siglo xviii español en América*, 1945.
31. VITIER, Medardo: *La lección de Varona*, 1945.
32. BECKER, Howard y Philip FRÖHLICH: *Toynbee y la sociología sistemática*, 1945.
33. WILLEMS, Emilio: *El problema rural brasileño desde el punto de vista antropológico*, 1945.
34. ROIG DE LEUCHSENRING, Emilio: *13 conclusiones fundamentales sobre la guerra libertadora cubana de 1895*, 1945.
35. ÍMAZ, Eugenio: *Asedio a Dilthey. Un ensayo de interpretación*, 1945.
36. ZAVALA, Silvio: *Contribución a la historia de las instituciones coloniales en Guatemala*, 1945.
37. MACLEAN Y ESTENÓS, Roberto: *Racismo*, 1945.
38. REYES, Alfonso: *Tres puntos de exegética literaria*, 1945.
39. YÁÑEZ, Agustín: *Fichas mexicanas*, 1945.
40. MIRANDA, José: *El método de la ciencia política*, 1945.
41. CAILLOIS, Roger: *Ensayo sobre las sectas*, 1945.
42. KIRCHHEIMER, Otto: *En busca de la soberanía*, 1945.
43. CALVILLO, Manuel: *Francisco Suárez. La filosofía jurídica. El derecho de propiedad*, 1945.
44. BERNALDO DE QUIRÓS, Juan: *El seguro social en Iberoamérica*, 1945.
45. PEKELIS, Alexander H.: *Una jurisprudencia del bien común. Posibilidades y limitaciones*, 1945.
46. LE RIVEREND, Julio: *Los orígenes de la economía cubana (1510-1600)*, 1945.

47. DAVIS, Kingsley: *Reflexiones sobre las instituciones políticas*, 1945.
48. QUINTANA, Carlos, Raimundo CUERVO, Mario J. HOYO, Max CAMIRO y José Domingo LAVÍN: *Cuestiones industriales de México*, 1945.
49. CASTRO, Josué de: *Fisiología de los tabús*, 1945.
50. AUB, Max: *Discurso de la novela española contemporánea*, 1945.
51. SIMPSON, Lesley B.: *Dos ensayos sobre la función y la formación del historiador*; Ramón IGLESIA: *Unas consideraciones sobre el estado actual de los estudios históricos*, 1945.
52. ZEA, Leopoldo: *En torno a una filosofía americana*, 1945.
53. FERRATER MORA, José: *Cuestiones españolas*, 1945.
54. SANTULLANO, Luis A.: *Mirada al Caribe. Fricción de culturas en Puerto Rico*, 1945.
55. DURÁN, Marco Antonio y Julián RODRÍGUEZ ADAME: *Cuestiones agrar. ? de México*, 1945.
56. ROMANELL, Patrick: *La polémica entre Croce y Gentile. Un diálogo filosófico*, 1946.
57. MIRANDA, José: *Vitoria y los intereses de la conquista de América*, 1947.

## HISTORIA MODERNA DE MÉXICO

Dirigida por Daniel Cosío Villegas

1. COSÍO VILLEGAS, Daniel: *La República Restaurada. La vida política*. México: Editorial Hermes, 1955, 979 pp., ils.
2. CALDERÓN, Francisco R.: *La República Restaurada*.

- La vida económica*. México: Editorial Hermes, 1955, 812 pp., ils.
3. GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis, Emma COSÍO VILLEGAS y GUADALUPE MONROY: *La República Restaurada. La vida social*. México: Editorial Hermes, 1956, 1011 pp., ils.
  4. GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés: *El Porfiriato. La vida social*. México: Editorial Hermes, 1970, 860 pp., ils.
  5. COSÍO VILLEGAS, Daniel: *El Porfiriato. La vida política exterior. Parte primera*. México: Editorial Hermes, 1960, 813 pp., ils.
  6. COSÍO VILLEGAS, Daniel: *El Porfiriato. La vida política exterior. Parte segunda*. México: Editorial Hermes, 1960, 967 pp., ils.
  7. NICOLAU D'OLWER, Luis, FRANCISCO R. CALDERÓN, GUADALUPE NAVA OTEO, FERNANDO ROSENZWEIG, LUIS COSSÍO SILVA, GLORIA PERALTA ZAMORA, ERMILO COELLO SALAZAR: *El Porfiriato. La vida económica*. Tomo I. México: Editorial Hermes, 1965, 634 pp., ils.
  8. NICOLAU D'OLWER, Luis, FRANCISCO R. CALDERÓN, GUADALUPE NAVA OTEO, FERNANDO ROSENZWEIG, LUIS COSSÍO SILVA, GLORIA PERALTA ZAMORA, ERMILO COELLO SALAZAR: *El Porfiriato. La vida económica*. Tomo II. México: Editorial Hermes, 1965, 1297 pp., ils.
  9. COSÍO VILLEGAS, Daniel: *El Porfiriato. La vida política interior. Parte primera*. México: Editorial Hermes, 1970, 859 pp., ils.
  10. COSÍO VILLEGAS, Daniel: *El Porfiriato. La vida política interior. Parte segunda*. México: Editorial Hermes, 1972, 1086 pp., ils.

## SIGLAS

AGOS	Asamblea general ordinaria de Socios, El Colegio de México
AHCM	Archivo Histórico, El Colegio de México
CEF	Centro de Estudios Filológicos, El Colegio de México
CEH	Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México
CEI	Centro de Estudios Internacionales, El Colegio de México
CELL	Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, El Colegio de México
CES	Centro de Estudios Sociales, El Colegio de México
ECOSOC	Economic and Social Council, Naciones Unidas
ENAH	Escuela Nacional de Antropología e Historia
FAO	Food and Agriculture Organization, Naciones Unidas
FCE	Fondo de Cultura Económica
IFAL	Institut Français pour l'Amérique Latine
INAH	Instituto Nacional de Antropología e Historia
IPGH	Instituto Panamericano de Geografía e Historia

IPN	Instituto Politécnico Nacional
JG	Junta de Gobierno, El Colegio de México
LEMB	Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos
<i>NRFH</i>	<i>Nueva Revista de Filología Hispánica</i>
OEA	Organización de Estados Americanos
<i>RFH</i>	<i>Revista de Filología Hispánica</i>
UNAM	Universidad Nacional Autónoma de México
UNESCO	United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization



## BIBLIOGRAFÍA CITADA

### “Acta constitutiva”

- 1976 “Acta constitutiva de El Colegio de México”, en *Historia Mexicana*, xxv:4(100) (abr.-jun.), pp. 655-660.

### ALATORRE, Antonio

- 1970 “Alfonso Reyes y El Colegio de México”, en *Diálogos*, 6:2(32) (mar.-abr.), pp. 28-29.
- 1971 “Una imagen de don Daniel Cosío Villegas”, en *Extremos de México. Homenaje a don Daniel Cosío Villegas*. México: El Colegio de México, pp. 1-4.
- 1974 “Alfonso Reyes: pequeña crónica desmitificante”, en *Diálogos*, 10:4(58) (jul.-ago.), pp. 220-223.
- 1989 “Un momento en la vida de Reyes (y una poesía inédita suya)”, en *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, 220, pp. 6-14.

### *Alfonso Reyes*

- 1989 *Alfonso Reyes. Iconografía*. Investigación iconográfica, documental y selección de textos: Xavier Guzmán Urbiola, Héctor Pe-

rea y Alba C. de Rojo. México: FCE-El Colegio Nacional-El Colegio de México.

BATAILLON, Marcel

- 1955 "Presentación", en *Catálogo general: 1955*. México-Buenos Aires: FCE, pp. 277-279.

### *Bibliografía*

- 1971 *Bibliografía filosófica mexicana. 1969, seguida de la bibliografía del Dr. Gaos*. México: UNAM.

### *Centro de Estudios Sociales*

- 1943 *Centro de Estudios Sociales*. México: El Colegio de México.

### *El Colegio de México*

- 1963 *El Colegio de México. 1963*. México: El Colegio de México (folleto).
- 1965 *El Colegio de México. 1965-1966*. México: El Colegio de México (folleto).
- 1987 *El Colegio de México: una idea de casi medio siglo*. México: El Colegio de México.

### "Conversación"

- 1982 "Conversación sobre Historia. Peter Bakewell entrevista a Silvio Zavala", en *Memooria de El Colegio Nacional*, x:1, p. 28.

COSÍO VILLEGAS, Daniel

- s.f. *El Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México*. México: El Colegio de México.

1924-1925 *Sociología mexicana*. México: Editorial Juris, 3 vols.

1976 *Memorias*. México: Joaquín Mortiz.

#### *Datos biográficos*

1982 *Datos biográficos y profesionales del Dr. Silvio Zavala. Biobibliografía de Silvio Zavala*. México: El Colegio Nacional.

#### “Decreto”

1976 “Decreto por el que se reconoce como escuela de tipo universitario a El Colegio de México”, en *Historia Mexicana*, xxv:4(100) (abr.-jun.), pp. 660-662.

#### *Estudios*

1988 *Estudios acerca de la Historia del trabajo en México. Homenaje del Centro de Estudios Históricos a Silvio Zavala*. Edición preparada por Elías Trabulse. Centro de Estudios Históricos. México: El Colegio de México.

#### *El exilio*

1982 *El exilio español en México: 1939-1982*. México: FCE-Salvat.

#### FRENK, Margit

1976-1977 “El Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios: treinta años de vida”, en *Boletín de El Colegio de México* (oct.-mar.), pp. 3-5.

#### GAOS, José

1958 *Confesiones profesionales*. «Colección Tezontle». México: FCE.

## GARZA CUARÓN, Beatriz

- 1987 *El español hablado en la ciudad de Oaxaca, México*. «Estudios de dialectología mexicana, II». México: El Colegio de México.
- 1988 “La herencia filológica de Pedro Henríquez Ureña en El Colegio de México”, en *Revista Iberoamericana*, 142 (ene.-mar.), pp. 322-330.
- 1988a “*Nueva Revista de Filología Hispánica*”, en *Romanische Forschungen*, 100:1-3, pp. 172-182.
- 1989 “El legado de Alfonso Reyes al Colegio de México”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVII:2, pp. 419-424.

## GÓMEZ ROBLEDO, Antonio

- 1969 “Mis recuerdos de Gaos”, en *Cuadernos Americanos*, XXVIII:5 (sep.-oct.), pp. 69-73.

## GONZÁLEZ, Luis

- 1976 “La pasión del nido”, en *Historia Mexicana*, XXV:4(100) (abr.-jun.), pp. 530-598.

## HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro y Alfonso REYES

- 1983 *Epistolario íntimo*. Santo Domingo: Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.

## HERNÁNDEZ LUNA, Juan

- 1969 “En torno a un curso sobre historicismo del maestro José Gaos”, en *Cuadernos Americanos*, XXVIII:5 (sep.-oct.), pp. 74-80.

*Historia y sociedad*

- 1970 *Historia y sociedad en el mundo de habla española. Homenaje a José Miranda*. México: El Colegio de México.

*Homenaje a Silvio Zavala*

- 1989 *Homenaje a Silvio Zavala*, en *Historia Mexicana*, xxxviii:4(152) y xxxix:1(153).

## KRAUZE, Enrique

- 1980 *Daniel Cosío Villegas: una biografía intelectual*. México: Joaquín Mortiz.

## LARROYO, Francisco

- 1969 "El filosofar de José Gaos en exposición genética", en *Cuadernos Americanos*, xxviii:5 (sep.-oct.), pp. 100-101.

## LIDA, Clara E.

- 1988 *La Casa de España en México*. Con la colaboración de José Antonio Matesanz. «Jornadas, 113», México: El Colegio de México.
- 1989 "Alfonso Reyes y El Colegio de México", en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, xxxvii:2, pp. 481-486.
- 1989a "Silvio Zavala o la pasión del oficio", en *Historia Mexicana*, xxxviii:4(152) (abr.-jun.), pp. 593-599.

## LIDA, Clara E. y José Antonio MATE SANZ

- 1987 "Un refugio en el exilio: La Casa de España en México y los intelectuales españoles", en *Revista de Occidente*, 78, pp. 115-126.

LIDA, Clara E., José Antonio MATESANZ  
y Beatriz MORÁN

- 1989 "Las instituciones mexicanas y los intelectuales refugiados: La Casa de España en México y los colegios del exilio", en José Luis ABELLÁN y Antonio MONCLÚS, coords., *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América. II: El pensamiento en el exilio*. Barcelona: Editorial Anthropos, pp. 79-155.

LIRA, Andrés

- 1970 "José Gaos y los historiadores", en *Revista de la Universidad de México*, xxiv:9 (mayo), pp. 28-32.
- 1979 "Recuerdos del Seminario de José Gaos", en *Thesis. Nueva revista de Filosofía y Letras*, I:3 (oct.), pp. 35-39.
- 1986 "José Gaos y José Medina Echavarría, la vocación intelectual", en *Estudios Sociológicos de El Colegio de México*, iv:10 (ene.-abr.), pp. 11-27
- 1989 "Autobiografía, humanismo y ciencia en la obra de José Medina Echavarría", en *Historia Mexicana*, xxxix:1(153) (jul.-sep.), pp. 329-348.

MALAGÓN, Javier

- 1972 "El historiador español exiliado en México", en *Historia Mexicana*, xxii:1 (jul.-sep.), pp. 98-111.
- 1989 "Los escritos de don Rafael Altamira en

revistas y periódicos”, en *Historia Mexicana*, xxxi:1(153) (jul.-sep.), pp. 313-328.

MALAGÓN BARCELÓ, Javier y Silvio ZAVALA

1971 *Rafael Altamira y Crevea; el historiador y el hombre*. «Serie de historia general, 7». México: UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas. [2ª ed., Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1986].

MANTECÓN, Matilde

1982 “Índice biobibliográfico del exilio español en México”, en *El exilio español en México: 1939-1982*. México: FCE-Salvat, pp. 711-878.

MATUTE, Álvaro

1974 *Teoría de la historia en México (1940-1973)*. «SepSetentas, 126». México: Secretaría de Educación Pública.

MIRANDA, José

1948 “La enseñanza de la historia en El Colegio de México”, en *La enseñanza de la historia en México*. México: IPGH, pp. 275-293.

MORENO TOSCANO, Alejandra

1976 “El trabajo de los estudiantes”, en *Historia Mexicana*, xxv:4(100) (abr.-jun.), pp. 599-619.

1985 “Prólogo”, en *Aportaciones históricas*. Méxi-

co: CEESTEM-Editorial Nueva Imagen, pp. 7-10.

ORTEGA Y MEDINA, Juan A.

- 1982 "Historia", en *El exilio español en México: 1939-1982*. México: FCE-Salvat, pp. 223-294.

REYES, Alfonso

- 1956 "Prólogo", *Las vísperas de España. Obras Completas*, t. II. México: FCE, pp. 41-46 [1ª ed.: Buenos Aires, 1937].
- 1978 *La filosofía helenística*. México, FCE.

ROSSI, Alejandro

- 1970 "Una imagen de José Gaos", en *Revista de la Universidad de México*, XXIV:9 (mayo), pp. 14-16.

SALMERÓN, Fernando

- 1954 "El seminario de José Gaos sobre el pensamiento de lengua española", en *Filosofía y Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, 53-54 (ene.-jun.), pp. 133-148.
- 1969 "José Gaos: su idea de la filosofía", en *Cuadernos Americanos*, XXVIII:5 (sep.-oct.), pp. 102-129.

*Silvio Zavala*

- 1984 *Silvio Zavala. Imagen y obra escogida*. «Colección México y la UNAM, 29». México: UNAM.



- SOUTHWORTH, Herbert R.  
1967 *Antifalange*. París: Ruedo Ibérico.
- TRABULSE, Elías  
1976 "Crónica bibliográfica", en *Historia Mexicana*, xxv:4(100) (abr.-jun.), pp. 620-641.
- URANGA, Emilio  
1969 "José Gaos: personalidad y confesión", en *Cuadernos Americanos*, xxviii:5 (sep.-oct.), pp. 131-156.
- URQUIDI, Víctor L.  
1986 "José Medina Echavarría. Un recuerdo", en *Estudios Sociológicos de El Colegio de México*, iv:10 (ene.-abr.), pp. 5-10.
- VÁZQUEZ, Josefina Z.  
1976 "*Historia Mexicana en el banquillo*", en *Historia Mexicana*, xxv:4(100) (abr.-jun.), pp. 642-654.
- VILLORO, Luis  
1970 "Dos notas sobre Gaos", en *Revista de la Universidad de México*, xxiv:9 (mayo), p. 8.
- YAMUNI, Vera  
1980 *José Gaos. El hombre y su pensamiento*. México: UNAM.  
1983 "José Gaos y el conflicto universitario de 1966. Cartas y escritos inéditos", en *Cuadernos Americanos*, xlii:3 (mayo-jun.), pp. 141-166.

1989 *José Gaos, su filosofía*. México: UNAM.

YERUSHALMI, Josef Hayim

1971 *From Spanish Court to Italian Ghetto. Isaac Cardoso: A Study in Seventeenth-Century Marranism and Jewish Apologetics*. «Columbia University Studies in Jewish History, Culture, and Institutions, 1». Nueva York: Columbia University Press, [2ª ed.: Seattle: Washington University Press, 1981].

ZAVALA, Silvio

s.f. “Orígenes del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México”. México (de próxima aparición).

ZEA, Leopoldo

1979 “José Gaos en el recuerdo”, en *Thesis. Nueva revista de Filosofía y Letras*, I:3 (oct.), pp. 16-19.

## ÍNDICE DE NOMBRES

- Abad Carretero, Luis, 318  
Acosta, Tomás, 263, 264n, 271, 329n  
Adib, Víctor, 256-258, 260, 264n  
Alamán, Lucas, 153, 215  
Alaminos, Luis, 242n  
Alatorre, Antonio, 19-20, 65, 86, 99-102, 104, 168n,  
239n, 242, 246n, 263n, 264n, 268, 270-278, 280-  
283, 285-289, 292, 312, 314-316, 326  
Albornoz, Álvaro de, 43n  
Alcocer, Mariano, 309  
Alemán, Mateo, 267n  
Alemán, Miguel, 71  
Alemania, 130, 135, 238, 292  
Alfonso X, el Sabio, 153, 257, 279  
Alicante, 135  
Almeida, Teodoro de, 189  
Alonso, Amado, 58, 67, 107, 229-230, 236-239, 243-  
244, 247-248, 259n, 262n, 267, 269-272, 280  
Alonso, Dámaso, 58, 135, 267  
Alpuche Sosa, Helia María, 157  
Altamira, Rafael, 121, 123, 127-128, 134-135, 143,  
146, 148  
Alvar, Manuel, 288  
Alvarado, Manuel, 88  
América, 121-124, 128-130, 134-135, 138, 141, 144,

- 153, 186, 189, 215, 225, 333  
América Latina, 13, 36, 98, 104-105, 113, 139, 208,  
212, 222, 224, 233, 237  
Anderson Imbert, Enrique, 232, 239  
*Anuario de Letras*, 283  
Arcila Farías, Eduardo, 149, 157, 159, 171  
Archivo Histórico Nacional (Madrid), 133  
Arellano, Juan, 21, 100  
Argelia, 292  
Argentina, 55, 107, 194, 230, 234, 237, 271-272, 291  
Argoitia, Miguel, 306  
Arguedas, Sol, 149, 155  
Armillas, Pedro, 79, 255n  
Arnáiz y Freg, Arturo, 70, 89, 90n, 121, 123, 125-  
126, 146, 209, 215, 225n, 302, 309  
Arreguín, Enrique, 32  
Arreola, Juan José, 13, 242, 264n, 315, 324  
Arruza, Carlos, 62  
Asturias, 140  
Ateneo de la Juventud, 230  
Ateneo Español de México, 62  
Attolini, José, 80  
Aub, Max, 226  
Austin, Texas, 171, 259n  
Australia, 296  
Austria, Casa de, 189  
Autlán, Jalisco, 257-258  
Ávila, Lorenzo, 22  
Ávila, Raúl, 21, 286, 288  
Ávila Camacho, Manuel, 31, 40-41, 66-67, 71  
Ayala, Francisco, 73, 74n, 225-226, 227n  
  
Bajío, El, 255n

- Bal y Gay, Jesús, 43, 86-87, 103, 233  
Balcárcel, Blas, 301  
Baldinger, Kurt, 288  
Bally, Charles, 253  
Banco de España, 305  
Banco de México, 30, 32, 51, 68, 69n, 72-73, 89-90,  
100, 223, 294, 296-297, 302, 307, 326, 330  
Banco Nacional Hipotecario, 31  
Barlow, Robert S., 123  
Barnés, Francisco, 84, 118-119, 121-122, 127, 146,  
164, 166-167  
Barnés, Urbano, 47  
Barona, Juan, 94  
Barrenechea, Ana María, 267n, 271  
Barrera Vázquez, Alfredo, 84  
Barros Sierra, Javier, 198-199  
Bartholomew, Roy, 74, 75n, 96, 256, 258  
Bassols, Narciso, 130  
Bataillon, Marcel, 231n, 261n, 267, 282  
Batis, Huberto, 264, 273, 282, 285n, 315  
Bautista, Joaquín, 305  
Baz, Gustavo, 31-32, 48, 55-56, 71, 205-206, 322  
Bazán, Alicia, 329n  
Beck, Mary, 273  
Benítez, Fernando, 315, 319  
Benítez, Jaime, 93  
Benson, Nettie Lee, 319  
Berceo, Gonzalo de, 252  
Bergson, Henri, 253  
Berkeley, California, 256  
Berlín, 279n  
Bernaldo de Quirós, Juan, 226  
Berrien, William, 85n, 233, 236-237

- Bertoldi, Vittorio, 243-244, 246  
Beteta, Mario Ramón, 330  
Biblioteca de El Colegio de México, 81-82, 102-105,  
173, 214, 277, 327  
Biblioteca de la Secretaría de Hacienda, 109  
Biblioteca Nacional, Madrid, 135-136  
Biblioteca Nacional, México, 158, 306  
*Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum  
Mexicana*, 133  
Blanco Aguinaga, Carlos, 261-263, 264n, 265, 267n,  
271, 282  
Blanquel, Eduardo, 329  
Bolaño e Isla, Amancio, 122, 124, 126  
Borbón, Casa de, 189  
Bosch García, Carlos, 96, 149, 155, 158, 161-162,  
171  
Bosch Gimpera, Pedro, 70, 96, 161  
Boston Public Library, 280  
Botelho, Pero, 194  
Boyd-Bowman, Peter, 288  
Brasil, 55, 194, 208, 212, 291  
Bravo Jiménez, Manuel, 209  
Bravo Ugarte, José, 309  
Bremer, Juan José, 112  
Brocense, El, 250  
Brown, Gerardo, 70, 213  
Brown University, 266  
Bryn Mawr College, 271  
Bueno Urquidi, Arturo, 331  
Buenos Aires, 74, 107, 229-230, 235, 238, 242-247,  
255n, 259n, 271-272, 275, 280  
  
Cabrera, Manuel, 195

- Cador, Georgette, 306n  
Caillois, Roger, 226  
Caire, Lourdes, 306-307  
Calderón, Francisco R., 20, 295, 306-307, 311  
Calvillo, Manuel, 21, 71, 99, 226, 259n, 317, 321, 330, 332  
Calvo, Julián, 242n  
Cambridge, Massachusetts, 270  
*Cancionero de Upsala*, 232-233, 267  
*Cancionero folklórico de México*, 282  
Canellada, María Josefa, 280  
Cantú, Arturo, 264, 273  
Capilla Alfonsina, 313  
Carballo, Emmanuel, 264, 273, 315  
Cárdenas, Lázaro, 27, 30, 40, 53, 57, 65-66  
Cardoza y Aragón, Luis, 315  
Carnegie Endowment for International Peace, 74, 320, 326  
Carner, Françoise, 200n  
Carner, José (Josep), 119, 127, 162, 164  
Carrasco, Pedro, 53, 70  
Carrasco Formiguera, Rosendo, 47-48  
Carrera Damas, Germán, 173  
Carrera Stampa, Manuel, 155  
Carretero, Brunilda, 22  
Carrillo Flores, Antonio, 211, 226, 308, 322, 326  
Casa de España en México, La, 9, 11, 21, 25, 27-29, 31-32, 33n, 34-37, 39-41, 43-48, 52-53, 56-57, 63, 65, 67-70, 83, 87, 89-90, 103, 106, 115, 134n, 175-176, 178-179, 192, 204, 267, 334-336  
Casas, Fray Bartolomé de las, 256n  
Caso, Alfonso, 56, 110n, 129n, 146, 213, 322  
Caso, Antonio, 211

- Castañeda, Jorge, 320  
Castelo, María, 147n  
Castro, Américo, 58, 135, 229, 250  
Castro, Francisco de, 265  
Castro, Josué de, 226  
Castro, Norberto, 149, 155  
Castro Leal, Paloma, 264, 282  
Cavallini, Ligia, 149, 157, 159  
Cavazos Garza, Israel, 156  
Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano (CEDDU), 16  
Centro de Estudios Económicos (CEE), 15  
Centro de Estudios Económicos y Demográficos (CEED), 15, 335  
Centro de Estudios Filológicos (CEF), 19, 37, 74-75, 96, 99, 168n, 173, 229-289, 291, 311, 314, 316, 324, 335  
Centro de Estudios Filosóficos o del Pensamiento, 191-193  
Centro de Estudios Históricos (CEH), 15, 18-19, 37, 74, 92, 95n, 99, 108-175, 187, 196-197, 203, 215-216, 240, 269, 286, 291, 311, 316, 318-319, 328n, 332-333, 335  
Centro de Estudios Históricos, Madrid, 36, 106-107, 109, 111, 128, 132-133, 135, 175, 229, 235  
Centro de Estudios Internacionales (CEI), 16, 286, 316, 327-328, 332-333, 335  
Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios (CELL), 19, 240, 246n, 251n, 253-255, 259, 267-268, 287, 328n, 333, 335  
Centro de Estudios Literarios, 231-232, 239n  
Centro de Estudios Literarios y Filológicos, 239n  
Centro de Estudios Sociales (CES), 15, 19, 37, 64,



- 73-74, 142n, 203-228, 296n  
Centro de Estudios Sociológicos (CES), 15  
Centro de Investigaciones Históricas, 95  
Centro Republicano Español, 62  
Cernuda, Luis, 13, 77n, 315, 324  
Clavijero, Francisco Javier, 190  
Clío, 158  
Coello, Emilio, 306-307  
Colombia, 149, 159, 227  
Collard, Andrée, 273  
Collège de France, 261n  
Comisión Mexicana de Cooperación Intelectual, 62  
Comité Mexicano Pro-Ayuda de Europa, 62  
Condliffe, John, 226  
Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas  
(ECOSOC), 309, 320n  
Consejo Superior de Investigaciones Científicas,  
Madrid, 136  
Conservatorio Nacional de Música, 59-60, 86  
Constitución de 1857, 299, 319  
Copenhague, Círculo de, 253  
Correa Rojo, Silvia, 22  
Cortés, Hernán, 137, 153, 190  
Cortichs, Estrella, 264  
Cosío Villegas, Daniel, 10-16, 18-20, 25, 29, 31-32,  
51-54, 58, 62-65, 69n, 71-74, 84, 85n, 86-88, 90-  
91, 93-94, 97-100, 102-103, 106-108, 113, 116,  
119, 121, 124, 142-143, 161n, 162-163, 172-173,  
179-180, 192, 203-207, 210-211, 213-215, 218-  
219, 223, 228, 230, 233-234, 237, 242-243, 244n,  
255n, 259, 262n, 269n, 270, 272, 274, 281-282,  
284-287, 291-305, 307-312, 316, 319-336, 338  
Cosío Villegas, Emma, 156, 304, 308

- Cossío Silva, Luis, 305, 307, 329  
Costa Rica, 149, 159, 256  
Costero, Isaac, 47  
Cristo, 255  
Croce, Benedetto, 253  
Cronos, 131  
Cruz, Sor Juana Inés de la, 80  
Cuba, 134n, 149, 159  
Cuernavaca, Morelos, 240, 246, 307, 313  
Cueva, Mario de la, 209-210  
Cuevas Cancino, Francisco, 328
- Chapultepec, 127, 172  
Chavarría, Manuel, 211  
Chávez, Ignacio, 52, 198-199, 313  
Chávez Morado, José, 79  
Chávez Orozco, Luis, 309  
Chencinsky, Jacobo, 264, 282-283  
Chinchilla Aguilar, Ernesto, 80, 149, 156-157, 159  
Chumacero, Alf, 264n, 315
- Darío, Rubén, 252, 257, 272  
Dávila Garibi, Ignacio, 118, 126  
Davis, H., 78n  
Davis, Kingsley, 226  
Díaz, Lilia, 306n, 329  
Díaz, Porfirio, 293-294  
Díaz del Castillo, Bernal, 136-137, 153  
Díaz Ordaz, Gustavo, 198, 310  
Díaz-Thomé, Hugo, 155, 171, 305  
Díez-Canedo, Enrique, 43, 230-232, 242n, 255  
Díez-Canedo, Joaquín, 330  
Dilthey, Wilhelm, 178

- Dinamarca, 135  
Dioscuros, los, 54, 334  
Distrito Federal, 213  
DM Nacional, 327  
Dublán y Lozano, Manuel, 301  
Durand, José, 244-245, 256-258, 260, 264n, 317
- Economist, The*, 306  
Echeverría, Luis, 309  
Echeverría, María Esther, 309  
Einstein, Albert, 81  
Einstein, Alfred, 81  
Encina, Juan de la, 43, 54, 70, 84  
Escuela de Ciencias Químicas, UNAM, 49, 52  
Escuela de Economía, UNAM, 204  
Escuela de Economía, Universidad de Nuevo León,  
302  
Escuela de Economía de Londres, 296, 302  
Escuela de Medicina, UNAM, 47  
Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH),  
38, 85, 98, 110, 125-126, 144, 158, 159n, 169  
Escuela Nacional de Economía, UNAM, 210, 213,  
223, 298  
Escuela Nacional de Jurisprudencia, UNAM, 149n  
España, 55, 77, 84, 102, 106, 109, 111, 114, 118,  
121-122, 127-131, 133, 135, 138, 140-141, 144,  
186-189, 191, 204, 249-250, 271, 279, 291-292  
Espinosa, Berta, 256  
Espinosa de los Reyes, Jorge, 296  
Esquivel Obregón, Toribio, 149  
Estados Unidos, 16, 76, 79, 123, 159, 237, 260,  
272-273, 280, 283, 291, 327  
Estrada, Raquel, 21, 332

- Estrada Sagaón, Georgina, 329  
Estrella, Beatriz, 22  
Europa, 121, 135, 144, 191, 261-262, 264n, 328,  
333  
*Excelsior*, 309
- Facultad de Derecho, UNAM, 198, 204  
Facultad de Derecho, Universidad Central de  
Madrid, 128  
Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, UNAM,  
149, 161n  
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 179, 185,  
193-194, 198-199, 204, 240, 242n, 248, 262, 276  
Facultad de Humanidades, Universidad Central  
de Venezuela, 259n  
Facultad de Medicina, UNAM, 47  
Facultad de Música, 60  
Falange Española Tradicionalista, 279n  
Felipe V, 298  
Félix, María, 62  
Fernández, Justino, 81, 146  
Fernández, Justo, 331  
Fernández de Lizardi, José Joaquín, 80-81  
Fernández de Velasco, Manuel, 155  
Fernández Hurtado, Ernesto, 310  
Fernández Retamar, Roberto, 317  
Ferrater Mora, José, 226  
Fichter, William, 266  
Flamand, Lucila, 329  
Florencia, 261n  
Flores, Adalberto, 306n  
Flores, Edmundo, 305  
Fondo de Cultura Económica (FCE), 31, 33, 35,

- 39, 63, 69, 72-73, 85, 98, 103, 109, 142, 204, 210,  
214, 231, 242-243, 244n, 251n, 255, 269, 293,  
315, 317, 321, 330
- Food and Agriculture Organization (FAO), 260
- Foro Internacional*, 316, 327
- Fortunat, Miguel, 306n
- Francia, 55, 130, 238, 260, 291-292, 319
- Franco, Francisco, 279n
- Frenk, Margit, 251n, 256, 258, 261-262, 271-273,  
276, 281-282, 287, 289, 292
- Frost, Elsa Cecilia, 195
- Frutos, Luz María, 305
- Fuente, Sindulfo de la, 242n
- Fundación Guggenheim, 171
- Fundación Rockefeller, 47, 51, 66, 74, 85n, 99,  
112, 171, 233-236, 238-239, 258, 259n, 268, 280,  
294, 307, 326, 328-329
- Funtanellas, Carlos José, 149, 157, 159
- Gallardo Sales, María Rosa (Rocío), 332
- Gamboa, Berta, 79
- Gamio, Manuel, 129n, 190
- Gaos, José, 18, 38, 43-44, 70, 79, 84, 92, 103,  
123-124, 127, 135, 139-141, 143, 145-146, 156,  
175-201, 203, 207, 209, 212, 226, 280n, 292, 318
- García Bacca, Juan David, 70, 84-85, 192-193
- García Beraza, Felipe, 80
- García de Mendoza, Adalberto, 60n
- García Icazbalceta, Joaquín, 244n
- García Ruiz, Alfonso, 70, 155, 158, 174
- Garcilaso de la Vega, 267
- Garcilaso de la Vega, el Inca, 257
- Garibay, Ricardo, 256-257, 260, 315

- Garza Cuarón, Beatriz, 20, 234n, 246n, 251n,  
268n, 288-289
- Garza González, Angelina, 329
- Garza Ramos, Carmen, 288
- Gates, Eunice Joiner, 266
- Gijón, 140
- Gilman, Stephen, 249, 265
- Giner de los Ríos, Francisco, 105, 214
- Giral, José, 53
- Gleason Álvarez, Miguel, 209
- Gobierno Federal, 30, 41-42, 68n, 69, 321, 326,  
330
- Gómez Robledo, Antonio, 185n
- Gómez Velasco, Manuel, 51
- González, Donaciano, 224
- González, Irma, 87
- González, Manuel Pedro, 267n
- González Aramburu, Francisco, 195
- González Casanova, Henrique, 157
- González Casanova, Pablo, 155, 158, 160, 169,  
171, 216, 305, 319
- González de la Calle, Pedro Urbano, 250
- González Díaz Lombardo, Dolores, 224
- González Guzmán, Ignacio, 46n, 47-48
- González Navarro, Moisés, 19, 142n, 207, 217,  
224-226, 300, 304, 329
- González R., Josefina, 306n
- González Salazar, Roque, 328
- González Valadez, Carolina, 306n
- González y González, Luis, 10, 21, 68n, 102,  
112-113, 134n, 144n, 150, 156-158, 160, 171, 173-  
174, 292, 295, 300, 303-304, 329
- Gordón Ordás, Félix, 41, 45, 53, 54n

- Gortari, Elí de, 263  
Gortari, Hira de, 200n  
Gran Canaria, 132  
Guadalajara, Jalisco, 242, 255n  
Guanajuato, Guanajuato, 170  
Guatemala, 149, 159  
Guerra, Francisco, 47  
Guerra, Ricardo, 314  
Guevara, Fray Miguel de, 257  
Guggenheim (beca), 112, 123, 280  
Guillén, Jorge, 249  
Gurza, Tomás, 185n  
Gutiérrez, Mario, 306  
Gutiérrez Camarena, Marcial, 49, 110  
Gutiérrez del Arroyo, Isabel, 149, 156-157, 159,  
280n
- Habana, La, 192, 210  
Harvard University, 172, 237, 239, 247, 259n, 262n,  
263, 270, 280  
Hasler, Juan, 264n  
Hatzfeld, Helmut, 246  
Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, 182, 195  
Heller, Herman, 210  
Hendaya, 279n  
Henríquez Ureña, Pedro, 56, 58, 107, 230, 231n,  
233-234, 236, 243, 268, 271  
Henríquez Ureña, Sonia, 256-257, 261n  
*Heraldo, El*, 310  
Herder, Johann Gottfried von, 253  
Hernández, María Elena, 332  
Hernández, Marta, 307-308  
Hernández, Teresa, 100

- Hernández Campos, Jorge, 256, 258, 260, 315  
Hernández Cervantes, Héctor, 70, 214, 224, 296  
Hernández de Alba, Gonzalo, 195  
Hernández Luna, Juan, 179  
Herrero, Vicente, 208-212  
Hiperiones, los, 184  
Hispanic Society of America, 280  
Hispanoamérica, 113-114, 118  
*Historia Mexicana*, 86, 165, 173, 262n, 312, 316  
*Historia Moderna de México*, 270, 274, 295-296, 300,  
305, 308, 311, 316, 320, 328  
Hitler, Adolfo, 279n  
Hölderlin, Johann Christian Friedrich, 251  
Hospital General, 52  
Humboldt, Wilhelm von, 253
- Ibarra, Beatriz, 195, 200  
Iberoamérica, 178, 212  
Iglesia, Ramón, 43, 117, 123, 127, 135-138, 143,  
145-146, 151-155, 164, 172, 226  
Iglesias, José María, 301  
Iguíniz, Juan B., 117, 126, 164-165  
Ímaz, Eugenio, 70, 192, 226, 242n, 251  
Ingarden, Roman, 253  
Inglaterra, 291  
Inquisición, 187-188  
Institución Libre de Enseñanza, 106, 166, 168  
Institut Français pour l'Amérique Latine (IFAL),  
66-67, 171  
Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 250n  
Instituto de Estudios Penales, 41n  
Instituto de Filología de Buenos Aires, 107, 229-230,  
235, 237-238, 242-244, 247, 255n, 271



- Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, 125  
Instituto de Química, UNAM, 46, 48-51, 52n, 53  
Instituto-Escuela, Madrid, 166, 168  
Instituto Lingüístico de Verano, 240, 246  
Instituto Mexicano de Investigaciones Lingüísticas,  
246n  
Instituto Mexicano-Norteamericano, 210  
Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH),  
79n, 125-127, 144, 158  
Instituto Panamericano de Geografía e Historia  
(IPGH), 127, 172  
Instituto Politécnico Nacional (IPN), 28n, 32-33,  
52-53  
*Investigaciones Lingüísticas*, 246  
Iriarte Guzmán, José, 44  
Italia, 292  
Iturriaga, José E., 211-212  
Ixcateopan, Guerrero, 298  
Izquierdo, Rafael, 305  
Izúndagui, Georgina, 306n
- Jalisco, 257  
Jiménez, Juan Ramón, 252  
Jiménez de Báez, Yvette, 20, 264, 268, 280-283, 288  
Jiménez Fraud, Alberto, 232  
Jiménez Moreno, Wigberto, 121, 126, 168, 251  
«Jornadas», 211, 216, 224-225  
*Journal of the History of Ideas*, 245  
Juárez, Benito, 298  
Juárez Frausto, Pina, 185n  
Juchitán, Oaxaca, 214  
Junco, Victoria, 186-187  
Junta de Gobierno, El Colegio de México, 31-33, 35,

43, 55-56, 68, 73, 88, 94, 96, 99, 205, 282, 320-323, 330-331

Junta de Gobierno, UNAM, 198

Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Madrid, 99, 106, 136, 168

Khorramzadeh, Heshmatallah, 22

Kirchhoff, Paul, 117, 121, 125, 146

Knapp, Frank A., 309

Knoll Internacional, 327

Krause de Kolteniuk, Rosa, 195

Krauze, Enrique, 295

Laboratorio de Ciencias Químicas, UNAM, 44

Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos (LEMB), 46-47, 49

Laboratorio de Fisiología, UNAM, 46n, 48

Lafora, Gonzalo R., 47

Lama, Graciela de la, 276n

Laski, Harold, 210

Latinoamérica, 187

Le Riverend, Julio, 149, 155, 159, 171, 226

Leal Carrillo, Estela, 212, 224

Leal Carrillo, Lucila, 212, 224

Lebègue, Raymond, 261n

León, Fray Luis de, 248, 267

León Felipe, 79

Lerdo de Tejada, Sebastián, 305

Lerner, Victoria, 200n

Levy, Denah (véase Lida, Denah)

Líbano, 292

Library of Congress, Washington, 171

Lida, Clara E., 80n, 81n, 82n, 239n

- Lida, Denah (Levy), 21, 77n, 79n, 80n, 81, 82n  
Lida, Fernando, 239n  
Lida, María Rosa, 235, 238-239, 265, 267, 317  
Lida, Raimundo, 18-19, 79, 85, 232n, 235, 238,  
242-268, 277, 279-281, 293, 314-315  
Lincoln, George, 259n  
Lira, Andrés, 21, 183, 197n, 200, 227  
Litografía Graue, 87  
Loewenberg, B. J., 119  
Lombardo Toledano, Vicente, 213  
Lombardo Toledano de Henríquez Ureña, Isabel,  
233  
Lombera, Enrique, 329  
Lope Blanch, Juan, 271, 281-282, 284, 286, 288  
López B., Francisco, 306n  
López Cámara, Francisco, 173, 189  
López Cámara, Margo, 173  
López de Gómara, Francisco, 137, 153  
López Lira, Enriqueta, 155, 171, 305  
López Mateos, Adolfo, 72, 309, 333  
López Velarde, Ramón, 81  
Loredo Aparicio, José, 39  
Los Ángeles, California, 239  
Loyo, Gilberto, 210-211, 226  
  
Llorens, Vicente, 265, 317  
  
MacIver, Robert, 212  
Machado, Antonio, 140  
Madinaveitia, Antonio, 44, 49-51  
Madison, Wisconsin, 123  
Madrid, 76, 121n, 175, 260, 261n  
Magis, Carlos, 286, 288

- Mairena, Juan de, 140  
Malagón Barceló, Javier, 122, 123n, 127  
Manrique, Enriqueta, 100  
Mantecón, José Ignacio, 70  
Mantecón de Souto, Matilde, 134n  
Maria y Campos, María de, 100  
Mariátegui, José Carlos, 291  
Marín Tamayo, Fausto, 305  
Márquez, Javier, 70, 119, 121, 127, 208-209, 212, 226  
Márquez, Manuel, 47, 90  
Martí, José, 191  
Martínez, José Luis, 80, 249, 305  
Martínez, Luis, 101  
Martínez Adame, Emigdio, 211  
Martínez Báez, Antonio, 209, 331  
Martínez Báez, Manuel, 210, 237  
Martínez del Río, Pablo, 121, 126  
Martínez Tamayo, Elena, 305  
Marx, Carlos, 210  
Massachusetts, 76, 270  
Matesanz, José Antonio, 79n, 134n  
Matluck, Joseph, 288  
Matute, Alvaro, 145n  
Maximiliano, 299  
Maza, Francisco de la, 79  
McLean, M. D., 320  
Medina Echavarría, José, 18-19, 43, 70, 73-74, 85, 192, 203, 205-208, 211, 217, 223, 225-228, 293  
Meier, Harri, 288  
Mejía, Francisco, 301  
Mejía Sánchez, Ernesto, 244-245, 256-258, 260, 264n, 272, 292

- Meléndez, Concha, 92-93  
Mena, Juan de, 265  
Méndez Arceo, Sergio, 307  
Méndez Plancarte, Gabriel, 249  
Mendieta, Fray Jerónimo de, 157  
Mendoza, Angélica, 194  
Mendoza, Renato de, 212  
Mendoza, Vicente T., 267n  
Menéndez Pidal, Ramón, 132, 229  
Menéndez y Pelayo, Marcelino, 303  
Mérida, Yucatán, 109  
Mesa Andraca, Manuel, 210  
Métraux, Alfred, 209  
Mexico City College, 85  
Meyer, Consuelo, 302  
Michigan University, 239  
Mier, Fray Servando Teresa de, 190  
Millares Carlo, Agustín, 43, 70, 85, 103, 117-118,  
124, 127, 132-135, 143, 164, 230, 244n, 250-251,  
256, 276, 279  
Miquel, Eugenia, 264  
Miquel i Vergés, José María, 70, 118, 127, 164-165  
Miranda, Faustino, 140  
Miranda, José, 70, 80, 85, 121, 123-124, 127, 135,  
138-140, 143, 150, 209, 226, 317, 329  
Mitjana, Rafael, 233  
Mojarro, Tomás, 280, 315  
Moles, Enrique, 49  
Molina, Beatriz, 264  
Monner Sans, José María, 267n  
Monroy, Guadalupe, 304, 307, 329  
Monteiro, Ignacio, 189  
Monterde, Francisco, 256n

- Monterrey, Nuevo León, 101, 170  
Monterroso, Augusto, 264, 282, 315  
Montes de Oca, Marco Antonio, 315  
Montesinos, José F., 266  
Mora, José María Luis, 89, 125  
Morales Rodríguez, Sergio, 156  
Morán Gortari, Beatriz, 21  
Morelia, Michoacán, 134n  
Morelos, estado de, 240  
Moreno Fragnals, Manuel, 149, 155, 159  
Moreno Sánchez, Manuel, 331  
Moreno Villa, José, 43, 70, 85, 230, 232, 255  
Morínigo, Marcos, 239, 255n  
Mozart, Wolfgang Amadeus, 81  
Muedra, Concepción, 70, 117-118, 121-122, 124,  
127, 133-135, 150, 164  
Mues, Laura, 292  
Muñiz, Angelina, 264, 282-283, 315-316  
Muñoz, Carlos, 224  
Muriá, José María, 200  
Murillo de Dávalos, Concepción, 264, 268n, 273,  
283  
Muro Arias, Luis Felipe, 21, 99, 149, 156, 158,  
171, 173, 312, 329, 332  
Museo Nacional de Antropología e Historia, 110  
Museo Nacional de Historia, 127, 172  
Mussolini, Benito, 279n  
  
Nacional Financiera, 74  
National Archives, Washington, 306  
Nava, Guadalupe, 305  
Navarra, Sancho de, 250  
Navarro, Bernabé, 188

- Navarro Tomás, Tomás, 58, 267n  
Neruda, Pablo, 243  
Nicaragua, 256  
Nicol, Eduardo, 192, 318  
Nicolau d'Olwer, Luis, 305-306  
Nieto, Dionisio, 47  
Noguera, Eduardo, 129n  
Northampton, Massachusetts, 76  
Noruega, 135  
*Novedades*, 218  
Noyola Vázquez, Juan Francisco, 210, 223  
Nueva España, 130, 136, 151, 153, 188, 200  
Nueva Inglaterra, 76  
*Nueva Revista de Filología Hispánica (NRFH)*, 85-86,  
238, 240-241, 243-248, 253-254, 257-258, 259n,  
260-263, 264n, 265, 269-271, 274-278, 281, 283,  
286-287, 314, 316, 324  
Nueva York, 237  
Nuevo Mundo, 132, 189
- Oaxaca, 214, 255n  
Obeso Orendain, Carlos, 286  
Obregón, Gonzalo, 155-156, 171, 255n  
Ocampo López, Javier, 200  
O'Gorman, Edmundo, 144-146, 185n, 198, 315  
Ohio State University, 264n, 271  
Ojeda, Mario, 16-17, 22-23, 327, 332, 338  
Ontañón de Lope, Paciencia, 282-283  
Orfila, María Elena de, 100-101  
Orfila Reynal, Arnaldo, 269n, 315n, 321, 330  
Organización de Estados Americanos (OEA), 255n,  
260, 286  
Organización de las Naciones Unidas (ONU), 74, 320

- Orozco, Fernando, 50-51  
Orozco y Berra, Manuel, 153, 190  
Ortega y Gasset, José, 178, 191, 193, 197  
Ortiz Dávalos, Héctor, 157  
Ots Capdequí, José María, 226  
Ovidio, 257  
Oviedo, 157
- Palacio de Bellas Artes, 60, 86  
Palacio de la Inquisición, 47  
Palacios, Guillermo, 200  
Palafox y Mendoza, Juan de, 156  
Panamá, 149  
París, 171-172, 216, 237, 261n  
Pascual Buxó, José, 264, 280, 282  
Pascual del Roncal, Federico, 47  
Paz, Octavio, 13, 316-317, 322-324  
Pedroso, Manuel, 70, 209, 211  
Peniche, Surya, 105  
Peralta, Gloria, 306  
Peralta, María de la Paz, 329  
Pereña Gili, Heidi, 264  
Pérez Marchand, Monelisa Lina, 92-93, 149,  
155-156, 159, 187-188, 280n  
Perón, Juan Domingo, 233  
Perú, 50, 194, 258, 260  
Pi-Suñer, Jaime, 47-48  
Picón Salas, Mariano, 96, 249  
Pierce, Helen, 77n  
Pino, Elías, 200  
Pizarro, Gustavo, 185n  
Platón, 252-253  
Poblete Troncoso, Moisés, 226



- Polit, Gustavo, 70, 209  
Pope, Isabel, 233  
*Popular, El*, 218  
Porras Cruz, Jorge Luis, 280n  
Porrúa, Librería, 82, 266n  
Portugal, 189  
Portuondo, José Antonio, 70, 209-210, 226, 232  
Posada, Germán, 149, 156-157, 159  
Pottier, Bernard, 288  
Praga, Círculo de, 253  
Prebisch, Raúl, 212, 226  
Prescott, William H., 153  
Prim, Juan, 213  
Procuraduría General de Justicia del Distrito  
    Federal, 41n  
Puche, José, 62  
Puebla, 255n  
Puerto Rico, 149, 159, 227, 280
- Quainton, Eden, 122  
Quijano, Álvaro, 22  
Quiroz Martínez, Olga Victoria, 188, 189n, 292
- Recaséns Siches, Luis, 43, 70, 192  
Recesvinto, 250  
República Española, 53, 203, 337  
República Mexicana, 34  
República Popular China, 82  
Reséndiz, Sara, 22  
*Revista de Filología Española (RFE)*, 229, 265, 271  
*Revista de Filología Hispánica (RFH)*, 229, 238, 243, 265  
*Revista de Historia de América*, 127, 156-157  
Rey, María Ramona, 185n

- Reyes, Alfonso, 10-15, 19, 25, 32-33, 34n, 39-40, 41n, 43, 46n, 47-49, 51-57, 59-62, 67-68, 69n, 71-72, 74, 81-82, 84, 90-92, 94, 96-103, 106-108, 110n, 112, 122, 142-143, 194, 211-212, 226-228, 234, 236-238, 239n, 240, 247, 252n, 261n, 262n, 265, 266n, 267n, 270, 272, 274, 282, 284, 259n, 291-292, 312-315, 317, 320-323, 325-327, 330, 333-336, 338
- Ribas, Carolina, 329n
- Ricart, Domingo, 266
- Riquelme, Dolores, 70
- Rivas, Alejandro, 22
- Rivas Cherif, Manuel de, 47, 162
- Rivas Sainz, Arturo, 317
- Rivera, Adán, 332
- Rivera, Diego, 62
- Robles, Gonzalo, 32, 211-212
- Rodó, José Enrique, 191
- Rodríguez, José, 101
- Rodríguez Marín, Francisco, 82
- Rodríguez Monegal, Emir, 288
- Roig de Leuchsenring, Emilio, 226
- Rojas Garcidueñas, José, 122, 267n
- Roma, 146, 279n
- Romanell, Patrick, 226, 314, 315n
- Romero, Emilia, 267n
- Romero, Matías, 301, 319
- Romero de Terreros y Vinent, Marqués de San Francisco, Manuel, 297
- Romero James, Concepción, 329n
- Rona, José Pedro, 288
- Rosenblat, Ángel, 235, 239, 259n, 286
- Rosenzweig, Fernando, 304, 306, 329

- Ross, Stanley, 329  
Rossi, Alejandro, 195, 263, 316  
Roura Parella, Juan, 43, 70, 192-193  
Rovira, María del Carmen, 189  
Rubín de la Borbolla, Daniel, 78n, 89, 98, 110n  
Rubio Mañé, Jorge Ignacio, 146  
Ruiz Cortines, Adolfo, 71, 308, 312  
Ruiz de Alarcón, Juan, 67, 80  
Ruiz de Bravo Ahuja, Gloria, 288  
Ruiz Funes, Mariano, 41, 45, 54, 102  
Ruiz Milán de Villoro, Estela, 264, 282  
Rulfo, Juan, 13, 316, 324
- Sáenz, Josué, 208, 211, 226  
Sáenz, Marta, 306  
Sahagún, Fray Bernardino de, 190  
Salas, Addy, 256, 258  
Salazar, Adolfo, 44, 55, 60, 70, 81, 85, 103, 318  
Salazar, Carlos Edmundo, 100  
Salazar Bondy, Augusto, 194  
Salmerón, Fernando, 191, 194-195, 178n, 292  
Salomon, Noël, 288  
San Luis Potosí, 274  
San Miguel de Allende, Guanajuato, 87  
Sánchez, Marta Elvira, 329n  
Sánchez Albornoz, Claudio, 133, 250  
Sánchez Caballero, Floralys, 304  
Sánchez Hernández, Tomás, 211, 224  
Sánchez Lamego, Enrique, 53  
Sánchez Sarto, Manuel, 211  
Sánchez Ventura, Rafael, 119, 127  
Sandoval, Fernando, 155, 162, 171  
Sandoval, Manuel, 53

- Sandoval, Rodolfo, 213  
Santayana, George, 253  
Santiago de Compostela, 135  
Santo Domingo, 122  
Santullano, Luis A., 99-100, 226  
Sapir, Edward, 251n  
Sarmiento, Domingo Faustino, 257  
Saussure, Ferdinand de, 253  
Schalk, Fritz, 288  
Sección de Estudios Orientales (SEO), 15  
Secretaría de Asistencia Social, 206  
Secretaría de Educación Pública, 32, 41n, 68n, 71, 159n, 321  
Secretaría de Gobernación, 58  
Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 30, 32, 53-54, 307, 326  
Secretaría de Relaciones Exteriores, 58  
Secretaría del Trabajo, 206  
Segovia, Rafael, 327  
Segovia, Tomás, 13, 262-263, 264n, 316  
Segunda República, 77, 99, 108, 129-130, 137, 167  
Segura, Juan, 21, 101  
Seminario Conciliar, 307  
Seminario de historia contemporánea de México, 328-330  
Seminario de historia moderna de México, 38, 74, 219, 294-296, 298, 302, 304-305, 307n, 308, 310-312, 318-319, 328  
Seminario para el estudio del pensamiento en los países de lengua española, 21, 38, 92, 141, 175-201, 203, 241, 292, 318  
Serrano Suñer, Ramón, 279n  
Sierra, Catalina (Catita), 215, 224, 226

- Sierra, Justo, 69  
Sierra, Manuel J., 69  
Sierra Franco, Manuel, 306  
Sigüenza y Góngora, Carlos de, 80, 157  
Silva Herzog, Jesús, 79, 88  
Silva y Aceves, Mariano, 246, 251n  
Simpson, Lesley Byrd, 226  
Sísifo, 120  
Smith College, 21, 76, 77n, 78-79, 82  
Sociedad Mexicana de Historia, 145, 170  
Sologuren, Javier, 13, 254n, 256-258, 260  
Sorbona, La, 261n  
Southern California University, 239  
Speratti Piñero, Emma Susana, 265, 271, 274, 277  
Spitzer, Leo, 246  
Steiger, Arndt, 279  
Suárez, Eduardo, 30  
Suecia, 135, 233  
Suiza, 279  
Swadesh, Morris (Mauricio), 251n, 263  
Sylvia, Esther, 77n
- Tacuba, 49  
Taracena, Berta, 79  
Tavera Alfaro, Xavier, 156, 305, 309  
Tehuantepec, 214  
Teixidor, Felipe, 266n  
Tenayuca, 255n  
Teotihuacán, 255n  
Tessen, Mr., 210  
Ticknor Collection, 280  
Tipografía Indígena, 240  
Tonantzintla, 255n

- Torre Villar, Ernesto de la, 155, 159-160, 171, 173, 292, 318
- Torres Bodet, Jaime, 321, 330
- Toussaint, Manuel, 85, 119, 122, 125, 164-165
- Tovar, Antonio, 279
- Tovar, Pantaleón, 301
- Trabulse, Elías, 200n
- Treves, Renato, 225-226
- Ucelay da Cal, Margarita, 267n
- Ulloa, Berta, 329n
- Unamuno, Miguel de, 191, 265, 271
- Unión Soviética, 328
- United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization (UNESCO), 172, 237
- Universal, El*, 218
- Universidad Central, Madrid, 128, 133, 138-140, 271
- Universidad Central de Venezuela, 259n
- Universidad de Barcelona, 193
- Universidad de Caracas, 239
- Universidad de Chicago, 205
- Universidad de Lund, 260
- Universidad de Melbourne, 296
- Universidad de Nebraska, 82
- Universidad de Nuevo León, 302
- Universidad de Puerto Rico, 93, 145, 281
- Universidad de Salamanca, 279n
- Universidad de San Marcos, 260
- Universidad de San Nicolás Hidalgo, Morelia, Michoacán, 44, 134n
- Universidad de Texas, 56, 171, 259n
- Universidad de Washington, 122

- Universidad de Wisconsin, 123, 172  
Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM),  
31-33, 38, 44, 47-48, 52, 54, 72, 76, 79, 85, 88,  
97, 106, 110n, 112, 125-127, 133, 134n, 142,  
144-145, 156, 158, 172, 176, 179, 185, 192-199,  
204, 215, 240, 256n, 260, 263n, 264n, 269, 271-  
273, 275-276, 280n, 281, 283, 285-287, 293, 330  
Universidad Veracruzana, 283n  
Uranga, Emilio, 184n, 194-195, 292  
Uribe de Fernández de Córdoba, Susana, 101, 105,  
149, 155, 159, 171, 173, 329  
Urquidi, Marjorie, 305  
Urquidi, Víctor L., 15-16, 208, 211, 223, 226-227,  
331, 337n, 338  
Urrutia Millán, Rafael, 214, 224  
Usigli, Rodolfo, 249
- Valdés, Carlos, 264, 277, 282  
Valdés, Héctor, 286  
Valdés, Humberto, 264  
Valdés, Juan de, 266  
Valencia, Carmen, 329n  
Valle-Inclán, Ramón del, 265-266, 271  
Vara de González, Armida de la, 304  
Vargas, Jorge, 21, 105  
Vasconcelos, José, 191, 205  
Vázquez, Josefina Z., 21-22, 328n, 330  
Vega, Félix Lope de, 247, 266-267  
Véjar Vázquez, Octavio, 41n, 68n, 71  
Velazco Castañeda, Amalia, 306n  
Velázquez, María del Carmen, 30, 79, 156-157,  
159-160, 174  
Venezuela, 149, 159, 173

- Verney, Luis Antonio, 189  
Viena, 261n  
Vieyra Muñoz, Juana, 306n  
Vilar, Enrique, 224  
Villaseñor, Eduardo, 30, 32, 47, 56, 69n, 73,  
322  
Villegas, Carlos, 256, 258  
Villoro, Luis, 177, 182, 190, 194  
Vitier, Medardo, 226  
Viveros, Germán, 286  
Vivó, Jorge A., 122, 126, 211  
Vlieg, Flor Armida, 149, 155  
Vossler, Karl, 253  
*Vuelta*, 253
- Wamba, 250  
Washington, 171, 306, 322  
Weber, Max, 208, 218, 222  
Weckmann, Luis, 330  
Whitmore, Katherine, 77n  
Wittgenstein, Ludwig, 252
- Xirau, Joaquín, 44, 67, 68n, 70, 192-193  
Xirau, Juan, 336  
Xolalpa, Cecilio, 105
- Yamuni Tabush, Vera, 178n, 190-191, 194, 198n,  
292  
Yanhuitlán, Oaxaca, 255n  
Yáñez, Agustín, 70, 79-80, 118, 121, 142, 210, 212,  
226, 256n, 308  
Yáñez, María de los Ángeles, 200n  
Yucatán, 109, 129



- Zalamea, Jorge, 211  
Zambrano, María, 134n, 192  
Zamora Vicente, Alonso, 280, 283-284  
Zamudio, Mario, 22  
Zarco, Francisco, 319  
Zavala, Silvio, 15, 18-20, 70, 79, 85, 107-109,  
110n, 111-112, 118, 121n, 123, 127-131, 132n,  
133-135, 138, 142-143, 145, 147, 149n, 157, 161-  
165, 168-169, 172, 174, 192, 196, 215, 226,  
280n, 293, 321, 326, 331, 338  
Zea, Leopoldo, 44, 179-181, 185, 194, 198-199,  
209, 226  
Zertuche, Fernando, 330  
Zeus, 54



*El Colegio de México: una hazaña cultural*  
se terminó de imprimir en junio de 1993  
en Grupo Edición, S.A. de C.V.  
Xochicalco 619  
Col. Vertiz Narvarte, México, D.F.  
Fotocomposición y formación: Literal, S. de R.L. Mi.  
Se imprimieron 1000 ejemplares  
más sobrantes para reposición.  
Cuidó la edición el Departamento de Publicaciones  
de El Colegio de México.









---

# jornadas

---

117

---

**E**l Colegio de México (fundado en 1940) es el centro de estudios avanzados en humanidades y ciencias sociales más prestigioso en su género. Este libro documentado y ameno narra las peripecias y logros de la institución en los primeros veinte años de vida, durante las presidencias de sus dos grandes fundadores, Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas. En esa época se sentaron las bases para el medio siglo de vida ininterrumpida que hoy celebramos y que merece un capítulo especial en la historia de la cultura en México. En estas páginas se rescata una enseñanza fundamental de Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas: que la memoria histórica no es recurso de la nostalgia sino estímulo para una continua renovación.



Centro de Estudios  
Históricos

EL COLEGIO DE MÉXICO